

MIGUEL ÁNGEL ASIAIN

LA EXPERIENCIA VOCACIONAL  
EN CALASANZ



MADRID/ROMA, 2011

## MATERIALES

34

# LA EXPERIENCIA VOCACIONAL EN CALASANZ



MADRID/ROMA, 2011

La experiencia vocacional en Calasanz

Autor: Miguel Ángel Asiain

@ Publicaciones ICCE

(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)

José Picón, 7 - 28028 Madrid

[www.icceciberaula.es](http://www.icceciberaula.es)

ISBN: 978-84-7278-445-1

Depósito legal:

Imprime:

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## ÍNDICE

Presentación .....	7
Siglas y abreviaturas .....	9
El Año Vocacional Escolapio .....	11
Un camino vocacional: Calasanz .....	23
Primeros pasos .....	35
Ser o no ser .....	53
Las pruebas .....	67
Vida de Dios .....	79
El Maestro de novicios .....	93
Importancia del noviciado y salidas .....	105
La entrega a Dios y a los niños .....	117
Los estudios .....	127
A los religiosos .....	145
“Tienden a la plenitud de la Caridad” (CC 1) .....	146
“En profundo silencio y sosiego” (CC 44) .....	157
“Amarán a la venerable pobreza” (CC 137) .....	170
“Ni querrá preceder al menos importante” (CC 30) .....	183
“Aunados por el lazo del amor fraterno” (CC 171 ...	193
“Que los muchachos se sientan seducidos por Dios” (CC 133) .....	203
“Abracen todos la sincera obediencia” (CC 99) .....	219
“Celebrarán los sacramentos frecuente y devotamente” (CC 55) .....	232
Calasanz, un ejemplo .....	243



## PRESENTACIÓN

Las Escuelas Pías han declarado el año 2012 como AÑO VOCACIONAL ESCOLAPIO, un año destinado a fortalecer la dinámica vocacional en toda la Orden, con un objetivo claro y definido: *situar la Pastoral Vocacional en las fuentes de la vida de las Escuelas Pías, como un elemento nuclear de nuestro proceso de revitalización y como una de las claves que harán posibles los diversos objetivos que tenemos planteados*. Llevar adelante una mejor, más intensa y sistemática Pastoral Vocacional es una de las claves del futuro que soñamos y anhelamos.

Con el fin de contribuir a que nuestra reflexión sobre la Pastoral Vocacional sea más profunda y Calasancia, la Congregación General pidió al P. Miguel Ángel Asiain que publicara un nuevo libro centrado en lo que San José de Calasanz pensaba y proponía en todo lo relativo al proceso de incorporación de los jóvenes a la Orden por él fundada.

Estoy convencido de que la Orden tiene que recorrer con más fuerza el *camino de identificación con Calasanz*. Lo debe hacer en todos los sentidos, en todas las áreas. Y posiblemente una de las más significativas sea ésta: qué podemos aprender de Calasanz en lo relativo a nuestra capacidad de suscitar, proponer, acoger, acompañar y formar las nuevas vocaciones escolapias.

Este es el objetivo del libro que tienes en tus manos. Deseo que esta publicación contribuya al buen éxito del AÑO VOCACIONAL ESCOLAPIO y nos ayude a todos a comprender con más claridad cómo hemos de vivir y trabajar para que, como escolapios, seamos testigos de un carisma al que hemos consagrado nuestra vida. La capacidad que el carisma de Calasanz tiene de suscitar vida entre los niños y jóvenes es extraordinaria, pero depende fundamentalmente de la vida que provoca en nosotros, los escolapios, y del vigor con el que vivimos y trabajamos y del discernimiento y acierto con el que acompañamos los procesos de los jóvenes.

Aprendamos de Calasanz, hermanos. Entremos en su pensamiento, analicemos sus preocupaciones, profundicemos en sus consejos y en sus prioridades. Estoy convencido de que hay mucha riqueza vocacional en sus escritos y en sus enseñanzas.

Agradezco al P. Asiain su trabajo y su disponibilidad para escribir este libro, cuyo contenido es muy interesante para la Orden. Y os agradezco a todos vuestros esfuerzos y dedicación a la propuesta vocacional escolapia. Hagámosla, como Calasanz, *en el nombre de los niños y jóvenes que necesitan, hoy y siempre, escolapios, para gloria de Dios y utilidad del prójimo.*

Pedro Aguado, Padre General

12 de septiembre de 2011

*Santísimo Nombre de la Bienaventurada Virgen María*



## SIGLAS Y ABREVIATURAS

- AC        *Analecta Calasanctiana* (Revista).
- Bau, BC   *Biografía crítica de S. José de Calasanz*, (Madrid 1949).
- Bau, RV   *Revisión de la vida de S. José de Calasanz*, AC 10 (1963).
- C        *Constituciones de la Orden de las Escuelas Pías*, (Madrid 2004).
- CC       *Constituciones de Calasanz*, (Madrid 2004).
- EP       *Epistolario di S. Giuseppe Calasanzio*, vol. I-IX (Roma 1950-59).
- Giner    *S. Giner, San José de Calasanz. Maestro y fundador*, BAC maior 41, Madrid 1992.
- MT       *Memorial al cardenal M. A. Tonti*, (en, J. M. Lesaga, M. A. Asiain, J. M. Lecea: “Documentos fundacionales de las Escuelas Pías”, Salamanca 1979).
- Moncallero G. L. Moncallero – Giuliana Limiti, *Il Codice Calasanziano Palermitano* (Roma 1965).
- RC       *Regestum Calasanctianum*, sección del Archivo General de las Escuelas Pías (Roma).



# EL AÑO VOCACIONAL ESCOLAPIO

## 1. Una nueva propuesta

Las vocaciones son elemento esencial en todo Instituto religioso. Son lo más delicado y lo mejor que tiene. Lo más delicado, porque con ellas está naciendo una vida nueva. Hay que cuidarla. Tiene un largo camino que recorrer. Al principio es tierna y débil; ya se hará fuerte y madura. Pero para ello hay que extremar las medidas. Es lo mismo que un bebé. Es lo mejor de una familia. Lo que todos sus miembros aman y cuidan. Es lo que da alegría y produce ternura. Ante un pequeñín las sonrisas nacen espontáneas. Las mentes se preguntan qué será de él. Todos imaginan lo mejor. Por desgracia este cuadro no se da en todos los lugares de nuestro mundo. Pero donde un niño no sonrío, la vida se apaga. Donde un pequeñín no suscita sonrisas, es que se ha perdido lo mejor de la vida. Sí, es lo más delicado. Así es la vocación en un Instituto.

Pero, al mismo tiempo, el bebé es lo mejor que hay en la familia, porque esa criatura asegura el futuro. Y podrá en el futuro dar vida a otros. Es la promesa de que el futuro es posible. Y se le cuida y se le atiende porque se espera que colabore en un futuro mejor. Así con las vocaciones. Existe la convicción de que la misión que les va a tocar, la entrega de su vida a una finalidad, es promesa de que un futuro mejor es posible porque con ellas van naciendo nuevas posibilidades y nuevas fuerzas.

Lo que decimos se aplica a la familia humana y lo mismo a una familia religiosa. Sí, si en una familia religiosa hay jóvenes que entran en ella, la aman con pasión, se preparan con empeño y docilidad, esa familia, esa Institución puede mirar con ojos esperanzados el futuro. El que está, sí, en manos de Dios, pero al que colabora con todo su empeño y energía la mano humana.

Pues bien, el año 2012 es en las Escuelas Pías un año vocacional, un año dedicado de manera especial a todo lo vocacional. En carta dirigida por el P. General “a todos los religiosos de la Orden y a cuantos configuraréis nuestras presencias escolapias”, firmada el 25 de diciembre de 2010, anunciaba que “la Congregación General convoca un ‘Año Vocacional Escolapio’. Será el 2012”.

## 2. La alegría del pasado

No es la razón de la convocatoria. Podría serlo porque tiene entidad y simbolismo suficiente para poder ser el motivo de esa iniciativa. Pues, ¿quién no se alegra cuando al celebrar algo ve que coincide con un hecho más o menos importante de la familia? ¿Cómo no va a haber alegría si el día de la boda de un hijo coincide con que hace 30 años ese mismo día se casaron sus padres? No se casa el hijo por ese motivo, lo hace por amor, pero la coincidencia aumenta el gozo y la alegría.

También esto sucede en este “Año Vocacional Escolapio” (AVE, como si fuera una invocación a María que protege esta Obra y sigue cuidando del Instituto, Obra suya, según Calasanz, a través de “pobres y sencillas” vocaciones).

Sí, este año 2012 es año familiar escolapio. Lo dice la carta que comentamos: “Este año 2012 se cumplen cuatrocientos años de un pequeño acontecimiento escolapio: la incorporación de Glicerio Landriani, un joven ilusionado y buscador, a las nacientes Escuelas Pías de Calasanz. Este recuerdo de familia, junto a la convicción generalizada de que podemos y debemos reflexionar de modo nuevo nuestra Pastoral Vocacional, nos ha animado a convocar un Año Vocacional Escolapio en toda la Orden”.

El Abad Glicerio fue un joven de noble cuna. Llevó una vida desenvuelta, pero Dios le aferró de lleno. Atestiguaba Calasanz: “Sé también que encontrándose en Roma en casa de Mons. Fabricio, su hermano, con vestidos de seda y honores humanos, tocado por el Espíritu Santo, dejó todas las comodidades de las que gozaba antes, y se entregó a una vida tan mortificada y ejemplar que cambió las vestiduras de seda por otras muy pobres y por una comida muy simple, causando gran admiración, lo que realizó por la gran fe y luz interior que le había comunicado el Señor Dios. Además exhortaba a los demás a tener una gran fe en Dios y a abandonar las cosas del mundo para servir a Dios”.

El Fundador puso en él sus esperanzas. Sencillo, gran catequista, amado intensamente por el Fundador, el 15 de febrero de 1618, siendo novicio, y con 30 años, murió y dejó huérfano a Calasanz, quien había pensado en él para sucederle en el servicio que venía haciendo a las Escuelas Pías siendo General de la Orden. Dios es imprevisible. Sus caminos no son los nuestros. Y una vez más, como tantas otras, Dios desbarató los planes del santo. Y Glicerio sin duda trabajó por las Escuelas Pías, pero desde “el otro lado”.

### 3. ¿No lo necesitamos?

El tema vocacional es muy importante para los Institutos religiosos y, en general, para toda actividad humana o religiosa. Es siempre la necesidad que se tiene de personas que continúen una obra, una actividad o una misión. Nosotros, en este escrito, nos referimos siempre a las Escuelas Pías.

Esta necesidad la señalan las mismas Constituciones, cuando en el nº103, dicen: “Todos y cada uno de nosotros, firmes en el Señor que no cesa de llamar, nos entregamos, cada vez con más ardor, a la labor pastoral para despertar y consolidar las vocaciones, recordando la palabra del Señor: La mies es abundante y los braceros pocos”.

En el Capítulo General Especial, celebrado después del Concilio Vaticano II, de 1967 a 1969, en el “Decreto sobre las vocaciones y casas de formación”, se dice: “No se ha de olvidar, sin embargo, que nuestros religiosos con el ejemplo de una vida propia que manifieste abiertamente el verdadero gozo pascual, pueden ser la mejor invitación a abrazar la vida religiosa, sacerdotal y educativa” (nº 486). “Para que la acción pastoral pueda ofrecer frutos provechosos conviene ante todo recordar las palabras de Evangelio: “Rogad al Señor de la mies...” (Mt 9,38; Lc 10,2). Por lo cual frecuentemente pídase a Dios por las vocaciones de nuestra Orden, ya privada, ya colectivamente” (nº 487).

Y el Papa Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica “Vita Consecrata”, escribía: “La misión de la vida consagrada y la vitalidad de los Institutos dependen indudablemente de la fidelidad con la que los consagrados responden a su vocación, pero tienen futuro en la medida en que otros hombres y mujeres acogen generosamente la llamada del Señor. El problema de las vocaciones es un auténtico desafío que interpela directamente a los Institutos, pero que concierne a toda la Iglesia. En el campo de la pastoral vocacional se invierten muchas energías espirituales y ma-

teriales, aunque los resultados no siempre se corresponden a las expectativas y a los esfuerzos realizados. Sucede que, mientras las vocaciones a la vida consagrada florecen en las Iglesias jóvenes y en aquellas que han sufrido persecuciones por parte de regímenes totalitarios, escasean en otros países tradicionalmente ricos en vocaciones y misioneros.

Esta situación de dificultad pone a prueba a las personas consagradas, que a veces se interrogan sobre su efectiva capacidad de atraer nuevas vocaciones. Es necesario tener confianza en el Señor, que continúa llamando a seguir sus pasos, y encomendarse al Espíritu Santo, autor e inspirador de los carismas de la vida consagrada. Así pues, a la vez que nos alegramos por la acción del Espíritu que rejuvenece a la esposa de Cristo haciendo florecer la vida consagrada en muchas naciones, debemos dirigir una constante plegaria al Dueño de la mies para que envíe obreros a su Iglesia, para hacer frente a las exigencias de la nueva evangelización (cf. Mt 9, 37-38). Además de promover la oración por las vocaciones, es urgente esforzarse, mediante el anuncio explícito y una catequesis adecuada, por favorecer en los llamados a la vida consagrada la respuesta libre, pero pronta y generosa, que hace operante la gracia de la vocación” (nº 64).

Y que el Señor nos dice que pidamos al Dueño de la mies, nos lo recuerda tanto Mateo como Lucas, cuyas referencias hemos visto tanto en el número citado de *Vita Consecrata* como en el “Decreto” del Capítulo General Especial.

La Orden necesita vocaciones, dadas por Dios, que respondan a su querer, que se comprometan en el seguimiento del Señor, que trabajen en el campo elegido para ellas por el mismo Dios. Vemos, por una parte, que se habla de las vocaciones –que sean según el Señor– y, por otra, de todos aquellos que perteneciendo a un Instituto, se les anima y han de orar al Padre de los cielos para que envíe colaboradores, continuadores de la Obra en la que trabajan.

Es, pues, una excelente iniciativa que la Orden, considerando lo dicho hasta aquí, haya convocado un “Año Vocacional Escolapio”.

#### 4. El punto de mira

Un objetivo dirige todo el trabajo de este año 2012 desde la perspectiva que estamos analizando. Así se nos dice: “El objetivo de que crezca el número y la calidad humana y evangélica de los jóvenes que desean

vivir la vocación religiosa escolapia es un desafío común de todos los que estamos comprometidos con las Escuelas Pías. No es sólo un deseo o un objetivo de los religiosos escolapios; lo es de todos nosotros”.

Objetivo que es una llamada a todos. A veces cuando se habla del tema vocacional, muchas personas pueden desentenderse pensando que ya existen religiosos en el Instituto que tienen como su principal misión y tarea el ocuparse de las vocaciones. Pensar de este modo y, aún peor, comportarse de esta manera, indica la mediocridad de la propia vida. El deseo de descendencia es algo que brota con normalidad del interior de las personas. Puede haber excepciones, pero son eso, excepciones. Quienes estamos dedicados al Reino, quienes hemos entregado la vida al mandato del Señor, “Id y predicad por el mundo entero”, sentimos el anhelo de que haya más y más vocaciones de personas que echen la mano al arado y vayan detrás de Jesús, trabajando por el Reino en el ministerio al que han sido llamados.

Es cierto que todo cristiano ha de colaborar en el trabajo por el Reino; pero ahora nos estamos refiriendo a quienes han sido llamados a llevar una vida semejante a la de Jesús en este mundo, cuando Él se ha convertido en el todo de la vida de una persona. También a los laicos colaboradores con las Escuelas Pías afecta lo que decimos, pero de ellos hablamos más adelante.

Por todo ello, escribe el P. General: “Os escribo esta carta sobre la responsabilidad que todos tenemos en sembrar, proponer, acompañar y acoger la vocación religiosa escolapia; sobre nuestra capacidad de ayudar al joven a descubrir la llamada a la donación completa de su vida por la causa escolapia que Dios siembra en su corazón; sobre nuestro compromiso por proponer con audacia nuestra vocación. A todo esto le solemos dar un nombre “oficial”: pastoral vocacional específica a la vida religiosa y sacerdotal escolapia”.

## 5. Don y trabajo

Nadie puede decir “yo quiero” y elegir un camino que sea vocacional; no lo puede decir, si no ha sido llamado. Tiene antes que discernir en su corazón y en su vida, intenciones, pensamientos, deseos y el “porqué” de ese “yo quiero”. Si no existe obediencia a Dios, no sirve para nada. Los mejores deseos, cuando llega el momento de la prueba, si no están asentados

sobre la “roca”, sobre el fundamento de la llamada del Señor, se convertirán en el mayor desastre, en la más grande frustración que puede vivir una persona. Con lo que hay que decir que la vocación es “don” del Señor. Don es amor, don es deseo del Señor de que una vida entre por un camino determinado. Don quiere decir que el apoyo es el Señor. Don, no es desestima de los otros. ¿Es que no todos tienen en la vida su o sus dones? ¿Qué afirma Pablo en 1Cor 12 y en Rom 12? En el Cuerpo hay muchos dones, muchos miembros, cada uno con su importancia, y ninguno puede decir a otro “no te necesito”. Así, la vocación a las Escuelas Pías es don. Y quien lo recibe no puede menospreciar a quien ha recibido otro don, ni tampoco puede suceder al revés, que envidie otro don. El agradecimiento es señal de amor, de correspondencia, de gratitud, de estar contento con lo que uno tiene en sus manos, sabiendo que es algo inmerecido. ¿Cómo puede uno enorgullecerse de lo recibido, si es precisamente recibido, es decir, regalado? ¿Y cómo puede uno entristecerse de no haber recibido algo, si ha recibido otros regalos que no merecía? Recordemos aquello del Evangelio, ¿vas a enfadarte porque yo soy bueno (cf. Mt 20,15)?

Que sea don, no quiere decir que no implique esfuerzo, empeño, cuidado, atención, es decir, trabajo del hombre. Porque es don, sí, pero también combate. Que sea don no excluye que haya que luchar; la lucha no significa que provenga simplemente del trabajo del hombre.

Escribe el P. General: “Sabemos que toda vocación es don de Dios, pero también sabemos que debemos trabajar para que sea posible. Como todos los elementos nucleares del Evangelio, que siempre son don y tarea”. Y un poco más adelante: “No lo olvidéis nunca: es Dios quien llama, no nosotros. Pero es Dios quien nos necesita, sí, nos necesita, para que sus llamadas se conviertan, a través de todo un proceso educativo y pastoral, en proyecto personal asumido y encarnado por un joven esperanzado”.

Este es el motivo por el que al hablar en este libro de lo vocacional, nos referimos también a la experiencia interior de los ya consagrados. De esa manera, podemos lograr una vida profunda interior de experiencia vocacional personal, y así ser llamada a otros para que entren en el Instituto.

## 6. La necesidad de pedir

¿Quién no ha escuchado con gozo la promesa de Jesús de que quien pide, recibe, quien busca, halla, y a quien llama se le abre? (cf. Mt 7, 7-8).



Es cierto, hay que pedir con fe; hay que pedir con confianza total, ya que si no es total no es confianza; hay que pedir con obediencia a su voluntad, sabiendo que lo que Él da responde mejor de lo que nosotros pensamos y esperamos, a lo que pedimos.

Las vocaciones hay que pedir las, suplicarlas..., y trabajar por ellas. Son un regalo del cielo, y los regalos del cielo se reciben con las manos abiertas. Abrir las manos es símbolo de muchas cosas: de que no se quiere arrebatarse nada, de que uno se conforma con lo que le dan, de que siente agradecimiento por lo que le llega, de que lo que recibe no es suyo, pero a él se le confía. Cuanto más se abren las manos, más se recibe. Cuanto más se cierran sobre lo recibido queriendo apropiárselo, menos espacio queda para recibir más.

Es cierto que en las Escuelas Pías se ora por las vocaciones. Pero el problema no es si se ora, sino cómo se ora; no es si se pide, sino desde dónde se pide; no es si se quieren más vocaciones, sino para qué se quieren.

Por eso el P. General en su carta exhorta a la oración por la pastoral vocacional. Y si siempre hay que hacerla, de manera más intensa y especial este año dedicado precisamente a esta realidad. Dice el P. General: “Os invitamos a orar al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. La oración transforma nuestro corazón y nos acerca al corazón de Dios. Pidamos al Padre que nos envíe jóvenes generosos que deseen entregar su vida como religiosos escolapios y que nos transforme a todos en Cooperadores de la Verdad, para que colaboremos con Él en su amor por los niños y jóvenes, trabajando por las vocaciones escolapias”.

## 7. La centralidad

“El objetivo central de este año es claro para nosotros. Se trata de situar la Pastoral Vocacional en las fuentes de la vida de las Escuelas Pías, como un elemento nuclear de nuestro proceso de revitalización y como una de las claves que harán posibles los diversos objetivos que tenemos planteados. Llevar adelante una mejor, más intensa y sistemática Pastoral Vocacional es una de las claves del futuro que soñamos y anhelamos”.

Estos últimos años la Orden está realizando un intenso proceso de revitalización. Es lo que brota de sus entrañas de amor a Dios y de entrega apasionada por los niños y jóvenes de sus presencias. La Orden trabaja por tener proyectos de vida más ricos, miradas más evangélicas, esfuer-

zos que estén de acuerdo con el querer de Dios. Quiere, en una palabra, revitalizarse, cobrar más vida, vida mejor, más evangélica, más atenta, tanto a su Fundador como a las necesidades nuevas de nuestro tiempo. La revitalización es el empeño profundo que guía todo su esfuerzo, el motivo de todo el trabajo que está realizando. Un elemento tan fundamental como es el de la reestructuración, no tiene sentido sino como camino, ayuda a la revitalización. Lo importante no son las estructuras, que también lo son; lo importante es la vida, un proyecto nuevo, ilusionante e innovador.

Aquí es donde se sitúa la Pastoral Vocacional, entendida no como elemento estático o un simple período de la vida, sino como algo dinámico y más amplio. En la Pastoral Vocacional estamos comprometidos todos.

El Capítulo General de 2009 puso el acento en diversos objetivos que creyó necesarios para el siguiente sexenio, objetivos a impulsar y por los que había que trabajar en la Orden. El P. General afirma ahora que precisamente la Pastoral Vocacional es “una de las claves que harán posibles los diversos objetivos que tenemos planteados”.

## 8. A quiénes se dirige

Hemos de dar gracias a Dios por muchos motivos. No es el menor el plantel de laicos que va aumentando y que se acercan a las Escuelas Pías para colaborar con ellas. Laicos escolapios que en distinta medida se comprometen con las Escuelas Pías en su lucha por lograr su misión: conseguir, en la medida de lo posible, un mundo mejor, más justo, más fraterno, más solidario, más humano, y todo ello por medio de la educación evangelizadora. Este número de laicos va creciendo en dos dimensiones: en cuanto a número y en cuanto a calidad de compromiso. Es interesante el itinerario que van haciendo, los encargos ministeriales a los que se van entregando, el tiempo –meses o años– que van dedicando muchos de ellos gratuitamente a la misión escolapia, la identificación cada vez mayor que van consiguiendo con la Orden.

Si esto es cierto, y lo es, es también normal que las preocupaciones, ilusiones, trabajos y dedicación de los religiosos sea también la de estos laicos, en la medida de su compromiso e identificación con la Orden. Por eso, el P. General en su carta se dirige también a ellos. Antes hemos visto unas líneas de la carta citada repetidas veces, que terminaba así: “A esto

[a lo que se dedica el año 2012] solemos darle el nombre oficial: “pastoral vocacional específica a la vida religiosa y sacerdotal”. Continúa: “Y lo hago [el hecho de proponer con audacia nuestra vocación] no sólo a los religiosos de la Orden, sino a todas las personas que formáis parte de las diversas presencias escolapias y que os sentís corresponsables en la construcción de las Escuelas Pías”.

## 9. En camino

Pero, ¿qué se va a hacer durante este tiempo? ¿Qué acciones se pretenden poner en marcha para que sea posible cuanto hasta aquí hemos ido señalando? Diría que se pretende más calidad que cantidad. Sí, habrá que hacer “cosas”, pero lo importante más que lo que se hace es el “cómo” se hace. Más que un año restringido a algunas personas, que son las que directamente se ocupan de la Pastoral Vocacional, ha de ser un año en el que de alguna manera se comprometa a todos los religiosos. Por eso, se darán acciones que afectarán a grupos pequeños, pero existe una llamada a todos los religiosos con acciones espirituales que todos pueden hacer. Se nos dice claramente: “En todas partes, ese año deberá estar especialmente dedicado a la Pastoral Vocacional, con el objetivo de que podamos provocar en las Escuelas Pías un cambio de paso significativo en este tema tan importante para todos. Será un año en el que nos reuniremos, proyectaremos, convocaremos y reflexionaremos en profundidad sobre cómo llevar adelante, más y mejor, nuestra misión de ser mediadores entre las llamadas y propuestas de Dios y el corazón libre y generoso de los jóvenes. Será también un año en el que cuidaremos especialmente nuestra oración, individual y comunitaria por los jóvenes y su disponibilidad y coraje para responder a las llamadas del Señor”.

## 10. Qué se nos pide

El P. General y su Congregación, preocupados por las vocaciones escolapias, hace algunas peticiones a los religiosos de la Orden. En especial dos. La primera: “La Congregación General pide a todos los escolapios y a las personas que comparten nuestro carisma y misión que nos envíen sugerencias y propuestas para que este Año Vocacional sea en verdad fructífero para las Escuelas Pías. Pedimos a todos, pero invitamos especialmente a los jóvenes escolapios, cercanos en edad a los posibles nuevos escolapios, que se esfuercen en ofrecer sugerencias y posibilidades que

debemos tener en cuenta, incluidas ideas para un buen slogan que dé unidad a este Año Vocacional. A ver si tenéis buena inspiración. Habrá también un logo y un póster para este año vocacional. En su momento os ofreceremos información”.

¡Ojalá que esta petición despierte en muchos jóvenes escolapios el ánimo para enviar sugerencias y propuestas que ayuden al buen desarrollo de este año, y que inciten a la Congregación General a realizar acciones ricas en contenido vocacional. Petición que va dirigida a todas las personas “que comparten nuestro carisma y misión”, pero son los jóvenes los más interpelados en este requerimiento.

La segunda petición: “Pedimos a todas las comunidades religiosas, a todas las Fraternidades Escolapias, a las Comunidades Cristianas Escolapias, a todas las personas que comparten con nosotros la Misión Escolapia, a las familias y a todos nuestros colaboradores, que asuman con ilusión y esperanza este gran reto escolapio: hacer posible que algunos de nuestros jóvenes puedan asumir la vocación religiosa escolapia. Será un signo claro y nítido de la calidad de nuestro compromiso escolapio”.

Petición dirigida a todos, y aquí el abanico se agranda para que asumamos con ilusión este reto de suma importancia para la Orden: “hacer posible que algunos de nuestros jóvenes pueda asumir la vocación religiosa escolapia”.

## 11. Una anécdota que se convierte en categoría

No sé si fue la espoleta que puso en movimiento la preocupación que sin duda ya tenía la Congregación General por este tema vocacional. De hecho se puede constatar cómo aparece con frecuencia el tema vocacional en múltiples “Salutatio” del P. General. Por eso digo que no sé si la anécdota que cuenta el P. General y que transcribimos fue la chispa que ha producido este incendio. Lo que sí sé es que se convirtió en llamada impulsora para las Escuelas Pías. Narra el P. General: “Hace unos meses, en una visita a una de nuestras Demarcaciones, me reuní con un grupo de jóvenes, alumnos y ex alumnos de uno de nuestros colegios. Eran jóvenes que están en acompañamiento vocacional, pensando la posibilidad de ser religiosos y sacerdotes escolapios. Fue una reunión intensa, muy participada, muy divertida. Cuando estábamos terminando, uno de los muchachos me dijo, con ojos como platos: “Padre, usted dice que volverá dentro

de dos años. Por favor, vuelva a convocarnos, que necesitamos fuerza y ánimo para tomar decisiones. Y, además, algunos le daremos una gran alegría, pues ya estaremos viviendo con ustedes”. Le pedí que me escribiera y firmara esa frase. Y lo hizo, solemnemente. Eran muchachos del altiplano boliviano, alumnos y ex alumnos de nuestro colegio de Anzaldo.

Nunca me he olvidado de esta frase, que me ha hecho pensar mucho: “Vuelva a convocarnos, que necesitamos fuerza y ánimo”. Pienso que expresa bien la experiencia de tantos jóvenes que se acercan a nosotros convocados por el Señor para discernir, con honestidad, si Dios les llama a encarnar la vocación religiosa escolapia, la vocación que asumió y consolidó San José de Calasanz. Los jóvenes necesitan ser convocados”.

## 12. En el centro y en el horizonte, los niños

No queremos vocaciones simplemente para crecer en número. No queremos más vocaciones para ser más importantes, ya que somos felices siendo pequeños. La levadura y el grano de mostaza son bien pequeños y sabemos el fruto que producen. No queremos más vocaciones para adelantar a otros Institutos en número. El deseo vocacional nace de la misma raíz calasancia, la necesidad de hacer bien a los niños y jóvenes, de llegar a un número mayor de ellos, de enseñar a muchos “piedad y letras”, de conseguir redimir a cuantos más muchachos se pueda. Es lo que mueve a todos a trabajar el tema vocacional. Seguimos la senda del Fundador. Él se prendó de los niños pobres, abandonados, ignorantes, sin posibilidad de ser algo el día de mañana; a él le dolía ver la ignorancia religiosa de quienes no recibían educación en ninguna escuela; era una herida en su corazón ver cómo se perdían tantos talentos de personas inteligentes de las que nadie se cuidaba; sufría al ver el corretear sin sentido ni fruto, la pérdida de tiempo de aquella inmensa muchachada que vagaba por las calles de Roma; y entonces brotó, por gracia, el deseo de dedicarse a ellos y que hubiera muchas personas que siguieran sus pasos.

Ahí está la razón última del Año Vocacional Escolapio: “No convocamos este “Año Vocacional” pensando sólo en la Orden. Son los niños y jóvenes, especialmente los más pobres, los que necesitan nuevos religiosos escolapios que se dediquen a ellos de modo entregado y generoso. Este Año Vocacional se convoca en su nombre, en nombre de todos los niños y jóvenes que desean, esperan y necesitan la presencia cercana y educativa de los hijos de San José de Calasanz”.

### 13. Qué pretende este escrito

Vemos, con todo lo dicho, cómo las Escuelas Pías quieren elevar el nivel vocacional. Si es así, ¿qué nos diría Calasanz? No podemos inventarnos su respuesta. Y hemos de tener presente que sus circunstancias son distintas de las nuestras. Por eso, en los capítulos que siguen vamos a ver cómo trató él el tema vocacional; cómo habló de los que iban a entrar en la Orden; cómo se preocupó de los novicios y de los noviciados; cómo quiso formar a los estudiantes para hacerlos verdaderos servidores de los niños pobres; cómo deseaba que fueran nuestros religiosos para poder atraer otras vocaciones. Conociendo la meta, se puede escoger el camino para llegar a ella.

Ya hemos dicho que las circunstancias son diferentes, por eso hemos de aprehender el espíritu del Fundador en lo que nos dice; distinguir lo accesorio de lo importante, y aplicarlo a nuestro tiempo.

Nosotros exponemos el pensamiento de Calasanz; hacemos algunas reflexiones, pero dejamos abierto el camino para que los mismos formadores y cualquier escolapio que trabaje o pueda trabajar en la Pastoral vocacional, siga indagando en el santo y, sobre todo, aplicando a nuestro hoy lo que él dijo en su hoy que es nuestro ayer.

# UN CAMINO VOCACIONAL: CALASANZ

## 1. Preparación en casa

Que Calasanz pensó muy pronto ser sacerdote, lo vamos a ver en seguida. Pero es claro que con frecuencia la vocación, cuando aparece en los primeros años de la vida, tiene su humus en la familia. Muchos sacerdotes al narrar su vocación, citan la familia y los primeros años de su vida en ella, como el soporte de la misma, el ambiente en que apareció y fue haciéndose cada vez más clara.

No parece que José de Calasanz tuviera en su familia algún clérigo que viviera en su casa o cerca de ella, que pudiera ser referencia de su vocación y que pudiera haberlo inducido hacia el sacerdocio. Y nada sabemos del influjo que pudo tener sobre él el párroco de Peralta. Que Peralta tuviera párroco cuando José era pequeño, parece cierto; sin duda, años después, fue verdad, ya que el mismo Calasanz le escribió en 1592, meses después de haber llegado a Roma, una vez que se había aposentado en ella y habían transcurrido los primeros meses de su estancia en la ciudad eterna. Que años antes, cuando José era pequeño pudiera ya haber párroco en su pueblo, es posible y no hay por qué desecharlo; pero lo que nos interesa en este asunto, es que nada podemos afirmar del influjo que pudo tener en la vocación del niño Calasanz.

Otra cosa es también cierta. Cuando muchos sacerdotes recuerdan el nacimiento de su vocación, señalan la familia y el ambiente que se vivía en ella como lugar propicio para la aparición, casi inconsciente unas veces, manifiesta otras, de su vocación. El ambiente era el cuidado de sus padres, la piedad cristiana familiar, la presencia de la oración en común, sobre todo del santo rosario, a veces la figura del padre y de su comportamiento, arrodillado y con la cabeza descubierta, orando humildemente con toda la familia. Grande e importante tenía que ser el Señor al que se

oraba, cuando el padre, hombre cabal, al que todo el mundo profesaba respeto, se humillaba así ante Dios.

Y si importante era el padre, no lo era menos la madre, aunque de otra manera, con frecuencia con una acción más directa sobre los hijos.

Que este ambiente reinaba en la familia Calasanz-Gastón es claro por los testimonios que nos han llegado de quienes oyeron contar ciertos relatos al mismo José, ya en su ancianidad. El Hno. Lorenzo Ferrari que fue secretario del santo durante los últimos años de su vida, declaró: “Una vez que me exhortaba a mí y a otros súbditos jóvenes a la piedad cristiana, nos decía que él, de pequeño, atendía a las devociones y rezaba siempre el Oficio Parvo de la Virgen y otras devociones pero muy particularmente el Santísimo Rosario”. Y luego: “Oí decir al mismo P. José que su padre y madre le educaban en el temor de Dios y le hacían aprender las buenas letras... sus padres le educaban separándole con sumo cuidado de las malas compañías”. Y el P. Scassellati: “Por cuanto me contó un condiscípulo del dicho nuestro P. General, que era de su misma edad y del cual no recuerdo el nombre... la puericia del P. José fue timorata de Dios y con indicios de no mediocre santidad. Frecuentaba muchísimo las devociones y exhortaba a los niños de su edad al temor de Dios y a la piedad cristiana” (Bau, BC, p. 11-12). Es muy posible que la fuente de estos recuerdos fuera el sacerdote D. José Musquez o Marquet, quien contó diversas anécdotas del santo cuando, encontrándose en Roma, asistió a los funerales del P. José. En su mente se conservaban aún recuerdos de su paisano, por anciano que todavía fuera.

Y del mismo sacerdote puede provenir lo que dice también el P. Scassellati al añadir que el maestro de la escuela solía a veces colocar sobre una silla al pequeño José y ante sus condiscípulos le hacía recitar los Misterios de Ntra. Señora, de Berceo, que le había enseñado su madre en casa.

Conociendo el futuro de este pequeño, no es de extrañar que el manantial de su vocación, aparte de Dios que otorga sus dones como quiere, tengamos que pensar en la familia que le tocó en suerte y que le cuidó a lo largo de su niñez.

## 2. Primeras manifestaciones vocacionales

La vida del pequeño José transcurría con sencillez y normalidad en el ambiente que hemos señalado. Y salió de casa a estudiar. Así lo dispu-



sieron sus padres, aunque sus hermanos fueran hombres de armas. De Peralta se trasladó a Estadilla a cursar los primeros estudios, en el convento de los trinitarios. No es desatinado pensar que con todo el sencillo pero profundo poso cristiano que llevaba de su casa y con el ambiente que encontró, el de una comunidad religiosa que cuidaba de este niño y le enseñaba y se le mostraba como elemento de referencia, el pequeño y débil brote vocacional que había nacido en Peralta, se fuera desarrollando y madurando. Lo podemos deducir también del hecho de que compañeros suyos llegaron igualmente al sacerdocio. Parece, pues, que Calasanz encontró un ambiente propicio para que se manifestara claramente la vocación sacerdotal.

El primer documento que poseemos en el que aparece la determinación de José de ser sacerdote data de 1571. Calasanz tenía entonces trece años y medio. Era aún muy joven, pero ya entonces sus padres sabían que deseaba llegar al sacerdocio. Conocemos esto porque su padre el día 8 de marzo de dicho año de 1571, hizo testamento y el P. Poch explica que “en una de sus cláusulas encarga y manda a su hijo y heredero, que se llamaba del mismo nombre del padre, don Pedro, no sólo que lo mantenga (a José) con la decencia correspondiente a su calidad, dándole todo lo que hubiere menester, sino que confiando sea clérigo, le sea dado patrimonio suficiente para subir a las órdenes sacras, si ya beneficio alguno no tubiere” (AC 22 (1966) 266).

Está claro que el pequeño José quiere ser sacerdote y también lo está que no existe ninguna reticencia u oposición por parte de su padre, como se ha afirmado a veces, diciendo que el padre de José se oponía tenazmente a la vocación de su hijo porque quería que, como sus hermanos, fuera hombre de armas y dedicarlo a la milicia. Como su padre y hermanos habían ocupado honrosos puestos militares, lo mismo tenía que hacer José para continuar la tradición familiar.

Que esta decisión del hijo de ser sacerdote y aceptación del padre siga siendo natural en los años sucesivos, lo vemos porque en 1576, han pasado ya cinco años de aquel marzo de 1571, en las capitulaciones matrimoniales del hijo Pedro, fechadas el 20 de febrero de dicho año, los padres vuelven de nuevo a confirmar al mayor como heredero universal y reservan al hijo menor, José, el adecuado patrimonio. Tengamos en cuenta que Calasanz ya había recibido la tonsura clerical el año anterior. Queda, pues, claro que en el padre no existe ninguna repugnancia al estado que

ha escogido el pequeño de los hermanos de la familia. Estas capitulaciones es posible que se hicieran porque en aquellas fechas había muerto el primogénito Juan, y el padre, como todo buen padre, quería dejar todas las cosas arregladas y hace testamento, nombrando heredero a Pedro, con quien hacienda y apellido quedan a salvo, y el pequeño José puede seguir su vocación sacerdotal.

### 3. Superando una dificultad

José continúa sus estudios. En su corazón bulle el deseo de ser sacerdote y se prepara con los estudios. Primero, la Universidad de Lérida, donde cursa artes y leyes. Es a mediados del curso 1574-75, está estudiando primer año de leyes y tiene 17 años y medio, cuando da su primer paso serio hacia el sacerdocio. Se dirige a su obispo, el de la Seo de Urgell, y le pide recibir la primera tonsura. Así quedará incorporado al clero diocesano. El obispo accede a su petición y a mediados de abril se dirige hacia Balaguer y sube a la colina en que había surgido el Santuario del Cristo de Almatá. Y allí, el 17 de abril de 1575, recibe la tonsura clerical. Cuatro años antes, como hemos ya recordado, el 8 de marzo de 1571, había redactado su padre el testamento refiriéndose a él: “confiando sea clérigo, le sea dado patrimonio suficiente para subir a las órdenes sacras, si ya beneficio alguno no tubiere”.

Ya era, pues, clérigo; se confirmaba su vocación, el camino parecía abierto, sólo le faltaba algo que no era problema para él, cursar los estudios necesarios para ser sacerdote, deseo de llegar a esa meta, y decisión para amar a Dios y entregarse después a quienes el Padre Dios pusiera en sus manos.

De Lérida Calasanz pasa a Valencia. ¿Por qué? Porque en la ciudad del Turia existía una importante facultad de Teología y él quería estudiar bien la teología. Siempre fue diligente en sus estudios. Calasanz busca siempre lo mejor porque quiere prepararse bien para el sacerdocio. Se hospeda en el colegio de San Pablo que regían los padres jesuitas. Allí los conoció, allí los apreció. En el futuro iban a ser rivales suyos al serlo de las Escuelas Pías. Pero él siempre guardó admiración y respeto hacia ellos. Por eso en 1644 escribirá: “No podrá proporcionarme mayor alegría que dando satisfacción y gusto a los padres jesuitas... Conserve la debida reverencia y obligación con dichos padres, a quienes desde jovencito he venerado yo como a padres mandados por Dios al mundo con doctrina y ejemplo tan

eficaz como tan claramente aparece hoy, sobre todo a quienes recuerdan la relajación anterior. Con particular afecto pido yo al Señor aumente el espíritu y fervor en los padres de la Compañía, para que en este segundo siglo dupliquen el fruto del primero, a mayor gloria de su divina majestad y mayor utilidad y extensión de la santa fe católica” (EP 3704).

Estudiando en Valencia, ¿dónde se aloja? No poseemos ningún documento que nos lo diga. Sólo conocemos el hecho, que en la sobriedad con que viene narrado no nos deja entrever nada para dar una respuesta adecuada a la pregunta hecha. La narración del acontecimiento la tenemos en la *Breve Notizia*: “Le ocurrió ser requerido a desempeñar oficio de secretario de una nobilísima señora, la cual al observar su modestia y costumbres se le aficionó de tal manera, que habiendo distribuido a sus damas por otros quehaceres, quedó sola en la alcoba y llamó a nuestro Calasanz, al cual descubrió sus lascivos deseos, pero él, a guisa de otro José de Egipto, huyó de aquella casa en busca de su confesor y allí determinó no querer ya en adelante entrar en la casa de aquella señora, como lo hizo” (Bau, RV, p. 11).

Podría pensarse desde lo que se narra que Calasanz viviese en aquella casa y que el cargo de secretario justificaba su presencia y compensaba sus gastos como pensionista. Pero también pudiera ser que viviera en otro lugar si su trabajo era bien retribuido y se desplazaba a la casa de la noble dama simplemente para realizar su trabajo. Al final, nada concreto podemos decir.

El Hno. Lorenzo Ferrari que recibió tantas confidencias del santo, nos narra también el hecho: “Insistiendo una vez en el cuidado con que se debe huir del mal, me contó lo sucedido a una persona, que él no nombraba, pero que yo sé que era él, porque en otra ocasión se había declarado con no sé quién de nuestros padres; y aun una vez en confianza y por amaestrarme me lo contó a mí; y fue que estando fuera de aquí, en su Patria, cuando era joven con un empleo ventajosísimo, de grandísimo interés y ganancia suya en aquel lugar, una mujer lo solicitó al mal; y él por huir de la ocasión de pecar partióse de aquel lugar, sin atender al provecho que allí abandonaba” (Bau, BC, p. 105).

Es el P. Berro quien cita expresamente la ciudad de Valencia, añadiendo al final del relato que “por no incurrir otra vez en tan grave peligro partió también de la ciudad”. Ahí tenemos a Calasanz que no sólo deja su trabajo en casa de la dama, sino que abandona la ciudad de Valencia.

Y hay quien añade que después de ir a su confesor y animado por él, dejó todo para irse a Alcalá de Henares. Esto narra la *Breve Notizia*, lo que quiere decir que Calasanz tenía su confesor o director espiritual. Si como hemos dicho, estudiaba en el colegio de San Pablo, regido por los jesuitas, es fácil suponer que el confesor o director era también jesuita, y que fue él quien le aconsejó la ida a Alcalá, donde encontraría junto a la Universidad, un colegio de jesuitas que impartía teología.

El acontecimiento de Valencia fue una prueba. Prueba que puede sufrir cualquier cristiano y que, con la gracia del Señor, ha de saber resistir y superar. Pero es que en Calasanz se encontraba en juego su vocación sacerdotal. La aceptación de la tentación podría haber llevado su vida por otros derroteros, pero él estaba determinado a seguir el camino sacerdotal.

#### 4. Enfermedad y curación

Un día de 1579 le llegó a Calasanz la noticia de la muerte de su hermano Pedro. En 1577 había comenzado una rebelión y se estableció un régimen de terror en las tierras de Ribagorza que duró al menos diez años. Era una revuelta muy compleja, en la que miembros de la pequeña nobleza simpatizaban con los rebeldes, aunque mayoritariamente apoyaban al conde. Incluso el clero andaba dividido en ambos bandos. Y en uno y en otro participaban delincuentes, asesinos, bandoleros, incluso contratados como mercenarios.

El P. Luis Cavada en su visita a Peralta de la Sal en 1677 recogió muchas noticias de la familia del santo y entre ellas la siguiente: “El mayor [hijo de Pedro Calasanz y María Gastón] se llamó Pedro Calasanz... y fue muerto en los años del Señor 1579 sin dejar sucesión, viviendo su padre” (Giner, 134).

La noticia de la muerte del hermano mayor debió impresionar profundamente a José. No sólo por la muerte, que ya era mucho, sino por la tragedia que se creaba y en la cual estaba él implicado. Hasta ese momento tanto su padre como su madre habían estado de acuerdo en que él caminase hacia el sacerdocio. Pedro, hijo, significaba la sucesión del apellido y era el “hereu”. Pero ahora, de repente, se troncaban esas realidades. Pedro, padre, lo consultó con su mujer que pareció estar de acuerdo en llamar a Peralta a José, para proponerle boda y hacerle el “hereu”. No se podía perder el apellido Calasanz.

José, en cambio, se mantuvo inquebrantable: renunció a la herencia puesto que significaba boda y, por tanto, el adiós al sacerdocio, y se quedó en Alcalá. Dos ancianos labradores de Peralta, parientes de los Gastón, declararon. Juan Gaseu dijo: “habiendo muerto Pedro Calasanz su hermano y heredero de la casa y hazienda de sus padres sin hijos, los dichos padres le quisieron hazer heredero al dicho Joseph Calasanz de sus bienes y hazienda, y que él no quiso y es verdad”. Juan Lajanuy, dijo: “que los dichos sus padres después que fue muerto el dicho Pedro Calasanz su hermano, quisieron hazer heredero de su hazienda al dicho Doctor Calasanz y no quiso serlo y esto es verdad” (Giner, 135).

José, por tanto, continúa en Alcalá con la intención de terminar el curso 1579-80. Pero al poco tiempo le llegó la segunda noticia, la muerte de su madre. Era demasiado. Comprendió que no podía quedarse en Alcalá ni negarse a volver a Peralta. Y allí se fue. Pero aquí ocurre la tragedia personal. En cuanto llega, su padre y hermanas no cesan de insistir. Tenía que ser el “hereu”, el encargado de cuidar de la familia, el que tenía que dar descendencia a sus padres, los nietos que continuarían el apellido. Y ocurre lo previsible. Calasanz enferma. ¿Causas? El dolor de la muerte de su hermano y al poco tiempo de su madre; las continuas presiones de su padre y hermanas para que deje lo que él tanto ansía, el camino al sacerdocio. Todo esto crea en él una gran presión. Se siente mal. El estrés es grande. Y acaba en la cama, con malos síntomas, incluso aparentemente de muerte. Entonces el Padre, Pedro Calasanz, se ve en la tesitura de decidir: o un hijo que puede morir si la familia sigue insistiendo en su propósito, o un hijo vivo, aunque no sea el “hereu”, aunque no le dé nietos, aunque no contribuya a conservar el apellido, camino del sacerdocio. De todas formas, comprende que de ninguna de las dos maneras se conservará el apellido Calasanz. El padre cede: mejor hijo vivo que hijo muerto.

La presión disminuye sobre José. De nuevo se le abre el camino. Ya no siente sobre sus espaldas el estrés de todo lo que ha vivido las últimas semanas. La enfermedad remite, y Calasanz se cura completamente. Su vocación va adelante.

## 5. Ordenaciones

Curado de su enfermedad, Calasanz no vuelve a Alcalá. Se dirige a Lérida, aunque esta Universidad nunca se había distinguido por su Facultad de Teología. Pero no quería apartarse demasiado de Peralta después de lo

ocurrido y viendo envejecido a su padre. Y allí, en el Estudio General de Lérida, cursa los dos últimos años de teología que le faltaban entre 1581 y 1583. Posiblemente durante el primer semestre de 1583-84 hizo los ejercicios académicos requeridos para graduarse de “bachiller en teología”.

Calasanz decide seguir su camino y se traslada a Huesca, cuyo obispo celebra ordenaciones generales en las Témporas de Adviento. Dispensado de los intersticios, en dos días consecutivos recibe las cuatro órdenes menores y el subdiaconado. Las primeras el 17 de diciembre de 1582, en el Oratorio privado del obispo, y al día siguiente el subdiaconado en la Catedral.

A mediados del segundo semestre del mismo curso 1582-83 vuelve a solicitar dimisorias a la misma Curia de Lérida para ordenarse de diácono. Después de resolver algunas dificultades, recibe las dimisorias del Vicario General, haciendo constar que el ordenando José de Calasanz había sido “examinado, aprobado y dispensado de intersticios”. Así que el 9 de abril, Sábado Santo, Monseñor de la Figuera le ordena de diácono en la iglesia o capilla de San Sebastián, de la villa de Fraga, hoy desaparecida.

Ese curso termina la teología y aprovecha los meses siguientes para irse a Peralta y convivir con su padre y familiares. Ya cerca de Navidad, hace los trámites prescritos, pero esta vez los hace en la curia de su diócesis de Urgell, y, por fin, el 17 de diciembre de 1583, sábado de Témporas, se ordena sacerdote en el castillo de Sanahuja, residencia de invierno del obispo de Urgell. Le ordena sacerdote su propio obispo Fray Hugo Ambrosio de Moncada.

Por fin había llegado a lo que tanto había ansiado y a lo que se sentía llamado por Dios. Cómo vivió ese hecho y lo que fue para él el sacerdocio lo podemos deducir de algunas palabras suyas. Con 73 años escribía a un religioso que se iba a ordenar sacerdote: “Para ser sacerdote no sólo basta tener la edad de veinticinco años, sino también la ciencia necesaria, y lo que más importa, una gran humildad para saber tratar un ministerio tan alto y tremendo” (EP 1588). Y dos años más tarde escribía a otro: “El Señor le recompense con bienes espirituales y le dé la gracia de conocer la dignidad sacerdotal y la humildad y reverencia que se deben a un ministerio y sacramento tan altos” (EP 4572).

Cómo debía vivir él el sacerdocio y el momento fundamental del mismo, la celebración de la eucaristía, lo podemos deducir de lo que aconse-

jaba a sus religiosos: “Me alegro que se hayan ordenado de sacerdotes los dos que envió usted. Enséñeles con cuánta devoción deben hablar con el Padre Eterno y con la Trinidad. Para que obtengan todo el provecho posible de la misa, comprendan lo que significan las palabras que pronuncian y las digan con toda reverencia y humildad, y no se acostumbren a decir las con precipitación” (EP 3669). Y en otra ocasión: “Advierta mucho que sea buen sacerdote y celebre la misa no tan rápidamente como acostumbran algunos, sino con mucha reverencia, considerando que habla con el Padre Eterno de problemas muy graves, y se debe hacer con mucha reverencia y atención. De no hacer esto, sería mejor que no se ordenase, como hizo San Francisco, que comprendió la pureza de corazón que debe tener el sacerdote” (EP 3706).

## 6. En busca de canonjías

Parece haber terminado el itinerario vocacional de Calasanz, pero no es así. Dios todavía le tenía preparados nuevos retos. Dejando aparte otros elementos conocidos y pensando solamente en el tema que nos ocupa, hemos de mencionar su ida a Roma. No ha cumplido aún los 35 años. Quizás sea verdad que fueron varios los motivos de la ida de Calasanz a la ciudad eterna. Quizás, porque al menos la fuerza de los documentos que han llegado hasta nosotros no respalda de la misma manera la autenticidad de los distintos motivos que se alegan.

Los investigadores se han centrado en tres, y los han barajado como mejor han juzgado. Leído el último escrito sobre el tema, nuestra posición puede resumirse de la siguiente manera:

- a) Que Calasanz fue a Roma, pretendiendo dignidades, nos parece cierto y documentado sin la menor duda.
- b) Que Calasanz partió para Roma, apoyado en una cierta iluminación interior, o en una cierta intuición interior, pudiera ser (para no dejar mal a la hagiografía pasada, y dado que historiadores reconocidos como Sántha, Picanyol, Bau y Giner lo aceptan).
- c) Que Calasanz se determinó a ir a Roma por mandato de su obispo, para realizar la Visita ad limina de la diócesis de Urgel, y como sustituto de R. Durán, entra dentro de las posibilidades, pero se necesitan documentos no sólo que lo hagan posible, sino que lo demuestren.

Sobre cada uno de estos motivos se podrían decir muchas cosas; ni es el momento ni nos interesa para nuestro tema. Sin duda el primero de ellos es cierto. Tenemos repetidas cartas del santo que muestran su esfuerzo por conseguir una canonjía, y no sólo eso, tenemos también testimonios que lo afirman, de personas que conocieron a Calasanz. Oigamos algunos testigos: “Yo he oído que el P. José vino a Roma para pretender alguna cosa eclesiástica...”, dirá el pintor Francisco Gutiérrez. D. Tomás Simón, en el proceso apostólico de 1686, afirmó que: “Vino después a Roma... por las pretensiones que tenía de ser provisto de beneficios...”. El P. Berro, lo dice de otra manera: “...se fue algunos días a su pueblo, no para quedarse, sino para arreglar sus cosas con la esperanza de medrar en la Corte romana como lo prometían sus virtudes...”. Y Caputi: “...se le enfriaba el deseo de medrar para volver a su patria con alguna importante dignidad” (Giner, 268).

Con todo esto queremos decir que Calasanz tenía un motivo para estar en Roma: persistía en su corazón el deseo de una canonjía. Y ahí le esperaba el Señor.

## 7. La crisis verdadera

Viendo el doctor José de Calasanz que no conseguía lo que tan fácil creyó siempre que iba a obtener, la famosa canonjía, y siendo un buen sacerdote, da su nombre a la Cofradía de los Doce Apóstoles. Quiere llenar el tiempo que le sobra después de realizar lo que le pide en palacio el cardenal Marcantonio Colonna, donde se hospedaba.

Como cofrade empieza a visitar las iglesias de Roma y así va conociendo la ciudad. No era grande Roma, pero Calasanz se había movido siempre en un círculo determinado y en el fondo desconocía la Roma real, popular con la que no había tenido trato. Así que comenzó a darse cuenta de lo que sucedía de verdad en la ciudad eterna, pobreza, ignorancia, desasistencia. Innumerables niños vivían en la total pobreza e ignorancia. Cuenta Berro en sus *Annotazioni*: “Con ocasión de que nuestro D. José visitó por seis o siete años toda la ciudad de Roma muchas veces, como Visitador de la Cofradía de los Santos Apóstoles, como antes se ha dicho, y él mismo me escribió en una carta, había encontrado multitud casi innumerable de niños que por la pobreza no podían ser llevados por sus padres a las escuelas; y por lo mismo se perdían corporal y espiritualmente, dándose a todos los vicios que la necesidad y el ocio suelen enseñar. A más de que muchos



ni sabían siquiera el Padrenuestro, el Avemaría y las cosas indispensables para la salvación, veía por otra parte a muchos otros de prometedor ingenio, que, de emplearlo bien, darían óptimo resultado, con provecho extraordinario de sus almas. Impelido –según él mismo me dijo– de esta cuasi extrema necesidad de los pobres y visto que...” (Giner, 387).

La experiencia de la pobreza real y descarnada, el dolor que le producía que los niños no supieran ni letras ni las cosas más necesarias de la Religión y que por su ignorancia no podían salir del estado en que se encontraban; la pena que le causaba que se perdiera la inteligencia de tantos niños que podían hacer bien a sus semejantes y a la sociedad, le impulsó a comprometerse con ellos. Sabemos cómo, y él mismo en una carta se lo contaba al P.Berro: “En cuanto al principio de las escuelas, yo me encontré con otros dos o tres de la Doctrina Cristiana que iban al Trastévere a dar clase en ciertas escuelas que se hacían en Santa Doro-tea, en las cuales, dado que gran parte de los alumnos pagaba cada uno un tanto al mes y de los compañeros había quien venía por la mañana y quien venía por la tarde, me decidí al morir el párroco que nos prestaba una salita y una habitación en la planta baja, a meterlas en Roma, conociendo la gran pobreza que había, por haber visitado yo, siendo de la Cofradía de los Santos Apóstoles seis o siete años, todos los barrios de Roma; y de los compañeros que tenía en el Trastévere uno sólo me siguió, y fue puesto en Roma el instituto, que poco a poco se hizo Congregación y luego Religión” (EP 4185).

Al ver todo aquello le nacía una pregunta por dentro, ¿qué querrá Dios de mí? ¿Que siga buscando la canonjía y conseguida me vuelva a España o que me dedique de por vida a estos niños pobres y abandonados? Esta fue la crisis profunda de Calasanz.

## 8. Fundador

El último intento por asegurar las Escuelas –había hecho otros muchos– fue su unión con la Congregación de la Madre de Dios. En un principio parecía que la cosa iba bien, pero pronto se dio cuenta que todo iba a fracasar. Y pidió al Papa la separación de las Escuelas de la Congregación de los Padres de Lucca después de tres años de vivir juntos.

La separación de las Escuelas Pías de la Congregación luquesa, según el santo, tiene por motivo la defensa del ministerio calasancio. Cuenta en

el *Informe* de 1622: “Pero viendo que dichos Padres de Santa María in Pórtico no deseaban abrazar el instituto de las escuelas con la pobreza requerida, la St.a de N.S. Papa Paulo V de feliz memoria revocó a dichos Padres, y erigió de nuevo la Congregación de los Pobres de la Madre de Dios con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, nombrando superior de la misma a dicho P. José de la Madre de Dios” (EP 132 a).

Y el Papa así, al mismo tiempo que separa las dos realidades, instituye la Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dos de las Escuelas Pías. Y nombra General de la misma al mismo Calasanz.

He aquí algunos textos de lo que significaba semejante Congregación: “El instituto de estos Padres es dedicarse a la pía erudición y educación de los niños sobre todo pobres, empezando por los primeros elementos...”. “La Religión de los Clérigos pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías tiene por instituto particular la pía educación de los muchachos y particularmente pobres”. “El Instituto de las Escuelas Pías, que consiste en la erudición y cristiana educación de los niños, sobre todo pobres...”. “La mente del P. General -dice el mismo santo- ha sido siempre de deber enseñar a los chicos más pobres y abandonados. Pues para los alumnos ricos hay otras escuelas...” (Giner, 533).

El itinerario vocacional de Calasanz acaba siendo Fundador de la primera escuela popular y gratuita, dedicada a los niños principalmente pobres. Algo que jamás había pensado, pero es que los caminos de Dios no son los nuestros.

# PRIMEROS PASOS

## 1. Principios

Pastoral Vocacional es una expresión de nuestro tiempo. No la podemos, por consiguiente, encontrar en los escritos de Calasanz. Y no sólo las “palabras”, tampoco el modo de llevarla a cabo, la comprensión de la misma, la orientación que hoy se le da y el espacio de tiempo en que se concreta. El tiempo es como el viento, barre unas cosas y trae otras. Y dado que nos encontramos en este tema con José de Calasanz, es lógico que hablemos con sus categorías, traducidas después, en lo posible, a las nuestras. Es un elemento a tener en cuenta en todo el desarrollo de este trabajo<sup>1</sup>.

---

1 Es importante hacer una advertencia para entender de lo que trata el presente trabajo. Ya hemos dicho que “Pastoral vocacional” es un término y concepto que no aparece en Calasanz como nosotros la entendemos hoy día. Por eso, y dado que el año 2012 está dedicado a la Pastoral Vocacional, convenía decir algo del Fundador. En ese sentido hay una pregunta de fondo que atraviesa todo este trabajo: qué nos diría hoy Calasanz, con su lenguaje y categorías, sobre este tema a los escolapios. Para ello hemos tomado el término Pastoral Vocacional en sentido amplio –era la única manera de aplicarlo a él–, es decir, comprendiendo todo el tiempo que va desde que una persona pide la entrada en las Escuelas Pías, hasta que emite su profesión. Eso sí lo podemos encontrar en el Fundador. Habla de quienes piden entrar y de cómo han de ser. Se refiere al tiempo del noviciado como tiempo de discernimiento e indica cómo se ha de ser en ese tiempo en la vida del espíritu y en los estudios. Y así en otros elementos. Después, buscando una respuesta a la pregunta, ¿qué pediría en este campo a los ya religiosos de forma que su vida atrajera vocaciones?, hemos desarrollado algunos temas que nos parecían responder mejor a la pregunta. Pues bien, con todo esto se quieren varias cosas: insistir en elevar el nivel vocacional de la Orden; intensificar la experiencia vocacional personal de cada religioso y, en consecuencia, de todo el Instituto; y que todo ello sea un incentivo este año de 2012 no sólo a reflexionar sobre la Pastoral Vocacional, sino también a vivir y profundizar la llamada vocacional recibida. Así se compromete a toda la Orden. Por tanto, en definitiva, tratamos de la Pastoral Vocacional –en sentido de Calasanz– y de la pastoral de la vocación de quienes ya han respondido positivamente a ella.

Calasanz por supuesto no desconocía la importancia de las vocaciones; todo lo contrario, lo sabía muy bien. Sin duda lo experimentó a lo largo del tiempo de su formación, en las diversas etapas narradas en el capítulo anterior. Está tan convencido de esta realidad que en el Proemio de sus Constituciones, que es como el núcleo fundamental de las mismas, y que las Escuelas Pías en las distintas redacciones o cambios de las mismas siempre ha conservado, dice: “Pues si no se procede con gran discernimiento en la selección y admisión de los novicios y no se les da una formación muy esmerada nuestra obra, como cualquier otra por santa que sea, se desmoronará” (CC 7).

Este es el pensamiento de Calasanz. Ha fundado una nueva Congregación. El cardenal protector Giustiniani le pide que redacte unas Constituciones para el nuevo Instituto. Y Calasanz, ni corto ni perezoso, señala lo que debe tener en cuenta su Instituto, de manera que si no se tiene en cuenta lo dicho, todo se vendrá abajo. Y eso es precisamente la “selección y admisión de los novicios”; en nuestras categorías una pastoral vocacional bien hecha, realizada con esmero. Es el único modo que el Instituto que se encuentra en sus comienzos se sustente y no se venga abajo en el futuro.

Esta advertencia del Fundador es fundamental para toda la historia de la Orden. Nunca se sabe las situaciones difíciles por las que puede pasar; las asechanzas que pueden cernerse sobre ella; los altibajos por los que puede pasar a lo largo de su historia. Pues bien, tanto en esos momentos como en el presente, cuando se quiere elevar su nivel vocacional, esta afirmación del Fundador se ha de tener en cuenta si se quiere obtener ese objetivo.

De lo dicho se pueden obtener algunos principios que enuncia Calasanz y que ha de tener en cuenta la pastoral vocacional. Y son:

Uno de ellos es la preocupación por la formación. El problema de la pastoral no está en conseguir abundantes vocaciones –lo que sin duda es bueno–, sino en poseer la capacidad de formarlas. De lo contrario luego se pagan las consecuencias. Y suelen ser funestas. Tantas veces muchos religiosos se preguntan cómo se pudo aceptar a una persona determinada que no es sino de tropiezo en la comunidad, no posee ninguna capacidad comunitaria, da la sensación de que su espíritu religioso es raquíutico y no hace otra cosa sino suscitar dificultades en todos los lugares por los

que pasa. Muchas veces es consecuencia de un mal discernimiento o de pensar que la persona que en el primer momento de la vida se la juzga no apta para la vida religiosa, se arreglará en las etapas siguientes de formación, y así se le va dejando pasar de etapa en etapa, hasta que llega al sacerdocio. No era el pensamiento del Fundador. El establece bien claramente: “Es mejor no aceptar que, aceptando, no formar bien” (EP 2739). Conviene tener muy en cuenta lo dicho porque evitará muchos arrepentimientos futuros.

Lo que deseaba el Fundador era el espíritu necesario para vivir la vida religiosa. Veremos más adelante las instrucciones que daba respecto a conceder el hábito. Amaba las escuelas, quería a sus niños, buscaba hacerles el mayor bien, deseaba acoger a cuantos más, mejor. Pero esto no era motivo para traicionar sus principios. Además sabía que de traicionarlos no haría ningún bien al Instituto, sino todo lo contrario. Había que tener espíritu para pedir el hábito en un Instituto tan pobre, en aquellos momentos tan pequeño y malquerido por muchos que no aceptaban la educación que en él se daba buscando el bien de los pobres.

Precisamente intentando ese bien de los pobres, brotaba este segundo principio: “... es mejor vestir y ser pocos que ser muchos religiosos y sin espíritu. Y esto no se puede aprender si no es con mucho retiro” (EP 3384). No se trata por lo tanto de la cantidad, y si era buena, sí que la buscaba, sino más bien de la calidad. En esta ocasión, un poco más arriba, en esta misma carta, se refiere José a los que han sido aceptados con anterioridad y se pregunta por el resultado. No era ciego. No se engañaba. Seguía cada una de las casas donde se daba el hábito a candidatos a la vida escolapia, y cuidaba que se obrara siempre bien. En la pastoral vocacional hay tentaciones que se deben superar.

Calasanz cuidaba de las escuelas con todo su empeño como lo veremos en los capítulos que siguen. Eran las niñas de sus ojos. Por ellas había entregado su vida. Se preocupaba por cada una de ellas. Y escribía constantemente para que los maestros las atendieran como se debía hacer, no las descuidaran y los sacerdotes o clérigos no se dedicaran a otras ocupaciones rehuyendo las escuelas cuando precisamente era esa su vocación. Pero además de esta solicitud por las escuelas porque era el modo de hacer el bien a los niños, había otro motivo que lo podemos presentar como tercer principio y era el aspecto vocacional. Se expresa-

ba de la siguiente manera: “Si las escuelas caminan bien, no le faltarán individuos idóneos que pidan nuestro hábito” (EP 3798). “No se debía haber admitido a la vestición, siendo natural de Bolonia y haber vagado por diversas partes de Italia, porque para nosotros son más convenientes los jóvenes que aprenden en nuestras escuelas, los cuales se ve si son de buena o mala inclinación, si tienen o no buena inteligencia, y educándoles bien dan buen resultado” (EP 2581). Las escuelas como semillero vocacional. Creía que si los alumnos percibían el trabajo de los maestros, su preocupación por ellos, la atención que les prestaban, si veían su desinterés y que sólo buscaban su bien, habría alumnos que pedirían el hábito, queriendo imitar a quienes tenían delante de ellos, dándose a ellos. Por tanto, el ministerio escolapio bien llevado tenía un doble resultado: enseñar y educar a quienes tanto lo necesitaban, y suscitar la vocación, el deseo de ser como sus maestros en alumnos que podían acabar siendo religiosos escolapios.

Otro principio que tenía claro el santo en este tema era que no hay que admitir novicios si no hay noviciado en un lugar. Se lo dice al P. Alacchi que estaba en Palermo: “Mientras no se tenga noviciado no debe dar el hábito”. También de esta manera quitaba cierto escrúpulo que tenía el P. Salazar Maldonado que se encontraba en Moricone (cf. EP 2352). No quería José que los novicios estuvieran fuera de la casa del noviciado, porque no se les podía atender bien, educar y enseñar todo lo que debían aprender en esa fase de la vida. Por eso se empeñará en crear noviciados o si no encomendaba a algún candidato al cuidado de un padre en particular.

Por la misma razón no había que fundar si no se contaba con sujetos apropiados o no había formadores que pudieran ocuparse con capacidad de las vocaciones. De donde se ve la precariedad con la que se encontraba a veces Calasanz en lo que se refiere a la pastoral vocacional. Escribía: “En cuanto a vestir algunos novicios que sean aptos para ayudar a la Religión, espero que con la llegada de estos dos Padres, V.R. podrá atender a ello y no se puede tratar de introducir tan pronto el Instituto en otros lugares sin haber formado antes sujetos idóneos. Esmérese para que se instruya a los niños en el santo temor de Dios y en la frecuencia de los sacramentos” (EP 3898). “Sobre el vestir jóvenes de poca edad y de buen ingenio no ha llegado todavía el tiempo oportuno porque no tenemos formadores espirituales ni profesores tales como se requiere para ellos y

tenemos que servirnos rápidamente de los candidatos por ser muchísimos los que piden nuestra obra” (EP 1849).

Finalmente, el Fundador tenía grandes reticencias en admitir a quienes habían vivido a sus anchas: “En cuanto a ese señor Otón, hay que andar con mucho cuidado, que difícilmente se acomodan a nuestro Instituto los que han estado acostumbrados a vivir a su modo. Hagan mucha oración por esto, y, junto con el P. Provincial, trátenlo; y lo que resuelvan comuníquenmelo, para que se pueda decidir; yo mientras tanto haré también oración” (EP 995).

Está claro con lo dicho cómo Calasanz se preocupaba de quienes iban a entrar en la vida religiosa escolapia, es decir, lo que llamamos ahora pastoral vocacional. Había que cuidar este elemento para que no se desmoronase el Instituto; había que formarlos bien, de lo contrario era mejor no admitirlos; no había que dejarse llevar por la abundancia de peticiones, sino más bien por la calidad de las mismas; estaba convencido de que las escuelas, si se llevaban bien, eran lugar propicio para el nacimiento de las vocaciones, y no había que aceptarlas en aquellos lugares donde no existía noviciado o donde faltaban religiosos aptos para cuidar de los que pedían entrar en el Instituto. Si siempre se hubieran cumplido sus deseos, recomendaciones y mandatos, no se hubieran dado muchas de las situaciones que tuvo que vivir José y que incluso continuaron muerto el santo. Atención, pues, a la pastoral vocacional.

## 2. El discernimiento vocacional

Si algo deseaba el Fundador es que se conociera bien a todos aquellos que iban a entrar en el Instituto. En ese sentido podemos afirmar que requería un discernimiento vocacional efectivo. No se podía aceptar sin más ni más a quien pedía la incorporación a las Escuelas Pías. De este discernimiento hablamos en este apartado.

Antes de admitir a los candidatos al Instituto y darles el hábito había que conocer bien a cada uno. El conocimiento de una persona es el mejor medio para evitar ya desde el principio lo que después es más difícil de erradicar. No quería Calasanz equivocarse en este elemento. Así se lo pedía al P. Juan García del Castillo, en la comunidad de Frascati: “No hay lugar por ahora en el noviciado para ese joven. Es necesario andarse muy cautamente y conocer bien a cada uno antes de darles el

hábito” (EP 853). Por la experiencia que le había dado la vida no quería excepciones en este campo; había que conocer a todos incluso si quienes pedían la entrada eran ya sacerdotes: “Por amor de Dios, cuídese de conocer a los sacerdotes antes de darles el hábito, porque el año pasado entraron cuatro o cinco que me parece no servirán sino para decir misa” (EP 2177). Como se ve estaba decepcionado por lo que había ocurrido el año precedente con otros sacerdotes, aceptados tranquilamente, sin ninguna otra indagación y que luego no sirvieron para el ministerio de las escuelas, sino simplemente para decir misa. Y eso no lo quería el Fundador.

Había incluso que examinar en secreto las motivaciones de quienes pedían la entrada. Sólo luego, si no existían impedimentos, era el momento de aceptarlos en la Religión: “En cuanto al joven calabrés que quería ir con el P. Francisco, V.R. infórmese, tanto de él, cuanto acerca de su tío, sobre la causa por la que no están en su pueblo, y esto, secretamente. Y según se encuentre o no algún impedimento, se pueden admitir al hábito y mandarlos a Roma” (EP 2829). Y esto porque “a la Religión se viene para padecer en esta vida y hacer penitencia, y no para ser un relajado” (EP 164).

La prudencia era la virtud que pedía el santo a todos sus religiosos cuando se trataba de la aceptación de alguien en el Instituto. Prudencia, cautela, cuidado, todo era poco cuando se trataba de algo tan importante como la vocación. Le escribía al P. Sciarillo que estaba en Campi: “En cuanto a vestir novicios tengo por cierto que V.R. y los otros Padres nuestros tendrán la prudencia que se debe en la elección, y también de educarlos en el noviciado como hay que hacerlo, siendo así que el noviciado suele ser el fundamento de la Provincia” (EP 4035). Extremaba, por tanto, el cuidado y lo pedía hasta la saciedad. Lo que para nosotros es un indicio de la importancia que daba a este aspecto: que en el candidato todo sea claro, tanto externa como internamente. Y es que detrás de esta aceptación se encontraba el honor del Instituto. Bien podemos afirmar que si todos se hubieran portado de esta manera, no hubieran ocurrido muchas de las cosas que pasaron en la historia de las Escuelas Pías de los inicios. Así lo pensó el santo hasta el final de su vida. Era el año 1644 y escribía al P. Juan Domingo Franchi que vivía en Podolin; escribía, pues, con la experiencia de muchos años a un religioso que estaba en las nuevas fundaciones de Centroeuropa: “V.R. será muy cuidadoso en recibir al



hábito, si no son personas muy a propósito para aumentar el crédito de nuestro Instituto” (EP 4176).

Esta necesidad de discernir bien la vocación de quienes aspiraban a entrar requería, según el santo, alargar los tiempos de admisión y no prometer en seguida que iban a ser admitidos. Así los aspirantes podían irse preparando mejor, y quienes o quien iba a decidir si entraban o no, disponía de más tiempo para el conocimiento de su vocación. Pero siempre había que darles buenas palabras para que no se desilusionaran, a no ser que ya desde el comienzo los padres tuvieran muy claro el caso en cuestión: “Dé siempre a todos buenas palabras, pero no les asegure que serán admitidos, a no ser que se trate de algún talento extraordinario. Que es mejor ir entreteniéndolos, para conocer su vocación” (EP 352).

A veces se tenía la tentación de enviar una vocación del lugar donde había surgido a otro para que le dieran allí el hábito. Esto no convenía al Fundador. Creía que lo mejor para cada uno, de haber noviciado, era entrar allí donde había nacido la vocación porque era el lugar donde mejor conocían al candidato. Y ya se ha dicho que elemento fundamental era el conocimiento de la vocación: “No me parece bien darle el hábito aquí, donde no estamos bien informados de las cualidades de las personas, pudiendo recibirlo ahí, donde se conocen con todo detalle” (EP 215).

Por las cartas que poseemos, podemos decir que el Fundador no opuso resistencia en algunas ocasiones a recibir jovencitos de 11 y 12 años. En este caso debían estar con los novicios, se les debía atender con mayor cuidado, tenían que aprovechar el tiempo de manera que no olvidaran los conocimientos con los que habían llegado a una casa escolapia. Era ya anciano el santo, nos encontramos en 1642, y mantuvo relación sobre un caso de éstos con el P. Manzella que se encontraba en la Duchesca de Nápoles, y también con el superior de la comunidad. Al primero le decía: “En cuanto al jovencito de doce años, del que usted me escribe, se puede hacer la prueba de tenerlo entre los novicios, para ver cómo resulta; pero que también procure estudiar, para que no pierda lo poco que sabe, siga adelante, y esté más capacitado para ayudar al prójimo” (EP 3883). Medio mes más tarde, volvía sobre el asunto: “En cuanto al jovencito recibido en casa, edúquenlo con los novicios, y que no salga de casa si no es en compañía de los novicios; procuren que se dedique al estudio, y se forme con gran modestia, como si fuera novicio de verdad” (EP 3900). El mismo día escribía al superior de la comunidad: “Oigo decir también que han

recogido en casa a un jovencito de 11 ó 12 años, para educarlo en letras y piedad, para hacerlo religioso; a éste lo deben tener en compañía de los novicios, y que no salga de casa más que cuando salgan los novicios, y se observe puntualmente; y me parece que, como está ocupado el P. Marcos, debe hacerle alguna exhortación el P. Tomás de la Pasión, que, como persona de edad, siempre le dará consejos buenísimos” (EP 3899).

Se podía, pues, aceptar estos jóvenes, pero quería el santo que fueran devotos: “Me disgustaría bastante que esos jovencitos que van resueltos a dejar el mundo falaz, y a seguir las huellas de Cristo, no salgan tan devotamente como suelen hacer aquí algunos florentinos, que, una vez que han entrado en la vida espiritual, suelen hacer cosas grandes. Ud., en cuanto al viaje, téngalos compasión, pero, cada mañana y tarde oblíguelos a hacer algún ejercicio espiritual” (EP 1882).

He aquí un aspecto que no tiene que olvidar ni pasar por alto la pastoral vocacional y es el conocimiento lo más profundo posible de quienes aspiran a entrar en las Escuelas Pías; conocimiento de la persona, de sus cualidades y de las motivaciones que les impulsan a entrar en la Orden. En tiempos del santo y con posterioridad, hasta recientemente, se aceptaron jovencitos que apuntaban aspectos vocacionales. Hoy, en las Escuelas Pías, no se da, en la mayor parte de lugares este hecho, y se buscan personas de más edad. Y parece congruente con lo que son hoy día los jóvenes y la necesidad de madurez. Además el seguimiento vocacional en gente más joven puede hacerse personalmente, si es necesario, sin aglomerar estas personas como se hacía antes. Es cierto, Dios obra como quiere, pero el hombre atiende también al desarrollo evolutivo de las personas.

### 3. La aceptación de la Orden

A lo largo del epistolario encontramos a un Calasanz que quiere que entren candidatos, pero a los que pide muchas cosas. Depende de los casos, de quién le hablan o le escriben y de lo que él piensa que conviene al Instituto. Vamos a citar simplemente algunas de esas peticiones del Fundador.

Desde Nápoles, en 1626, escribía al P. Juan García del Castillo y le contaba cómo en esa ciudad había vocaciones, pero frente a las peticiones que recibía él se mostraba precavido: “Siuviésemos aquí noviciado, vocaciones encontramos, pero ando con toda cautela” (EP 552).

Prefería también las vocaciones que nacían en las propias escuelas. Tenían sus ventajas porque se conocían a las personas y estaba convencido de que cuidándolas darían buen resultado: “Para nuestro fin, son preferibles los jóvenes que se educan en nuestras escuelas, a los cuales se ve si son bien o mal inclinados, si tienen buen ingenio o no, y formándolos bien dan buen resultado. Esto que escribo, si bien no lo mando en virtud de santa obediencia, se debe poner en práctica como palabra de Dios, venida a través del superior” (Co 271).

Para recibir a los que piden la entrada, deben tener todas las cualidades requeridas. Insiste en esto repetidamente: “Me escribe el P. Evangelista que hay algunos jovencitos en Cosenza que eran sus alumnos y que le piden el hábito; le he respondido que si tienen las cualidades requeridas los podrá vestir y mandarlos al noviciado de Nápoles” (EP 3905). “[Diga] al Hermano Lucas que al alumno que usted ha juzgado a propósito lo puede enviar, pero de ahí necesitamos el dinero para darle el hábito; porque, si se le da el hábito y no da para él, luego se olvidan, y no se puede conseguir, si no es con mucha insistencia, lo que no quiero utilizar con nadie” (EP 445). “He leído las dos cartas que me han llegado por este correo. Y le digo que, en cuanto al joven que quiere vestir, si tiene las cualidades requeridas y el dinero para hacerse el hábito, mande decir al P. Santiago que consiento en que lo vistan cuanto antes” (EP 594). “En cuanto al joven propuesto por el P. Caravita, si le parece a VR que es a propósito, puede aceptarlo; pero siendo nosotros pobres y encima ahí con algunas deudas, debe procurarse las cosas necesarias para el propio vestido” (EP 576).

De los textos citados, vemos cómo Calasanz pedía para dar el hábito que se adelantara o el paño del mismo o dinero para comprarlo. Es claro que se sentía impelido a ello por la mucha pobreza que existía en el Instituto. A veces no se podía dar el hábito a personas que lo pedían precisamente por falta de dinero para comprarlo. No es extraño, pues, aunque ahora nos lo parezca, que obrara de ese modo. La pobreza que se vivía impidió a veces la entrada de candidatos a las Escuelas Pías.

Quiere también que se vista a aquellos de quienes los padres están convencidos de que tienen auténtica vocación. Por una parte había que cerciorarse de ello y, por otra, no se tenían que desaprovechar las vocaciones: “En lo que se refiere al clérigo siciliano si le parece a Ud. que tiene vocación y que con su fatiga puede ayudar la Obra, lo podrá vestir” (EP 567).

Para dar el permiso de entrada en la Religión quería el consentimiento de los padres del candidato. No deseaba desagradar a nadie y menos a los padres de un futuro religioso. Siempre tuvo cuidado especial de ellos. Y cuando alguien profesaba y pertenecía completamente a la familia calasanziana nunca dejó de ayudar a los padres necesitados de sus religiosos: “No me preocupa si visten a los jovencitos porque yo aquí (Nápoles) tengo decenas de buenísimo ingenio y buenísimas costumbres, pero si los padres no están contentos, nosotros no queremos desagradar a nadie” (EP 607).

Sus hijos religiosos se dedicaban a la escuela, a enseñar, y para ello se requería saber hablar bien. Por eso si había algún candidato con facilidad en el hablar, no había que desaprovechar semejante cualidad y se le debía admitir. El santo estaba atento a todo lo que facilitara el ministerio en sus escuelas y buscaba lo mejor para sus alumnos. Por eso afirma en las Constituciones: “Deben todos los postulantes poseer gracia en el hablar, para que tengan facilidad en enseñar” (CC 15).

Esta afirmación, seca y contundente, dada al P. Cherubini que vivía en Nápoles, indica otro de los elementos que pedía a los candidatos: “No es para la Religión sujeto no sano” (EP 1209). Lo repite en distintas ocasiones y a diversos religiosos. De nuevo a Cherubini: “Si le parece vestirlo, hágalo, estando sano como se cree” (EP 1380). “En cuanto a D. Benito Ghirelli vea cómo se resuelve, no estando bien de salud no es para él la Religión” (EP 1385). Y al P. Busdraghi: “En cuanto al hermano Diego, esté usted seguro de que no es a propósito para religioso, máxime entre nosotros, porque está siempre indispuerto, y es enemigo de toda mortificación. Antes de darle el hábito se debía haber mirado bien, dado que por falta de salud creo que no lo quisieron los cartujos, ni tampoco los dominicos. El Señor le dé su gracia en el mundo” (EP 1491). También al P. Fedele: “En cuanto al sacerdote llamado Costa, si fuese hombre robusto y sano se le podría admitir a la Religión” (EP 3510). “En cuanto al sacerdote llamado D. Andrés Costa, deseo saber si tiene algún emolumento para el vestido de la Orden, a fin de que el noviciado de Roma vea también su utilidad, además del gasto. Puede darle el hábito ahí, con tal que tenga buena salud, y no tenga deudas, ni sea buscado” (EP 3514).

Como es natural, la entrada en el Instituto ha de ser para bien de los candidatos y por tanto al entrar no han de quedar desedificados por el modo de hablar de quienes ya están dentro: “Con el parecer de los de

casa puede aceptar a los dos novicios de que me escribe. Tenga particular cuidado de que los profesos, que están en el noviciado, no hagan nada ni digan palabra alguna que sirva de mal ejemplo a los novicios. En este particular emplee todo el rigor contra los profesos que den mal ejemplo” (EP 3391). Deseaba todo lo contrario, que vieran devoción en los religiosos de la casa en la que entraban.

Cuando escribe a las nuevas fundaciones de Centroeuropa, quiere lo siguiente: “Teniendo noviciado V.R. procurará no dar el hábito sino a personas que sean muy a propósito para fundadoras, siendo la primera casa en ese reino, porque es mejor ser pocos y buenos que muchos y relajados” (Al P. Conti, Nikolsburg, EP 4031). Esto es normal porque allí estaban naciendo las Escuelas Pías y el santo se preocupaba mucho del inicio de su Obra en los distintos lugares. Y más aún cuando comenzaban las Escuelas Pías en Centroeuropa.

Otras veces desea que alguien entre, pero pone algunas limitaciones. Así se lo dice al P. Fedele y al P. Peri en los siguientes textos: “En cuanto a un mendicante para esa casa, si lo encuentra a propósito, lo podrá vestir, pero con esta condición, que no tiene que pretender ir más allá, sino permanecer en el cargo de servir todo el tiempo de su vida donde sea puesto por la Religión” (EP 2619). “En cuanto a los dos mendicantes, si usted los encuentra preparados, puede darles el hábito; pero que sean tales, que no pretendan estudiar, ni tampoco recibir la primera tonsura” (EP 2684).

Quienes querían entrar en la Religión, no sólo tenían que tener el beneplácito familiar, sino que no debían existir dificultades familiares. Así ocurría si el candidato no tenía padre, su madre era pobre y no tenía más que hermanas. En el fondo el santo temía que al no tener la familia una seguridad de vida, pudiera poner en peligro la moral familiar la entrada del candidato al Instituto. Escribía a Nápoles, al P. Trabucco: “En cuanto al vestir, si hay ocasión de alguno que sea a propósito y que no tenga madre o hermanas pobres, se podrá aceptar, pero cuiden que sea a propósito y de buen ingenio; téngase cuidado particular en educarlos bien” (EP 3809). Y además de lo señalado, era necesario que fueran “capaces de aprender pronto en las escuelas” (EP 2194), pues necesitaba religiosos que no emplearan mucho tiempo después en los estudios, ya que las peticiones de fundación eran muchas y el corazón del santo no quería negarse a ninguna de ellas.

Según las circunstancias, tanto de lugar como de personas, a veces se manifestaba con tacto y cuidado, como cuando escribía al P. Cananea diciéndole que no tratara a los tres jóvenes que habían llegado con la misma estrechez que se vivía en S. Pantaleón (cf. EP 30), mientras que en otras ocasiones era más rígido, como cuando escribe a Nápoles al P. Busdraghi: “Adviértale también sobre aquel jovencito que llevó consigo, y sobre todo de su compañero, el que estaba con él en Nursia; que los tenga, no sólo separados, sino bajo rígida disciplina” (EP 1472).

De todas formas a veces era tal la situación de quienes entraban y después la poca constancia de su perseverancia que decía el santo: “He visto cuanto usted me escribe acerca de dar el hábito a ese primo hermano suyo en 2º grado, que ya tiene 16 años. Me parece que usted lo puede traer consigo, dándole el hábito ahí, y procurando que traiga con él dos camisas, dos calzoncillos, y chaleco de invierno y de verano, quedando en esa casa de Génova el dinero que traiga, para su ropa. Traiga también la ropa seglar, para que, si la tentación lo vence, pueda repatriarse con su ropa; pero creo que no sea necesario. Puede venir en compañía de usted en la primera ocasión” (EP 3538).

#### 4. Desaconsejando

Calasanz, que tanto empeño ponía en las vocaciones y tantos religiosos necesitaba por las muchas fundaciones que le pedían, ponía mucho cuidado en la aceptación de los candidatos, lo que nos manifiesta cómo ejercía él la pastoral vocacional. En este breve apartado indicamos algunas negativas que daba como aparecen en sus cartas. Sabremos así sobre qué bases no quería fundar su Instituto.

No quería que entrara nadie sin que antes fuera exigentemente probado. Aceptar simplemente porque se había recibido una petición podía llenar el Instituto de gente inapropiada e incluso inaceptable. Escuchemos algunas cartas del santo sobre el tema: “En el futuro tengan mucho cuidado en no dar el hábito sin haberlos probado antes muy bien, y en concreto examinar si están dispuestos a venir a Roma a una señal del General, para que se despojen de ese afecto tan profundo de la patria y de los parientes, siendo así que nuestra verdadera patria es el paraíso” (EP 1396). “No se puede admitir tan rápidamente a este joven que dice que es de Monte de Competi o Ascoli, aunque supiera las letras, si antes no se prueba cuál es su vocación; no deben obrar como con los dos últimos de

Frascati; éste, podrá estar un poco y procurar aprender, que cuando sepa lo suficiente, si dura la vocación, lo vestiremos” (EP 352). “En cuanto al joven, por ahora no hay sitio en el noviciado; es preciso ir muy cautos y conocer a uno antes de darle el hábito” (EP 853). “En cuanto al jovencito de Cárcare, hay mucho que meditar, porque no es conveniente vestir aquí sin estar bien informados de las condiciones de la persona cuando pueden vestir allá donde todas las cosas se saben con detalle, como sucedió con el P. Francisco M<sup>a</sup> de Savona, que era un bandido de aquel país. Mas si dicho jovencito tiene ánimo de ser religioso, en Génova está el Noviciado y en Savona y en Cárcare tienen facultad para vestir, y será mejor que vista allí que no aquí. Y esto es mi parecer, pero etc.” (EP 215).

Se mostraba también reticente con aquellos candidatos que habían salido de otro Instituto y pedían la entrada en el nuestro. Normalmente si hubiesen sido buenos religiosos no habrían dejado su Religión o no los habrían despedido de ella. Había, pues, que ser cuidadosos: “En cuanto al joven propuesto por el Padre somasco, V.R. esté convencido de que si fuera a propósito para ellos lo habrían recibido para sí, habiendo estado con ellos tanto tiempo. Por eso, le puede responder que por ahora no estoy resuelto a aceptarlo si no es después de algún tiempo. Pero, si puede meterse en otra Orden, que no pierda la ocasión. Así admitimos uno, genovés, años anteriores, a instancias de un Padre de los somascos, y no resultó muy a propósito, que fue Miguel Ángel” (EP 906). “En cuanto al criado de Massa, que ha estado con los Padres de la Scala; debe creer que si él hubiera sido a propósito para ellos, le habrían dado el hábito. Por eso, semejante gente de rechazo no sirve para nosotros, aunque los mismos Padres lo hayan recomendado; así ocurrió con Juan Ángel Francisco, recomendado por los Padres Somascos, y que tuvo un resultado no demasiado conveniente” (EP 1383). “En cuanto al que ha estado en la doctrina cristiana, si sus hermanos, que son de los reformados de San Francisco, lo juzgan apto para su Orden, le pueden dar el hábito entre ellos. Pero en aquella Orden no lo deben querer, y quieren que lo recibamos nosotros. Como es ya de mucha edad y no es sacerdote, puede decirle que por ahora no hay lugar; y con buenas palabras lo puede despedir” (EP 567). “A aquel que ha estado con los teatinos tres años, mándelo en santa paz” (EP 573).

No quería que se diese el hábito a vagabundos (cf. 2670, 2581), ni a jovencitos (cf. 1129), pero tampoco a ancianos que incluso le ofrecían dinero ya ahora y más en el momento de su muerte (cf. 1209, 1315). Su deseo

era éste: “Quiero que sepa que he rehusado de novicios, de uno cinco mil escudos y de otro tres mil, porque quiero que entren pobres...” (EP 732).

Cuida de manera especial cuando quienes toman el hábito van a ser fundadores del Instituto en un lugar: “Así que es imposible que el P. Pedro pueda ir por ahora a esas tierras pero no faltarán sujetos. Cuando esté construido lo suficiente para que se pueda habitar, enviaré el Maestro de novicios, que aunque se ha educado en Italia, nació en España. Con todo, V. R. no dé el hábito a nadie hasta su llegada, pues no hará poco atendiendo a la construcción, y en ello procure no molestar, ni disgustar a nadie, ni mostrarse ligero en palabras, o enfadarse, sino tener gran mansedumbre con todos. Pues la nación catalana no tiene igual en todo el mundo para los que se portan bien con ellos y al contrario con los que se portan mal. Así, pues, siendo ése el primer lugar donde deberíamos dar el hábito y educar a algunos novicios, que tendrán que ser los fundadores del Instituto en otras comunidades, me parece necesario que no se dé el hábito a nadie hasta que vayan los padres que sean necesarios. Si se arreglan los asuntos de los Hermanos Operarios este verano, quizás en otoño salgan los nuestros hacia Barcelona. Atienda a la construcción con mucha diligencia y sin turbarse nunca, pues es una gracia muy grande de Dios que el hombre sea dueño de sí mismo y un gran ejemplo para el prójimo. Si no tuviera yo la edad de 80 años como tengo, iría de buena gana a esa fundación” (EP 2902).

## 5. Comportamiento del mismo Fundador

¿Cómo se comportaba personalmente el Fundador en este tema? Llama poderosamente la atención lo que escribía al P. Cherubini en 1627 a Narni: “Yo, gracias a Dios, no he rogado jamás a ninguno que vista nuestro hábito, aunque he sido importunado por muchos” (EP 610).

Y no es que no se lo pidieran. Confiesa abiertamente: “Hay muchos aquí que me piden el hábito, pero pienso ser un poco más severo que en el pasado” (EP 103). No sabemos por qué obraba así el santo. Quizás se pueda comprender haciendo una simple distinción. Dice no haber “rogado a ninguno a entrar”. Es como decir (ya hemos escuchado que escribe que ‘ha sido importunado por muchos’), que él no ha pedido a nadie que tome el hábito, en cambio sí que se lo han pedido a él, y por lo que parece el santo se arrepiente de no haber sido siempre más cauto en recibirlos de lo que ha sido en el pasado.



Por eso se alegra cuando le avisan que hay jóvenes con vocación de ser Pobres de la Madre de Dios. Y es que Calasanz ama profundamente su Instituto y ¡qué más quiere sino que entren en él cuantos más mejor!, siempre que cumplan los requisitos que se han señalado antes: “Me alegro que haya algunos jóvenes con disposición de ser verdaderamente pobres de la Madre de Dios, por puro amor del Señor. Si es sincera, la vocación se irá confirmando en lo que resta de tiempo hasta la próxima primavera. Y entonces me dará usted de nuevo su opinión y también la de esos padres. Dígales que hagan oración para que, si ha de redundar en gloria de Dios, acabe bien el negocio” (EP 2503). “Me gusta que haya hecho el noviciado y que comiencen a dar el hábito a algunos que tienen cualidades para ayudar a nuestro Instituto, y si entre los profesos hay algunos, clérigos o sacerdotes, que tienen buena disposición para la escritura y el ábaco hágalos aprender, ya que quisiera que esta enseñanza la dieran los sacerdotes por ser dicha escuela de escritura y ábaco de mucha importancia” (EP 3625).

En ocasiones él mismo quiere examinar la vocación de los candidatos o quiere constatar los conocimientos que poseen. Es su preocupación por conocer personalmente a los candidatos y sus disposiciones. Le dice al P. Cananea: “En cuanto al joven que dice saber ábaco quisiera verlo e interrogarlo un poco sobre su resolución” (EP 314). Y al P. Castilla le escribe: “Quiero ver aquí a esos dos jovencitos, en una fiesta antes de darles el hábito, para ver lo que saben. Por eso, mándeles venir, que en seguida podrán volverse, y determinaremos el día” (EP 477). Por esta misma razón pide cautela al P. Provincial de Nápoles, P. Casani, aconsejándole que sea precavido y que le consulte a él sobre algunos candidatos: “Dicho P. Provincial sea muy cauto y considerado al aceptar novicios porque del conocer la vocación depende el provecho y progreso de la Religión. Consulte antes con el General, avisándole detalladamente de las cualidades de los que piden nuestro hábito” (EP 727 a).

Es evidente, también en este apartado, la preocupación del santo por las vocaciones. Quería candidatos buenos. El no acostumbraba a llamar a nadie, pero eran muchos los que acudían a él pidiéndole el hábito. Conociendo a sus religiosos, aconsejaba a veces prudencia, otras que le consultaran y le hiciesen saber las cualidades de algunos candidatos; estaba escarmentado por la experiencia que tenía de la precipitación que se había tenido a veces en la aceptación de peticiones y se había dado cuenta de

que en ocasiones había faltado discernimiento, aceptando personas que habían salido de otras Religiones.

Quería que se abrieran casas de noviciado en las Provincias. Respecto a Nápoles, escuelas a las que tanto quería porque él mismo había ido a esa ciudad a fundarlas, decía: “Si no se abre noviciado en Nápoles no irá bien la cosa, porque no se puede proveer a esas dos casas y encima a otras muchas con el solo noviciado de Roma; aunque si se abre ahí el noviciado no habrá quien pueda encargarse de él, porque V.R. tiene muchas preocupaciones externas y el noviciado exige uno que no se ocupe de otra cosa, y ahí no lo hay. Sin embargo, introduciendo algunos cambios de esas escuelas de Porta Reale veré de poner remedio al asunto del noviciado. Pero mientras no se tenga noviciado no es oportuno vestir sujetos para después no atenderlos como se debe. Porque los que vinieron aquí después de haber estado ahí algún tiempo sin noviciado causaron grandes molestias a la hora de reducirlos a la sencillez que se debe. Todo nuestro Instituto depende de los buenos noviciados” (EP 925). Recordaba lo que había pasado en esa ciudad, por lo que se precisaba, como ya se ha dicho, probar a los que pedían allí la entrada: “Sobre los dos jóvenes que propone para vestir, será bueno probarles hasta la primavera, pues los primeros que han de tomar el hábito quiero que no sean gente ordinaria sino buenos o nada, porque en Nápoles el haber vestido al principio jóvenes ordinarios, ha sido la causa de que nadie de valía haya pedido el hábito; pero retenga a esos dos que dice hasta nueva orden, que será lo más seguro, y yo le enviaré personas que puedan ayudarle en todo” (EP 1937).

También en aquel tiempo existía oposición entre las regiones, por lo que le habían hablado algunos cardenales. Al P. Cherubini, en Nápoles, le escribía: “He sido advertido por muchos y por los primeros Cardenales de la Corte que vaya muy despacio vistiendo gente de Nápoles porque en algunas religiones hay gran discordia entre esta nación y las otras; se debe tomar consejo de las otras Religiones” (EP 989). Y de una manera general escribía: “No se pueden mantener las casas si no se visten novicios a propósito” (EP 3867).

## 6. Petición al Señor

Pero las vocaciones son un don del Señor. No es algo que consigue el hombre con sus fuerzas. Y toda pastoral vocacional debe estar de rodillas ante el Señor, porque es él quien envía las vocaciones: “El Señor

socorrerá a la religión mandando vocaciones a propósito, y mandando fuera a quien no sea a propósito” (EP 3749). Por eso hay que orar a Dios con todas nuestras fuerzas: “Hagamos todos oración para que el Señor nos envíe sujetos aptos no sólo para el noviciado, sino también para los estudios” (EP 1817).

Y como somos débiles y falibles y el tema vocacional es tan importante hay que pedir luz al Señor para ver si alguien conviene o no al Instituto: “Ore cada uno a Dios personalmente y sin hablar con nadie más en presencia de su Creador y Señor, determine en su interior [si este joven] es guiado por el Espíritu de Dios para la Escuela Pía” (CC 227). Tanto más cuanto que la vocación calasanziana es dura, trabajosa y llena de dificultades. Por eso si no se examina con la luz del Señor, es peligroso comportarse a la ligera en este asunto: “[Son necesarios] muchos obreros... de gran espíritu... y llamados con vocación particular... [porque] se van a encontrar con las dificultades que derivan de una vida mortificada por el trato obligado con muchachos, trabajosa por el continuo esfuerzo de su profesión y despreciable a los ojos de la carne, que considera vil la educación de los niños pobres” (MT 24).

Hay que acertar en la elección. Ya se ha dicho antes cómo el santo pensaba que si no se hacía esto, el Instituto podía desmoronarse. Sí, hay que orar para saber acertar en la elección de las vocaciones: “Antes de admitir al hábito hagamos oración para que acertemos en saber elegir” (EP 226). “Le digo que haré oración y rogaré de veras cuanto supiere a Nuestro Señor que le dé luz para acertar, porque se trata de *summa rerum*, que es la vocación” (EP 1236). Es cierto que para el ministerio de las Escuelas Pías se necesitan personas escogidas: “Se necesitan sujetos escogidos por Dios para reformar a la juventud en esas regiones, que es oficio apostólico” (EP 3692).

Así se enfrentó Calasanz a la pastoral vocacional que llamamos nosotros. Se preocupó por esa realidad y pese a fallos que hubo y gente que entró sin deber hacerlo, Calasanz consiguió un Instituto que supo resistir las contrariedades graves de los últimos años de su vida. Un Instituto que sigue con vida. Un Instituto que lucha cada vez más por lograr religiosos que vivan enamorados de su ministerio y de lo que con él puso en marcha el Fundador. Si nos preguntamos hoy por los candidatos que es preciso tener podríamos señalar algunas características: que tengan al menos 18 años porque los tiempos han cambiado y se necesitan personas que sepan

lo que quieren hacer con su vida; conviene que el conocimiento de los mismos se haga como es posible en nuestro tiempo, no en el de Calasanz, es decir que se les haga un psicodiagnóstico de personalidad para saber que no tienen trastornos graves y no arrepentirse después, cuando no hay ya remedio; con un coeficiente intelectual normal; con cierto talante de verdad, de no engañarse, de saber abordar los conflictos que no van a faltar en su vida; con cierta autonomía del yo, capaz de arriesgar, de no buscar la vida religiosa como lugar de seguridad; con un proceso vocacional coherente con su historia; con un acompañamiento de discernimiento con alguna persona de confianza.

## SER O NO SER

Muchos eran los candidatos para entrar en las Escuelas Pías. Las peticiones abundaban. Pero no todos podían ser admitidos. Los motivos eran varios. A veces por la pobreza en que se encontraban las casas para comprar el hábito de los que querían entrar; otras, porque no parecían convenientes para el Instituto o porque no tenían las condiciones que se requerían para entrar en él. En cambio, otros candidatos no encontraban ninguna dificultad para lograr su deseo y recibían el hábito con alegría personal de Calasanz y de la casa que los acogía, fundamentalmente la del noviciado. Así, pues, ser o no ser. Ser apto para la Religión y el ministerio que le es propio, o no ser, y tener que dejar el Instituto o no ser admitido en él.

Existían impedimentos que no permitían la entrada en la Religión y, por lo tanto, ahí ya se daba un discernimiento objetivo vocacional. Estos impedimentos los había recogido Calasanz en sus Constituciones; unos eran graves, que excluían del Instituto, otros menos graves que no excluían de la pertenencia a las Escuelas Pías. Además de los que el Fundador recogió en el texto constitucional, aparecen otros impedimentos en sus cartas, cuando dirigiéndose a los Maestros de novicios, o bien a los superiores de algunas casas, o a un religioso concreto, indicaba su pensamiento respecto a este asunto. En las cartas no sólo se refiere a quienes no han de ser admitidos en las Escuelas Pías, escribe también positivamente de quienes tienen las cualidades que los hacen aptos para las mismas. De todo ello se habla en este capítulo.

### 1. En las Constituciones

Los impedimentos constitucionales hay que situarlos en el tiempo del santo, de la legislación que existía en aquel entonces y de lo que había de-

terminado el concilio de Trento al hablar de este tema. El santo introduce este aspecto en las Constituciones y le dedica nada menos que todo un capítulo de las mismas, aunque breve. ¿Por qué esta inclusión? Él mismo nos lo hace saber: “A fin de que el ministerio de nuestra Congregación se desarrolle fecundo en el seno de la Sociedad Cristiana para gloria de Dios y utilidad del prójimo, creemos necesario que se estudie y ponga a prueba a nuestros candidatos con habilidad y prudencia” (CC 8).

El fin era que el Instituto fuera fecundo dentro del mundo y de la Iglesia y que el ministerio propio pudiera producir los frutos que se ansiaban. Para ello se requerían sujetos aptos. Cada uno posee su carisma y Dios los otorga como quiere. Era, pues, necesario probar a los candidatos a fin de cerciorarse quién había recibido el carisma del ministerio de las Escuelas Pías. Si se acertaba bien en este aspecto, se podía esperar un feliz resultado de todo el trabajo que se hacía.

Que este pensamiento procedía del mismo Calasanz es claro por lo que sigue. Sabemos que cuando el cardenal Giustiniani mandó que el santo redactara las Constituciones y para ello se retirara a Narni, Calasanz recogió algunas Constituciones de otros Institutos que le pudieran ayudar en la redacción de las suyas. Hubo tres fundamentales de las que se aprovechó, las de la Compañía de Jesús, las de los Clérigos Regulares Menores y las de los Teatinos. Pues bien, el número citado anteriormente no aparece en ninguna de estas constituciones, es propio del santo. Por eso hemos dicho que refleja el pensamiento del Fundador y que en su redacción no se ha apoyado en otras constituciones.

Los impedimentos que cita en sus Constituciones, unos excluyen totalmente la admisión, y otros dificultan la entrada en la Religión. Y es que la vocación escolapia es exigente. De nuevo este pensamiento, que se encuentra en el n° 9 de las Constituciones, es totalmente del santo, y dice: “Numerosas son las condiciones requeridas para un eficaz cometido de nuestra misión. Conviene, pues, que quien desempeña el servicio de estudiar al candidato conozca los impedimentos que lo excluyen totalmente o dificultan su admisión”.

Lo primero que hace es señalar los impedimentos graves. Este punto llama la atención. Calasanz se apoya en las Constituciones de la Compañía de Jesús y en parte es de su propio modo de ver las cosas. Veamos los dos aspectos. Dice el n° 10: “Son impedimentos graves: haber sido

apóstata o ser gravemente sospechoso en materia de fe; Profesión en otro instituto; homicidio, mientras no se obtenga dispensa; infamia por delito que inhabilita jurídicamente para las Órdenes; matrimonio o promesa formal del mismo que puede provocar litigio; servidumbre según la ley. En todos estos casos hay que atenerse al Derecho”. Para hacer más visible lo que hemos dicho, vamos a poner en cursiva lo que es propio del santo en el número citado: “*Son impedimentos graves: haber sido apóstata o ser gravemente sospechoso en materia de fe; Profesión en otro instituto; homicidio, mientras no se obtenga dispensa; infamia por delito que inhabilita jurídicamente para las Órdenes; matrimonio o promesa formal del mismo que puede provocar litigio; servidumbre según la ley. En todos estos casos hay que atenerse al Derecho*”.

Vemos cómo el santo quiere atenerse al Derecho de su tiempo, cómo se preocupa de cuanto atañe a la fe y detalla con más rigor algunos elementos.

Los impedimentos que son menos graves los recoge en el nº 12, y en él se apoya tanto en las constituciones de la Compañía de Jesús como en la de los Clérigos Regulares Menores; en el número 13 se apoya sólo en los jesuitas. Usamos de nuevo la cursiva para indicar lo propio de Calasanz. “*Impedimentos menos graves y que no excluyen totalmente al candidato son los siguientes*” (CC 11). “*Haber tomado el hábito en otra Corporación sin llegar a profesar ni permanecer un año en ella; estar gravado de deudas o sometido a obligaciones civiles; síganse en esto las directrices de la Constitución del Papa Sixto V*” (CC 12). Calasanz no quería que entrara en la Religión nadie que tuviera pendientes deudas u obligaciones civiles, porque sabía todas las dificultades que semejantes individuos podían crear en el Instituto.

Siguen los impedimentos: “*Ser excesivamente joven: en este caso obsérvense las disposiciones del Concilio de Trento; defecto en la integridad corporal; debilidad física; notable deformidad externa, de acuerdo al Derecho; nacimiento de matrimonio ilegítimo, con tal que el candidato haya obtenido dispensa para las Órdenes*” (CC 13).

Por lo tanto, en este aspecto de los impedimentos constitucionales, el santo se apoya en el Derecho, recoge lo que mejor le parece de las Constituciones citadas e introduce algunos elementos que determinaban más exactamente ciertos aspectos, amén de que se manifiesta más abierto en algunas cuestiones.

¿Qué había que hacer con quienes tenían semejantes impedimentos? Nos lo dice así: “Si llegara a descubrirse que el candidato padece algún impedimento grave, no se le retenga por más tiempo; despídasele cuanto antes con palabras de afabilidad y consuelo. El impedimento menos grave, cuanto más acentuado, menos apto hace al candidato” (CC 14). Punto tomado de los jesuitas y de los Clérigos Regulares Menores, pero con una apostilla que indica cómo era Calasanz. Él introduce esta expresión: “con palabras de afabilidad y consuelo”. Es la humanidad de un hombre que se preocupa de las personas y que si tiene que negar la entrada en la Religión a una de ellas, no quiere herirla.

El punto siguiente es prácticamente todo suyo: “Si una notable erudición, una rara habilidad u otra cualidad sobresaliente lo hacen sobremanera útil para nuestro ministerio, tras consulta al P. Provincial y con su consentimiento y parecer, podrá admitírsele. En todo candidato es de desear soltura en el hablar para que tenga facilidad en enseñar” (CC 15).

En las Constituciones actuales ha desaparecido por completo este capítulo. Es lógico que en el discernimiento vocacional haya que atender a cuanto impide que un candidato entre en la Orden. Cuanto se pide a quienes postulan la entrada lo encontramos en los números 44 y 45 de la FEDE, aprobada “ad experimentum” en el Capítulo General de 2009. Allí se habla de lo que se requiere del candidato y también de la Orden.

1. “Para ser aceptado al Noviciado, se exige:
  - salud y ausencia de impedimentos canónicos;
  - decisión por la vocación desde una suficiente experiencia de fe;
  - capacidad de opción por el celibato, la obediencia y la pobreza con suficiente equilibrio psicológico y afectivo;
  - aptitudes para la vida comunitaria escolapia;
  - aptitudes para el ejercicio de nuestra misión.
2. La comunidad escolapia se compromete por su parte a:
  - acoger a los candidatos con alegría y cordialidad;
  - recibirlos como son, con sus iniciativas e inquietudes, con sus experiencias, cualidades positivas y limitaciones;
  - poner a disposición de los mismos, con dedicación plena, un religioso idóneo como Maestro de Novicios;



- poner a su disposición una Casa Noviciado adecuada y un equipo de religiosos con los que forman comunidad;
- ayudarles a responder, con libre voluntad, a la llamada de Dios en el seno de la Iglesia;
- poner los medios para que puedan hacer una experiencia significativa de fe en comunidad;
- estar abierta a la acogida que supone aceptar nuevos miembros para la comunidad;
- discernir la vocación de los candidatos”.

## 2. Las cartas

De otra manera se habla de todo esto en las cartas de Calasanz. En ellas no se encuentra el Derecho, sino la vida. El día a día de cada una de las casas. Al Fundador le llegaban preguntas, peticiones, dudas, y él tenía que resolver todo en seguida porque no tardaba en responder a cuanto le escribían, por la preocupación que tenía de su Instituto y, sobre todo, en temas que afectaban tan de lleno a la Religión.

En las cartas aparecen los deseos de Calasanz en este tema, así como su oposición cuando veía que algo no convenía.

a) En primer lugar, citemos algunos elementos que requería para entrar en las Escuelas Pías:

Estimaba como elemento fundamental la calidad intelectual del candidato porque comprendía la importancia que tenía para el ministerio. No se podían desaprovechar los talentos. Ni los de dentro ni los de fuera de la Religión. No los de dentro, y por eso cuando se encontraba con personas con verdaderos talentos que querían entrar en las Escuelas Pías, favorecía cuanto podía su entrada y pedía a sus religiosos que los dejaran entrar. Tampoco quería que se desaprovecharan los talentos fuera de la Religión, y precisamente fue éste el motivo que esgrimió muchas veces para defender las escuelas y la educación, aprovechar el talento de tantos niños que si no eran educados desperdiciarían la riqueza de sus inteligencias. Respecto a los candidatos escribe: “Siendo joven y de buen ingenio, conociendo medianamente la lengua latina y, sobre todo, de buenas costumbres, mándelo a Roma con los documentos requeridos, aunque no tenga dinero para vestirlo” (EP 2835). “No dé nuestro hábito

más que a jóvenes de óptimo ingenio” (EP 2685). “En cuanto al vestir, si hay ocasión que sea a propósito... se podrá aceptar, pero cuiden que sea a propósito y de buen ingenio; téngase cuidado particular en educarlos bien” (EP 3809).

Como hemos visto precedentemente había que ser cauto en la aceptación de los candidatos, pero es llamativo cómo da la sensación que no es tan importante si quien pide tiene buena inteligencia, a no ser que el tenerla satisfaga ya la misma prudencia: “Sea muy prudente en dar nuestro hábito sino es a jóvenes de óptimo ingenio” (Co 221).

A veces el mismo santo señala las cualidades que deben tener los candidatos, distinguiendo si van para hermanos o para clérigos: “Conviene ver si el ermitaño es apto para clérigo o para hermano... Si quiere ingresar para clérigo, necesita poseer bien el latín. Y de cualquier modo, sea para clérigo o para hermano, que entre nosotros no hay diferencia, a no ser de mayor trabajo para los clérigos” (EP 165). “En cuanto al muchacho del Señor Príncipe de Santa Águeda, vea usted si tiene alguna imperfección por la que no pueda estar como los demás, y comuníquenselo al Señor Príncipe, para que vea la verdad; pero si no tiene defecto grave, dele el hábito, mas a condición de que en este momento es bueno. Porque sería poner a la Orden en desconcierto, si uno que no sabe la gramática recibe el hábito para clérigo que se ordenará de sacerdote, habiendo muchísimos hermanos que han estudiado y saben algo de gramática y se contentan con ser hermanos operarios. Y en cuanto al escrutinio, si bien yo he dicho que pueden dar el hábito a tal y tal, presupongo, sin embargo, la observancia de las Constituciones, que habla del escrutinio; y los superiores deben conocer ‘al dedillo’ (como se dice) las constituciones, y procurar hacerlas cumplir. Porque si ellos no las tienen en cuenta, pronto se pierde la observancia y se vive casi como los seglares” (EP 2177).

Precisamente por lo que es el ministerio escolapio quería que los candidatos tuviesen cualidades para las dos vertientes del mismo, es decir, que pudieran servir cuanto antes en las escuelas y, por otra parte, que fueran capaces de ser buenos religiosos, observantes de las Constituciones. Eran como los dos brazos que debía tener todo escolapio para cumplir bien su ministerio: “Vista el hábito a algunos que sean capaces de ayudar pronto en las escuelas. Pero es necesario que aprendan a observar nuestras Constituciones, porque de otro modo serán religiosos de hábito

y no servirán más que para inquietar a la religión. Aprémieles, pues, en esto, que importa mucho” (EP 2194).

Algo que cuidaba con especial solicitud el Fundador era cuanto se refería a las familias de sus religiosos. Lo hacía antes de que un candidato entrara en la Religión, pidiendo su consentimiento, como discernimiento para ver si era su lugar, como después de la entrada, ayudando a cuantos familiares de los religiosos lo necesitaban. Escribía al P. Graziani, desde Nápoles a Roma. Estamos en 1626 y Calasanz había ido a fundar a la ciudad del Vesubio; le decía: “Esta mañana, estamos a 27 del corriente, ha salido el hermano Juan Antonio con cuatro novicios que han recibido el hábito, y dos que lo van a recibir; entre estos dos últimos hay uno llamado Simón, de Alvisi, que, después de haber salido la falúa para Roma con tiempo radiante, un pariente suyo, y otros, han venido a encontrarse conmigo, diciendo que el joven deja la madre viuda [y] pobre, con la carga de tres hijitas de 13, 8 y 6 años, y que tenían su esperanza en este hermano suyo. La madre es joven, la cual puede ser que se case, dicen, y deje las hijas sin tutor. El tío que hoy les da cierta protección, las puede también abandonar, o puede también casarse; además de otras dificultades para impedirle que se haga religioso. Por otra parte, el joven no tiene arte ni forma de poderles ayudar, si antes no aprende algún oficio o práctica, lo que requiere mucho tiempo. Y otras cosas que también me han dicho por parte de los Padres Jerónimos, como dicho joven podrá contar. Comuniqué usted este problema al P. Glicerio, y vean qué espíritu tiene este jovencito, y si está para volverse a Nápoles, pues los suyos dicen que un mercante le ayudará ahí para retornar, para quien me han dicho enviarán una carta con la presente. Yo no he sabido ninguna de estas cosas hasta que ha salido la falúa, pero antes nos lo habían garantizado dichos Padres Jerónimos, que son como esos de ahí de la Chiesa Nuova; que si lo hubiera sabido antes, no sé si lo hubiera enviado ahí, sin haber superado aquí las dificultades” (EP 559). “En cuanto a dar el hábito, si hay alguno a propósito ahí, y que no tenga madre o hermanas pobres, se les puede aceptar; pero tengan bien en cuenta que sean a propósito y de buena inteligencia, y tengan especial cuidado en educarlos bien” (EP 3809).

b) Pero en las cartas aparecen también todas las negativas que da el Fundador a algunos candidatos que él cree no ser conveniente que entren en la Religión. Los motivos de estas negaciones aparecen bien claros en las mismas cartas.

No quiere pequeños de estatura, quizás porque atiende también a la imagen externa de sus maestros, elemento importante en un aula: “Vea de no admitir al hábito más que a personas de buen ingenio y que no sean demasiado pequeños de estatura” (Co 258). “Mando también al hermano Francisco del Sacramento, para que esté bajo la disciplina del P. Provincial, pues por ser tan pequeño no puede servir para ninguna escuela” (EP 1113).

Tampoco quiere candidatos que provengan de familias muy pobres. Sabía y había experimentado que éstos una vez llegados al sacerdocio no hacían otra cosa que buscar bienes para sus familias. Y así olvidaban con frecuencia sus obligaciones: “Tenemos facultad de admitir novicios, a fin de sustituir con nuevos religiosos a los que se han ido, pero que sean de buen ingenio y costumbres, y no de familia pobrísima” (EP 4552). “En cuanto al noviciado, quiero que lo cuiden mucho, y que, si se presenta la ocasión, admitan al hábito a individuos que sean a propósito, y no como en el pasado, cuando parece buscaron a los más pobres, pues, más bien para ayudar a sus padres, muchos de ellos dieron a la Orden más disturbios que utilidad” (EP 3864).

No deseaba que el Instituto se llenara de gente ordinaria, sin educación, malcriada. No era bueno para la Religión y, en consecuencia, tampoco para los alumnos, y eso es lo que le dice al P. Juan García del Castillo que estaba en Frascati: “No está bien llenar la religión de gente ordinaria” (EP 674).

Si algo detestaba en sus religiosos era la melancolía, y por eso insistía constantemente en que no se aceptara a candidatos que tuvieran inclinación hacia ella. Incluso pedía a sus religiosos que rechazaran cualquier pensamiento melancólico. Es conveniente recordar que en su tiempo la expresión “melancolía” es lo que hoy llamamos “depresión”. Cualquiera que se dedique a la educación puede comprender lo negativo que es un educador depresivo. No hay sino dar razón a Calasanz también en este punto. Veamos su insistencia: “Desearía que jamás se admita entre nosotros un melancólico” (EP 1231). “Procuren, antes de dar el hábito, descubrir si alguno padece de melancolía. Porque suelen ser testarudos y fácilmente terminan héticos” (EP 1461). “V.R. vaya descubriendo en los novicios quién tiene este defecto de la melancolía y lo mande cuanto antes fuera” (EP 1452). “Deseo conocer las cualidades en particular del joven, porque si es caprichoso o me-

lancólico no se debe aceptar de ninguna manera” (EP 931). “Habiendo venido a la prueba del P. Bernardo [dos] novicio[s], [uno], por muchos motivos, se descubre que no es apto para la Orden; entre éstos está el ser demasiado melancólico; por eso, pasados estos grandes calores, mándelo a su casa” (EP 1452).

No quería personas adocenadas, “porque adocenados tenemos más de la cuenta” (EP 2685); ni personas con carácter difícil, sobre todo si fallaban al dar su juicio: “En cuanto al individuo propuesto por el P. Garavita, no dé ni un paso adelante, pues hombres que por naturaleza cometen tales faltas, suelen tenerlas mayores en el juicio” (EP 552). No deseaba sujetos que no hacían otra cosa sino crear dificultades en las casas a los superiores: “Para complacer a los parientes no debemos nosotros admitir en la religión individuos que no sirven sino para dar fastidio a los superiores” (EP 1502). No quería enfermos que poco podían ayudar en el ministerio propio del Instituto, ministerio duro, vil y despreciable como lo juzgaban muchos: “He mandado al novicio por las ropas del hermano Tomás, en el mundo llamado Masturzo, y en la primera ocasión lo despediré. No tiene cuenta tener un infierno continuo en la Orden. Aquí ha estado ocho meses entre los convalecientes, y no lo he mandado antes por estar en verano” (EP 1237). “El novicio Juan Bautista que vino aquí enfermo, no lo juzgo a propósito para la Orden. Por eso, una vez que recobre la salud, resolveremos” (EP 1314). “He devuelto la ropa de seglar al novicio Diego, que siempre estaba enfermo” (EP 1495). “He mandado aquí al noviciado por el hábito del hermano Tomás, pero no lo encuentran; así que, si de alguna manera se puede remediar ahí, hágalo, y mándelo a su casa, por sus enfermedades continuas” (EP 1242).

No quería personas con defectos físicos (ya se encontraba este elemento entre los impedimentos del texto constitucional), más si estos defectos les dificultaban para ejercitar el ministerio escolapio. En este sentido cuidaba la imagen de sus maestros: “Le decía que el sacerdote ciego no es adecuado para nosotros y lo mismo el estudiante que es ciego de un ojo” (EP 1827). Cuidaba también el aspecto moral y no quería en sus escuelas maestros que pudieran llamar por ese motivo la atención: “En cuanto al joven que ha traído consigo, no se le puede dar el hábito, pues es [hijo] bastardo; así que lo volvemos a mandar” (EP 3194).

Y dando algunas pinceladas más sobre cómo no quería ciertos candidatos en su Instituto, podemos añadir que le disgustaban y no quería a

los soberbios: “Al presente es necesario dar buen ejemplo a los seglares y tener en cuenta que quien entre nosotros ambiciona poderes u oficios de honor, da signos de soberbia grande y en consecuencia de encontrarse en mal estado, diciendo el Espíritu Santo ‘pauperem superbium odivit anima mea’. Sospecho que el P. Juan Bautista adolezca de ese defecto y es necesario ayudarle ofreciéndole oficios humildes, de lo contrario sin medicina no curará la llaga sino que se enconará más” (EP 2332). Tampoco quería ignorantes: “No me resuelvo a admitir jóvenes para clérigos que no sepan bien la Gramática. Muchos me han pedido entrar entre nosotros y no he podido dar satisfacción a sus deseos, pues ignoran cuánta es nuestra tarea. Que al presente no conviene admitir jóvenes para el sacerdocio a los cuales hayamos de enseñar la Gramática. Necesitamos hombres, que, pasado un año, nos puedan servir. Pero podéis decirle que si al presente no es posible admitirle en nuestra Congregación, con el tiempo sí” (EP 20). No deseaba gente inmortificada: “En cuanto al hermano Diego, V. R. esté seguro que no es a propósito para religioso sobre todo entre nosotros porque está siempre indispuerto y es enemigo de toda mortificación” (EP 1491).

No le gustaban los caprichosos que tuvieran además otros defectos: “No me ha escrito nunca si convenció a aquellos dos novicios que mandé que pasaran a otra Orden; que la suya no es cosa, sobre todo de uno, de mantenerlos en la Orden. Creo que voy a mandar otros dos para lo mismo, para quitarles el hábito; uno, porque siempre está medio enfermo, y quiere hacer vida de convaleciente hace ya ocho meses, y no sirve para la Orden un individuo que no esté sano; el otro, me parece que ha sido en Nursia muy caprichoso y desobediente” (EP 1209).

Desaconsejaba la entrada de gente de la alta sociedad como vemos en los textos que siguen: “Ha venido por cortesía y devoción a oír y servir mi Misa tres o cuatro veces el Sr. Fernando Leopoldo Bennone, hijo de V. E., y hablándole luego he descubierto un gran deseo de perfección cristiana, pero, considerando sus cualidades y el estado de V. E., me ha parecido darle el consejo de que hará una cosa muy agradable a Dios si procura hacerse tan idóneo en las letras y en la virtud en el estado presente que merezca ser elegido para algún obispado donde pueda manifestar con su vida ejemplar el espíritu que mostró S. Carlos Arzobispo de Milán y otros santos Prelados han mostrado en sus iglesias, en el cual estado haría mayor servicio y provecho a la iglesia de Dios que

haciéndose religioso de alguna Religión muy observante” (EP 3461). “Respecto a Juan María, siendo opinión de V. S. que, si quiere hacerse religioso, entre en la Religión de los Dominicos o en otra importante, no quisiera en modo alguno que se diera disgusto a V. S. ni a su esposa vistiéndole entre los nuestros, que somos religiosos de poquísimos nombre y de poquísimas virtudes y de mil otras faltas. No obstante, tales como somos rogaremos al Señor por V. S. y por toda su casa, a la que S. D. M. bendiga siempre” (EP 3750).

Cuando había fallado algún candidato de un lugar, luego, en ocasiones, sentía recelo en admitir a otros del mismo sitio; da la sensación de que se encontraba ya escarmentado: “En cuanto a Santi, por ahora no me resuelvo a vestirle aunque tuviera otro tanto de dinero, porque no hay comodidad en el Noviciado y porque no dan resultado los hermanos de ese país como se ha visto en muchos particularmente en su hermano que vistió el hábito del Carmen” (EP 220).

A pesar de que en ocasiones, como hemos visto en el capítulo anterior, aceptaba jovencitos, hay que pensar que eran más bien casos excepcionales. De hecho, escribe al P. Cherubini: “Importa muchísimo no recibir jovencitos de poco juicio. Avise al padre provincial que esté atento para no dar el hábito a muchachos tan jóvenes” (EP 1129). Pero al P. Graziani, también en Nápoles, le dice: “El jovencito que propone el Señor Giovanni Battista Ottonelli, al no tener más que 16 años, todavía no es apto para el peso de las cuestaciones, no habiendo él hecho ejercicio alguno manual. Sin embargo, V.R. se lo podrá hacer ver, y resolver según le parezca conveniente” (EP 565).

Con todo esto el santo quiere decir que “es mejor ser pocos y buenos que muchos con lfos y relajados” (EP 4031); quiere decir que hay que “recibir jóvenes que sean muy inteligentes, antes que admitir fácilmente gente que no sirve” (EP 4059); quiere decir que no hay que precipitarse en aceptar a los candidatos (cf. EP 1708); quiere decir que la vocación es tan importante que hay que dar el hábito a personas que sean a propósito para ser fundadoras; quiere decir, en definitiva, lo que afirman las Constituciones y que en el capítulo siguiente vamos en seguida a subrayar: “Las pasiones que se ocultan en el interior del hombre, con dificultad se diagnostican y con dificultad mayor se desarraigan. Hemos juzgado, pues, de máxima trascendencia que, tras atento examen de los impedimentos, se someta al candidato a prolongada prueba. Antes de ser in-

corporado a la vida común de nuestra Congregación, conviene que se le conozca profundamente por testimonio propio y ajeno: de su maestro, de sus compañeros y amigos, y de aquellos con quienes ha tenido algún trato” (CC 16).

### 3. Conclusión

Se trataba de señalar los impedimentos que impedían la entrada en la Religión. Cuidar este aspecto es también elevar el nivel vocacional de un grupo. Si se aceptan personas con impedimentos, no digo ya graves, es decir, que excluyen la pertenencia a un Instituto, sino incluso no graves, nunca se dará en la Orden un aumento de espiritualidad, pasión por el ministerio, amor profundo a los pobres y empeño en dar la vida por ellos. Nos encontraríamos en este caso en un suelo resbaladizo que podría llevar al Instituto a un fatal desenlace. Hay que cuidar, por tanto, el ser o no ser de quienes pueden entrar o no en la Orden. Ocurre que al repasar las cartas del santo, y ver cómo él responde a las preguntas que le hacen, a las dificultades que le presentan y tiene que dar su opinión sobre las situaciones en que se encontraban algunos religiosos en este tema de la admisión de los candidatos, da la sensación de caer en casuística. Pero no olvidemos que la casuística puede elevarse a norma general cuando se aprehende su sentido, y entonces sirve para aplicarla a situaciones concretas en las que se encuentran también hoy los formadores.

Si queremos traducir lo que parece casuística a norma general en este apartado, tendríamos que citar los siguientes elementos: Primero, el conocimiento psicológico del mismo inconsciente del candidato. Es importante bajar a niveles interiores de conocimiento, porque es ahí donde radica con frecuencia la raíz de las motivaciones de por qué se quiere entrar en el Instituto.

Segundo, hay que vigilar la capacidad de la persona de poseer, al mismo tiempo, interioridad y soledad. Interioridad, que quiere decir, capacidad de crear mundo propio y descubrir la riqueza íntima de la persona: la afectividad, la reflexión, el estar a gusto con uno mismo, la comunión íntima, no verbal, con el mundo que le rodea. Y si es así, hay que cuidar de no hacer de la soledad un problema, sino ha de tratarse de una soledad habitada por quien es aquel a quien se va a entregar la vida. Soledad que no aísla sino posibilita la capacidad de relación.



Tercero, responsabilidad. No se entra por gusto, por simple deseo, por voluntarismo, por sentimientos oscuros, aunque no se los parezca al candidato, v.gr. porque se busca seguridad y se tiene miedo a la vida y se es incapaz de arriesgar. Por eso será bueno para el candidato si aprende a asumir la realidad, a no quedarse en idealismos, a tomarse en serio el cada día con lo que le ofrece: ayudar a quienes lo necesitan, trabajar por la comunidad, estudiar a fondo, preocuparse de los otros...

Cuarto, la calidad de relaciones con los demás, sin rehuir su presencia y sin enfrentarse por defender la propia autonomía. Ser capaz de expresar ante los demás lo que uno es, porque es el mejor camino para una claridad de vida, necesaria para entrar en la Orden.



# LAS PRUEBAS

## 1. Sin pruebas no hay camino

Para entrar en la Religión de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, no basta la simple petición. Ya hemos visto que muchos pedían pertenecer a ella, pero no por eso entraban automáticamente. El santo ya había advertido: “Insisto en que sean prudentes en admitir novicios. Porque de los buenos novicios viene después la buena observancia y provecho del prójimo” (EP 3156). De cómo fueran los que entraban en el Instituto dependía el futuro del mismo. Calasanz deseaba que el nivel vocacional fuera alto, que sus hijos hicieran un camino de progreso siempre más intenso, que no desfallecieran en el seguimiento de Jesús, que fueran de ejemplo para los alumnos, que tenían que verles contentos, y para quienes les veían y observaban cuando estaban fuera de la casa religiosa. Deseaba elevar constantemente el nivel vocacional de los suyos, porque era la mejor manera de responder a los deseos de la Iglesia y de la Sociedad cristiana.

Y es que lo importante no consiste sólo en que haya más vocaciones, sino en que el nivel vocacional de todos los religiosos sea cada vez más íntimo, más consistente y de esa manera puede también atraer vocaciones.

Todo esto constituía un camino de progreso, de perfección, de esfuerzo, de empeño y de gracia del Señor. Había que confiar en la misericordia de Dios, pero, al mismo tiempo, había que esforzarse todo lo posible personal e institucionalmente.

Para cerciorarse lo más posible de la vocación de quienes llamaban a las puertas del Instituto, se necesitaba probarlos. La prueba era elemento esencial del camino vocacional. Había que probar a todo aquel que pedía entrar en la Religión. La prueba superada era un aspecto más del

discernimiento de la vocación del candidato. Quienes no la superaban, eran despedidos con amabilidad, o, mejor, no admitidos en la Religión. La prueba ayudaba a recorrer el camino, a corregir defectos, a enderezar la trayectoria si se había desviado, a evidenciar lo que había en el corazón de los peticionarios, a aclarar los motivos por los que se quería entrar, a que el candidato se cerciorase de ir por la buena senda, y a convencer a los acompañantes de la buena voluntad del candidato y ver que la vocación aparecía cada vez más clara.

Por eso Calasanz insiste en este elemento. Tanto que el capítulo segundo de sus Constituciones se titula: “Admisión de los novicios al período de prueba”. Antes, pues, de la profesión, a lo largo de todo el tiempo de noviciado, había que probar a los novicios. Era una obligación del maestro para constatar la solidez vocacional. Pero las pruebas no sólo se requerían en el noviciado, sino que eran necesarias también para entrar en él. Como si dijéramos que existían dos tiempos de prueba: el primero, para entrar en el noviciado, es decir, para admitirlo en él; y otra, durante el noviciado, durante el tiempo en que el novicio se preparaba para la profesión. En los dos momentos había que superar las pruebas; y si no las superaba el candidato, con buenas palabras había que negarle la entrada o bien mandarlo fuera del noviciado, no permitiéndole la profesión.

Desde la perspectiva en la que nos encontramos, podemos afirmar que las pruebas podían y debían elevar el tono vocacional, el nivel vocacional de las personas. Como una crisis superada madura a la persona, de ahí que sean buenas las crisis, aunque es cierto que uno puede fracasar al vivirlas, así las pruebas maduran la vocación, aunque también se puede fallar en ellas, pero entonces son igualmente positivas porque indican que ese no es el camino para una determinada persona. En ese sentido todo es positivo, porque lo importante no es lo que uno quiera o pretenda, sino cumplir el deseo de Dios, que tiene muchas formas de ser verificado, siendo una de ellas precisamente la superación de ciertas pruebas, porque puede poner en claro el interior de la persona y las motivaciones que le han llevado a pedir la entrada en el Instituto. O a ser novicio en él.

## 2. Antes de entrar en el noviciado

En el pensamiento del Fundador y tal y como aparece en las Constituciones, no se debía admitir directamente al noviciado simplemente porque uno había pedido ser escolapio. No se daba relación directa e in-

mediata entre petición y aceptación en el noviciado. Tenía que existir un tiempo de espera en el que el candidato debía también ser probado. Hemos de reconocer que esta sabiduría del santo no se llevó a cabo en muchas ocasiones. De lo que se siguieron a veces nefastos resultados.

La razón de probar a las personas, tanto antes de ser aceptadas en la Religión, como durante el noviciado, nos lo dice claramente Calasanz: “Las tendencias torcidas que anidan en el corazón del hombre, con dificultad se diagnostican y con dificultad mayor se desarraigan. Hemos juzgado, pues, de máxima trascendencia que, tras atento examen de los impedimentos, se someta al candidato a prolongada prueba. Antes de ser incorporado a la vida común de nuestra Congregación, conviene que se le conozca profundamente por testimonio propio y ajeno: de su maestro, de sus compañeros y amigos, y de aquellos con quienes ha tenido algún trato” (CC 16).

Primero tenía que ser conocido: “En el futuro hay que dar el hábito a pocos y bien conocidos” (EP 2739). Cuando uno llegaba, lo primero era conocerle bien. Conocerle bien quería decir no sólo tener claro su carácter, su manera de ser, sus reacciones, sus pensamientos, sino de forma especial su vocación: “Vaya muy cauto y considerado en admitir novicios. Porque en conocer su vocación consiste el provecho y progreso de la religión” (EP 727 a). “Deben observar mucho las cualidades de los individuos que admiten en el noviciado” (EP 3801).

Además de conocerlo, había que probarlo, ya que la prueba ayudaba a su conocimiento. Con frecuencia no se conoce bien a una persona mientras no se encuentra ante la prueba y se le ve cómo reacciona ante ella: “En el futuro sean muy cautos para no dar el hábito sin probarlos muy bien primero, y en particular estén atentos a cualquier indicación del General cuando vengán a Roma, para que se despojen de este afecto tan especial por la patria y los padres, siendo así que nuestra verdadera patria es el paraíso” (EP 1396).

Prueba necesaria por la idea repetida tantas veces por el Fundador: “Juzgo mejor no vestir y ser pocos que ser muchos religiosos materiales y sin espíritu. Y esto no se puede aprender más que con mucho recogimiento” (EP 3384). Había que vestir a cuantos fueran necesarios por las muchas peticiones que recibía de tantas partes: “En cuanto a dar el hábito a hermanos que tienen algún oficio, no solamente a dos, puede dárselo

a cuatro, porque son necesarios” (EP 3654). Muchas veces la necesidad apremiaba y se le ve a José urgir la toma de hábito, pero siempre que semejante toma de hábito sea de utilidad al Instituto.

Había también que probar a estos candidatos en el primer estadio de su petición de hacerse religiosos. Y así lo determinan las Constituciones: “Si puesto en oración el grupo de Padres que tienen voz en aquella casa, lo consideran guiado por el Espíritu de Dios, podrá ser admitido como huésped durante un período breve que el Superior concretará. Se percatará así del estilo de vida del Instituto y nuestros Padres lo conocerán más íntimamente en el Señor... en clima de gran sosiego sopesese su vocación consigo mismo y con Dios” (CC 17). “A fin de que el ministerio de nuestra Congregación se desarrolle fecundo en el seno de la sociedad cristiana para gloria de Dios y utilidad del prójimo, creemos necesario que se examine y ponga a prueba a nuestros candidatos con prudencia y habilidad” (CC 8).

La admisión, como vemos, no dependía de una persona sólo, sino del conjunto de padres que vivían en la casa, algo así como lo que es para nosotros la comunidad formativa. Tenían que dejarse guiar por el Espíritu Santo y discernir si el candidato era guiado por el espíritu de Dios y si no existían motivos para dudar de su voluntad, deseo de bien y de trabajar de corazón en el ministerio escolapio. Si así fuera, se le admitía, pero sólo como huésped. Todo el tiempo que permanecía en la casa le tenía que servir al candidato para conocer más de cerca la vida escolapia, y a los padres para conocerle más íntimamente a él. Es hermoso cómo termina el punto 17 de las Constituciones, que señala el objetivo último de este tiempo: “...en clima de gran sosiego sopesese su vocación consigo mismo y con Dios”.

Pasado este tiempo de estancia en la casa, que había de ser breve y que debía de concretar el superior, viene el discernimiento para entrar. Lo determinan así las Constituciones: “Si sometido a pruebas diversas persevera firme en su propósito, previa también en este momento la oración de la comunidad, se le puede admitir a tomar el hábito” (CC 18). Y escribiendo al P. Romani, en Florencia, le decía el santo: “En cuanto al terciario, procure saber quién lo ha recibido y con qué condición; y si le han prometido darle el hábito, se entiende [sea] con el consentimiento de la mayor parte. Además, si no quiere continuar ahí, despídalo, dándole alguna ayuda, aunque no se la hayan prometido” (EP 3317).

### 3. En el Noviciado

El candidato ha pasado un tiempo en la casa religiosa; ha podido conocer más de cerca la vida escolapia; ha tenido tiempo y sosiego para pensar en su vocación; ha sido probado con diversas pruebas durante ese tiempo; los padres de la casa lo han observado y han discernido si es apto o no para la vocación escolapia, todos juntos y en oración; se han preguntado si se le veía conducido por el espíritu de Dios, y han concluido que el candidato puede entrar en el noviciado. ¿Qué piensa Calasanz de este período vocacional? El noviciado es un tiempo determinante, porque si un candidato va mal en el noviciado, se puede pensar que así será su vida: “En cuanto al hermano enfermo del ropero, que también es novicio, es necesario tener en cuenta lo mismo que he escrito del hermano Vito, porque si en el noviciado están así, después toda la vida tendrán parecidos problemas. Deles algún aviso para que despierten y se resuelvan” (EP 562).

A los novicios se les debe probar bien, como piden las Constituciones: “Se les debe poner vigorosamente a prueba y adiestrarlos en ejercicios de vida espiritual: oración, lectura y meditación, y también con mortificaciones diversas como vestirse las ropas más deterioradas, ejercitar los servicios más bajos, guardar, sobre todo, el silencio y la modestia de la vista, y otras por el estilo” (CC 21). Pruebas que no han de ser sólo de elementos externos, sino también que afecten al interior de la persona: “Ocúpense también en quebrantar el propio querer y el propio pensar y a conllevar cuanto redunde en la negación de sí mismo; y aprendan a ser sumamente sencillos” (EP 22). “Pruebe a los novicios” (EP 1452), escribe al P. Busdraghi, maestro de novicios. Y en otra carta al mismo padre, se queja del P. Provincial de Nápoles porque admite fácilmente en el noviciado sin procurar antes informarse de los sujetos y de hacerles “muchas pruebas” (EP 1392).

El mismo santo se queja del comportamiento que tiene un novicio con él y dice: “De ninguna manera puede permanecer en la religión si no vuelve a vivir en el noviciado de Roma este mes de marzo. Y no pienso, como suele decirse, dejarme tirar de la nariz por un novicio, hasta tener que hacer yo lo que él desea. Desengáñenlo: o vuelva aquí al noviciado, o que se vaya a otra religión menos austera” (EP 1325).

Por eso insiste en los escrutinios que se han de hacer de los novicios: “En cuanto a los novicios a los que dice ha dado el hábito, si resultan

bien, usted habrá hecho una cosa santa, pero es necesario que cada cuatro meses se haga un escrutinio secreto, y aquellos que no se porten bien sean rechazados, para que no den mal ejemplo a los demás; si esto no se observa, usted será mortificado. El P. Esteban me escribe de Chieti que, en cuanto haya acomodado las cosas de aquella casa, estará ahí para arreglar el noviciado; respecto del cual, como le he dicho varias veces, tenga usted el cuidado especial de visitar a los individuos, y conocer la inclinación de ellos. Puede dejar el cuidado de las cosas temporales al P. Marcos. Sobre la admisión de alguno al hábito para el noviciado, fuera de los que he mandado, procure usted consultar a todos los Vocales” (EP 3964). Es importante la llamada que hace el santo a que los novicios sean visitados. Aspecto necesario en toda pastoral vocacional y en los primeros años después del noviciado es la necesidad que tienen los jóvenes de ser atendidos, visitados, de que los superiores se les acerquen y dialoguen con ellos. Y si esto lo pedía el santo en su tiempo, mucho más necesario es en el nuestro. Importante también conocer su “inclinación interior”.

Y seguimos con la necesidad de hacer los escrutinios: “En cuanto al Noviciado, a quien termine su tiempo de prueba el 6 de abril, usted le puede, de parte mía, prorrogar la profesión hasta el domingo in Albis; y, mientras tanto, hagan el escrutinio, para ver si todos están de acuerdo en admitirlo, consultando primero al P. Asistente” (EP 2827). “En cuanto al novicio, mandaré la fórmula de la profesión que deben hacer los hermanos; y puede admitirlo, una vez que hayan tenido el escrutinio” (EP 3287). “Respecto a los tres jóvenes que han terminado el noviciado, que hagan el escrutinio los que sean profesos en dicho noviciado y si parece bien a esos dos o tres profesos, admítanlos a la profesión” (EP 2792). “Y en cuanto al escrutinio, si bien yo he dicho que pueden dar el hábito a tal y tal, presupongo, sin embargo, la observancia de las Constituciones, que habla del escrutinio” (EP 2177).

Por el bien vocacional del novicio no sólo se le debe probar y hacer los escrutinios, conviene también para su vida espiritual que “al principio [del noviciado] se les darán Ejercicios Espirituales al menos durante un mes, o durante más largo tiempo, si lo juzga conveniente el Maestro; en ese momento podrán hacer confesión general de toda su vida” (CC 20). Y, al mismo tiempo, que manifiesten la sinceridad de su deseo de pertenecer a los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías haciendo lo



siguiente: “Los novicios distribuyan libremente todos sus bienes entre los pobres, parientes y amigos; así, como pobre total, se hará digno de ser recibido en la Congregación de los Pobres de la Madre de Dios” (CC 29). Todo ello porque se debe purificar lo íntimo de la persona. Calasanz lo expresaba con gran conocimiento de la vida espiritual con las palabras que hemos mencionado antes, (Cf. CC 16).

De esta manera había que probar a los novicios para procurar elevar el nivel vocacional. El novicio no podía permitirse permanecer en la misma situación en la que entró. El noviciado es camino de esfuerzo, de empeño, de seguimiento más cercano del Señor, y eso hará que su vida interior crezca y sea cada día más rica.

Pero existían otros elementos que había que cuidar también buscando precisamente ese mismo nivel espiritual que tanto deseaba el Fundador y por el que aconsejaba, rogaba, daba instrucciones a los novicios. Veamos algunos aspectos.

No quería que durante el primer año de noviciado se dedicaran al estudio, porque de esa manera podía fallar cuanto se procuraba conseguir en ese período de formación, que era la perfección religiosa: “No es mi intención que se dediquen al estudio los jóvenes del primer año del noviciado mientras no han aprovechado algo en el espíritu... Procure, pues, que atiendan primero a lo que más importa, es decir, a la perfección religiosa” (EP 4120).

Y en las Constituciones decía: “El Provincial puede permitir estudiar a quienes durante el primer año del período de prueba han hecho notables adelantos en las diversas mortificaciones y señaladamente en el cultivo de la oración: no sea que olviden lo aprendido” (CC 279). Por eso no debían salir el primer año del noviciado: “el sacar del noviciado a los novicios que no hayan acabado antes un año al menos no es conveniente ni para ellos ni para la Religión” (EP 585).

Había que esforzarse por adquirir la perfección, pero para ello, y antes, debían estar sanos: “En cuanto al novicio enfermo que fue de Nursia, procure dedicarle todo cuidado, para que recupere la salud, que después veremos el resultado que él da aspirando a la perfección religiosa” (EP 1167). No tenían que tener obligaciones importantes de las que ocuparse, pues de ser así podían causar molestias en el noviciado: “Me alegro de que hayan dado comienzo al noviciado, habiendo dado ya el hábito a

seis, con la esperanza de dárselo a otros que sean a propósito, y no a los que quieren una excusa para ayudar a la madre, a las hermanas y al padre pobre. Muchos de éstos nos han dado muchos disgustos en la Orden. Así que vaya con mucha cautela; y después que les hayan dado el hábito, tengan cuidado especial en educarlos bien, porque en ellos se apoya la buena marcha de la Orden” (EP 3905). Más bien si querían caminar como se debe en el noviciado debían observar las Constituciones: “En cuanto a dar el hábito a los novicios, y en cuanto al profesar, en el futuro ahí se observará el orden de las Constituciones, que así caminarán con más seguridad, y sobre todo con algunos de esas tierras, que malamente quieren estar en otra parte más que en Nápoles” (EP 1532).

Han de ser de ayuda a la Religión y no de molestia: “En cuanto al lugar del Noviciado, quiero que se pague cuanto antes, y se arregle lo mejor que sea posible, al menos para seis u ocho novicios por ahora. Y procure que sean tales que puedan dar ayuda a la Orden, no disgusto, informándome de todas las cualidades que tengan” (EP 3605). El santo daba estos consejos porque muchas veces había religiosos que obraban mal en este tema vocacional, lo que le desagradaba enormemente: “Mientras yo escribo la presente, ha llegado el hermano Pedro de San Pablo, que fue privado del hábito por no ser a propósito, y ahí le han vuelto a dar el hábito. A mí no me parece a propósito, ni ahora ni antes. Ha estado en Chieti, y habla del P. Gaspar todo lo mal que se puede. De este individuo escribiré la semana que viene, con la ayuda del Señor” (EP 2730).

En este sentido escribía al P. Cherubini, en Nápoles, sobre el comportamiento de un padre, e incluso incluía un aviso importante para el Provincial: “Dios perdone al P. Pedro Andrés que fue tan precipitado en dar el hábito a tantos, que aquí se requiere mucho trabajo para hacerlos entrar por el camino de la mortificación; avise al P. Provincial que vaya despacio al vestir que temo que haya cogido ahí fama de vestir con facilidad a toda clase de gente, sobre todo recomendada, que no es a propósito (EP 808). “Si no han enviado las ropas de los dos novicios que llegaron últimamente envíenlas cuanto antes, pues les parece no poder vivir sino en Nápoles; quisiera que el P. Provincial mirara mucho para no admitir tan fácilmente al hábito semejantes sujetos y no creyera fácilmente a informaciones particulares sin hacer antes muchas comprobaciones” (EP 1392). Estaba convencido de que “quienes no hacen bien el noviciado, no van luego bien” (EP 2565).

Por eso había que cuidar muy bien a los novicios: “He recibido su carta del 27 del pasado, y en ella la noticia de cinco novicios recién vestidos para clérigos, a los cuales deseo que se atienda con toda diligencia... Empléese la misma diligencia en hacerles aprender las letras y el santo temor de Dios, practicando la virtud de la humildad, con la cual se descubren las riquezas eternas y se aborrecen las grandezas temporales” (EP 3781). “Sobre los dos jóvenes que propone para vestir, será bueno probarlos hasta la primavera, pues los primeros que han de tomar el hábito quiero que no sean gente ordinaria sino buenos o nada, porque en Nápoles el haber vestido al principio jóvenes ordinarios ha sido la causa de que nadie de valía haya pedido el hábito; pero retenga a esos dos que dice hasta nueva orden que será lo más seguro y yo le enviaré personas que puedan ayudarle en todo” (EP 1937; cf. 952).

Durante el noviciado, “V. R. tendrá cuidado de visitar a los sujetos y conocer su inclinación” (EP 3964). Y más directamente le dice al Maestro de novicios: “Sobre un punto queremos prevenir encarecidamente al Maestro: que descubra en cada novicio la Interna Inclinación o, lo que es lo mismo, la guía del Espíritu Santo que enseña a los humildes a orar con gemidos inefables; por ese camino se esforzará en llevar a cada uno hasta la cumbre de la perfección” (CC 23).

Terminado el período del noviciado, “el novicio puede ser admitido a la profesión; aunque se requiere también el voto y consentimiento de todos los Profesos de la casa en que emita los votos” (CC 30; cf. EP 1532).

### 3. En el hoy

Si queremos que este tiempo de la pastoral vocacional sea fructífero hoy día y así se pueda elevar el nivel vocacional, también hoy hay que probar a los candidatos. Lo que ocurre es que las pruebas se han de adaptar a nuestro tiempo y no se pueden aceptar muchas de las pruebas de tiempos del Fundador, ni siquiera algunas que se realizaban hace pocos años. El principio subsiste: es preciso probar la vocación; las formas cambian. Y la habilidad del maestro está en encontrar esas pruebas, y sobre todo percibir las cuando se dan sin que se las busque. Quizá sea la mejor manera de conocer a los candidatos, de ver su capacidad para la vida escolapia y su determinación de seguir al Señor.

Indicamos algunas que se pueden dar, señalando con ello, al mismo tiempo, otras muchas que se le pueden ocurrir al maestro.

La prueba fundamental es la vida misma, el día a día. Hay que ver cómo reaccionan los candidatos ante las diversas circunstancias de la vida. A veces serán situaciones normales, otras especiales. Como no han sido provocadas a propósito, sino que vienen dadas por la vida, no hay artificialidad en ellas y se puede comprobar mejor el ánimo, el carácter, la manera de ser del candidato.

Las relaciones comunitarias se prestan a ser un elemento importante en el conocimiento de la persona: cómo se enfrenta con los demás, qué relación mantiene con ellos, si les rehúye, si busca refugio en algún compañero, si se siente atemorizado o busca que su autonomía prevalezca sobre todo. No es fácil la vida comunitaria; es cierto que hay que aprender a vivir en ella, por lo que acaba siendo un test muy significativo de la capacidad de vivir en la vida religiosa.

La aceptación de las humillaciones no es fácil. Y es bueno que de vez en cuando los candidatos sean humillados. Las mejores humillaciones son las que trae la vida misma. Hacer artificial esta realidad, acaba muchas veces distorsionándola y causando lo contrario de lo que se quería obtener con ella. En la vida se dan muchas circunstancias en las que una persona puede probar la humillación, y hay que estar atento a la reacción que tiene ante ella.

La superación de la envidia. Puede y suele aparecer en la vida. No es un problema; lo es, en cambio, cómo se enfrenta la persona ante ella. Se nota si uno se alegra o no de los triunfos de los demás; si alaba o no las consecuciones de los otros; si busca hacer quedar mal a otras personas; si no siente alegría externa e interna cuando los hermanos vienen alabados y aplaudidos por cualquier motivo o razón.

Procurar que una persona no sea constantemente el centro del grupo o de la comunidad. Hay quienes buscan siempre que todo pase por ellos, que todos bailen a su alrededor. Buscan ser el centro de las conversaciones, quienes tienen siempre la razón, a quienes nada se les puede negar o quienes mejor hacen todo. Romper esta espiral, dejar un poco de lado a alguien que tenga semejantes tendencias, puede hacerle mucho bien, aunque tenga que pasar por momentos de angustia y disgusto.

Hay que examinar la capacidad de ceder que tiene cada persona. Hay algunos que son muy cerrados; puede ser por carácter, pero puede ser porque nadie puede llevarles la contraria; tienen siempre razón y la razón. Esto no es nada bueno para la vida religiosa y por eso mismo hay que romper en esas personas semejante actitud que no les hace ningún bien.

La aceptación de las observaciones o reproches que se le pueden hacer a un candidato. Hay que obrar con prudencia y tacto, pero no se pueden pasar por alto ciertas o muchas cosas sobre las que tiene que llamar la atención el maestro. Es bueno, por eso, hacer observaciones, reprender si es preciso y ver las reacciones que se suscitan. Quien no aprende esta materia, puede en el futuro ser motivo de fuertes dificultades comunitarias.

Hay personas que siempre están justificándose. Se justifican siempre y de todo lo que se les pueda achacar. La sencillez de corazón pide no obrar así, incluso se debe llegar a saber aceptar una reprensión aunque uno no tenga culpa en ella, siempre que esto no haga mal a otro. La perpetua autojustificación no es evangélica.

Saber entregar el tiempo a las necesidades comunes o particulares de alguien a quien hay que ayudar. No ser avaro del propio tiempo; aprovecharlo bien, eso sí, pero saber también que el tiempo se nos da para los demás y quien no aprende esto, no sabrá comportarse como se debe en el futuro, en tantas ocasiones como encontrará en la vida religiosa.

Más interiormente, superar las tentaciones. Es fácil caer en la tentación y por eso hay que aprender a pedir perdón y a luchar para no caer la próxima vez. El candidato ha de ser transparente. Existen muchas tentaciones externas ante las que el maestro puede ver cómo reaccionan los candidatos: la glotonería, el aburguesamiento, el adocenamiento, el perder el tiempo, el escurrir el bulto ante las necesidades comunitarias...

Hay que procurar, poco a poco, el despego del corazón de aquellos lazos que dificultan el camino que lleva a Jesús. Este despego se aprende con el tiempo y con ejercicio, y por eso hay que dar pasos en el camino vocacional en este sentido.

La aceptación de la realidad frente a los idealismos. Llega el momento en que a una persona se le puede romper el ideal que lo había sostenido, por la fuerza de la realidad que está viviendo. Momento importante

de la vida que hay que cuidar para que los candidatos no se desanimen sin razón y para que sepan interpretar lo que les está ocurriendo. Puede ser un momento fundamental del camino vocacional si se sabe vivir bien esta especie de crisis.

Saber unir autonomía con obediencia. También en este punto se debe aprender y experimentar poco a poco que no existe mayor autonomía que la que se vive en obediencia, y que ésta de ninguna manera destruye u obstaculiza que uno sea él mismo.

## VIDA DE DIOS

Con la expresión “vida de Dios” queremos indicar que quienes viven la etapa vocacional del noviciado han sido llamados a experimentar semejante realidad. Es lo que deben hacer durante ese período de la pastoral vocacional. La pastoral tiene en el noviciado una gran importancia porque se trata de preparar a los novicios para el futuro, se quieren poner las bases de su vida presente y, sobre todo, futura, se busca hacer de ellos personas que procuren una conformación de su vida con la de Jesús. Y es que el progreso de la vida depende de cómo se camine en el noviciado. Así se lo decía Calasanz al P. Busdraghi: “Avíseme cómo se comportan los novicios, porque todo el progreso de su vida se conocerá del provecho que consiguen en el noviciado” (EP 1491).

Por eso, insistía en lo mismo cuando se estaban abriendo las Escuelas Pías en Centroeuropa. Al P. Novari le escribía: “El progreso de nuestro Instituto en esas partes, depende del provecho que hagan los novicios durante el tiempo del noviciado” (EP 2420). Al revés también era cierto: “Se ve que quien no hace bien el noviciado no va luego bien” (EP 2565).

Por eso, en este capítulo, queremos señalar algunos elementos, actitudes o virtudes que el Fundador deseaba que adquirieran los novicios y que practicasen durante todo el tiempo del noviciado. Es lo que haría crecer su experiencia vocacional, su vida interior. Nos detenemos sólo en algunos de ellos.

### 1. La perfección religiosa

A la vida religiosa se entra para conseguir la perfección religiosa; por esa misma razón, en el noviciado, que es la etapa en que comienza la preparación para esa vida, lo primero y principal en que hay que ejercitarse es en la perfección; es lo que se debe trabajar y en lo que los novicios se deben empeñar, y, con la gracia de Dios, empezar a conseguir: “Procure,

pues, V. R. (a no ser que estos Padres le den órdenes en contra y a los cuales puede también informar del estado en que ha encontrado a esos novicios, si no les hubiese escrito) que se dediquen primero a lo que más importa, es decir, a la perfección religiosa, en lo cual me confío en su prudencia, procurando con amabilidad volverles a la observancia y hacerles comprender que el fin principal del religioso, después de la gloria de Dios, es la salvación propia y en segundo lugar la salvación del prójimo, y que es necesario antes recoger como concha para derramar luego a los demás como canales” (EP 4120).

Lo repite constantemente el santo en sus cartas a diversos religiosos. Efectivamente, lo primero, lo que más importa es precisamente la perfección religiosa: “No es mi intención que mientras los jóvenes del primer año de noviciado no hayan hecho algún provecho en el espíritu se dediquen a los estudios, y siento que por el poco cuidado de alguno que les ha gobernado, tengan luego de haber profesado ocasión de lamentarse de no haber hecho noviciado y que no se les hayan enseñado antes las cosas del espíritu como conviene y que se hayan dedicado a las labores desde un principio, como Ud. dice. Procure, pues, V.R..., que se dediquen primero a lo que más importa, es decir, a la perfección religiosa” (Ibidem).

Por eso no se les puede sacar del noviciado: “Del Noviciado no se puede sacar a ningún sujeto, porque están ejercitándose en la perfección y no se les puede sacar sin que hayan hecho algún adelanto” (EP 220). Es precisamente el noviciado donde se debe aprender a entrar por la senda de la perfección: “A quien se vea progresar poco en la vida del espíritu se le enviará a la casa Noviciado. Allí ejercítese con mayor rigor, y aprenda a entrar por el camino de la auténtica perfección, a que todo religioso viene obligado por su profesión” (CC 93). Y los profesos que se encuentran en esas casas han de enseñar con su ejemplo la perfección a los novicios: “Usted y los demás profesos que están en el noviciado deben enseñar el camino de la perfección religiosa con el buen ejemplo... Harán, sin duda, gran provecho en los novicios” (EP 3903). Perfección que en realidad consiste “en pequeñas cosas” (EP 2269).

En el fondo, en esta búsqueda de la perfección religiosa, estaba el deseo que tenía Calasanz de que sus religiosos fueran santos. Y esto lo tenían que intentar ya desde el noviciado. Tenemos que tener en cuenta que se encontraba en el comienzo de una nueva Orden religiosa, las Es-



cuelas Pías, en la que el Fundador espoleaba a todos sus religiosos hacia la santidad. Así se lo dice, por dos veces, al P. Ottonelli: “Yo pienso traer aquí los novicios que estudian ahí para que asistan en Roma al año santo, y aprendan a ser santos” (EP 243). Y de nuevo: “He escrito que esos novicios vengan a Roma donde procuraremos que durante el Año Santo lleguen por su parte a ser santos” (EP 249).

## 2. La observancia de las Constituciones

Camino privilegiado para conseguir la perfección religiosa y ser santo, era la observancia de las Constituciones. Enseñanza que se debe dar más con los hechos que con las palabras: “Procure, no sólo con palabras, sino mucho más con hechos y buen ejemplo, atraer a los novicios a la observancia de nuestras Constituciones. Que teniendo usted este óptimo fin e intención, será sin duda ayudado por Dios en todas sus cosas” (EP 2792). Si las observan, Dios hará grandes cosas por medio de ellos: “Procuren formar ahí a los novicios con fiel observancia de nuestras Constituciones y con humildad, si quieren que el Señor haga grandes cosas por su intermedio” (EP 3303).

Al P. Alacchi que se encontraba en Palermo, en una hermosa carta, le pide la observancia de las Constituciones, junto con otras virtudes, al mismo tiempo que se queja de ciertos comportamientos: “Por ahora no será poco si mantienen en pie esas escuelas de Palermo, comenzadas con Novicios, los cuales, según me dice, van a menudo por la ciudad como para que los vean, pero la importancia está en que agraden a Dios sabiendo hacer bien la oración y teniendo en orden los ejercicios comunes de las Constituciones, de las que, según me dice, tienen muy poca observancia, porque, afirma, llevan todos camisa de tela en contra de la Regla y otras cosas que, cumplidas bien, no sólo agradarían a Dios, sino también a los hombres. Mi voluntad es que observen las Constituciones y a quien no las observe, pareciéndole que no obligan ni siquiera bajo pecado venial, le digo que esos tales no tardarán mucho en no observar algún mandamiento de Dios, porque el religioso de aquello llega a esto. El gobernar con gritos no ha sido nunca alabado por nadie; el Superior debe ser ejemplo para los novicios con las obras” (EP 2229).

Lo mismo pedía a los novicios de las nuevas fundaciones de Centroeuropa (cf. EP 3303).

Insistía en la observancia en general. Como hemos visto, a veces añadía lo de “las Constituciones”, pero en otras ocasiones hablaba simplemente de observancia, y eso era lo que le interesaba. Sus novicios, sus religiosos en general, todos los escolapios tenían que ser observantes, y por eso le pedía al P. Costantini: “Le exhorto a mostrarse amable con todos y procure animar a todos a la santa observancia con suavidad y paciencia paterna, de modo que olviden aquella opinión y le tengan amor de Padre y no por juez severo” (EP 3660).

El superior tenía que lograr que sus religiosos fueran observantes y que éstos le tuvieran amor de padre y no lo consideraran simplemente como un severo juez. Ya dos años antes le había dicho al mismo padre, escribiéndole a la misma casa de Nursia: “V. R. procure arreglar lo del noviciado de Palermo de manera que se viva con mucha observancia” (EP 3046).

### 3. Humildad

Quizás sea uno de los elementos en los que más insistía Calasanz. El porqué de semejante insistencia es muy sencillo: porque él vivió una profunda experiencia de conversión a la humildad. Y cuando alguien ha tenido semejante experiencia, no la puede olvidar, y desea que los demás también la tengan. Calasanz sabía que era otro después de esa experiencia; su vida había cambiado radicalmente, y todo se lo debía a la gracia del Señor, que por pura misericordia lo había convertido por medio de los niños pobres. Era preciso que sus religiosos fueran sencillos, de corazón humilde, y eso había que comenzararlo ya en el noviciado. Por eso insiste tanto en la humildad de los novicios y, en general, de todos los religiosos.

Por eso pedía constantemente a los padres que ejercitaran a los novicios en la humildad: “Vaya adelante en su oficio de maestro de novicios, y procure con toda diligencia educar con santa observancia y especialmente con gran humildad” (EP 2895). “Dígame cómo se portan los novicios, porque todo el progreso de su vida se conocerá del aprovechamiento que hacen en el noviciado. Ejercíteles mucho en la humildad, que deben aprender como en un certamen y con santa emulación” (EP 1491).

Y cuando escribía a los fundadores de las casas de Centroeuropa, volvía sobre el mismo asunto: “Me ha consolado mucho la carta de V. R. del

21 de agosto último con las buenas noticias de ese noviciado de Lipnik. El Señor haga que vaya siempre de bien en mejor con aumento constante de espíritu y devoción, pues el fundamento de la Religión consiste en el buen progreso del noviciado. Y puesto que el Señor le ha elegido a V. R. para este ejercicio, ponga toda diligencia en educar a los novicios en aquella santa humildad que busca nuestro Instituto” (EP 2947). “El Señor le conceda fuerzas y espíritu para hacer a todos los novicios humildes y despegados de las cosas de este mundo a fin de que sean buenos para hacer cosas grandes donde el Señor se quiera servir” (EP 1408).

La humildad se requiere en las Escuelas Pías para ser capaces de abajarse a enseñar a los niños pobres y abandonados, para ejercer el propio ministerio: “Han hecho bien en cambiar algunos novicios... Visíteles con frecuencia y deles ánimo. Que aprendan a humillarse interiormente cuanto puedan, para que sean dignos de un ejercicio tan apto como es el de enseñar a los niños, que al mundo, nuestro enemigo, le parece tan bajo y vil. Con la práctica se alcanzará su valor” (EP 1160). Con la humildad imitan a Cristo que fue maestro de ella, y así le siguen, aman y se identifican con él: “Así como Cristo bendito se hizo Maestro de la santa humildad, queriendo que aprendiéramos de él, así usted ha de procurar que esos jóvenes aprendan esta virtud, teniendo como Maestro a Cristo Bendito, y a usted como continuador suyo. Pido al Señor que le dé a usted gran espíritu para enseñarla, y a esos jóvenes nuestros gran deseo de aprenderla” (EP 3888).

Además, el Señor habla con los sencillos de corazón, y a ellos se les manifiesta: “La santa simplicidad es muy querida del Señor y con los verdaderamente sencillos suele tratar con gusto” (EP 862). “He recibido la lista de los novicios. Y, si son buenos, son muchos. Porque suele decirse que es mejor pocos y buenos. Procure hacerles amar la virtud de la humildad, mediante la cual adquirirán el conocimiento del modo con que deberán obrar en todas sus acciones” (EP 1325).

La humildad hace a los novicios valientes soldados en la vida espiritual: “Importa muchísimo que camine el noviciado en sus principios con aquella virtud y buen ejemplo que son debidos. Vaya a visitarlo una o dos veces, al menos, por semana, y mande con frecuencia a saber si les falta alguna cosa, exhortando a los novicios a olvidarse de las cosas del mundo y a preocuparse por llegar a ser soldados valientes en la vida espiritual, que conseguirán si con particular estudio aprenden la virtud de la humil-

dad” (EP 3011). Mientras que sin ella nunca será de provecho el novicio en la vida religiosa: “Pediré al Señor dé a los estudiantes espíritu para saber aprender juntamente letras y humildad. Que sin esta virtud son más bien impedimento que ayuda. Exhórteles, pues, a abrazarla con gran fervor, para que puedan ser después de provecho y honor a la religión” (EP 708).

#### 4. Oración

La oración es un elemento fundamental en la vida religiosa, por eso hay que enseñar a orar a los novicios: “Enseñe [a los novicios] a hacer oración por sí solos en la habitación, aparte la oración en común” (EP 3853). “Usted cuide en cuanto pueda de los novicios, para que aprendan a saber hacer oración” (EP 3928).

Pero para saber orar de corazón, de verdad, la oración tiene que apoyarse en algunas virtudes: “Ponga todo empeño en introducir a los novicios en la modestia religiosa y en la virtud santa de la humildad. Se harán así más aptos para saber hacer oración mental, que es la vida del alma” (EP 1386). Sin la oración, los novicios en vez de ser de ayuda a la Religión, lo serán de impedimento: “Si los novicios no se forman con espíritu y oración, servirán de impedimento y no de ayuda a la religión” (EP 2588).

La oración tiene que llevar a los novicios a vivir en manos de la Providencia: “Deseo que nuestros novicios desprecien generosamente el mundo y cuanto hay en él. Más aún: que se arrojen confiadamente en los brazos y providencia divinos. Que en cuanto hayan adquirido un poco de este estado, serán aptos para tratar sin peligro alguno con toda clase de gente” (EP 371). Los ha de llevar también a hacerse niños, para poder entrar por los caminos del espíritu: “Use toda diligencia y procure que sean observantes de la menor cosa, que logrará así buenos alumnos. Y no tomen a mal los novicios pedir permiso en cosas mínimas. Porque deben volverse como niños si quieren entrar en el verdadero camino del espíritu” (EP 1472).

De esta manera aprenderán una cosa muy importante, que es el verdadero espíritu: “He visto lo que me escribe V. R. en su carta del 22 de los corrientes y me parece que tiene mucha razón acerca de la educación de los novicios, los cuales si no aprenden al principio el verdadero espíritu,

no creo que lo aprendan luego, sino que salen materiales como seglares o poco menos, y este defecto ha existido casi siempre en nuestros novicios. Pero si nuestras cosas tomaran otro rumbo, se pondría remedio. Mientras tanto es necesario hacer lo mejor que se pueda en provecho de dichos novicios” (EP 4126).

Pero este verdadero espíritu no es algo natural; hay que aprenderlo y para eso están los padres y, sobre todo, el maestro de novicios: “Quiero que nuestros jóvenes se dediquen al desarrollo, primero del propio espíritu, y después, de las letras. Yo no dejo de pedir que el Señor le dé espíritu, en beneficio de la Orden” (EP 4240).

Calasanz se alegra de que lo posean quienes han pasado por el noviciado: “Pluguiera al Señor que dicho Padre tuviera la décima parte del espíritu que ha conseguido su sobrino en el noviciado o bien el que ha adquirido el P. Sebastián en el poco tiempo que ha vivido en el noviciado” (EP 237). “Siempre que oiga decir que los novicios caminan por la vía espiritual con fervor y alegría, me será de grandísimo consuelo. Para comenzar como es debido la vía purgativa, deben todos rivalizar sobre quién será el más humilde. Porque el estandarte o copa de la carrera se dará solamente a los humildes, que serán entonces exaltados de acuerdo a lo que se hayan humillado en esta vida. Este camino repugna mucho a nuestros sentidos, y así se dice que *el camino es estrecho y son pocos los que lo encuentran*. Insista mucho en este asunto, que será de gran utilidad a nuestros novicios y, en consecuencia, a la religión, dependiendo del aprovechamiento del noviciado el resto de la vida religiosa, pues es verdad que tiene medio camino andado quien bien comienza” (EP 1360).

## 5. Modestia y silencio

La modestia y el silencio eran elementos requeridos en el noviciado. Por medio de estas dos virtudes Calasanz quería educar bien a los novicios. El silencio, para poder hablar con Dios y vivir en su presencia; la modestia, para no enfrascarse en cosas ajenas al noviciado. Hemos de tener en cuenta el tiempo en que vivía Calasanz. No es que en nuestro tiempo no sean necesarias ambas virtudes, sino más bien que la importancia que se les da está sometida a otro conjunto de valores a los que en aquel tiempo no se les daba tanta importancia o no se habían descubierto. Siempre nos encontramos con el mismo principio, que las virtudes que se citan deben mantenerse y vivirse en su justo valor, pero la forma de

llevarlas a cabo ha cambiado. El discernimiento de estos aspectos toca hacerlo al maestro y ha de tenerlo en cuenta en su comportamiento.

Calasanz pedía a los novicios que fueran modestos: “Que los novicios sean más modestos que los anteriores, porque me informaré de ello” (EP 958). “A esos estudiantes nuestros les recomiendo modestia, que me dicen dan demasiado rienda suelta a los sentidos, y no piensan que el P. Campanella y los suyos ven sus alardes, y aunque los disimulan, los anotan bien; sería mucho mejor que les dieran ejemplo de religiosos sacrificados” (EP 1697). De lo contrario, si no cumplían este requisito, era mejor mandarlos fuera del Instituto: “Procure que los jóvenes estudiantes y los restantes de casa, sobre todo profesos, sean muy modestos y sean mortificados por cada mínimo escándalo; y los novicios si no se enmiendan una vez advertidos, avíseme, porque si en el tiempo del noviciado son inmodestos es mejor mandarlos fuera que tenerlos” (EP 999).

De la misma manera había que introducir el silencio en el noviciado: “Procure V. R. introducir el silencio en este noviciado” (EP 3286; cf. EP 60). Es la única manera de aprender a hacer oración mental: “Procure que los novicios aprendan el silencio. De otro modo, no aprenderán jamás oración mental” (EP 1392).

El santo indica las razones por las que esta práctica era para él importante, práctica que hoy día puede parecer más bien inútil, ya que se habla mucho de las relaciones comunitarias, y que, sin embargo, todos los santos la han practicado y recomendado: “Le recomiendo que haga observar el silencio a los novicios, porque así aprenden a hablar con Dios y la virtud del silencio manifiesta ser hombre dispuesto y reformado por dentro; considere V.R. este particular como algo recomendado, ya que junto con la modestia de los ojos conduce a un novicio a la perfección religiosa que es el tesoro escondido del evangelio, el cual, cuando se encuentra (aunque pocos lo encuentran porque no se violentan a sí mismos), se dejan todas las cosas terrenas y buscan poseerlo como algo que supera todas las cosas de la tierra. El Señor le conceda su gracia y nos bendiga siempre” (EP 1367).

## 6. Mortificación y mundo

La mortificación no podía faltar en el noviciado, requisito también para saber orar: “Avisé a aquel novicio que dice que se porta relajada-

mente ya que si no logra ser mortificado, tampoco logrará hacer oración” (EP 1874). Cuando habla de la mortificación no se refiere sólo a la que el novicio por propia iniciativa busca, sino a aquellas que le llegan de fuera y que él debe saber recibir y asimilar: “Diga al Hermano Venancio que procure recibir como se debe las mortificaciones” (EP 33).

Esta mortificación le ha de llevar a saber olvidarse del mundo. Lo ha dejado, ha entrado en la vida religiosa y tiene que dar la espalda al mundo. Hemos de comprender bien esta expresión del santo dirigida precisamente a novicios que, terminada su probación, iban a dedicar su vida a estar entre los niños y a relacionarse con sus familias. No iban a ser unos eremitas. El sentido de este elemento lo encontramos en los números 33, 34 y 35 de las Constituciones, que pertenecen al capítulo IV, titulado “Apartamiento del mundo”, y que dicen: “El religioso fiel que desea obtener de nuestro Instituto el más sazonado fruto, considere dirigida a él la exhortación del Profeta: ‘Escucha hija, mira: presta oído, olvida tu pueblo y la casa paterna: prendado está el Rey de tu belleza’” (CC 33). “Procure, pues, despojarse de toda afección hacia familiares y amigos y hacerla propia del Espíritu. Ámelos con amor bien ordenado; y manténgase unido a Cristo el Señor, deseoso de vivir sólo para El y de agradarle sólo a El” (CC 34). “¡Procure no mirar hacia atrás después de echar mano al arado! Deje de lado los negocios de este mundo y las preocupaciones meramente seculares” (CC 35).

Y escribiendo al P. Romani, le decía: “Exhorte a los novicios a olvidar las cosas del mundo y a concentrar su atención en llegar a ser soldados valerosos en la vida espiritual; esto lo lograrán si con particular interés aprenden la virtud de la santa humildad, que nuestros profesos de esa casa no han sabido encontrar, sino que en lugar suyo han encontrado la maldita soberbia” (EP 3011). Al P. Castilla le escribía: “Procure ayudarlo a que se olvide de las cosas del siglo, con lo que le hará gran favor a él y a todos los de la casa; porque si vuelve al siglo ‘actum est de illo’” (EP 789).

Esta mortificación y olvido del mundo ha de llevar a los novicios a que “aprendan a ser sencillos con llevar cuanto redunde en desprecio propio” (CC 22).

Con este “apartamiento del mundo” se quiere señalar sobre todo una actitud espiritual. El hijo de Calasanz iba a vivir diariamente entre los niños, atendiendo a sus problemas, procurando educarlos, poniendo todo

su empeño en resolver sus dificultades. En ese sentido no podían estar más metidos en los quehaceres de sus alumnos; pero, al mismo tiempo, su corazón debía ser del Señor; tenían que estar unidos a Él y como señala en las Constituciones “deseosos de vivir para Él y de agradarle sólo a Él”. Esta es la actitud en que debían vivir el alejamiento del mundo, que no de los problemas de los alumnos y de sus situaciones.

## 7. Obediencia

Otra virtud que había que inculcar en los novicios era la obediencia; había que educar bien a los novicios, y si faltaba el sentido de obediencia, fallaba semejante educación: “Esos novicios estudiantes me parece que han aprendido poca obediencia. Es necesario que vengan a aprenderla aquí, pues el bien de la religión está en la buena formación de los novicios” (EP 246).

## 8. En resumen

Si el Instituto quería avanzar, crecer, tener sujetos suficientes para todas las peticiones que se recibían, había que educar bien a los novicios, porque de ello dependía el futuro del mismo Instituto: “No da resultado alguno tener los novicios así, por lo tanto o bien no dé el hábito a nadie más, o bien una vez dado mándelos en seguida a Roma con la ropa que han traído del siglo, porque es preciso hacer el noviciado como se debe o no hacerlo” (EP 2616). Vemos que el santo quería tener las estructuras necesarias para quienes iban a entrar en la Religión. Podemos traducirlo diciendo que no quería vocaciones a las que no pudiera atender bien y que deseaba y pretendía que pudieran vivir de lleno un proceso de acuerdo con los deseos que les habían conducido a pedir el hábito.

Si han de ser bien educados tienen que poseer casa propia, para que más libremente se dediquen a las prácticas propias del noviciado: “En una carta del cuatro actual me escribe sobre varios novicios que están en diversas casas. Mientras no haya lugar señalado en el Noviciado, se les puede mantener donde están, con el mayor cuidado que sea posible” (EP 2797).

Y si no tienen casa propia y viven con profesos, deben estar separados de ellos, porque es lo que más conviene para su formación, no sea que reciban malos ejemplos: “Quiero que se construya en esa casa



cuanto sea necesario, para tener a los novicios separados del todo de los profesos” (EP 1378). “Espero que el Señor nos conceda un lugar separado para los novicios; sacarán más provecho, porque no tendrán ocasión de distracciones, como tienen ahora a causa de las escuelas; me gustaría escuchar algún éxito bueno en este particular.” (EP 1472). “En cuanto a la cuestión del sitio de Posilippo, estuvo desde el principio mal orientado. Procuren ahora remediarlo de la manera que sea posible; que, aunque es lugar solitario y distante, también así es conveniente para los novicios, que se deberán educar con espíritu. Y como serán pocos, no será muy difícil encontrarlos” (EP 1495). “Antes procuraré enviar a un hermano novicio albañil, que primero trabajaba de cantero en la casa de la Duchesca, y pueda arreglar en esa casa las cosas más necesarias, para que los novicios estén del todo separados de los profesos” (EP 1373). “Los novicios deben estar separados de la vivienda de los profesos” (EP 3670). “V. R. procure arreglar lo del noviciado de Palermo de manera que se viva con mucha observancia y que traten con los profesos lo menos posible” (EP 3046).

Durante toda la vida escolapia y, por tanto, también en el noviciado el libro en el que tenían que aprender los novicios todo lo necesario para su vida espiritual era el de la pasión del Señor, que contiene toda clase de bienes: “El verdadero libro en el que todos debemos estudiar es la pasión de Cristo, quien otorga el saber propio al estado de cada uno (EP 1563).

Cuando los novicios se comportan de la manera que hemos explicado, al santo le causa una inmensa alegría: “Siempre me causa grandísimo consuelo saber que los novicios caminan por la vida espiritual con fervor y alegría” (EP 1360).

## 9. ¿Y hoy?

Hemos visto la importancia que tiene la vida de Dios en la pastoral vocacional, en esta fase de su desarrollo. Los elementos que hemos citado deben darse también hoy en quienes viven la pasión de ser escolapios, de seguir a Jesús como Calasanz y vivir para los niños a quienes van a entregar su vida. Pero para esta vida de Dios o experiencia de Dios se requieren algunos presupuestos que se han de examinar en la pastoral vocacional.

Hay que examinar que la imagen de Dios que traen los que entran y tienen los novicios no esté ligada a un mundo mágico, de tipo infantil.

Que el Dios que viven, que está interiorizado en sus vidas, sea algo que remueva el fondo de la persona, hasta llegar a lo psicoafectivo. Que no vivan en un mundo infantil o adolescente, sino que el Dios de sus vidas conlleve sentimientos polivalentes, tanto de dependencia como de libertad, y, por tanto, su Dios no aparezca como potencia superprotectora, ni tampoco como rival. Que vivan en la responsabilidad, es decir, que hayan descubierto valores trascendentes, incondicionales, ideales de vida. Que cada uno puede expresar, escribir, la relación que ha tenido con Dios desde que era niño hasta ahora, y sea capaz de dar nombre a todas las experiencias vividas. Que vayan aprendiendo a no separar vida de oración, como si fueran dos realidades separadas e incluso opuestas.

Es importante la oración, pero es más importante que examinen por qué rezan y a quién rezan. Porque pueden existir muchos motivos por los que uno se entrega a la oración, y no todos son dignos de alabanza. En el inconsciente uno se puede buscar a sí mismo al hacer oración, puede buscar tener una imagen positiva de sí mismo o querer que Dios la tenga de él y para eso reza, o bien, por simple cumplimiento de las Constituciones. El porqué de la oración es más importante que el hecho de si se reza o no. Y de igual manera han de examinar a qué Dios rezan, porque se pueden tener distintas imágenes de Dios, y según sea la que tiene cada uno, rezará a un Dios distinto.

Es importante vivir la oración desde la Palabra. Y descubrir entonces que también la oración es gracia, al margen que se deba poner en ella todo el esfuerzo y empeño. Si el Señor no la concede, nada se puede hacer. La oración ha de acompañar todo el proceso vocacional, aunque adaptada al momento de cada uno y a su estrategia. La oración permite vivir las crisis por las que pasa la persona y permite una autonomía liberada de la autoposición.

Algunos de los elementos citados más arriba se pueden traducir en vivir la pobreza de espíritu. El pobre de espíritu no se cree con derecho a nada y le parece normal su impotencia para el bien. Pero, al mismo tiempo, no mide su vida por el realismo de sus posibilidades, sino por la grandeza del corazón de Dios.

En el fondo, y así hemos comenzado este capítulo, se busca la perfección que se ha de traducir hoy en seguimiento intenso del Señor Jesús. Y se ha de comprender que la adhesión a la persona del Maestro no consiste

en internalizarlo como modelo de identificación, sino en aquella vinculación de fe por la que la persona de Jesús se hace fuente del propio ser.

Todo consiste en ser discípulo de Jesús y en que él sea el todo de la vida. Y entonces hay que personalizar la fe. Y esto está en relación estrecha con el fundamentarse como persona. Por eso no hay que separar esos dos aspectos de la vida. Y ahí entra la gracia. Porque uno no puede personalizar lo que responde a la estructura del propio ser abierto a la trascendencia. Pero, ¿cómo hacerlo de aquello que es la misma intervención gratuita de Dios en la vida, y cuando es El quien establece el señorío de su amor en una persona? Es entonces cuando una persona más que hacer, intentar o procurar, siente que es atraída por el amor de un Dios que quiere hacer su obra en él.



## EL MAESTRO DE NOVICIOS

En tiempos de Calasanz y tratando de la pastoral vocacional en sentido amplio, como el período de formación para ser un buen religioso de las Escuelas Pías, no existía lo que nosotros llamamos la comunidad formativa. El santo iba inaugurando noviciados según las necesidades, y en esas casas había un grupo de padres y hermanos que se dedicaban a diversas ocupaciones. Además del Superior, solía estar el Maestro de novicios. Los demás padres y hermanos se dedicaban a las escuelas o a las distintas tareas domésticas. En todo caso podía haber algún padre que ayudaba al Maestro de novicios. Es cierto que el Fundador quería casas que fueran sólo noviciados, y a veces lo conseguía, pero con mayor frecuencia los novicios convivían con los restantes religiosos en las casas que eran escuelas para los niños. Por eso en el capítulo anterior hemos constatado la insistencia de Calasanz de que al menos en esos lugares, no se mezclaran los novicios con los profesos, cosa por otra parte difícil.

El grave problema que se le planteaba constantemente al santo era la petición repetida e insistente de fundación de escuelas, petición que le llegaba de todas partes, lugares pequeños y grandes ciudades. Y el corazón de Calasanz no podía negarse a semejantes peticiones. En una ocasión llegó a decir: “Si tuviera ahora diez mil religiosos, podría en un mes distribuirlos a todos en aquellos lugares que me los han pedido con grandísima insistencia. De manera que nuestra religión no es como muchas otras, que con diversos medios procuran penetrar en las ciudades. Porque la nuestra es buscada y procurada por muchos señores cardenales, obispos, prelados, grandes señores y ciudades principales, como puedo probar con muchas cartas” (EP 2027).

Ante tanta petición, necesitaba religiosos, pero había que formarlos antes. Y ahí se encontraba su lucha, entre corazón y mente. Esta le decía que había que formar bien a los novicios y para ello había establecido dos años de noviciado. La necesidad de maestros para las escuelas, ahí man-

daba el corazón, le llevaba a traicionar lo que le decía la mente, y muchas veces, terminado el primer año de noviciado, enviaba novicios a enseñar. Este comportamiento tuvo graves consecuencias. Y es que también encontraba el problema de los Maestros de novicios. Tenía una idea clara de cómo debían ser, pero en la práctica era difícil encontrarlos como él los quería. Resultado, no siempre los maestros de novicios eran aptos y, en ocasiones, había novicios encargados a un padre cualquiera por falta de verdaderos Maestros de novicios. Todo esto influyó en el tema de la formación, que fue una de las debilidades del Instituto en sus inicios, y que se fue arrastrando con el tiempo, pese a interesantes intervenciones de distintos Padres Generales. Pero ahora estamos con el Maestro de novicios.

## 1. Necesidad de Maestros de novicios

El principio lo sienta en carta al P. Cherubini, que estaba en Nápoles: “Sin maestro [de novicios] y bueno, el noviciado no es noviciado” (EP 1007). Lo tenía claro y de hecho él luchará a fin de que este principio se haga realidad en todos los lugares. Quería Maestros de novicios y los quería buenos. Y los buscó; otra cosa era encontrarlos.

A veces en las casas se admitían novicios sin que hubiera maestro, algo que disgustaba al Fundador. Por eso llegaba a pedir que no se aumentase el número de novicios si no había maestro que pudiera ayudarles. Porque, ¿qué se puede hacer teniendo muchos novicios si no existe formador que cuide de ellos? He ahí la precariedad con que se encontraba Calasanz: “No está bien aumentar los novicios no teniendo maestro a propósito” (EP 3270).

Por eso se preocupaba de manera especial de las fundaciones de Centroeuropa para que tuvieran Maestros de novicios apropiados y entonces el Instituto pudiera progresar con mayor facilidad en aquellas tierras: “Hacia finales de septiembre partieron de Roma para Nikolsburg seis Padres de los nuestros, y no antes por los calores excesivos que hemos tenido hasta ahora. Entre ellos va uno para Maestro de novicios; por medio de ellos se podrá propagar el Instituto más fácilmente en esos lugares” (EP 1885). Como deseaba también que en casa hubiera un padre espiritual que entre otros menesteres se ocupara también de los novicios: “En cada casa haya un prefecto de las cosas espirituales quien atienda no sólo a los novicios, si hay algunos, según la acostumbrada Regla del noviciado” (EP 1385).

Se ve por estos textos, que podían multiplicarse, la necesidad que tenía el Fundador de Maestros de novicios y cómo juzgaba que un noviciado era bueno cuando tenía un buen Maestro de novicios. Por eso cuidaba tanto las nuevas fundaciones y de manera especial las de fuera de Italia, cuando los escolapios empezaron a fundar en Centroeuropa. Y es que el Instituto se asentaría bien en aquellas tierras si los noviciados eran buenos, y éstos lo serían si tenían un buen Maestro de novicios. Era la manera de atender a la pastoral vocacional en el período de noviciado.

## 2. Cualidades y enseñanza

El Fundador nos dice en sus Constituciones cómo quiere que sea el Maestro de novicios; es una descripción de las cualidades que deseaba encontrar en él: “Tras la vestición se encomienda [al novicio] a un formador, el Maestro de novicios. Elija el P. General para este importante servicio a un religioso que sepa orientar a los novicios hacia la plenitud de las virtudes con su prudencia, sabiduría, experiencia y, sobre todo, con su vida: realice de buen talante y con constancia las tareas comunitarias, posea profundo conocimiento de las cosas de Dios y de los ritos de la Iglesia, y enseñe con su palabra y testimonio los mandamientos de Dios, los consejos evangélicos y el camino de perfección” (CC 19).

Su misión en el noviciado era muy importante porque debía preparar a los novicios para la vida religiosa; tenía que enseñarles el camino hacia la santidad y debía fomentar en ellos actitudes y prácticas cristianas de las que hemos hablado en el capítulo anterior, pero de las que ahora citamos algunas, mostrando cómo el santo pedía al maestro que las infundiera en los formandos para su bien y el de la Religión. Tenía que hablar con ellos como padre de su espíritu y hacer esto con delicadeza, donde se manifiesta el modo de ser del Fundador: “A menudo y con prudencia procure el Maestro dialogar con los novicios sobre las tentaciones que más les aquejan: podrá proveer, así, el remedio necesario. Vele atento por los que descubre poco fieles en esta materia, pues suelen estos engañarse la mayoría de las veces” (CC 26).

Pedía que se les enseñara algo tan importante como la oración para que fueran de ayuda y no de estorbo en la Religión: “Enseñe [a los novicios] a hacer oración por sí solos en la habitación, aparte la oración en común” (EP 3853). “...y para saber si el P. Juan Domingo de la Cruz lleva

el cuidado de los novicios, porque si a los novicios no se les educa en oración y espíritu, servirán de estorbo y no de ayuda a la Orden” (EP 2588).

Debían también procurar que avanzasen en la sencillez de corazón, que tanto agrada a Dios, y que tanto bien hace a quien la posee, aunque no se puede alcanzar por las propias fuerzas o a base de voluntarismo, sino que es gracia inmerecida del Señor: “Ponga mucha diligencia en introducir a los novicios en la santa virtud de la humildad, que así se volverán más aptos para saber hacer oración mental que es la vida del alma” (EP 1386). “Puesto que el Señor ha elegido a V.R. para este ejercicio, ponga toda diligencia en educar a los novicios en aquella santa humildad que busca nuestro Instituto” (EP 2947). “Confío mucho en la diligencia que usará V.R. con los novicios de la que depende el buen resultado de los religiosos; haga que amen profundamente la santa humildad que así caminarán con seguridad” (EP 1541). Por eso pedía que se les ocupara en oficios bajos; era un modo muy apropiado para ejercitarlos en la humildad: “En el tiempo del noviciado el Maestro de novicios ocupará a los candidatos que posean talento o aptitud, en algún oficio como barbero, boticario, cocinero, carpintero, sastre, zapatero u otro parecido, de modo que, concluido el noviciado, puedan ir a ejercerlo en las casas profesas. Con esto demostrará el Maestro que quiere el bien del Instituto” (Declaración a las Constituciones).

Otras virtudes que debían practicar los novicios para ir las adquiriendo eran el silencio y la modestia (Cf. EP 1367).

Tenía que procurar también el Maestro de novicios que los formandos fueran mortificados, mortificándoles a veces él mismo o procurando que se encontraran ellos en situaciones de mortificación: “Recomiendo a V.R. el cuidado de esos novicios, de los cuales sabe cuánto bien puede provenir a la Religión si se les introduce bien, y por el contrario cuánto mal nos han hecho todos aquellos que han estado en la Religión sólo con el cuerpo, teniendo el alma ocupada en otra parte, instrúyales, pues, a menudo sobre el modo de hacer oración, de mortificarse y de someter la propia voluntad a la ajena, y que se olviden de las comodidades de la casa paterna y atiendan sólo al apartamiento de sí mismos y a la mortificación del amor propio, asegurándoles que de ese modo podrán conseguir la propia salvación siendo verdad ‘que son pocos los que la encuentran’” (EP 4121).

Todo esto lo podía hacer el maestro si desconfiando de sí, ponía toda su confianza en Dios, que ayuda a quienes se ponen en sus manos, reco-



nociéndose ellos pobres y pequeños: “Exhorte al P. Ignacio de mi parte a que pida a Dios la gracia de poder ayudar a los novicios, pues desconfiando en sí mismo y confiando en Dios será de mucha aceptación para los novicios” (EP 3692).

El Maestro de novicios tenía algunos medios que podían ayudarle en su cometido, como eran las conferencias que debía impartir a los novicios y también los capítulos de culpa. En ambos casos se dirigía a los formandos y podía decirles cómo tenían que comportarse y se podía servir de estos medios para mandarles hacer algunos actos de humildad para probarlos, porque humildad sin humillación es difícil de conseguir: “V. R. no deje jamás sus conferencias, los capítulos de culpa y los ejercicios ordinarios correspondientes a los novicios, teniendo para esto las horas designadas más a propósito; y procure desarraigar del corazón de los novicios napolitanos el amor a la patria, porque de otro modo jamás conseguirán la perfección religiosa con la que se consigue el Paraíso, que es otra cosa distinta de Nápoles” (EP 1530).

Para conseguir éstas y otras virtudes, debía el Maestro de novicios dirigir a los formandos hacia la persona de Cristo Señor que es el verdadero maestro que puede enseñar a todos los cristianos las actitudes auténticas de la vida espiritual. Jesús ha de ser siempre quien guíe, conduzca y enseñe el camino; a él hay que acudir, pues sin él nada se puede conseguir, mientras que estando unidos a él, se está unido a la savia que fortalece y da vida; estando, en cambio, separados de él, el sarmiento se marchita y no sirve para nada, no da fruto. Los novicios tenían, pues, que mirar y seguir constantemente a Cristo el Señor, mientras que el maestro no era sino el que continuaba la obra del Señor, el que ayudaba a seguirle y a que los novicios no perdieran o se desviaran del camino: “Así como Cristo bendito se hizo Maestro de la santa humildad, queriendo que aprendiéramos de él, así usted ha de procurar que esos jóvenes aprendan esta virtud, teniendo como Maestro a Cristo Bendito, y a usted como continuador suyo. Pido al Señor que le dé a usted gran espíritu para enseñarla, y a esos jóvenes nuestros gran deseo de aprenderla” (EP 3888).

De una manera más amplia y general, escribe Calasanz al P. Vicente Berro e insiste en elementos que le interesan que tengan los novicios (cf. EP 4121).

Si el maestro tenía que dedicarse a cuanto hemos visto, “el noviciado requiere un maestro que no tenga otras ocupaciones” (EP 952).

### 3. El problema de los Maestro de novicios

Hemos visto la importancia del Maestro de novicios; cómo Calasanz no concebía un noviciado sin maestro; hemos repasado algunas cualidades que debía tener, y lo hemos dibujado con lo que de él dicen las Constituciones del santo. También hemos repasado breve y simplemente algunos rasgos de lo que debían enseñar. Todo esto estaba claro para el Fundador. Su gran problema provenía de la dificultad de encontrar religiosos que respondieran a sus deseos y a lo que él pensaba y quería; resultado, a veces no había maestros y otras no eran apropiados para el cargo que debían ejercer. De ahí las dificultades que encontró en este tema.

La dificultad de encontrar religiosos con esas cualidades en la Religión, lo confesaba en sus cartas: “Me alegra que hayan acomodado la casa de Cardino, pero nos hallamos con la dificultad de encontrar individuos a propósito para la formación de novicios” (EP 1557). “En cuanto al noviciado en la casa contigua a las clases de Porta Reale, me parece muy bien, pero ¿quién hay ahí que sea apto para tal cargo, de educar a los novicios?, los cuales, si no son bien educados, se vuelven rebeldes” (EP 2197). “¿Dónde se encontrará ahí un Maestro de Novicios, amante de la Orden y prudente en el gobierno, que sepa guiar a los novicios de distintos caracteres a la santa perfección religiosa? Porque educar a los novicios materialmente es causa de la relajación de la Orden” (EP 2971).

Por eso, al encontrarse en semejante precariedad, pide que le indiquen si hay algún religioso que sea capaz de hacer semejante servicio. Vemos, pues, que ya desde el comienzo del Instituto, el tema de la formación fue uno de los más difíciles y delicados que tuvo que afrontar el Fundador, y continuó así a lo largo del tiempo. Escribía al P. Fedele, ya siendo anciano el santo, en 1641: “Escríbame si en esa Provincia hay una persona capaz de educar a los novicios” (EP 3550). A veces cuando no encontraba la persona que buscaba, le encargaba al mismo superior ejercer ese ministerio, si tenía confianza en él. Así ocurre en Nikolsburg con el P. Conti. Recordemos el cuidado que tenía el santo de las fundaciones en Centroeuropa; en 1640, que es cuando escribe la carta al P. Conti, tenía ya sobre sus espaldas mucha experiencia y había sufrido mucho por este asunto: “Dios sabe cuánto siento yo que en esas tierras tengan necesidad de un Maestro de Novicios, y no lo haya. Me parece que el remedio a propósito es el que usted dice, que lo desempeñe usted personalmente. Mientras tanto, Dios nos inspirará algún remedio” (EP 3342).

Precisamente por todas las dificultades que encontraba en este tema, animaba a quienes eran Maestros de novicios; no quería que dejaran su cargo; les indicaba algunos elementos en los que debían insistir, pero, sobre todo, su empeño iba dirigido a que continuaran en el servicio que iban haciendo a la Religión: “El fundamento de la religión consiste en la buena marcha del noviciado. Y porque el Señor le ha elegido a usted para este cargo, use toda diligencia en educar a los novicios con aquella humildad que busca nuestro Instituto” (EP 2947). “Vaya adelante en su oficio de maestro de novicios, y procure con toda diligencia educar con santa observancia y especialmente con gran humildad” (EP 2895). “Respecto a la dificultad que me escribe V.R. sobre la edad del Maestro de novicios, tranquilícese, pues si hay necesidad de sujetos, el General, como fundador, puede dispensar en semejantes cosas necesarias. Así pues, V.R. haga que continúe en el oficio y ayúdele en lo que pueda para que se porte bien, porque en la buena educación de los novicios consiste en gran parte el provecho de los profesos. El Señor dé a V.R. y a cuantos están en esa Provincia un espíritu grande para que sean de grandísima utilidad para el prójimo” (EP 2914). “He recibido la carta de V.R. del 3 del corriente, y, aunque le sobrevienen muchas dificultades para encaminar el noviciado con la devoción que quiere, suplico, sin embargo, a V.R. que busque cómo superar con paciencia todo lo adverso, y manténgalo en la observancia y devoción que se espera de su bondadoso celo” (EP 4137). “Dedique V.R. la diligencia necesaria sobre el oratorio del Noviciado, procurando que los Novicios con hábito, y los demás que lo van a recibir, estén atendidos y formados con toda caridad. Dado que el Noviciado ha de ser el fundamento de esa Provincia, si marcha bien, como espero, de él saldrán individuos mucho mejores que en el pasado. Por eso se lo recomiendo a V.R. con todo el afecto posible” (EP 3854).

Fue esta una dificultad grande durante la vida del santo. Muchos de los problemas que tuvo el Instituto no se hubieran dado de haber tenido buenos formadores como él los quería. La verdad que esa lucha entre mente y corazón a la que nos hemos referido antes, se encuentra también presente en la solución que daba al problema de los Maestros de novicios. Tenía que haber escogido a los mejores religiosos y haberlos preparado para este cargo. Pero ocurría que los mejores para este servicio eran también los mejores para las escuelas, y ahí es donde surgía con fuerza la lucha interna de Calasanz. Ya lo hemos señalado, la mente clara, pero el corazón demasiado grande; y con frecuencia vencía el corazón a la mente.

Está muy claro lo que decimos en una carta del santo al P. Alacchi: “Sobre el vestir jóvenes de poca edad y de buen ingenio no ha llegado todavía el tiempo oportuno porque no tenemos formadores espirituales ni profesores tales como se requiere para ellos y tenemos que servirnos rápidamente de los candidatos por ser muchísimos los que piden nuestra obra” (EP 1849).

Todo esto se lo exponía claramente al P. Casani, desde Nápoles, ya en 1628: “Si no se abre noviciado en Nápoles no irá bien la cosa, porque no se puede proveer a esas dos casas y encima a otras muchas con el solo noviciado de Roma; aunque si se abre ahí el noviciado no habrá quien pueda encargarse de él, porque V.R. tiene muchas preocupaciones externas y el noviciado exige uno que no se ocupe de otra cosa, y ahí no lo hay. Sin embargo, introduciendo algunos cambios de esas escuelas de Porta Reale veré de poner remedio al asunto del noviciado. Pero mientras no se tenga noviciado no es oportuno vestir sujetos para después no atenderlos como se debe. Porque los que vinieron aquí después de haber estado ahí algún tiempo sin noviciado causaron grandes molestias a la hora de reducirlos a la sencillez que se debe. Todo nuestro Instituto depende de los buenos noviciados” (EP 952).

#### 4. Algunas peticiones

A los Maestros de novicios les hacía algunas peticiones. Una, que cuidaran bien de los novicios. Era fundamental, porque bien sabía él, y lo había repetido en diversas ocasiones, que de los buenos noviciados dependía después el bien de la Religión, y que los buenos noviciados dependían de los buenos Maestros de novicios. Por lo tanto había que preocuparse de los novicios, atenderlos, tener cuidado de ellos, ayudarles en sus dificultades, animarles en las pruebas por las que pasaban, enseñarles cuanto hemos señalado más arriba: “Formando usted novicios idóneos, podrá levantar en pie todas esas casas que ahora están vacilando” (EP 4502).

Si se cuidaba bien a los novicios se podría después ayudar a las casas que pasaban por dificultades. Siempre lo mismo, el futuro del Instituto depende de los buenos noviciados.

Quería que se le enviara relación del comportamiento de los novicios, que cuando era positiva le causaba una inmensa alegría: “He recibido con mucho consuelo la relación de los novicios que usted me ha enviado; espero que, si siguen adelante y no vuelven atrás, obtengan un gran pro-

vecho para sí y para la Orden” (EP 1373). Semejante informe lo quería tener cada quince días. Esta frecuencia indica la preocupación que tenía por lo que les ocurría a los novicios y se ve cómo los seguía de cerca: “Me gustaría que me avisara al menos cada 15 días del aprovechamiento que hace cada uno de los novicios, como también de las faltas que cometen voluntariamente aunque sean pequeñas” (EP 1351).

## 5. Confrontación periódica con el formador

Es normal que en la primera fase de la formación, se haya tenido un primer encuentro con el formador. Se puede considerar una fase de “desbroce”. Porque no es fácil entre la maraña de elementos con los que puede llegar el candidato, discernir las claves y orientar el proceso. Si eso no se ha dado, le toca al Maestro de novicios empezar a realizar semejante trabajo. Aquí unimos la figura del primer acompañante vocacional y la del encargado del noviciado. Lo que no se ha hecho en un momento, debe hacerse en otro.

Antes que nada se debe contar con que se está realizando una especie de magisterio espiritual. En el sentido de confiar la propia vida a la sabiduría de otra persona, al comienzo quizá desconocida. Para lo cual el formador debe infundir confianza en el candidato. Podemos señalar algunos elementos en la relación que se establece entre formador y formando.

En primer lugar, tiene que infundir confianza. Una confianza respetuosa con la otra persona, con su vida, historia, problemática, situación, luchas, victorias y desfallecimientos. Todo esto irá saliendo en las conversaciones, pero en ese “saliendo” no es conveniente que entre en directo el formador, para que el novicio no experimente una especie de invasión en su intimidad. La interioridad se abre voluntariamente a quien se quiere; si se intenta abrirla desde fuera, la persona experimentará una especie de violación de su intimidad, le hará mal, se sentirá herida y entonces podrá fallar la confianza, elemento fundamental para que se dé esa relación especial.

El maestro tiene la misión de discernir qué es lo que va ocurriendo en el formando. Ha de tener la perspicacia para darse cuenta de esto, lo que no quiere decir que se lo indique en seguida a la otra persona. Es ésta quien lo tiene que ir descubriendo poco a poco, a través de las experiencias por las que pasa, que pondrá luego en manos del formador, y entonces pedirá luz para saber leerlas y comprenderlas.

Es, por tanto, un acompañante, no alguien que sustituye al formando, manda y ordena. Es como la luz que ilumina, pero no destella. La luz sirve para que el que se debate en la oscuridad, vea. Por lo tanto, no debe hacer dependiente de su persona al candidato, aunque en los primeros estadios es normal que se dé una cierta dependencia que, poco a poco, ha de ir desapareciendo.

No debe el maestro imponer ningún camino determinado, y menos porque le guste a él o sea por el que él camina; en todo caso, ha de descubrir la verdad más personal del formando y la obra que el Espíritu va haciendo con él. Por eso, a mayor confianza-dependencia, mayor preocupación por la autonomía del formando a nivel de actitudes y praxis.

Una de las cosas importantes que debe hacer el maestro es enseñar al formando cómo él mismo debe darse cuenta de lo que le pasa, de lo que es importante y de lo que no lo es; y, sobre todo, por qué le pasa lo que le está ocurriendo. De forma que el formando vaya adquiriendo sensibilidad para los procesos que se dan en su interior, y cuando algo se le escapa, entonces acuda al maestro para que le acompañe en el conocimiento de lo que él, por sí mismo, ha sido incapaz de captar.

La actitud del formador ha de ser siempre de amor. Cuando le acompaña, y el candidato ve lo positivo que hay en él, y cuando le descubre también lo negativo. No lo ve como juez, sino como alguien que camina junto a él. Ahora bien, algo que quizá muchas veces no se comprende en esta relación formador-formando es la diferencia de niveles en la que se encuentran los dos en el acto de formación. No se deben confundir los niveles o igualarlos por camaradería, creyendo que así se le hace un bien al formando. Se puede amar, ser cercano, ayudar de corazón, pero se deben respetar las funciones de cada uno de los dos.

Muchas veces el maestro tendrá que usar la táctica de la insinuación para hacerle ver al formando muchas cosas, por ejemplo, las contradicciones que hay en él. Insinuación que es sugerencia, no mandato, no voluntad expresa. El formando ha de notar y comprender que es él quien dirige su vida, que la lleva él porque es suya y que el formador es un acompañante que le ilumina, sugiere, anima y fortalece. Pero su vida la lleva él, porque es su vida, lo mejor que tiene y porque en eso nadie ni le puede ni le debe sustituir.

Otro aspecto importante es el de desdramatizar las situaciones de incapacidad. El formando ha fracasado en un intento, ha sufrido una derrota, lo que sea; que estas situaciones no le dejen desamparado, que no se sienta inútil, que no caiga en la tentación de echarlo todo a rodar, que sepa comprender que lo que le ha sucedido es natural en todo camino y que lo importante es seguir adelante, que la vida se aprende a base de tropezones.

Hay que enseñarle que lo importante son las líneas de fuerza de la vida y no los resultados que se obtienen. Que las primeras van a ser las que guíen su vida, y que las segundas a veces se darán y otras, no. Hay que saber tener paciencia y no desesperarse. Con Dios y el proceso que hace con cada persona, hay que tener paciencia. Cuando él lo desea, en un momento hace lo que una persona se ha empeñado en conseguir durante mucho tiempo, sin lograrlo. Sí, con Dios no hay que ir con prisas y hay que tener mucha paciencia.

Hay que ayudarle en las crisis, aunque es bueno que las experimente y que vaya aprendiendo a vivirlas. El formando en ellas no tiene que acudir inmediatamente al maestro como a tabla de salvación.

Finalmente, se le tienen que ofrecer elementos externos de ayuda, como pueden ser: algún cursillo que le ayude a entender lo que hemos ido diciendo; propiciar experiencias de soledad, retiro y oración; ofrecer dinámicas de grupo con expertos; darle tiempos amplios de encuentro con el mundo de la marginación y sufrimiento; acercarle a experiencias de realidades no vividas, como un grupo de laicos, relaciones afectivas heterosexuales, campos de trabajo, etc.





# IMPORTANCIA DEL NOVICIADO Y SALIDAS

## 1. Importancia

Dentro de la fase de la pastoral vocacional (empleamos esta expresión desconocida en Calasanz para todo el período de formación), el Fundador daba suma importancia al noviciado. Ya hemos mencionado la lucha que tantas veces se estableció en su ánimo entre lo que le dictaba la mente y lo que le pedía el corazón. El noviciado era muy importante y había que cuidarlo bien. De cómo se viviera el noviciado iba a depender el bien personal e institucional. Por una parte, el personal: “Dígame cómo se portan los novicios, porque todo el progreso de su vida se conocerá del aprovechamiento que hacen en el noviciado. Ejercíteles mucho en la humildad, que deben aprender como en un certamen y con santa emulación” (EP 1491).

Pero el Fundador insiste más en el bien institucional. De cómo fueran los noviciados iba a depender el bien del Instituto. De hecho del comportamiento de los novicios dependía su vida futura de religiosos: “Estoy muy confiado en la diligencia que usted empleará con los novicios, de la cual depende el buen éxito de los religiosos. Procure conseguir que amen grandemente la humildad, que así caminarán seguramente” (EP 1541).

Todo el Instituto, el presente y el futuro, dependía de cómo fueran los noviciados: “Todo el Instituto depende de los buenos noviciados” (EP 952). “Siendo el noviciado de esa Provincia el fundamento sobre el que se debe apoyar y crecer nuestro Instituto, es necesario que se haga cuanto sea posible, para nutrirlo con buenos novicios. Todas las demás casas de la Provincia deben darle ayuda en cuanto sea posible, no sólo con las misas, sino también con alguna otra cosa, si queda, como es el trigo, los frutos secos, y cosas semejantes. Yo espero que Dios bendito mande ayuda suficiente para dicho noviciado” (EP 3862).

Por eso se cuidaba de los noviciados que estaban en las distintas ciudades: “No hay duda de que, ante el crecimiento de la Orden, en esa ciudad es necesario el noviciado, como algunos han pedido; por eso, es bueno que vean dónde hay un lugar apropiado, y lo traten; pero no concluyan el contrato, porque si me avisan de que lo han visto, y han hecho que lo vea algún entendido, y gusta el lugar, mandaré un Asistente con algún otro, exclusivamente para esto; así que vayan estudiando esto en particular” (EP 2526).

También de él dependía el bien de las Provincias: “En cuanto a vestir novicios tengo por cierto que V.R. y los otros Padres nuestros tendrán la prudencia que se debe en la elección, y también de educarlos en el noviciado como hay que hacerlo, siendo así que el noviciado suele ser el fundamento de la Provincia” (EP 4035). “Recomiendo a V. R. el cuidado de esos novicios, de los cuales sabe cuánto bien puede provenir a la Religión si se les introduce bien, y por el contrario cuánto mal nos han hecho todos aquellos que han estado en la Religión sólo con el cuerpo, teniendo el alma ocupada en otra parte” (EP 4121).

Por eso cuidaba de manera especial los noviciados de los lugares de nuevas fundaciones: “El progreso de nuestro Instituto en esas regiones depende del aprovechamiento que hagan los novicios durante el tiempo del noviciado” (EP 2420).

Ahora bien, el noviciado será bueno cuando se eduque en él con espíritu religioso, pues “educar a los novicios materialmente es la causa de la relajación de las religiones” (EP 2972).

Si lo dicho es cierto, entonces todas las casas de las distintas Provincias tienen la obligación de ayudar a los noviciados; ayuda que redundará después en bien de las mismas casas, pues podrán recibir profesos que vivan de verdad la vida religiosa y amen el ministerio de las escuelas: “El Noviciado debe ser ayudado por todas las casas de la Provincia. Así que, cuando pueda, ayúdelo con trigo, dinero, u otra cosa” (EP 3782). “Ni los de Savona, ni los de Cárcare me han hecho una instancia para liberarlos de la obligación de las misas por el noviciado, el cual debe ser ayudado por todos, porque con el tiempo dicho noviciado dará ayuda a todas las casas. V.R. tiene que designar a dos mendicantes que vayan no solamente por la ciudad sino fuera, para que el noviciado se mantenga como se debe” (EP 3854). “Deseo que cuiden especialmente del noviciado; y si en

el futuro puedo ayudarlo con algunas misas, lo haré con gusto; por ahora he aplicado 200 para ese noviciado, que ha ser como el cimiento y sostenimiento de esa Provincia” (EP 3914).

Esta preocupación por los novicios le llevaba a veces a preguntar por la razón por la que algún novicio se había ido, no queriendo que hubiese confusiones en ciertas determinaciones que él tomaba: “Respecto al novicio, que fue privado del hábito ahí, no será el único, pues he dado orden que me manden a sus compañeros; que el poco cuidado de los superiores causa algunos desórdenes” (EP 1115).

Respecto a las salidas del noviciado y en ese sentido de la vida religiosa, tenía la mentalidad de su tiempo que la expresaba de esta manera: “Estoy seguro de que, en el paso de la muerte, Dios les dirá: *recibiste bienes durante tu vida* (Lc 16,25), *tu recompensa temporal* (cf. Mt 6,2), por la que has abandonado mi servicio. Pues está escrito: *cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt 25,40)” (EP 4422).

## 2. Salidas y motivos

He aquí, pues, planteado el tema de las salidas. Estaba claro que si un novicio quería salirse del noviciado, podía hacerlo con toda tranquilidad y nadie podía impedirlo: “¿No puede irse si quiere un novicio mientras es novicio, si no le gusta la Religión? De forma que el Superior no lo puede retener a la fuerza. Pues del mismo modo el Superior, si no le gustan las cualidades del novicio, puede mandarlo fuera siempre que quiera” (EP 207). Al salirse había que darle algunos vestidos y algún dinero para el viaje, y que se marchase en paz de Dios: “Según lo que escribe, me parece tan decidido a marcharse que no necesita perder el tiempo en persuadirle más... Que se le den algunos vestidos del ropero, por ejemplo, sotana, capa o manteo, otros interiores y algún sombrero bueno, de manera que pueda presentarse decentemente. También le darán algún dinero para el viaje, si lo quiere, porque él me escribe que no. Así comprenderá que ha encontrado caridad cristiana en esta congregación” (EP 64).

Calasanz estaba convencido que ciertas personas era mejor que estuvieran fuera del noviciado y no entraran en la Religión: “Yo le ayudaré con todas mis fuerzas a salir de la religión. Porque es mucho mejor que semejantes personas estén fuera, ya que dentro no sirven más que de

escándalo” (EP 2663); pero renace de nuevo la mentalidad de su tiempo, distinto del nuestro: “Si algunos quieren litigar y salir de la religión, yo les enseñaré el camino... Si otros quieren irse, podrán. Pero adviertan no resulte para ellos el camino del infierno” (EP 2238).

Algunos podían salirse, a otros había que despacharlos. Muchos motivos da el santo para mandar fuera de la Religión a un novicio o a un formando. Podemos hacer una lista de algunas de esas razones.

Si era desobediente, no se le debía dejar en el noviciado; si la desobediencia no se corregía, era una mala actitud para vivir en la vida religiosa: “Si por casualidad algún [novicio] se muestra desobediente, despídale. Porque la desobediencia nace de la soberbia, que es signo muy perjudicial, especialmente en un religioso” (EP 1360). “Diga de mi parte al novicio que si no se muestra más obediente parece que quiere volver al siglo. Estaré ahí con la ayuda del Señor y pondré remedio a muchas cosas.” (EP 1895).

También había que mandar fuera a los inobservantes, porque podían hacer mucho mal al Instituto en el futuro: “Me parece necesario que se manden a sus casas no sólo a los dos novicios que usted dice, sino también cualquier otro que no procure ser muy observante. Porque es mejor formar pocos y buenos que muchos sin piedad ni espíritu” (EP 4127).

Había que despachar a los insinceros con el superior, porque la transparencia era un requisito de la formación, y los insinceros podían engañar en cualquier momento a los maestros y a los superiores, causando graves perjuicios a la Religión: “Pruebe bien a los novicios. Y a los que no sean muy sinceros con el superior, despídalos... Pidamos a la Santísima Virgen que tenga ella, en este asunto, particular cuidado de la religión de sus pobres” (EP 1452).

También había que mandar fuera a los que no eran sencillos de corazón, ya que muchas veces la falta de sencillez ocultaba doblez y disimulo, lo que es incompatible con una vida de espíritu: “No los admita de ninguna manera a la profesión, sino, con toda suavidad, mándelos fuera; porque no andan con nobleza ni sencillez con el Superior, sino con doblez y fingimiento” (EP 1567). A éstos les faltaba humildad y obraban en contra de cualquier humillación: “Casio me escribe y me parece que está muy inquieto que es mala disposición para hacer los votos y buena para mandarlo a casa; en vez de humillarse y de portarse bien, lo hace al contrario” (EP 215). Por eso no hay que permitir en ellos palabras soberbias: “No permita

en ninguno de ellos obras o palabras que sepan a soberbia, sino que lo remedie en seguida y si no se enmienda mándelo fuera” (EP 1461).

No quiere a los descontentos: “No querría tener entre nosotros a nadie si no está más que contento. Porque de otro modo hacen más daño que provecho” (EP 2157); ni a los volubles que cambian constantemente de parecer y de comportamiento, lo que les impide tener un juicio sereno, necesario para el ministerio de las escuelas y para la vida en el Instituto: “En la primera ocasión se mandará la ropa del novicio Barone, porque no me parece constante sino muy voluble” (EP 984).

Se ha de mandar fuera de la Religión a los que examinándolos, parecen no convenientes para las Escuelas Pías: “Procure inculcar ese buen sentimiento en el corazón de los demás religiosos, particularmente de los novicios, entre los cuales, si encuentra alguno que no convenga para nuestro Instituto, puede despedirlo y vestir a otros que sean a propósito, sin tratar de admitirlos a la profesión, esperando que durante el tiempo de noviciado el Señor nos descubra algún remedio conforme a su santísima voluntad” (EP 4453); y a los que no se enmiendan, a pesar de las correcciones que se les han hecho: “Ponga mucha diligencia en introducir a los novicios en la modestia religiosa y en la santa virtud de la humildad que así se volverán más aptos para saber hacer oración mental que es la vida del alma y cuando encuentre faltas voluntarias en ellos y vea que no se cuidan de enmendarse, despídalos a casa que es mejor ser pocos y buenos que muchos imperfectos” (EP 1386). “Si fuesen novicios, y después de advertidos no se enmiendan, que sean despedidos a sus casas” (EP 2577).

No quería a los inmodestos: “Procure que los jóvenes estudiantes y los restantes de casa, sobre todo profesos, sean muy modestos y sean mortificados por cada mínimo escándalo; y los novicios si no se enmiendan una vez advertidos, avíseme, porque si en el tiempo del noviciado son inmodestos es mejor mandarlos fuera que tenerlos” (EP 999); ni a los que por cualquier razón pudieran causar escándalo, lo que desacreditaba al Instituto ante la gente: “En cuanto al P. Blas escribí por el correo pasado que si volvía ahí con su compañero, lo enviara a Roma vestido de seglar que yo aquí lo habría probado en el noviciado; pero ahora que oigo cómo se comporta debe quitarle absolutamente el hábito para que con ese hábito no dé más escándalo en esa ciudad” (Moncallero 18); ni a los que no servían para la vida religiosa: “En cuanto a ese que trabaja en estucos, si él de por sí no reza ni persevera en la vocación, déjelo marchar, que

tenemos más necesidad de individuos buenos para humanidades que de artistas” (EP 2218). Todos ellos serían más de molestia que de ayuda al Instituto. Su idea constante de que era mejor ser menos y buenos que no muchos, pero no aptos, se encuentra debajo de todas estas motivaciones particulares que ha ido señalando el Fundador.

No quería a los enfermos crónicos, porque difícilmente podrían ejercitar el ministerio específico de la Religión, ya que sacarían siempre la excusa de su enfermedad para no ir a las escuelas: “He mandado al novicio por la ropa del H. Tomás llamado en el siglo Masturzo, y lo mandaré fuera a la primera ocasión, porque no trae cuenta tener en la Religión a un enfermo crónico” (EP 1237). Tampoco quería a quienes ya habían pasado por otros Institutos, ya que si habían salido (al margen que no se sabía si por propia voluntad o despachados), quedaría siempre una sombra sobre su idoneidad para el ministerio escolapio: “Al que ha estado tres años con los PP. Teatinos despídalo en paz” (EP 573).

Quiere que se envíe fuera del noviciado a un novicio que se escapó, motivo más que suficiente para que no siga en el Instituto: “En cuanto al novicio, me parece que su acción de huir de casa es algo grave, y deben mandarlo fuera; por eso, si tiene su ropa, puede mandarlo a su pueblo” (EP 2893).

A Cherubini le escribe que mande fuera dos a novicios que no convienen a la Religión, y que los encauce hacia otra distinta: “Mandé hace cuatro o cinco días dos novicios que no son a propósito para nuestro Instituto; quisiera que les persuadieran a pasar por sí mismos a otra Religión sin esperar otra resolución. Su ropa la enviará en la primera ocasión” (EP 1142). “Habiendo hecho su profesión, envío de nuevo al Hermano Buenaventura; lo habría mandado con gusto un poco a las obras de Moricone, para quitarle la vagancia, pero, viendo que ese novicio enviado últimamente no está demasiado bien, lo reenvió ahí de nuevo. Yo creo habrá que mandarlo a su casa, pues, aunque sabe coser, no corresponde a lo que yo esperaba de él” (EP 494).

A los Padres Graziani y Peri les pide que envíen fuera del noviciado a algunos sujetos que el santo cree que no son a propósito para la Orden: “En cuanto al H. Francisco María de Cremona y al H. Carlos de Acqui y al H. José de Mesina, me dará una gran satisfacción si, en caso de que V. R. no los juzgue aptos para nuestra Religión, les devuelve sus ropas, porque

ninguno de ellos ha dado nada para sus vestidos, y siendo novicios no se debe disimular el escándalo. Use por ello de su autoridad en no dejar pasar ninguna cosa indigna” (EP 584). “En cuanto al hermano Pedro de S. Pablo, ermitaño español, al que antes se le quitó el hábito, aunque sea muy útil para esa casa, usted, en cuanto llegue, dele el hábito de ermitaño, y mándelo con Dios sin más réplica” (EP 2739).

### 3. Consejos y deseos

El santo desea que todos los relajados, novicios o no, salgan de la Religión. Lo dice con ímpetu, como algo que le nace de lo profundo del corazón: “¡Quisiera Dios que todos estos relajados salieran de la Religión!” (EP 2230). No importa ser menos, con tal que éstos estén fuera: “Desearía que le siguiesen (en la salida de un religioso) todos los relajados, que mucho mejor sería que fuésemos un tercio o la mitad menos” (EP 1258).

Estas frases indican cómo veía el Fundador en esos momentos la Religión. Estaba escarmentado de la inobservancia que se daba cuenta que existía en el Instituto, y lo achacaba tanto a la falta de una cuidadosa selección de los candidatos como a la falta de una exigente formación de los mismos. Por eso, la pastoral vocacional ocupaba para él todo el tiempo de la formación. Una vez ya profesos, veremos más adelante cómo hablaba a los religiosos.

Pide fervientemente que quienes se han ido no vuelvan a la Religión: “Siempre he sido de parecer que una vez que se han ido de casa, no vuelvan más” (EP 55), de lo contrario a su vuelta podrían ser de mal ejemplo de nuevo para los que continuaban dentro: “De ninguna manera permitan que vengán a nuestras casas los que colgaron los hábitos, porque no pueden ser más que de mal ejemplo a los nuestros. Que no han salido de la religión por ser hombres espirituales, como lo demuestran en el siglo” (EP 3801).

A veces aconseja a algunos religiosos que pasen a otra Religión, o porque cuando llegue el momento de la profesión, no van a ser admitidos: “Aconséjele de mi parte a cambiar de religión, no habiendo hecho los votos en ésta. Que yo, cuando llegue el momento de los votos solemnes, que será pronto, en manera alguna le admitiré a ellos. Pero, para que salga con reputación, sería mejor que pasase a otra religión. Le escribo, pues, en conformidad con cuanto digo, para que vea él que se tiene cuenta de su honor, no expulsándole, sino cambiando” (EP 170); o porque es

mejor para ellos mismos: “Para bien de su alma y aun para tranquilidad de todos, opino que pase usted a otra religión menos rigurosa, o vuelva a ajustarse con alguien en el siglo... Para lo cual le devolveré sus vestidos, y posiblemente algunos mejores; le devolveré los diez escudos que traje cuando vino, cosa que no se acostumbra hacer con otros, y además le ayudaré con mucho gusto en todo lo que pueda. Porque yo no dejo nunca de querer bien a las personas, aunque su condición no sea a propósito para la religión” (EP 201).

Al P. Melchor que parece que se quiere comportar con mucha dureza, el santo le recuerda algo evidente para él: “En cuanto a la autoridad de la Sagrada Escritura, de que me habla, no se puede aplicar a nuestro caso, porque el novicio, si no se porta bien, no se debe tratar mal ni siquiera meter en prisión, sino mandarlo fuera. Pues el novicio que no cuida con gusto de la virtud se debe mandar fuera” (EP 1612).

Al final de todo, queda en pie la bondad y el deseo de bien del Fundador porque pide a los suyos que oren por quienes han dejado el Instituto: “Procure conservar la observancia en casa, y recen por aquellos que han abandonado el camino de la religión para seguir el ancho camino del mundo” (EP 4534).

#### 4. Nuestro presente

Las salidas de la vida religiosa es algo normal. Nadie debe asustarse por eso. Los motivos pueden ser muchos. Es cierto que después del concilio Vaticano II, muchos religiosos dejaron la vida religiosa y muchos sacerdotes abandonaron el ministerio sacerdotal. Quien ante estos hechos hablara de simple relajación, estaría equivocado. Quizá, como quería el beato Juan XXIII, el concilio sirvió para abrir las ventanas de la Iglesia al mundo y que entrara aire fresco, y también para que se abrieran las ventanas de la vida religiosa y sacerdotal. Quizá estaban dentro muchos que no debían estar. Con esto no queremos negar que una libertad, no experimentada antes, no pudiera también acelerar procesos ocultos que vivían las personas o pudieran romper lazos que constreñían, sin que lo que se vivía naciera de lo profundo del ser y de la vida íntima de cada uno.

Por otra parte, no se puede negar que hubo, al mismo tiempo, a veces mayor dejadez y que no siempre se supo vivir bien la libertad reconquistada y experimentada con gran alegría y gusto.



Pero ahora lo que quiero subrayar es que hay que desdramatizar semejantes salidas. En los años preconciarios existía un lenguaje poco adecuado a mi entender, como aquello de “perder la vocación”. Y todo lo que se afirmaba como consecuencia de esa “perdida de vocación”. Lenguaje que venía de lejos, y que hemos señalado en Calasanz, indicando no estar de acuerdo con él.

Personalmente he visto personas para quienes la salida de la vida religiosa ha constituido una necesaria liberación. Personas que una vez salidas, han sido más felices que dentro de la vida religiosa o del sacerdocio. Y es que muchos de ellos, al examinar su vocación con nueva luz, se han dado cuenta que “no tenían vocación”, y han pasado por una justa crítica su entrada y permanencia en la vida religiosa.

Todo esto lo afirmamos para desdramatizar muchas salidas y para evitar ciertos remordimientos fuera de lugar. De todas maneras cada uno conoce su vida y el porqué de sus actos. Con esto no se quiere lo más mínimo insinuar que no hubiera muchas veces dejadez, deseo de probar nuevas realidades y olvido de aspectos importantes que había que vivir en la vida consagrada o en el sacerdocio.

Todo lo dicho no quita la importancia de la fidelidad vocacional. Y ahora nos preguntamos, ¿en qué elementos de la vida religiosa hay que insistir en la pastoral vocacional, en todas sus fases, en el tiempo de la formación? Podemos verlo subrayando algunos elementos de cada uno de los capítulos de las Constituciones.

El primer elemento de fidelidad vocacional proviene del seguimiento de Jesús. Quien le sigue con todo el corazón, con toda la vida, con todo el ser, ha de estar seguro de que si él le llama, permanecerá fiel. Tiene que discernir cómo es su llamada, para qué le quiere el Señor. Si le llama a las Escuelas Pías, no ha de temer, sino más bien tener confianza, porque el Señor nunca se arrepiente de haber llamado o da marcha atrás: “También nosotros, llamados por el Bautismo a la plenitud de la caridad, dejamos todo por Cristo y, en el ambiente comunitario de vida consagrada, le seguimos como a lo único necesario” (C 16).

Una vez dentro de las Escuelas Pías, nadie se encuentra solo. Tiene un conjunto de hermanos que le ayudarán en todo momento, como él debe ayudarles a ellos. Y éste es el segundo elemento de fidelidad. Llegarán momentos de dificultad, tormentas, crisis, pero siempre ha de recordar

que no se encuentra solo. Los hermanos le ayudarán. La vida comunitaria es elemento fundamental para ser feliz, para solventar los problemas, para vencer las dificultades. Todo esto lo experimentará con frecuencia en la vida. Pero ha de vivir junto con los demás, y esto le proporcionará mayor fuerza: “Nuestra comunidad religiosa se centra en la Eucaristía, se fundamenta en la fe y se consolida en las relaciones interpersonales. Aceptamos de corazón a los demás tal como son, y les ayudamos activamente a madurar en sus aptitudes y a crecer en el amor, procurando que el ambiente comunitario sirva a cada uno para dar respuesta fiel a la propia vocación” (C 28).

Sí, la vida comunitaria es elemento que ayuda a la fidelidad, pero no basta. No basta porque la vida religiosa es gracia y don, y por eso hay que pedir insistentemente la fidelidad en ella. ¿Y cómo hacerlo si no es a través de la oración? Así lo quería Calasanz. Y las palabras que siguen, de las Constituciones nuevas, recogen las mismas palabras del Fundador: “Siguiendo el consejo de Nuestro Santo Padre, cuantas veces nos fuere permitido permanecer en soledad, esforcémonos en practicar actos externos, y sobre todo internos, de humildad, contrición, acción de gracias, y otros semejantes que nos sugiera el Espíritu. El Padre, que ve lo escondido, nos recompensará y nos llevará a la solidez y perfección de las virtudes” (C 43).

Pero la vida religiosa entraña realidades que no son fáciles. En ellas, el religioso quiere vivir a semejanza de Jesús en este mundo. Y eso incluye el celibato. ¿Hay algo más grande e importante que el amor? No. Por eso, en la vida religiosa no se renuncia al amor, sólo a vivirlo de una manera determinada. Pero el hombre es solicitado constantemente a romper los esquemas de la vida religiosa y a realizar lo que reclama la naturaleza. Porque al Señor se le puede amar y se le debe amar con todo el corazón, con esposa y sin ella. ¿Cómo mantenernos fieles en la castidad consagrada? Es don del Señor. Pero cuando uno lo recibe, lo cuida, lo acaricia, pide la consistencia del mismo a Jesús, la única persona que se lo puede dar y se siente dichoso, entonces el Señor ayuda a mantener la fidelidad: “El don especial de la castidad consagrada hay que descubrirlo, adquirirlo y conservarlo con el esfuerzo de cada día. Y eso lo consiguen, sobre todo, los que, desconfiando de sus propias fuerzas, entablan un trato familiar con Dios y en actitud humilde de Él esperan las fuerzas necesarias” (C 57).

Al seguir al Señor Jesús, nos damos cuenta de que él no tiene dónde reposar su cabeza; de que vive apoyado en la Providencia del Padre que viste los lirios del campo y cuida de los pájaros del cielo. Y comprende que tiene que ser pobre. Pero en este sentido también el aguijón del tener, el de ser más, lo siente en sus carnes. Y, sin embargo, en el fondo del corazón está el deseo de ser como el Señor, de vivir a su semejanza. ¿Será posible la fidelidad, no abandonar la vida religiosa porque es el tesoro encontrado, más importante que cualquier otra riqueza humana? Sí, es posible, porque ahí está el Señor para ayudar a quien le pide socorro cuando nota que le flaquean los pies: “Nuestra decisión y nuestra elección, libre y firme, de dejar todo por el Reino para comprometernos a vivir el misterio de Cristo pobre son, a la vez, prueba y exigencia de nuestro amor a Cristo y a los hombres; y las hacemos patentes cuando compartimos de verdad nuestros bienes con los necesitados” (C 65).

Después de todo uno ha elegido una determinada vida porque cree que ha sido llamado a ella. Lo primero es que él ha sido elegido para vivir en esa vida. Elección que no depende de uno mismo; elección que es pura gracia amorosa de Dios. Y eso le lleva a querer ser obediente al Padre en todo lo que le pida. También es gracia ser obedientes en este punto. Pero el Señor tiene misericordia de cuantos acuden a él. Y el religioso llega a experimentar que la obediencia no rompe su autonomía, y percibe que no hay mejor manera de vivir que en obediencia amorosa al Padre en todo lo que él mande: “Todos los religiosos, para realizar fielmente lo que agrada al Padre, intentamos descubrir su voluntad en intercambio de pareceres y comunión de oraciones. Voluntad que se nos da a conocer en los impulsos del Espíritu, en los deseos de la comunidad y en toda clase de signos, por mediación de los Superiores, de los hermanos y de los acontecimientos” (C 77).

Y entonces, viviendo cuanto hasta aquí hemos dicho, se sabe destinado a los demás, nota la pasión por los niños, sobre todo abandonados, por los que sufren tantas injusticias, por los que llevan en su cuerpo las marcas de Jesús, por los que nadie quiere, por los abandonados e ignorantes, por los que nada saben de Dios y del amor a los demás, por los que necesitan ser ayudados intelectual, moral y espiritualmente. Y quiere ser fiel a esta vocación que siente que es la suya. Por eso pide fidelidad al Señor, y desea que la muerte le llegue viviendo este ministerio maravilloso de educar enseñando, como Jesús abrazando a los niños: “Esta misión edu-

cadora tiende a la formación integral de la persona de modo que nuestros alumnos amen y busquen siempre la verdad, y trabajen esforzadamente como auténticos colaboradores del Reino de Dios en la construcción de un mundo más humano, y mantengan un estilo de vida que sea coherente con su fe. Así, progresando a diario en la libertad, logren un feliz transcurso de toda su vida y alcancen la salvación eterna” (C 92).

El Señor, no lo dudemos, será fiel y sostendrá al candidato para que sea capaz de vivir la vida religiosa por él y los niños, y de morir también por él y los niños. Y todo esto elevará, sin duda, el nivel vocacional del Instituto.

## LA ENTREGA A DIOS Y A LOS NIÑOS

Terminado el período del noviciado, el candidato “con el voto y consentimiento de todos los Profesos” (CC 30), emite la profesión. Es el paso que le da la entrada a ser religioso de las Escuelas Pías. Es un momento importante para el novicio, porque va a entregar su vida por completo al Señor, decide sobre su existencia, y los religiosos que han vivido con él y le han ido observando, concluyen que parece ser apto para el Instituto. Es el momento del “sí” a Dios, a su llamada, a su seguimiento, al deseo de vivir en comunidad con los hermanos que ya dieron ese paso; toma la decisión, apoyada en la gracia, de vivir por entero para el ministerio de la educación de los niños pobres y abandonados.

### 1. Preparación

Para emitir los votos, el novicio se debe preparar “haciendo ejercicios espirituales” (EP 1471), confesándose de toda su vida o de los dos años de noviciado y dejando a quien quiera cuanto posee: “Superado satisfactoriamente el período de prueba, haga el novicio confesión de toda su vida, o de los dos años de noviciado si así lo prefiere, y decida con plena ecuanimidad sobre los bienes que posea” (CC 28). La manera de disponer de lo que es suyo, lo indica el Fundador al P. Cherubini a raíz de la profesión de un hermano. Le escribe: “En cuanto a la disposición que va a hacer el H. Pedro María, después de haber confesado y comulgado llamará a un notario confidente de la casa, para que le dé una copia del testamento o donación, y dejará sus cosas a quien le parezca que está más obligado ante Dios. No debe dejar nada a la Religión, porque así lo mandan nuestras Reglas. Y si quiere pedir el parecer de algún doctor de ahí, puede hacerlo también” (ET 678).

Y en las Constituciones lo determina de la manera siguiente: “Se le debe prevenir que nada se reserve o nada legue a la Congregación. A tenor

del Concilio Tridentino y mediante testamento o de otro modo, distribuya libremente todos sus bienes entre los pobres, parientes, amigos...; así, como pobre total, se hará digno de ser recibido en la Congregación de los Pobres de la Madre de Dios” (CC 29).

Además debe observar todas las normas de la Religión para que después no se pueda alegar que la profesión no fue válida: “En cuanto a la admisión de alguno a la profesión obsérvense las normas dadas para todos los que profesen en el futuro: cada cuatro meses se tenga el escrutinio de los novicios y si encuentra que alguno no camina bien, mándelo fuera para que no dé mal ejemplo a los demás” (EP 1540). “En cuanto a la profesión del hermano Juan Pablo, si hubieran obedecido, cuando yo lo envié para que le dieran el hábito, ahora no habría estas dificultades. Por lo cual, tanto con él, como con los demás que deban profesar, observe la orden del escrutinio, y también con los novicios, por lo menos dos veces al año, para que se viva con mayor observancia” (ET 1542).

Por último, necesita el permiso del P. Provincial. Deben, además del Provincial, intervenir en su consentimiento los Profesos de la casa, y antes del acto de profesión se le debe preguntar la disposición interior que tiene al hacerse religioso y cuál será su comportamiento: “El Maestro informe de todo esto al Provincial, con cuyo permiso puede el novicio ser admitido a la profesión; aunque se requiere también el voto y consentimiento de todos los Profesos de la casa en que emita los votos. Antes de recibirlo, pregúntesele con toda claridad: si se sentirá feliz de no gozar de prerrogativa alguna en la Congregación, ni querrá preceder al menos importante, y si aceptará permanecer toda su vida en el lugar y servicio que el Superior le designe para gloria de Dios” (CC 30).

En cuanto al parecer de los profesos de la casa debe obtener, según lo que hemos visto en las Constituciones, el de todos, pero en una carta dice que basta sólo los dos tercios: “Al tiempo de hacer la profesión, hágase el escrutinio de todos los profesos de aquella Casa donde vive el que ha de profesar, y si tiene los dos tercios de los votos a su favor, admítasele; de lo contrario, sea excluido. Y también entre los novicios; si no cada cuatro meses, al menos cada seis, para que cada uno esté más atento a la observancia” (EP 1542\*).

## 2. Qué es la profesión

Según la teología tradicional, la profesión es como un nuevo bautismo que recibe el profesando y que le deja como criatura nueva: “En cuanto al P. Tomás, si sabe prepararse para recibir el Espíritu Santo, será para él como un nuevo bautismo el hecho de la profesión” (EP 1360); es, por tanto, “una acción agradable a Dios” (EP 4024). En una carta muy hermosa que escribe al P. Juan Francisco Apa, en Florencia, le habla de lo que supone la profesión y la iguala al hecho de la renovación de los votos que se tenía que hacer públicamente dos veces al año. Le escribe: “La renovación de los votos solemnes o profesión hecha por puro amor de Dios es una acción tan agradable a Dios que supera en mérito todas las acciones que pueda hacer el hombre, salvo el martirio, y quien ama a Dios como debe, debería renovar muchas veces un acto que tanto agrada a Dios, y más aún si es con el buen ejemplo del prójimo. Yo lo valoro muchísimo y ruego al Señor dé a todos nuevo fervor para volverse heroicos en el puro amor de Dios, que es el precepto primero y principal de la santísima ley del Señor” (EP 4024).

Al ser tan importante también la renovación de los votos, las Constituciones prescriben que se haga esta renovación dos veces al año: “Todos y cada uno, en la fiesta de la Resurrección del Señor y de Todos los Santos, renovarán y ratificarán los votos, precedidos de la confesión general desde la última, de los ejercicios espirituales –según se especifica más adelante– y de la recepción de la Eucaristía” (CC 32).

La profesión se emitía con la siguiente fórmula: “Yo X. de San X., en el mundo X.X., emito mi profesión en la Congregación de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías. Y ante ti, R. P. X., que a Dios representas, y ante todos tus legítimos sucesores, hago voto a Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a María, la Virgen Madre de Dios, de Suma Pobreza, Castidad y Obediencia, y, según ésta, de una especial entrega a la educación de los niños, conforme al Breve de Paulo V, plasmado sustancialmente en estas Constituciones. Esta profesión y estos votos –al renunciar ahora libre y totalmente a los posibles obstáculos que puedan existir– los considero firmes, ratos y válidos, y quiero que así lo sean, para siempre. En fe de lo cual firmo cuanto antecede, escrito de mi puño y letra. Roma (o X.), a... de... de...”

Prometo además, que nunca intentaré, ni por motivo alguno consentiré, que se modifique la legislación de nuestras Constituciones en materia de pobreza; a no ser que por causa justa pareciere conveniente una más estricta observancia. Prometo asimismo que nunca gestionaré ni procuraré –ni aun indirectamente– mi elección o promoción a cargo o dignidad dentro de la Congregación, ni los aceptaré sino forzado por la obediencia a quien ordenármelo puede bajo pena de pecado. Finalmente, si de alguien supiere que procura o pretende alguno de esos cargos, prometo informar puntualmente a la Congregación en la persona del P. General. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo; en el atrio de la casa del Señor, en medio de ti Jerusalén. Yo, X. de San X. firmo cuanto precede de mi propio puño y letra” (CC 31).

La renovación de los votos quiere que se haga con un gran amor a Dios: “Sobre la renovación de votos, yo, como Padre espiritual que deseo la perfección de todos los hijos de la Religión, quisiera en todos un ánimo grande para servir a Dios y para unirse a él mediante la caridad y el amor, pues cuando hay verdadero amor no hay modos particulares sino una gran sinceridad en el servicio de S.D.M. Yo considero todas las profesiones hechas en el pasado como buenas, válidas y santas y quisiera que todos las consideraran así” (EP 4028); siempre le alegra escuchar cuando han renovado los votos: “Probaré gran consuelo en oír que ahí han renovado los votos, y me comunicará quién no los ha renovado y la causa porque no los ha renovado para que se pueda poner el remedio necesario” (EP 3226), y desea saber si incluso alguien se ha opuesto a renovarlos: “En cuanto a la renovación de los votos, V.R. los haga renovar y si alguno se excusa de renovarlos, es orden del Emmo. que sea fuertemente castigado” (EP 3837).

El día de la profesión era día de fiesta en la casa donde un novicio había profesado y como tal había que celebrarlo; pues bien, el santo quiere que sus religiosos no se excedan con ocasión de la profesión de un religioso, e indica al P. Casani, en 1629, cómo debía ser incluso la comida: “Ahora hagan la profesión estos dos o en Porta Real o en la Duchesca, donde parezca que sea mejor, pero será así: no se tenga comida extraordinaria sino que haya sólo la entrada, la sopa, el principio y un postre según nuestra costumbre, y esto obsérvese no sólo en la profesión solemne de alguien sino en toda otra ocasión en la que haya seglares, para que vean el modo extraordinario que se usa entre nosotros y no queden escandalizados” (EP 1243).



### 3. Quiénes no deben ser admitidos a la profesión

Siendo un acto tan importante el de la profesión, pues a través de la misma se entraba a pertenecer completamente a las Escuelas Pías, había que cuidar con sumo esmero quiénes podían ser admitidos y quiénes no. He aquí algunas exclusiones que señala el santo en sus cartas:

No debían ser admitidos quienes no eran sencillos, pues es a los sencillos a quienes ama el Señor. Quien no lo es, puede crear dificultades el día de mañana y ser de estorbo en la Religión: “No los admita de ninguna manera a la profesión, sino, con toda suavidad, mándelos fuera; porque no andan con nobleza ni sencillez con el Superior, sino con doblez y fingimiento” (EP 1567).

Tampoco quienes no poseían verdadero espíritu y, por consiguiente, les faltaba una verdadera vida espiritual: “En cuanto al admitir a la profesión algunos que no han aprendido el verdadero espíritu, no lo hagan, pues Dios sabe cuánto fastidio me dan particularmente esos del Reino napolitano, deseosos de ir todos a Nápoles como si fuera el paraíso; si no pierden ese afecto a la patria, jamás serán buenos religiosos. V.R. insista mucho sobre este particular, pues es necesario que el religioso llegue a considerarse peregrino en esta vida y que no hay para él otra patria que el cielo donde está su Padre, Cristo bendito, que lo ha engendrado con el derramamiento de su sangre y donde está su Madre Santísima que es la Purísima Virgen, que nos tomó por hijos al pie de la Cruz; los religiosos semejantes a este modelo son aquellos que logran gran provecho en el prójimo y honor muy grande a la Religión” (EP 1510).

Vemos cómo quería arrancar todo afecto desmedido a los lugares, más si eran la propia patria, y esto de manera especial en los napolitanos. “Todavía no he concedido el Breve para la ordenación del H. Blas; se está tramitando ahora, pero no lo admitiré fácilmente a la profesión por las razones dichas en las cartas anteriores; me da poca confianza porque, tanto el uno como el otro eran sujetos perdidos para el mundo y no estando en el noviciado sino vagabundeando libremente por la ciudad, poco pueden haber aprendido en la vida espiritual. Uno me escribe que cada día los mandaba a pedir limosna y que frecuentemente traían buenas limosnas, y otras mil cosas semejantes a las que doy poquísimos créditos; pero de todas formas no me parece bien que vaya de boca en boca de los seglares.

Lo siento muchísimo no poder mandarle en esta situación compañeros a propósito; en esas circunstancias se requiere mucha prudencia y no dar escándalo en nada” (EP 1604).

Desecha un candidato que había tenido algo que ver con la Inquisición, y como era lógico no podía ser admitido en el Instituto: “Estoy esperando el resultado del asunto del P. Macario, porque, tratándose de un caso de ubicuidad, es tema peligroso, y se considera herejía manifiesta. Así que, cuando acabe el caso [por parte] de los Señores Inquisidores, no se [le] admita a la Profesión, sino mándenlo fuera.” (EP 2579).

Tampoco se debe admitir a la profesión a los inmortificados y a quienes no son humildes, porque no pueden ser de provecho para la Religión: “Avisé al P. Provincial acerca de la profesión de ese que dicen que termina los dos años, no suceda como a éste; y si no es muy mortificado y humilde, no lo admita, porque, hecha la profesión; éstos tales van cada vez más perdiendo el espíritu, en lugar de acrecentarlo” (EP 1491); ni a quienes se portan mal: “Me escriben que el hermano Antonio se porta muy mal. Por eso no se le admita a la profesión hasta mi vuelta” (EP 577).

Ocurre lo mismo con quienes siempre están enfermos: “Al novicio Tomás, al que mandé solo con Aniello, longobardo, no le den la profesión, porque hace unos ocho meses en que siempre dice le duele, cuándo el estómago, cuándo la cabeza, y quiere vivir de convaleciente, y no conviene a la Orden tener individuos continuamente indispuestos. Yo le mandaré [su] ropa por el primer barco. Por lo demás, no es mal individuo” (EP 1224). “En cuanto a Aniello Longobardo creo que estará ya ahí con un novicio llamado Tomás a quien no harán emitir la profesión, pues hace ocho meses que está enfermo por trabajar en las escuelas y no es conveniente tener sujetos enfermos perpetuamente en la Religión; siempre dice que le duele el pecho o el estómago o la cabeza. Procure ayudar al tal Aniello para que entre en otra Religión porque, si permanece en el mundo, es peligroso y puede acabar mal” (EP 1226).

Este cuidado tenía el santo cuando llegaba el momento de la profesión. Quería que su Instituto estuviese formado por personas que no dejaran que desear, sino que bien formados pudieran luego ejercitar con delicadeza, atención y empeño el ministerio que a él tanto le apasionaba.

A todos los que hemos citado, se deben añadir todos aquellos que en un capítulo anterior hemos visto que debían ser desechados del noviciado

porque no eran dignos de estar en él y seguir adelante. Reunidos unos y otros podemos hacernos una idea del pensamiento del santo.

#### 4. Quiénes deben ser admitidos

Lógicamente todos los que vivían en el noviciado y no se encontraban en ninguno de los dos grupos señalados antes, se suponía que eran aptos para la Religión, luego debían ser admitidos en ella. A veces en sus cartas cita en particular a algunos a quienes había que admitir.

Quería que para la admisión estuvieran de acuerdo los religiosos de la casa del noviciado. Es cierto que hemos visto un texto en el que dice que basta simplemente que estén de acuerdo los dos tercios de los padres, pero normalmente no habla de dos tercios, sino que dice “todos los de la casa”. Lógicamente el santo se atenía a las Constituciones que en el n° 30 afirma “con el voto y el consentimiento de todos los Padres de la casa”. Oigámosle en otras cartas: “En cuanto al H. Juan María de S. José he escrito que estando todos los sacerdotes de acuerdo lo pueden admitir a la profesión, y no les respondo por no tener tiempo de contestar a cuantos me escriben” (EP 1331). “Referente al hermano José de la Purificación, consulte con los demás sacerdotes de casa, y si todos son de la opinión de que se le debe admitir, admítanlo a la profesión solemne” (EP 572). “Me escribe un H. Tomás de Sto. Domingo, quien dice haber terminado el tiempo del noviciado; si les parece a todos que es digno de ser admitido a la profesión lo podrán hacer en la Duchesca” (EP 1367).

Sin embargo, en un caso, escribiendo al P. Graziani, se atiende a la mayoría de los padres que están a favor de permitir a un hermano que emita la profesión: “Haga hacer la profesión al H. Juan Antonio cuanto antes, a pesar de que dos afirmen lo contrario, siendo cinco los que le admiten. ¡Dios quisiera que los demás se acomodaran al ejercicio de nuestro Instituto como dicho Hermano!” (EP 2267).

Quiere, también, que se admita a un hermano que manifiesta su ánimo de perseverar en el Instituto: “Si, después de hacer los ejercicios, el hermano Alejandro tiene verdaderamente ganas de perseverar en la Orden, puede admitirlo a la profesión solemne, y emplearlo en esas Escuelas; espero que sea a propósito, con tal de que sea humilde” (EP 1915). Lo mismo permite la profesión a quienes están sanos o han salido ya de su enfermedad, frente a la negativa que hemos visto

anteriormente de quienes están enfermos. Veamos cómo habla de los primeros: “En cuanto a la profesión de Vicente María de la Pasión, se le puede admitir con tal de que esté bien de salud” (EP 584). “En cuanto al noviciado de Oria, aquí hemos considerado su enfermedad, y creemos que es necesario, para recuperar la salud, ir a los aires nativos; por eso ha sido enviado a Nápoles, para que, en una ocasión oportuna vaya a Campi, donde, si recupera la salud, sea admitido a la profesión; pero, si en Nápoles se encuentra bien, y si, según el consejo de los médicos, parece que no son necesarios los aires nativos, esta primavera, para cuando espero haya recuperado del todo la salud, se le puede admitir a la profesión.” (EP 3934).

## 5. El futuro de la vida

Quienes profesan en nuestro tiempo van a iniciar una vida religiosa que no va a ser como la de tiempos de Calasanz. Esto es claro y lo tienen en cuenta los formadores. Los núcleos fundamentales permanecen; las formas, varían, y mucho. Pero es que hoy nos enfrentamos con una vida religiosa que va a ser cada vez más diferente. Indicamos algunas características de la vida religiosa del futuro –o presente– que les va a tocar vivir a los nuevos profesos y para la que tienen que estar preparados.

a) En cuanto a su *identidad* más profunda: se van a necesitar personas en quienes madurez humana y madurez espiritual sean correlativas.

Los nuevos profesos han de tener sentido de la propia identidad en la Iglesia, pero evitando el peligro en el que se ha caído en el pasado, de la autoconciencia de mayor perfección. El religioso es un cristiano más, y su gran riqueza es la del bautismo, pero un cristiano con vocación propia, en comunión con toda la Iglesia.

Sin duda, los religiosos han de ser personas significativas en nuestro mundo, pero, atención, no por elementos externos, como el hábito, no por distintos signos de su “status social”, sino más bien por la radicalidad de su vida evangélica.

Han de tener claridad en los núcleos vocacionales junto a una flexibilidad en las expresiones o formas externas de vida.

Se ha de aceptar como normal un pluralismo de estilos de vida religiosa dentro de la misma Provincia: comunidades de acogida, comuni-

dades de jóvenes, comunidades de mayores, comunidades en las que hay jóvenes y mayores, comunidades con tareas integradas en estructuras preestablecidas...

Y, finalmente, han de tener experiencia de Dios y del mundo, de consagración y de misión, bien elaboradas a nivel espiritual, sin dualismos ni acomodaciones.

b) En lo que se refiere a la *vida comunitaria*: no se ha de apoyar, como antes, tanto en la vida regular, con horarios establecidos y rígidos, con actos comunes que jalonan el día, sino en tiempos fuertes (mañana y tarde) que concentran la vida con Dios y los encuentros de fraternidad. Los actos comunes serán distintos, debido al tipo de comunidad. Como también se diferenciarán en tiempos determinados: fines de semana, vacaciones...

Es importante vivir la comunidad en discernimiento. Y ha de existir un proyecto comunitario, que no se ha de convertir en simple deseo, sino que ha de ser la expresión objetiva de la marcha del grupo, teniendo en cuenta la clase de comunidad que es, el momento en que está viviendo y las opciones tendenciales de la vocación.

Cada vez es más importante en la vida comunitaria las relaciones interpersonales; hay que cuidarlas, lo mismo que las mediaciones que las facilitan.

Ha de darse importancia a la liturgia, como centro vivificador de la comunidad. Palabra y Sacramento, Liturgia de las Horas, todo ello ha de ser vivido con gran profundidad y en amor fraterno.

Se ha de asimilar cada vez más el carisma propio del Instituto, pero sin sentido particularista, y dando cada día más entrada a los laicos en él.

Crecerá poco a poco la relación enriquecedora con los laicos, como verdaderos hermanos, que pueden participar del mismo carisma, aunque lo vivan de manera diferente.

c) Por lo que se refiere a la *misión*: la entrega a los niños pobres, desheredados, abandonados, ignorantes, ha de marcar significativamente la misión. Ahora bien, preferencia no quiere decir exclusividad, pero sí praxis prioritaria y real, personal e institucionalmente.

También preferencia por los lugares donde no llegan las estructuras de la institución eclesial. La vida religiosa ha de ser la vanguardia de la Iglesia en estado de misión.

Habrà que cuidar que el principal criterio no sea la eficacia, que por supuesto es importante, sino el servicio y la gratuidad. El religioso será un enviado en la medida en que cultiva su permanencia en Jesús (cf. Jo 15).

Finalmente, el profeso escolapio ha de cultivar la pasión por su ministerio, a semejanza de Calasanz, y estar dispuesto a cualquier cosa por ser fiel a lo que cautivó al Fundador y por lo que existen las Escuelas Pías.

Todo esto tiene en la mente quien se preocupa de la Pastoral Vocacional, porque conociendo los fines, se pueden elegir los caminos, se pueden discernir las posibles vocaciones y se pueden cuidar mejor a los candidatos.

## LOS ESTUDIOS

Emitida la profesión, se entraba, en tiempos de Calasanz, en un período con distintas posibilidades. Este tiempo, y no hablamos aquí de los sacerdotes, pertenece en la terminología que venimos usando, a la pastoral vocacional.

Estaban los hermanos operarios, que tenían que atender a las labores domésticas, aunque algunos llegasen a enseñar. Cuando se instituyeron los clérigos operarios, éstos, si tenían una cierta cultura, enseñaban, de lo contrario se dedicaban a los estudios, aunque, al mismo tiempo, pudieran dar alguna clase. Finalmente, estaban quienes se entregaban de lleno a los estudios, hasta que pudieran llevar una clase. La pregunta de este capítulo es ¿qué quería el Fundador que aprendieran sus hijos? ¿Cómo quería a los estudiantes en esta fase de la pastoral vocacional?

### 1. Los novicios

No quería que los novicios estudiasen antes de concluir el primer año de noviciado. Si se dedicaban a los estudios antes, existía el peligro de que no hicieran bien el noviciado, cuando él, como hemos visto, daba una importancia tan grande a esta fase de la formación. Además de que podía ocurrir en el futuro que, ya religiosos profesos, esas personas se quejasen de que no habían hecho del modo debido el noviciado y pudieran, incluso, reclamar que su profesión había sido inválida. Oigamos al santo: “Mando ahí al hermano José de la Anunciación por un poco de tiempo; porque, terminado el primer año de noviciado, quiero mandarlo al Estudio. Procure usted que ahí se dedique a aprender algo; y si alguna vez se necesita, que ayude a algunos alumnos de los pequeños a recitar las oraciones y la doctrina cristiana.” (EP 781). “Respecto a la instrucción de los novicios, sepa que en Cárcare se ha puesto estudio a los que han terminado el primer año bajo la disciplina del H. Juan

Francisco de la Anunciación y que sacan mucho provecho, según me escriben, y aquí también, cuando hayan terminado el primer año se les atenderá o en el Colegio Nazareno, que se abrirá pronto, o mandando a dos o tres a Nursia bajo la dirección del H. Francisco de la Anunciación y a otros dos o tres en casa, de modo que encomendados al maestro de la escuela primera se dediquen a las letras.” (EP 237). “No es mi intención que mientras los jóvenes del primer año de noviciado no hayan hecho algún provecho en el espíritu se dediquen a los estudios y siento que por el poco cuidado de alguno que les ha gobernado tengan, luego de haber profesado, ocasión de lamentarse de no haber hecho noviciado y que no se les hayan enseñado antes las cosas del espíritu como conviene, y que se hayan dedicado a las letras desde un principio, como Vd. dice” (EP 4120).

En cambio para quienes se encontraban ya en el segundo año del noviciado era distinto y éstos sí que podían dedicar un tiempo al estudio: “Procure que los novicios que están en el segundo año de prueba cuiden el estudio, para que después de ser profesos puedan en poco tiempo hacerse idóneos para ayudar al Instituto” (EP 3796). “Algunos de los nuestros enseñen a los novicios, en segundo año de prueba y con el visto bueno del Superior, la metodología para la enseñanza de la doctrina cristiana, la caligrafía y el cálculo. Y completen esta formación en los que encuentre bien dotados, aunque sean clérigos” (CC 207).

## 2. La lectura

Incluso este elemento de cultura general había a veces que enseñar a algunos religiosos hermanos que, por lo que se ve, habían ingresado siendo casi analfabetos. En la carta no dice el santo que haya hermanos que no sepan leer, sino más bien que hay que enseñarles a que lo hagan perfectamente. Podían ser hermanos dedicados a las faenas de la casa, pero eso no era motivo para que no supieran leer con perfección: “Procure que los hermanos que no saben leer perfectamente, lo aprendan, un poco cada noche, para que sean capaces de enseñar a los alumnos” (EP 1003).

## 3. Escritura

No sólo leer, quienes iban a ser maestros debían aprender también la escritura: “Me gusta mucho que el hermano Santiago tenga tan buena



ocasión de perfeccionarse en la caligrafía. Por eso, dígame de parte mía que ponga en ello gran interés durante este verano; y que procure agradar en todo al Sr. Marqués, que su gran caridad merece el mejor servicio. Procure usted también que el Hermano Domingo aprenda algo, pues es muy importante que entre nosotros haya individuos aventajados en esta práctica de la caligrafía” (EP 900). “En cuanto al otro hermano Andrés, me gusta que tenga buena mano para la escritura, porque aquí tenemos necesidad de calígrafos” (EP 1631). “Me maravillo que en tanto tiempo como está V.R. en Nápoles no haya obligado a aprender caligrafía a nadie, para que en algún caso como el de ahora pueda substituir en la clase de escritura y ábaco. Pensar que yo tenga que enviar siempre desde Roma, a las otras casas, los maestros que faltan, es un gran error; porque cada Superior se debería ingeniar en preparar individuos aptos para su casa, a fin de que, en ocasión de muerte o enfermedad, haya allí quien pueda suplir” (EP 3041).

A veces, incluso, indicaba el tiempo que podían dedicarse a este aprendizaje: “Deseo mucho que ahí aprendan muchos a escribir bien y también ábaco, pues es muy necesario entre nosotros ese ejercicio y sería preciso que también aprendieran los clérigos a escribir bien. En invierno pueden emplear una media hora después de comer y por la noche mucho más” (EP 1537).

Quería ver los adelantos de los estudiantes y para ello solía pedir que le escribieran a él y le mandaran ciertos trabajos en prosa y en verso. Por una parte de esta manera espoleaba a quienes les pedía los trabajos, y, por otra, el santo iba dándose cuenta del provecho que sacaban de los estudios. Escribía tanto al P. Cipolletta como al P. Cherubini pidiendo trabajos de los religiosos de sus casas: “Me causa mucha satisfacción oír que ahí se estudia con mucho interés. Quiero que el hermano Agustín me escriba, cuándo en prosa, cuándo en verso, con el hermano Camilo, de Narni; pues me dicen que, después de mis advertencias todos se han dado al estudio con interés” (Al P. Cipolletta en Nursia, EP 1302). “En cuanto al hermano Matías, que me ha escrito en latín, dígame que cada mes, tanto él como los otros cuatro estudiantes, me escriban en prosa o en verso medio folio de papel.” (Al P. Cipolletta, Nursia, EP 1419). “Diga al H. Pedro Antonio de Gorzegno que su compañero Camilo, que se encuentra en Narni, me envía casi cada semana muchas obras suyas en verso y en prosa y lo mismo hace Agustín Fei, llamado Bianchino, y él no me avisa de su

aprovechamiento” (Al P. Cherubini, Nápoles, EP 1214). “He recibido la elegía del hermano Domingo; por las ocupaciones no he podido leerla entera ni responder. Si se practica en los versos, y en saber inspirarse en un Autor, será una ayuda para la Orden. Por eso, que procure practicarse en ello todo lo que pueda, que lo veo interesante, para que de esta manera, y con santa humildad, saque después provecho entre los alumnos” (Al P. Cherubini, Nápoles, EP 686).

#### 4. Ábaco

Calasanz se dio pronto cuenta de la importancia del ábaco para los alumnos y por eso trabajó mucho para que se enseñase en sus escuelas con facilidad y esfuerzo de los maestros. Tenían que aprender esa materia aunque algunas veces no les gustara porque era una materia muy útil para los estudiantes. Así se lo decía a Cherubini: “En cuanto al H. Arcángel hará falta hacerle aprender el ábaco con la abstinencia, porque así es necesario proceder con quien demuestra tan poco amor al prójimo, al no esforzarse en aprender para serle después útil. Haga que aprendan todos los que tienen aptitud para ello. a fin de que, en caso de necesidad, puedan ejercerlo. El H. Plácido, en cuanto alguno sepa un poco de ábaco, que se vuelva al noviciado” (EP 560).

La importancia que le daba la podemos deducir de la insistencia con que escribía que aprendieran esta materia los religiosos: “Me alegro mucho de que se haya comenzado el estudio no sólo de clérigos, sino también de ábaco. Si no pueden tener todos libros particulares, conténtense por ahora con los de uso común.” (EP 554). “En cuanto al hermano Plácido, no está bien en Narni, y deseo que, cuando haya alguno que sepa ábaco, se vuelva; y ahí en casa, si hay alguno que pueda aprender, hágalo aprender, que para semejantes ocasiones es bueno que muchos lo aprendan.” (EP 562). “En cuanto al hermano Teodoro, haga que a toda costa aprenda bien Ábaco, que yo lo apreciaré como si fuera sacerdote” (EP 3434). Pedía que en cada casa aprendiera el ábaco al menos alguna persona: “En cuanto a la clase de escritura y ábaco, me parece gran cosa que no obliguemos a todos a aprenderlo en cada casa. V.R. vea quién tiene disposición para aprenderlo en esa casa, que yo le mandé que en virtud de santa obediencia lo aprendan, aunque sean sacerdotes. Porque esa es la clase más principal de todas, fuera de la de gramática, y requiere un individuo que, junto con la enseñanza de la escritura y ábaco, enseñe también el Santo temor de

Dios; y porque desde esa clase salen al mundo para aprender algún oficio, e importa muchísimo que vayan bien preparados en el santo temor de Dios” (EP 2742).

El santo decía que él mismo había aprendido estas materias para poder enseñarlas después sea a los religiosos como a los alumnos: “Y me gustaría que V. R. se aplicara con dicho Hermano a aprender algunas cosas, que V. R. después las pueda enseñar, pues yo he aprendido caligrafía, ábaco y gramática y lo he enseñado todo según la ocasión, particularmente a los nuestros. Y haga además que por lo menos dos que tengan talento para aprender lo aprendan este verano, de manera que puedan ser buenos maestros en este ejercicio de escribir y ábaco” (EP 3379).

Otras veces, como de materia superior, hablaba de las matemáticas: “Me agrada que estudien las matemáticas” (EP 2302), y eso por la importancia que tenía esa materia en el mundo de los negocios. Por eso le escribe a uno de los grandes matemáticos de Florencia, el P. Morelli: “Cuide de perfeccionarse todo lo que pueda en las matemáticas que se ve que son muy gratas al mundo” (EP 2538). Morelli fue uno de los grandes galileyanos de su tiempo.

Vemos la insistencia en el aprendizaje de las matemáticas, lo que indica cómo se había dado cuenta el Fundador de la importancia de esta materia y cómo iba a servir en el futuro a los que la aprendieran: “He escrito que el H. Teodoro y otros dos o tres se dediquen este verano a aprender matemáticas. Aprenda también V. R. para que las pueda enseñar a otros” (EP 3400). “Escribí por el correo último que usted se cuide con todo interés de las matemáticas; que a mí me gustaría mucho, teniendo, como tiene ahí, una magnífica ocasión, con el hermano Francisco de S. José. Si él nos falta sin dejar quién las sepa, quedaríamos en bastante menor estimación, después de haber comenzado esta práctica” (EP 2251). “Como ha llegado de Fanano el Clérigo Juan, usted ya no es necesario para la clase; mi deseo es que aprenda las Matemáticas en el menor tiempo posible..., porque tengo la esperanza de introducir, con el beneplácito general, nuestras Escuelas en Venecia” (EP 1925).

## 5. Humanidades

Después de los primeros elementos, vistos anteriormente, el santo habla de las humanidades que tanto importan en sus escuelas: “También

siento que ahí ninguno se dedique al estudio de las Humanidades, que tanto nos importan. Yo procuraré, con ocho alumnos, que una parte se estudie aquí, y otra en el Colegio Nazareno, lo que comenzaremos el 1º del año nuevo” (EP 1283). “Mando también dos clérigos de ese país de Nápoles, para que ahí puedan aprender bien las Humanidades, y puedan ayudar a la Orden” (EP 1363). “Yo he comenzado aquí varias veces un plan de estudio de humanidades y si no me hubieran pedido los sujetos con tanta premura, ahora tendría algunos preparados para muchas cosas, pero me ha sido preciso deshacer las casas de Roma para suplir a las casas de fuera” (EP 1275).

Desea que cumpliendo lo que mandan las Reglas, haya dos estudiantes de humanidades en cada casa, y así no pasarían por la estrechez que pasan, como se lo escribe al P. Cherubini: “Si todas nuestras casas tuvieran dos estudiantes de humanidades como mandan las Reglas no estaríamos ahora tan exhaustos sin poder dar satisfacción a cuantos piden nuestro Instituto. Me parece que ha sido una tentación del enemigo introducir tan pronto el estudio de las ciencias mayores” (EP 1267).

Dentro de las humanidades, tenemos la gramática. Tenían que aprenderla los padres para después enseñarla a los niños. En esta materia era excelente el P. Juan Francisco Apa, que había escrito una gramática, y el santo deseaba que la enseñara como prueba a algunos religiosos, y éstos pudieran después aplicarla a los alumnos. Del P. Apa habla esta carta: “En cuanto al P. Juan Francisco, yo lo he mandado ahí con ese fin de que enseñe la Gramática que ha enseñado en Florencia, a tres o cuatro de los nuestros, que serán: P. Evangelista, P. Francisco de todos los Santos, P. Carlos de S. Ignacio; y a otros que sean clérigos o sacerdotes, que puedan –por la mañana y por la tarde, antes o acabadas las clases– aprender con él dicha Gramática. Y si no pueden ser cuatro, sean tres, y si no, dos; porque quiero ver a toda costa, cuanto antes, si esta Gramática es apropiada, lo que dicho P. Juan Francisco no la ha enseñado en Florencia, y por esta causa lo he sacado de Florencia y mandado ir ahí. Así que usted no tiene que hacer más cambios a este propósito” (EP 3759).

De la misma manera quiso que estudiasen retórica para habilitarlos mejor y para que supieran más los religiosos: “He recibido su carta del 20 del pasado. Quiero que usted se preocupe de que progresen en Retórica el mayor número de nuestros estudiantes que puedan; espero que no se lo prohíban” (ET 4208).

## 6. Ciencias superiores

Deseaba que los profesos estudiaran ciencias superiores. E insistía de manera especial en los países de Centroeuropa donde quería que se fundasen sólidamente las Escuelas Pías. En 1639 le escribía al P. Conti, en Nikolsburg pidiéndole que se ayuden de algún seglar si no tienen religiosos aptos: “Como el P. Pedro no puede conseguir iniciar a los nuestros en ciencias superiores, tan necesarias en esas tierras, pueden coger un seglar que prepare a cuatro o seis de los nuestros, con la mayor brevedad y facilidad posibles” (EP 3038). Y al P. Novari, cinco años después, a la misma casa y sobre el mismo asunto: “Lo que yo deseo ahora, si es que usted continúa en esa Provincia, y ya que no hay casa para enseñar ciencias superiores a los nuestros, es que usted busque algún individuo idóneo que pueda enseñar ahí a algunos de los nuestros Lógica, Filosofía, y también Teología, conforme a nuestras Constituciones. Y si hay Profesos que enseñan en las clases superiores la lengua latina, algunos de esos que han dado las clases pueden cuidar de dichos estudios, aunque no sean más que tres o cuatro. Estoy convencido de que usted en este particular responderá, no sólo a mi deseo, sino también a su obligación. Creo que el P. Pedro le escribe también sobre lo mismo” (ET 4224). Y ya muy anciano, en febrero de 1648, escribía a Podolin: “Haga estudiar a los profesos ciencias superiores, procurando que las letras, como sucede en muchos, no hincen o produzcan propia estimación de sí mismo. Por el contrario, si quieren que produzcan verdadero efecto, procuren acompañarlas con humildad. Y probarán por experiencia que más convencen los ejemplos de los humildes que las palabras de los soberbios” (EP 4531).

## 7. Casas de formación

Calasanz al pedir que se estudiase todo lo que hemos visto en el tiempo de formación (no hemos citado lo que se refiere a los sacerdotes porque no entran en esta fase) comprende la necesidad de casas de formación, en las que pudieran estar los formandos y en ellas tuvieran mayor tranquilidad para el estudio. Él llamaba a estas casas, “los estudios”. A ellas se refiere en muchas cartas. Manifiesta el deseo de que existan esas casas, pero veremos que muchas veces manifiesta un deseo que se queda en simple deseo, sin llegar a hacerse realidad. Y es que el tema de la formación, por mucho que se esforzó el Fundador, nunca acabó de arreglarse en tiempos del santo.

Podemos ver cómo escribía a algunas casas del Instituto sobre esas casas “de estudio”. Al P. Apa, en Florencia, le dice: “En cuanto al estudio ahí para los nuestros, me gustaría, pero no hay jóvenes a propósito no teniendo sino poquísimos novicios; no obstante si se me presenta la ocasión no dejaré de ayudar su buena idea, pero por ahora es preciso saberse acomodar al tiempo que corre” (EP 4178). En 1634 y de nuevo en 1641, escribe a Nápoles: “El estudio que hoy está en el noviciado va bastante bien; espero que durante todo este verano consigamos ocho o diez, suficientes para cualquier escuela superior” (EP 2192). “Me ha parecido bien que vaya él a arreglar este asunto, y abrir un estudio para los nuestros, sin impedimento de la casa de las Escuelas Pías de dicha ciudad” (EP 3802). A Chieti, escribe al P. Andolfi: “El P. Esteban se prepara para ir, y desea poner ahí un Estudio de siete u ocho estudiantes de nuestros clérigos profesos por ahora” (EP 3947). “En cuanto al tema de fundar en esa Provincia una casa para el Estudio de los nuestros, según dicen las Constituciones, se va estudiando. Quiero que la casa de los profesos, o estudiantes, esté separada de las escuelas y, si es posible, esté la iglesia en medio” (EP 4072). Y a Narni: “Espero poner un estudio pronto y procurar que algunos de los nuestros que sean inteligentes puedan tener escuelas superiores” (EP 613). Finalmente, dice de Roma: “Tengo muchísimas ganas y estoy resuelto a montar un estudio para los nuestros si vienen los de Mesina, y a ponerles a estudiar junto con otros, a fin de que dentro de dos años tengamos algunos sujetos preparados, porque ahora estamos en extrema necesidad” (EP 606). “Pienso que el colegio Nazareno se abrirá el primer día del año con ocho alumnos, sólo, donde pienso hacer estudiar 5 ó 6 de los nuestros” (EP 1275).

De lo que dice, podemos darnos cuenta de la importancia que daba el Fundador a estas casas y cómo quiso que existieran por todas partes; pero, por desgracia, sus deseos no se hicieron realidad, y así sufrió la formación de los estudiantes, porque era difícil dedicarse a los estudios en casas con escuela, y era muy fácil, al estar en ellas, echar mano de los estudiantes en muchas ocasiones, impidiéndoles dedicarse por entero a los estudios. Sin casas de formación, no puede ir bien un Instituto.

## 8. Los libros

Si uno se asoma a la biblioteca antigua de la casa de S. Pantaleón, se llevará una gran sorpresa por el gran número de obras importantes que

compró Calasanz en su tiempo y, sobre todo, de ciencias. Los bibliotecarios actuales se asombran al ver la riqueza de volúmenes que hay, no sólo por el número, sino también, y sobre todo, por la importancia de los autores. Esto indica lo que suponía para el Fundador que los religiosos dispusieran de buen material para sus estudios, de forma que todo ello redundara en bien de los niños.

Sobre la adquisición de libros, encontramos también constancia en las cartas del santo.

Había que comprar libros de aritmética y geometría para que los religiosos se hicieran excelentes maestros, ya que Dios les había dado el talento para estas materias: “Mandaré al hermano Salvador que el dinero se le dé a usted, y que [le] escriba, para que después pueda dar parte a la madre, y la otra parte a dicho hermano, para comprar distintos libros de Aritmética, Geometría y Matemáticas, que resulta muy idóneo para estas ciencias, y es bueno ayudarle a ser sobresaliente en el talento que el Señor le ha dado” (EP 1342). Lo mismo de matemáticas y álgebra. Insiste al P. Cherubini, en Nápoles, para que de esta manera se aprovechen los religiosos de esa ciudad: “En cuanto al asunto del Sr. Plinio, este hermano nuestro tiene gran necesidad de algunos libros de Matemáticas y Álgebra, porque tiene gran talento, y cada semana me habla de ello, por la gran afición que tiene a dicha materia. Si se pudieran conseguir, a él le encantarían; creo que si el Sr. Plinio supiera el talento que tiene para tales materias, se admiraría y le ayudaría” (EP 1480). “En cuanto a los 25 escudos de Plinio, dice el hermano Salvador que 15 se los mande a su madre, y 10 los mande aquí, para comprarse libros de Aritmética y Matemáticas, pues él resulta muy inteligente en estas materias, y en la buena mano para escribir; pero es el único” (EP 1366).

Se necesitaban también libros para las humanidades: “Para otro correo me informaré de algunos libros adecuados para nuestros humanistas y le escribiré algo” (EP 1662).

No sólo se preocupaba de la compra de semejantes libros, sino que daba normas sobre cómo había que guardarlos y cómo se debían cuidar. El santo estaba presente en todas las cosas: “Sobre el tener libros en la habitación, sea los menos posibles para que vayan a estudiar a la biblioteca. Al H. Juan Bautista de Sta. María Magdalena no le permita libros vulgares de poesía que le distraen de las letras humanas que son necesarias para

nosotros y se deleita en cosas no convenientes ni para nosotros ni para los alumnos. Dígale sin falta que esa es la voluntad del Superior y que debe ser también la suya, y si no se somete le impondremos las mortificaciones que tanto merece por las cosas pasadas” (EP 2162).

## 9. Peticiones que hace

Pide que los Provinciales sepan a quiénes deben mandar a estudiar y qué materias deben cursar para no quedarse en un momento sin maestros en alguna de ellas. Los Provinciales eran los responsables de las casas de su propia Provincia y por eso debían cuidar este tema: “Ahora se dan cuenta el P. Provincial de Génova y el P. Provincial de ahí que el haber destinado antes tantos estudiantes al estudio de ciencias mayores les hace estar escasos de sujetos para humanidades y no tienen para las escuelas y quisieran que yo les proveyese pero no puedo, sino que cada uno se abastezca en su Provincia ya que aquí no teniendo casa de estudios ni comodidad no se puede ayudar a tantos” (EP 1226).

Se queja del comportamiento de algunos religiosos y pide que les hagan estudiar de verdad: “Yo he importunado, puedo decir que poco menos de diez años, al hermano Marco Antonio de la Resurrección para que se ocupara de estudiar y hacerse idóneo para comprender y celebrar la santa Misa, como muchos otros han hecho en el tiempo que les quedaba después de las clases, y nunca he podido que lo ponga en práctica, así que quizá sabía lo mismo que ahora, y aun más, cuando entró en la Orden. Se ha dedicado a hacer flores en las casas donde ha estado; mientras que para él habría sido mejor cuidarse del estudio, “absque eo quod intrinsecus latet” (Al P. Fedele en Nápoles, EP 2829).

Si lo anterior se lo escribe al P. Fedele en 1630, lo siguiente lo hace al P. Penazzi, en 1643: “He visto cuanto Su Caridad me ha escrito. Me disgusta que, habiendo dejado la residencia del Colegio Nazareno, donde podía hacer progresos en la lengua latina, para ir ahí a Nápoles a realizar mejor su estudio, no consiga su intento. Me parece conveniente que, teniendo que estudiar ahí los Novicios, tenga que estudiar también Su Caridad, siendo Clérigo profeso; y cuanto antes se haga apto para dar clase” (EP 4109).

Pide que haya maestros que enseñen diversas materias porque tienen facilidad para ello y siempre hay que aprovechar su talento, y si por el lu-



gar donde se encuentran hallan alguna dificultad, echen mano de laicos para la enseñanza: “He escrito al P. Ambrosio sobre el método que deben emplear para introducir el Estudio de los nuestros en esas tierras, y creo que lo haya consultado con usted. En el supuesto de que haya quien les enseñe humanidades y Retórica a nuestros estudiantes con hábito, es necesario también, para los que han enseñado durante algún tiempo en las clases elementales la lengua latina, que haya alguno que les enseñe ciencias superiores, como Lógica, Filosofía y Teología; para ello, en cada Provincia debería existir una casa para nuestros [jóvenes]. Pero, como ahí hay grave peligro de permanencia, por los rumores de la guerra, me parece se debe buscar un hombre inteligente que pueda iniciar a los nuestros en dichas ciencias, hasta que haya facilidad de fundar allí una casa o colegio con dicho fin” (EP 4230).

Incluso, a veces indica hasta el horario de los estudios como vemos en una carta al P. Rubio y otra al P. Graziani: “En cuanto al estudio de los hermanos, no les dé ocupación por la tarde, para que puedan estudiar hasta la hora de la oración, y aun una media hora después de que se retiren a la celda, acabado todo. Y si por la mañana son diligentes, pueden estudiar otra hora. Recomendaré al P. Pedro que los ayude según la capacidad de cada uno, que hará cosa muy grata a Dios” (Al P. Rubio, EP 2640). “En cuanto al estudio, deseo que V. R. mande a todos los clérigos que atiendan al estudio. Les podrá prestar alguna ayuda el H. Juan Tomás, y me gustaría que alguna vez V. R. estuviera para explicarles alguna lección de algún autor. Por la tarde a las 24 pueden retirarse todos con dos lámparas de aceite o bien candelas de sebo a la escuela segunda o a donde le parezca a V. R. y por espacio de dos horas o dos horas y media, como le parezca a V. R., pueden estudiar y después hacer la oración. Igualmente los Hermanos Operarios en otro lugar con otras dos luces. Y si pueden tener una mesa larga donde puedan estar cuatro por cada lado estaría bien” (Al P. Graziani, EP 549).

Pidió al P. Tomás Campanella que impartiese algunas clases de filosofía a los estudiantes que estaban en Frascati y que lo hiciera en verano. Por las cartas que siguen vemos el cuidado que quiso Calasanz se tuviera con el gran filósofo: “Advierta a esos jóvenes nuestros que no hagan nada por lo que merezcan alguna mortificación, porque lo sentiría no poco por respeto al P. Tomás Campanella a quien saludará de mi parte” (Al P. Bandoni, EP 1631). “Sirvan todos al P. Tomás Campanella como buenos

religiosos, y consideren que toda imperfección será conocida no sólo por el dicho Padre, sino también por sus servidores” (Al P. Bandoni, EP 1695). “A esos estudiantes nuestros les recomiendo la modestia; oigo que dejan demasiado las riendas al sentido y no se dan cuenta que el P. Campanella y los suyos ven su inmodestia, y si bien la disimulan, se dan cuenta; sería mucho mejor que les dieran ejemplo de religiosos mortificados” (Al P. Bandoni, EP 1697). “Avíseme también cómo atienden al estudio esos estudiantes nuestros llegados de Roma, y procure que se dé entera satisfacción al P. Tomás Campanella” (Al P. Bandoni, EP 1699).

Este comportamiento del santo indica su apertura de mente, su liberalismo y cómo era capaz de pedir a cualquier persona que enseñara a sus estudiantes; lo hacía por el bien de los niños. En este caso lo pide a Campanella que había estado 25 años en las cárceles de Castel San’Angelo, en las mazmorras romanas. Podemos también recordar cómo apoyó siempre a los religiosos discípulos del gran Galileo, pese a que estas actuaciones le trajeran consecuencias desagradables. Era capaz de soportar todo por el bien de sus niños pobres.

## 10. Alegrías

El santo manifiesta felicidad cuando le llegan noticias de que los estudios de los formandos van bien. Él mismo se había preocupado de aprender para enseñar después a los religiosos y a los niños: “Siento consolación grandísima cuando oigo que marchan bien los estudios en esas regiones. Porque espero que, si las letras van acompañadas de humildad, harán grandísimo provecho” (EP 3341). Además “deseo saber cómo estudian los clérigos” (EP 1030). Y se alegra también cuando ve el empeño de sus hijos por el estudio, no obstante que, al mismo tiempo, tengan que dar clase, lo que resulta un trabajo más fatigoso: “Me he conformado con que los que tienen capacidad de aprender, estudien al terminar la escuela, pero (tengan) los ejercicios prescritos por la obediencia, para que sean más útiles al servicio de Dios; y si alguno falta a los ejercicios acostumbrados, dados por la santa obediencia, no solamente no será admitido al examen, sino que será castigado muy bien. Así pues, puede hacer como han hecho otros muchos: una vez terminados los ejercicios escolares y los demás de su oficio, dedíquese al estudio, pero de manera que no se prive tanto del sueño, que pierda la oración de la mañana” (EP 2631).

Y si manifiesta satisfacción cuando oye que van bien los estudios (cf. EP 3341), sin embargo, cuando para estudiar dejan de hacer los oficios que deben desempeñar, entonces manifiesta desagrado: “En cuanto a los hermanos que, para estudiar, no cumplen su obligación o ministerio, mortifíquelos usted, y quíteles los libros hasta que cumplan la obediencia, y estudien solamente el tiempo que les quede después de la tarea” (EP 2633).

Así es Calasanz: un hombre que lucha por lo que quiere, que desea lo mejor para los alumnos, que por eso insiste tanto en el estudio a los suyos, pero que no quiere que por estudiar, dejen de cumplir sus obligaciones. En este caso, en el estudio se buscaban los propios planes. Calasanz es un hombre recto, apasionado por el ministerio que le había confiado la Iglesia, pero que sabe cómo se debe llevar a cabo, sin traicionar ciertos principios de la vida religiosa.

## 11. Disgustos

Los estudios no le dieron a Calasanz siempre alegrías, también le causaron disgustos. Uno, por ejemplo, cuando se da cuenta de que hay clérigos a los que no les gusta estudiar: “Me desagrada mucho que nuestros clérigos manifiesten tan poco deseo de aprender. Sucede que no conocen el bien grande que harían a los alumnos, y a sí mismos, si fuesen aptos para enseñarles a la vez piedad y letras. Siendo negligentes, no serán aptos ni para lo uno ni para lo otro. Exhórteles de mi parte a que estudien con gran diligencia, que recibiré gran consuelo y será para ellos de grandísimo provecho” (EP 576).

O cuando oye que los formandos no tienen el tiempo necesario para el estudio; sabe que si no estudian lo suficiente y aprenden lo que deben, no podrán ser buenos maestros, y que lo sean es lo que más desea; incluso llega a poner el ejemplo de lo que pasa en San Pantaleón: “Me disgusta que los clérigos no tengan tanto tiempo de estudio como yo quería. Si pudieran eximirse de acompañar, como yo hago aquí, tendrían un poco más de tiempo. Aquí los que hacen escuela tienen cada día por lo menos cuatro horas de estudio, porque no les obligo a acompañar. Somos en casa 56 y algunas veces no hay a quién mandar afuera, estando todos ocupados en el estudio, que son 22, o bien en otros oficios” (EP 756).

Al P. Bandoni le indica cómo debe actuar con un religioso que dice que no puede ir a la escuela, y saca la excusa de que ha de estudiar; el santo le dice que estudie después de terminar las clases: “Si el hermano Marc’Antonio tuviera ganas de aprender, tiene bastante tiempo después de clase. El maestro de la primera le podrá enseñar, que ahí han aprendido los demás” (EP 1710). No quería el santo excusas que eximieran a los maestros de su ministerio; él amaba como nadie a los niños y deseaba lo mismo de sus hijos. Y eso se debía demostrar por medio de la entrega y del trabajo.

Se queja y le desagrada cuando ve que hay hijos suyos que no quieren estudiar, cuando el estudio era el medio necesario para cumplir con la vocación, que era la de educar enseñando, la de darse por completo a los niños necesitados, la de enseñarles para que fueran capaces de llevar otra vida y abrirse un futuro distinto del estado en que se encontraban por nacimiento. Oigámosle: “En cuanto al hermano Pedro, me parece que tiene pocas ganas de aprender” (EP 2400). “De Nápoles escribe al H. Lucas un Hermano nuestro en latín para ejercitarse en prosa, y aunque no hay allí quien le enseñe, hace algo por su cuenta. En cambio, este perezoso se preocupa poco de cuanto le puedan escribir los otros Hermanos para incitarlo a estudiar y responder. Ni siquiera se preocupa de mis advertencias que para él deberían ser mandatos, habiéndole dado a entender que de cuando en cuando me mande algún epigrama en alabanza de los santos del calendario. Pero ya verá que yo suelo disimular un tiempo, pero cuando me pongo, lo hago como se debe, «sed de his alias».” (EP 576).

Después de todo lo dicho, queda en pie este principio del Fundador: “Mejor empleado estará uno de los nuestros enseñando a los nuestros que enseñando a los alumnos” (EP2924).

## 12. Hoy

Sobre los estudios tenemos hoy día una legislación en el documento “ad experimentum” que aprobó el Capítulo General de 2009, titulado “Formación y estudios del escolapio” (FEDE). Señalamos tres elementos de acuerdo con lo que es el proceso de la pastoral vocacional según los momentos que hemos visto establecer a Calasanz.

Antes de entrar en el noviciado, esto es lo que se le pide al candidato: “Nº 131: Los candidatos al Noviciado, tanto si aspiran o no a las Órdenes

Sagradas, deberán haber cursado los programas de estudios exigidos en su país para iniciar estudios superiores o, por lo menos, el nivel de estudios generales obligatorios. Estos estudios deberán estar acompañados de sus respectivos certificados y diplomas.

Dado que los estudios futuros, normalmente de carácter universitario, han de posibilitar la titulación necesaria para ejercer nuestro ministerio educativo y pastoral en la Sociedad y en la Iglesia, es necesario, que antes del Noviciado nuestros candidatos estén poseídos de los diplomas académicos que serán requeridos para dichos estudios.

Sin embargo, los Superiores Mayores a quienes corresponde conceder la admisión al Noviciado, deberán tener en cuenta las peculiaridades de cada candidato y de su región.

Nº 132: El Superior Mayor, aconsejado por los formadores, vea la conveniencia de que, al menos una parte de los estudios eclesiásticos –sobre todo “la filosofía”– se realice antes del Noviciado, dependiendo de lugares y del proceso vocacional del candidato, de modo que aproveche también esos años para los estudios futuros.

Como pastor adquiere un conocimiento amplio y sólido de la teología y de la pastoral; como educador se capacita en ciencias humanas y pedagógicas así como en los métodos más aptos para el ejercicio educativo. Dada la complejidad de estudios en la formación inicial del escolapio, se tratan separadamente los estudios de teología o eclesiásticos, los estudios civiles, y los estudios específicos para el ministerio escolapio”.

Hablando de los estudios en función del ministerio específico del escolapio, dice el mismo documento: “Nº 144: Dentro de la formación específicamente escolapia revisten gran importancia los estudios que capacitan más directamente para el ministerio escolapio: ciencias de la educación (pedagogía, metodología, psicología, sociología), pastoral (infantil, juvenil, familiar, vocacional), pedagogía religiosa y catequesis, cultura contemporánea y formación artística y musical.

Nº 145: En los estudios de pastoral, daremos especial importancia a la catequesis de modo que los nuestros adquieran una preparación cualificada en dicho campo. Además, trataremos de formar a algunos especialistas en catequesis que puedan promocionar y orientar la renovación constante de la Orden.

Nº 146: A la adquisición de conocimientos en los campos específicamente escolapios debe acompañar una práctica educativo-pastoral progresiva, seriamente programada y evaluada, contando siempre con el acompañamiento de escolapios experimentados”.

Respecto a los estudios civiles: “Nº 150: En cuanto a los estudios “civiles” deben tenerse en cuenta como orientación estos criterios para elegir una determinada especialidad:

a) que esté orientada y sea compatible con el ejercicio del carisma escolapio; b) las necesidades y proyectos de la Orden y Demarcación; c) las aptitudes personales y un serio discernimiento, mediante un diálogo abierto entre el candidato y el Superior Mayor, previa consulta a los formadores, si estos estudios se hicieran durante la formación inicial.

Nº 151: Durante la formación inicial, los estudios eclesiásticos y civiles deben realizarse en tiempos diversos. Sin embargo, en circunstancias particulares podrán simultanearse estudios civiles y estudios de filosofía.

Cada Demarcación determina en su Plan formativo el orden de los estudios, de modo que nunca desmerezca la importancia que tienen los estudios de filosofía y teología. En el orden de estudios a seguir, se pondrá bien si al candidato, al finalizar su Noviciado, le conviene o no cursar ya estudios “civiles”, asegurando siempre su progreso espiritual.

Nº 152: La especialización de los nuestros en materias humanistas, lingüísticas y científicas estará abierta a quienes tengan aptitudes para ello y respondan a necesidades del ejercicio de nuestro ministerio. Dígase lo mismo respecto a especializaciones técnicas, que podrán ser útiles en las escuelas profesionales o centro de formación profesional. Los estudios de especialización, acreditados por los diplomas correspondientes, van completados todavía con la habilitación a la docencia y, en algún caso, al trabajo de investigación.

Los estudios de los nuestros adquieran rango universitario en lo referente al nivel académico y posibiliten la titulación necesaria para ejercer nuestro ministerio en la Sociedad y en la Iglesia.

La diversificación de estudios especializados obedecerá a un plan curricular diseñado teniendo en cuenta al mismo tiempo las aptitudes del candidato y las necesidades de la Demarcación y de la Orden y aprobado por el Superior Mayor.

Nº 153: Entre los estudios a realizar hoy día reviste especial importancia el conocimiento de los idiomas. Entre nosotros se estudiarán, ya desde la formación inicial, el inglés, español, francés e italiano”.

Y sobre el estudio en general: “Nº 155: El escolapio se manifiesta amante de la cultura y del saber, servidor de la verdad y solidario en transmitir y compartir sus conocimientos en favor de los demás. Su cultura y saber no serán utilizados a interés propio, ni a exaltación alguna por sí mismo o por otros, ni a autocomplacencia o ambición. Ama la cultura como “cooperador de la verdad” en actitud humilde y gratuita.

El escolapio mantiene durante toda su vida la inquietud y sana curiosidad por aprender; será amante de la lectura, de la reflexión y la formación continua. Porque quiere aprender está habilitado a enseñar”.





## A LOS RELIGIOSOS

En los capítulos precedentes hemos ido viendo lo que pedía Calasanz a quienes realizaban el proceso o itinerario vocacional para ser escolapios. Lo que él pretendía era que se fueran formando aquellas personas que se sentían vocacionadas a las Escuelas Pías y a su ministerio propio, y que la vivencia de su nivel vocacional fuera rica y profunda. No quería muchos religiosos, buscaba que fueran buenos. Y si el Señor mandaba de esos buenos, muchos, pues, mejor.

Pero para conseguir en la Religión un nivel vocacional elevado, se dirigía también a quienes ya habían recorrido el camino de la formación y habían profesado sus votos; a quienes eran ya religiosos y habían completado el itinerario formativo según las categorías de aquel tiempo. Ahora subrayamos algo que entonces explícitamente no se hacía, que la formación y vivencia vocacional dura toda la vida, y es algo que hay que vivir cada vez con mayor profundidad, realizando un seguimiento del Señor en servicio de los niños abandonados, y así ser de ejemplo a los jóvenes que aún se encuentran en el camino de formación. De esta manera se puede elevar la experiencia vocacional en la Orden y ser, al mismo tiempo, una llamada para otras personas que ven a esos religiosos dichosos y felices. Por eso en todas sus cartas, además de resolver los asuntos materiales que le presentaban, Calasanz insistía en todos aquellos aspectos espirituales y ministeriales que elevarían el nivel de experiencia vocacional en el Instituto.

De entre todos estos elementos que él cita y en los que insiste, hemos escogido los que más pueden influir en lo que quiere el santo. No se trata de citar todos, pero sí los que a nuestro entender son importantes. Tampoco se trata de hacer un recorrido exhaustivo de cada uno de ellos, ni de citar todos los textos del santo sobre cada uno de esos aspectos, sino más bien de señalar las aristas principales que componen cada una de las realidades tratadas y que más se pueden adaptar a nuestro tiempo. Terminaremos siempre con una síntesis orientativa.

## “Tienden a la plenitud de la Caridad” (CC 1)

### 1. La perfección de la caridad

Lo dice el Señor en San Mateo (5,47): “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. Lo dice Calasanz en el primer número de sus Constituciones: “En la Iglesia de Dios y bajo la guía del Espíritu Santo, las Instituciones Religiosas tienden a la plenitud de la Caridad como a su fin verdadero, mediante el ejercicio de su propio ministerio. Esto mismo y con todo empeño, se propone hacer nuestra Congregación”. Está claro, el Fundador quiere que todos sus hijos tiendan en la vida religiosa a la plenitud de la Caridad, es decir, a la perfección. Este era, por tanto, el deseo del Fundador: quería a sus niños, quería su redención, es decir, sacarlos del lugar en que socialmente se encontraban, quería abrirles un camino de vida nuevo, pero lo deseaba siempre que sus hijos que tenían que luchar por ello, caminaran al mismo tiempo hacia la perfección de la caridad, del amor, de la imitación del Padre de los cielos.

La perfección comienza con el propio conocimiento, del cual se pasa al conocimiento de Dios; este conocimiento va beatificando al hombre y crece en el amor divino. Es lo que propone José al P. Casani en una hermosa carta de 1630: “Es un buen principio de la vida espiritual el del propio conocimiento y miseria en la que todos nacemos y también de la ingratitud con que después de tantos beneficios, hemos correspondido a Dios; y, si se ejercita en ellos con diligencia, yo le aseguro, que tendrá en esta vida algún conocimiento de Dios el cual es una ciencia tan grande, que una partícula de la misma, aventaja a todas las ciencias humanas... El conocimiento de Dios va beatificando al hombre según el grado que después del conocimiento crece en el amor divino. Le exhorto a que cada día lo primero sea realizar ese estudio, después del cual el Señor le concederá todas las demás cosas que el mundo no conoce” (EP 1339).

La perfección concede ser sabio y prudente en la vida del espíritu, en la vida interior. Lo que exige ser pequeño ante los hombres, pero es así como uno se hace grande a los ojos de Dios. El mismo Señor dijo que el camino es estrecho, que la puerta es angosta. No es sencillo entrar y avanzar por la senda de la perfección. Pero es cierto que si esto se logra, la experiencia vocacional es más rica, profunda y seria. Calasanz deseaba que sus hijos entraran por esa puerta, aunque para ello se debieran hacer

pequeños (¡y cómo deseaba esto!) y hubieran de estrecharse porque es estrecha la puerta de entrada: “El camino para llegar a ser sabio y prudente en la escuela interior, es hacerse como necio a los ojos de los hombres, dejándose guiar como un asnillo. Esta es doctrina verdadera, pero como es contraria al sentido y a la prudencia humana, pocos la siguen y así se confirma la palabra de Cristo: Estrecho es el camino [que lleva a la Vida] y pocos son los que lo encuentran” (EP 2300).

Para entrar por la senda de la perfección hay que privarse de los gustos de la carne, del sentido, de todo lo que ansía el propio cuerpo, sometido a las bajas pasiones; hay que desprenderse de todo ello y buscar, ansiar y procurar los gustos del espíritu. Sabemos cómo carne y espíritu están en continua batalla y cómo sucumbir a uno de ellos, aleja necesariamente del otro. Sólo quien se esfuerza en vivir según los gustos del espíritu será capaz de seguir el camino de la perfección. Si es así, no resulta extraño que el santo lo pidiera a sus religiosos; sabía que de esta manera lograrían que su vocación fuera más fuerte, más alegre y atractiva, y de esta manera pudiera influir en quienes les veían, y así ser un reclamo vocacional, al mismo tiempo que elevaba la experiencia de la vivencia de la propia vocación y el nivel espiritual: “Si algunos de estos religiosos nuestros han oído con disgusto aquella verdad evangélica, que el camino del cielo es estrecho y angosta la puerta, siento muy de veras su ignorancia, pues creen que estando sometidos al sentido pueden andar por ese camino; en cambio deberían privarse poco a poco de los gustos del sentido y entrar en los gustos del espíritu; entonces hallarían fácil este camino del cielo, porque el yugo de Dios es suave para los que quieren vivir según el espíritu, pero es difícil para los que quieren vivir según el sentido; y quien espera el tiempo futuro para hacer esta prueba, puede que le falte” (EP 2923).

Por todo ello pedía a sus religiosos que procurasen “conseguir la perfección religiosa que es lo más importante sobre cualquiera otra cosa” (EP 1043; cf. EP 2710). Perfección que se consigue, según el Fundador, con el cumplimiento de las Constituciones, y con la mortificación y humillación: “En cuanto a la observancia de las Constituciones, le digo que en esto consiste la perfección del religioso. Quererlas relajar, por poco que sea, es gran señal de poco espíritu y de mucho amor propio. Así pues, persuádalos V. R., que hará un gran servicio a Dios y a ellos gran provecho” (EP 554). “Me da gran consuelo que desee y procure ser mortificado

y humillado, ya que es la verdadera senda para alcanzar la perfección en esta vida y la gloria en la otra” (EP 771).

El que ha entrado por la senda de la perfección y camina por ella, vive en abandono de fe con su Dios; no le perturban las cosas ni los acontecimientos ni los sufrimientos o tribulaciones. Vive en Dios y nada puede perturbarle. En todo momento, pese a cuanto ocurra, es él mismo, porque atrincherado en Dios, nada le puede hacer cambiar. El Señor es su roca. Hombres así, animan a los demás y elevan el nivel experiencial del amor de Dios y de la vocación: “Un gran siervo de Dios es aquel que no se perturba ni se mueve de su quietud, ni en los casos adversos, ni en los prósperos, sino que siempre es el mismo, es decir, de un mismo ser, sin que la pasión le mueva de su lugar. Este “ser él mismo”, es lo que conquista la corona. Y donde quiera que se entromete la pasión, viene perturbada la razón, que, una vez perturbada, no puede juzgar libremente” (EP 2457).

## 2. Caminar hacia la perfección

El camino hacia la perfección no es sencillo. Después de todo consiste en el seguimiento de Jesús, y este seguimiento siempre es costoso. El Maestro en su camino tuvo que coger la cruz y llevarla sobre sus espaldas. Por eso es imposible seguimiento sin cruz. Lo que ocurre es que quienes se identifican con él, encuentran en la cruz gozo y felicidad, cosa imposible para el hombre terreno. Sólo quienes la acogen con todo su ser y la llevan detrás del Maestro pueden experimentar lo que los demás ni siquiera pueden imaginar, los consuelos que provienen de cargar con la cruz: “Ninguno de los antiguos filósofos conoció la verdadera felicidad y gozo y, lo que es peor, pocos, por no decir poquísimos, la conocen entre los cristianos, por haberla puesto Cristo, que es nuestro Maestro, en la cruz; la cual si bien parece a muchos en esta vida que es muy difícil de practicar, tiene no obstante dentro de sí tantos bienes y consuelos internos, que aventajan a todos los terrenos” (EP 257).

Por eso no es posible seguir la senda de la perfección sin cargar cada uno con su cruz, ya que el Señor no deja a nadie sin ella. Es cierto que al hombre terreno le da la sensación de ser algo pesado; sólo quienes dan la mano al Señor y se fían de él, sentirán una suavidad que nadie más podrá experimentar. Quien ve a otra persona llevar la cruz y aceptarla de corazón, que no reniega de ella sino que la lleva con amor, podrá sentir una

llamada para imitar a quien ha visto feliz con la cruz en el seguimiento de Jesús dentro del Instituto; podemos decir que también éste realiza pastoral vocacional: “Las vías que tiene el Señor para llevar las almas al cielo son todas santas y misteriosas, y van guiadas con suma y paterna prudencia. Pero no deja a ninguna persona sin cruz, que en algunas la sensualidad la hace muy pesada, mas con paciencia el espíritu halla en ella grande suavidad” (EP 1565).

El Señor suele probar a quienes caminan con sinceridad por la senda de la perfección. El santo cita su propia experiencia: “He visto lo que V.R. me ha escrito en la copia de la carta que ha enviado al P. Visitador y no puedo decirle otra cosa sino que soporte los agravios con paciencia, pues aparte de éstos, soy incluso yo mismo, a quien han conducido al santo Oficio sin saber por qué y luego cuando me lo dijeron vi que en aquello era inocente. Dios quiere probarnos por el camino de la tribulación. Pero confíe en él. Todavía, anímese a padecer por Dios, pues nos conviene entrar en el Reino de Dios a través de muchas tribulaciones” (EP 4125).

Para avanzar por el camino de la perfección se necesita conocer los enemigos que uno tiene dentro de sí mismo, que pueden desviarlo del camino y lo pueden engañar. Para que eso no ocurra, uno debe confiar en Dios, vivir en sus brazos, ser como un niño pequeño que no hace sino mirar a su padre, le coge de la mano y camina seguro así. Sabe que si encuentra dificultades, el padre le ayudará y defenderá. De lo contrario es fácil caer en manos de los enemigos y llegar a ser esclavo de ellos. Lo dice muy claramente el santo escribiendo una hermosa carta al entonces Hermano Julio Pietrangeli; estamos en 1628: “Me alegra saber que tiene algún conocimiento de sus enemigos, los cuales cuanto más escondidos están dentro de nosotros, son tanto más peligrosos, porque saben fingirse amigos y engañan con esta ficción, no digo ya a los seglares, sino a muchos religiosos. Yo querría que todos nuestros religiosos los conocieran de tal forma que conociesen todas sus artes y engaños, y se darán cuenta de que son tan esclavos de ellos, por así decirlo, que ninguno sabe dar dos pasos sin caer en tierra. Esto se verifica ya en los justos, de los que se dice que caen siete veces, que quiere decir muchas veces al día. Entonces, ¿qué diremos del pecador que tiene por amigos sus enemigos capitales? Si considera los despropósitos que le pasan por la imaginación desde la mañana a la tarde, debiendo estar siempre en presencia de Dios, verá que no sabe dar dos pasos sin caer, porque ha dejado de mirar a Dios para mi-

rar con el pensamiento o la imaginación a la criatura. Quien llegue a esta práctica de saberse mantener como un niño de dos años, que sin ayuda cae muchas veces, desconfiará siempre de sí mismo e invocará siempre la ayuda de Dios. Y esto quiere decir esta sentencia tan poco entendida y mucho menos practicada: «Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los cielos». Aprenda esta práctica y procure llegar a esta gran sencillez que entonces encontrará en verdad aquella sentencia que dice: «y con los sencillos su trato» (EP 912).

Todo esto exige cuidar la propia vida. Hay que trabajarse por dentro para hacerse digno del camino de perfección. El santo pone un ejemplo que lo aclara: “Para llegar a ser un vaso digno de estar en presencia de cualquier señor, primero es preciso que el metal sea bien martilleado; así mismo en el servicio de Dios conviene soportar todo con paciencia, y devolver con toda caridad y mansedumbre bien por mal de forma que el prójimo quede edificado” (EP 86).

No es raro que en ese camino aparezcan momentos de oscuridad, disgusto y desasosiegos. Uno no sabe qué hacer. Brota la tentación de dejarlo todo. Pero si conoce bien quién es el Padre de los cielos, si sabe que en él reside la felicidad, si experimenta lo apasionante que es el ministerio del Instituto, sabrá superar los desasosiegos y caminar hacia Dios. Al P. Frescio que solía pasar por momentos semejantes, el santo le consuela en una hermosa carta que cada uno puede aplicársela si se llega a encontrar en momentos semejantes. Y no cabe duda que obrar como indica el santo eleva la experiencia vocacional. Le escribía el Fundador: “A mí me desplace mucho que V.R. tenga tantos desasosiegos y turbaciones como me significa por su última carta los cuales no proceden de humildad que si la tuviera conocería que la estrada o vía más breve y más fácil para ser exaltado al propio conocimiento y de éste a los atributos de la misericordia y prudencia e infinita paciencia y bondad de Dios, está en abajarse a dar luz a los niños, en particular a los que son desamparados de todos; por ser oficio a los ojos del mundo tan bajo y vil, pocos quieren abajarse a él y suele Dios dar ciento por uno, máxime si haciéndolo bien, tuviera persecuciones o tribulaciones, las cuales tomadas con paciencia [con sencillez] de la mano de Dios, se halla el céntuplo de espíritu y porque pocos saben practicar esta doctrina, pocos reciben el céntuplo de bienes espirituales. Y pues ha llegado ya tan adelante en la tentación de ir a España, o mudar de Religión para mayor quietud imaginaria, que Dios sabe si la hallará

real, no sé qué decirle porque tampoco me daría crédito; sólo le digo que haré oración y rogaré de veras cuanto supiere a Nuestro Señor que le dé luz para acertar porque se trata de “summa rerum” que es la vocación; escribiré de esto dos palabras al Padre Provincial el cual tiene autoridad para lo que será menester. Nuestro Señor le haga santo como yo deseo para mí” (EP 1236).

Caminando hacia la perfección nunca se debe quejar uno de aflicciones o sufrimientos, si atiende a la experiencia del santo: “Y aquella palabra «aflicción» me desagrada mucho porque nadie puede con mayor razón que yo sentirse afligido, ya que de muchas partes me llegan tantos motivos de gran aflicción, pero considerando que todo viene de la mano de Dios y que cuanto hago lo hago por amor suyo, siendo él un Padre tan benigno y amable, soporto con paciencia todas las cosas resuelto a morir antes que abandonar la empresa y así rechazo toda aflicción y melancolía” (EP 1148).

### 3. Elementos de la perfección

Para caminar en la senda de la perfección son precisos algunos elementos, actitudes o virtudes que ayuden a progresar en ella. Sin duda el primero es el temor de Dios. Temor que aquí no se confunde con miedo. Nadie debe temer porque lo fundamental del cristianismo es el amor. Y el amor verdadero expulsa todo temor. Este temor está unido con la vigilancia, con el cuidado afectuoso, con el empeño por agradar y agradecer. Lo dice de esta manera el Fundador: “El temor de Dios, principio de la sabiduría consiste en estar siempre vigilante para no hacer cosa alguna que sea ofensa a Dios; y dado que somos de naturaleza tan frágil es bienaventurado aquel que permanece siempre en este temor. Todos lo debemos tener y enseñarlo siempre a los alumnos” (EP 1024).

El camino de la perfección es camino de amor. No es búsqueda de uno mismo, sino obsequio de alabanza y agradecimiento a otro, el Señor. El religioso lo ama, es su todo, es la razón de su vida. Por eso le sigue y le entrega la vida. Y si es algo tan importante no lo puede perder por nada del mundo. Es su perla preciosa, su tesoro escondido. Quien ama así, es una llamada significativa para otros a seguir el mismo camino y experimenta la apasionada pertenencia al Señor: “Cuanto más nos humillemos por amor de Dios es señal de que más le amamos. Igualmente cuanto más pobres nos hacemos por amor de Dios, tanto mayor amor de

Dios mostramos. Algunos pierden este gran amor por el extraordinario afecto que tienen a un libro, a un sombrero, a un estuche o a cualquier otra tontería semejante. Sin embargo, los que tienen un poco de soberbia son rechazados por el amor de Dios, porque Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. V.R. estimule la santa humildad y pobreza en nuestros religiosos, que les hará un gran bien” (EP 2630).

Este camino hacia la perfección da paz, serenidad, tranquilidad. Uno se sabe en manos de Dios, y estando en ellas nada puede fallar. Quien pisa este sendero, se encuentra seguro; no deja que la pasión obnuble su mente o engañe su corazón: “Tengo por gran siervo de Dios a aquel que no se perturba ni se conmueve en su tranquilidad en circunstancias adversas o prósperas, sino que siempre permanece íntegro, esto es, de un mismo ser, sin que la pasión lo mueva de su lugar, y éste tal es el que gana el premio. Dondequiera que se entromete la pasión, viene perturbada la mente, que una vez alterada no puede juzgar con libertad” (EP 2457).

Si el religioso ama verdaderamente a Dios y camina como hemos indicado, no cabe duda de que se conformará con la voluntad de Dios. Conformación que le hace semejante a Dios y se cumplen entonces las palabras de Jesús, ya citadas, “sed perfectos como vuestro Padre de los cielos lo es”: “Es necesario conformarse a la voluntad de Dios tanto en las cosas adversas como en las prósperas, pues él ordena todas las que nos suceden con un fin altísimo y para utilidad nuestra. Y es de gran prudencia saber aceptarlo todo de su mano y soportarlo con paciencia, dándole gracias por el honor que nos hace al enviármolo” (EP 4229).

En el camino de perfección se ha de usar el lenguaje de Dios. ¿Qué lenguaje es éste? Dice Calasanz: “Se dice que es lenguaje de Dios cuando entre los religiosos se trata de mortificación, de humildad, de observancia de las Reglas y de desprecio del mundo y sus vanidades y grandezas, y de estima de las cosas divinas y eternas. Se dice igualmente que es lenguaje del demonio el hablar de relajación, de pasatiempos, de placeres, de la propia estima, de acusaciones, de murmuraciones y de defensa de las propias culpas. Donde hay el primer lenguaje, reina Dios, y donde hay el segundo reina el demonio. Pues bien, V.R. puede considerar quién reina entre sus religiosos y tenga esto por segura verdad” (EP 2923).

En el camino de perfección con el lenguaje de Dios va de la mano la finura de la verdadera virtud. Es una finura de amor, de entrega, de querer



a aquel de quien uno se sabe amado incomprensiblemente. Así también lo vivió el Señor, y vivirlo hace que la experiencia vocacional del religioso sea más rica, intensa y profunda puesto que asemeja más y más al Señor: “La fineza de la verdadera virtud consiste en padecer calumnias y ultrajes de aquellos a quienes el hombre ha hecho beneficios, y está dispuesto a hacerles más. En esta diana debemos tener fija la mirada” (EP 2646).

En este camino es preciso conocer los enemigos que pueden interponerse entre el religioso y Jesús. Y son tanto más peligrosos cuanto más escondidos están. Decía antes Calasanz que es un buen ejercicio el conocimiento propio para llevar una verdadera vida espiritual. De nuevo aquí su advertencia que por ser tan importante hay que volver sobre ella, aunque con otras palabras: “Me alegra saber que tiene algún conocimiento de sus enemigos, los cuales cuanto más escondidos están dentro de nosotros, son tanto más peligrosos, porque saben fingirse amigos y engañan con esta ficción, no digo ya a los seglares, sino a muchos religiosos. Yo querría que todos nuestros religiosos los conocieran, de tal forma, que conociesen todas sus artes y engaños, y se darán cuenta de que son tan esclavos de ellos, por así decirlo, que ninguno sabe dar dos pasos sin caer en tierra. Esto se verifica ya en los justos, de los que se dice que caen siete veces, que quiere decir muchas veces al día. Entonces, ¿qué diremos del pecador que tiene por amigos sus enemigos capitales?” (EP 912).

Si se quiere llegar al final hay que recordar que la pasión ciega, que la puerta es estrecha, que se necesita la imitación de Jesús. Si todo esto vivieran los religiosos, sin duda la vida del Instituto sería más profunda y más espiritual: “Siento mucho que la pasión tenga ciegos a muchos y que no conozcan el camino por donde van, habiendo dicho Cristo bendito por su boca «estrecha es la puerta que conduce a la vida y pocos la encuentran», y es ésta una verdad que se verifica entre los Religiosos, pues son pocos los que andan por la vía estrecha de la imitación de Cristo bendito, quien dijo además «ancho es el camino que conduce a la perdición y son muchos los que caminan por él», y pluguiese a Dios que no hubiera tantos religiosos que guiados por el amor propio caminaran por esta vía ancha” (EP 3673).

#### 4. Lo que manda el Señor

Si se quiere avanzar en el camino de la perfección, son precisos algunos elementos que ponen en relación con el Señor. Él se preocupa de

cuantos caminan por esta senda, da a cada uno lo que necesita, le ayuda en sus dificultades, le consuela en sus trabajos. No es un Dios extraño, alejado, que deja al hombre solo con sus problemas. Por eso, una actitud necesaria en esta senda de la perfección es saber aceptar cuanto él manda, recibirlo como venido de la mano de Dios, y es que cuanto sucede al hombre está bajo la Providencia de Dios, aunque a veces el hombre no lo vea así. Si el religioso sabe comportarse de este modo atraerá a otros a la vocación que él vive, y su experiencia vocacional crecerá en amor y aceptación de la voluntad del Señor: “Todas las cosas vienen gobernadas por Dios con providencia suma y de pocos comprendida: es necesario por fuerza o por amor pasar por ellas. Pero es mejor estar siempre pronto a recibir de la mano del Señor cuanto nos acaezca, como las cosas mejor ordenadas que pueden suceder para nuestro bien” (EP 380; cf EP 4229).

Al mismo tiempo hay que pedir al Señor que muestre el camino que se ha de recorrer; hay que pedirle luz, porque “su luz nos hace ver la luz”. No se puede caminar hacia la perfección si él no muestra la senda porque uno puede fácilmente equivocarse y lo que es peor, engañarse: “Como la elección es de Dios también el éxito de la empresa depende realmente de su mano. De ahí que con frecuencia debe acudir a Él, pidiendo luz para conocer el camino que debe seguir, y, tal vez, para llegar hasta el fin. Debe, pues, permanecer indiferente, ya que no sirve sino de simple instrumento” (EP 2006).

La luz que se necesita del Señor y la gracia que puede ayudar a aceptar cuanto sucede en la vida, son necesarias para llegar a comprender que todo viene guiado por el Señor para su mayor gloria y que nada acaece sin que él esté presente. El religioso puede equivocarse pero la mano de Dios lo guía constantemente por este camino. Viviendo así, se le honra, se le da gracias y crece la vida interior, soporte y manifestación de la experiencia vocacional que se irá enriqueciendo día a día: “Debemos creer que Dios guía todas las cosas a mayor gloria suya y bien nuestro, aunque nosotros como ignorantes y débiles en sus cosas, algunas veces tenemos por adverso lo que nos es útil, y por conveniente lo que nos es contrario. Dejemos, pues, guiar la barca a su divina Majestad y recibamos de su mano santísima todo lo que nos suceda” (M 15).

Ya hemos indicado que la cruz está presente en la vida de quien sigue al Señor, queriendo imitarle y llevar aquí abajo una vida semejante a la que él llevó. Pero, ¿por qué la cruz? Una respuesta ya la hemos

dado anteriormente. Más ampliamente, y desde otra perspectiva, lo dice el Fundador escribiendo a una dirigida suya, la señora Racani, en 1630: “Ordinariamente el Señor suele mortificar en esta vida a quienes ama como hijos para no tener que mortificarlos en la otra; y siendo eso verdad todos debemos recibir como de la mano de un Padre todo lo que nos sucede, en especial la enfermedad, la que si pudiéramos, no sólo con paciencia sino incluso con alegría, concebirla como venida de su mano, le haríamos un sacrificio muy agradable. En la presente exhorto a V.S. a que, considerando cuan bueno es el Señor que por males temporales y breves tiene preparado un Reino eterno, lo alabe y bendiga, y se conforme a su santísima voluntad con alegría, diciéndole que si la quiere sana está presta a servirle, y si enferma está más pronta a servirle enferma como está; esta conformidad alegre con el Señor es gran perfección en el cristiano” (EP 1468).

También escribiendo al P. Frescio: “Si la vida del hombre (que se entiende del siervo de Dios, que los demás no son hombres sino de nombre) según dize el s.to Job es militia o guerra sobre la tierra de qué se maravilla que el Sr. le permita tantas contrariedades interiores y exteriores sino para que como buen soldado combata valerosamente desconfiando de sí y confiando nel favor divino y demandándolo del continuo con mucha importunidad” (EP 1165).

No sólo en el sendero de la perfección, sino en toda la vida hay que recordar estas hermosas palabras del santo y vivir según ellas: “La voz de Dios es voz de espíritu que va y viene, toca el corazón y pasa: no se sabe de dónde venga o cuándo sople; de donde importa mucho estar siempre vigilante para que no venga improvisadamente y pase sin fruto” (A Narni, EP 131, año 1622).

## 5. Camino hacia la perfección

- La perfección no consiste en el cumplimiento de las normas por muy importantes que sean.
- La perfección no está en obedecer a otros porque nos indican el camino de Dios.
- La perfección está en ponerse en manos de Dios y vivir en ellas.
- La perfección consiste en fiarse de Dios y no de las propias obras.

- La perfección no consiste en buscar lo más difícil que por eso es lo que más nos agrada.
- La perfección no equivale a dificultad, sino a obediencia amorosa a Dios.
- La perfección no está en los idealismos que queremos alcanzar.
- La perfección está en la aceptación de nuestra realidad, cuando el Señor nos la muestra y sabemos acatarla en humildad.
- La perfección no se alcanza huyendo de lo que uno es, sino afrontándolo desde Dios.
- Perfección es llevar la cruz de cada día, en la paz del Señor y en agradecimiento por lo que él dispone.
- La perfección consiste en aceptar de corazón lo que el Señor nos manda, aunque cueste y sea doloroso, y vivir agradecido por ello.
- La perfección no se alcanza dejándose llevar por lo que a uno le agrada, aunque le parezca muy evangélico, sino por lo que Dios le manda, aunque no le parezca tan hermoso.
- La perfección no brilla, está escondida bajo velos de sencillez.
- La perfección está en el abandono de fe en un Dios que cuida del hombre y le quiere de una manera que él jamás hubiera podido imaginar.

## “En profundo silencio y sosiego” (CC 44)

### 1. Estar ante Dios

Elemento fundamental de la experiencia vocacional es la oración. Si se quiere elevar el nivel vocacional y la experiencia de fe, es preciso orar. La oración no sólo es necesaria para el individuo, también para todo el Instituto. Así lo creía el Fundador y por eso escribió en sus Constituciones: “Sin el cultivo de la oración toda Religión está próxima a la relajación y al desmoronamiento” (CC 44).

Calasanz fue un hombre de oración, como lo indican los muchos testimonios que poseemos de quienes vivieron con él. Y es algo de admirar, pues a la oración que hacía hay que añadir el trabajo que diariamente realizaba en las escuelas, trabajo duro por los niños que tenía, y, al mismo tiempo, estaba la preocupación por cada una de las casas, las fundaciones y toda la Orden. Oración y acción se unían indisolublemente en su vida. Fue un hombre entregado a Dios y dado por completo a los niños pobres.

¿Cómo quería que rezaran sus religiosos? Nos lo dice en sus Constituciones y sus cartas. Quería que se orara en común dos veces al día y que esto se hiciera con gran finura de espíritu: “Ha de ponerse el más exquisito cuidado en no quebrantar nunca la costumbre de orar internamente dos veces al día: una hora al amanecer y media al atardecer, antes de la cena” (CC 44). Era una oración personal, aunque realizada en común, en la que el religioso cultivaba su relación con Dios que tenía que ser la base de su existencia.

Del mismo modo deseaba que se orara vocalmente, también dos veces al día; nos lo dice, señalando al mismo tiempo en qué tenía que consistir semejante oración: “También dos veces al día, hagan oración vocal comunitaria: después de la comida, las letanías lauretanas de la Bienaventurada Virgen María y los cinco salmos acostumbrados en honor de su nombre; por la noche, antes del examen de conciencia, las letanías comunes de los Santos” (CC 47).

Junto a la oración, pedía que se tuviera el examen de conciencia. Deseaba que sus religiosos examinaran constantemente su vida. Quería que examinaran su vida porque era el mejor modo de darse cuenta de

cómo iban caminando, de qué tenían que corregir, y, al mismo tiempo, qué privilegiar en su comportamiento, y cómo tenían que vivir diariamente para Dios: “Dos veces al día, antes de la comida y antes de retirarse al dormitorio, pídanse cuenta estricta de sus pensamientos, palabras y obras” (CC 46).

Era para el santo tan importante el tema de la oración que si algún religioso no podía hacerla un día por algún motivo, no quedaba excusado de la misma, sino que tenía que sustituirla en cuanto le fuera posible: “Quien con permiso del Superior no ha participado en la oración común, hágala en momento oportuno cuanto antes” (CC 45).

¿Cómo había que hacerla? En cuanto a la posición del cuerpo señalaba: “En profundo silencio y sosiego del cuerpo y del espíritu, de rodillas o en otra postura conveniente...” (CC 44). Y más en concreto, en el nº 48 de las Constituciones indicaba cómo podía el religioso comportarse en la habitación mientras hacía la oración: “Con todo ahínco, exhortamos a todos en el Señor a que, mientras les sea dado permanecer en la habitación, se esfuercen en practicar actos externos, y sobre todo internos, de humildad, contrición, acción de gracias y otros que el Espíritu les irá sugiriendo. El Padre que ve lo escondido, les recompensará y los llevará a la perfección mediante la práctica de virtudes robustas” (CC 48). Por eso deseaba que todos los religiosos tuvieran una habitación a la que poder retirarse para orar, que para él era lo fundamental: “En cuanto a las obras, tengo mucho interés en que se sigan adelante, a fin de que cada uno de los nuestros tenga la comodidad de poder retirarse a su habitación y hacer un poco de oración a solas con Dios” (EP 1085).

En cuanto al lugar, además de la capilla donde se reunía toda la comunidad para las oraciones antes señaladas, Calasanz, como hemos visto, habla de la propia habitación. Así se lo decía en 1642 a un religioso relajado y difícil (Cf. EP 1085).

Vemos la importancia que el Fundador daba a la oración por las comparaciones con las que explicaba lo que era para él: “El religioso que no tiene oración es como un cuerpo sin alma” (EP 1085). El cuerpo sin alma es hedor, muerte, falta de vida. Lo que da vida al cuerpo es el alma y así lo que da vida al religioso es la oración, según Calasanz.

La oración es también el camino para llegar a la perfección. Escribiendo al H. Julio Pietrangeli unía la oración a la perfección y a otras vir-

tudes. Le decía: “Deseo que no tome las cosas tan a pecho, sino que como buen religioso atienda a la oración y al ejercicio de la santa obediencia para alcanzar la perfección religiosa. Encomiende a Dios con mucho fervor las acciones de los Superiores, que de esta manera hará mucho más que afanándose en querer enderezar lo que le parece que no va bien. Esto último muchas veces suele ser tentación. Yo le querría perfecto religioso, pero para llegar ahí es necesario conseguir una santa sencillez y apartamiento de todas las cosas e incluso de sí mismo, lo que muy pocos saben hacer y yo desearía que Ud. lo supiera. Ruegue al Señor por mí y él le bendiga siempre” (EP 586).

La oración es como el alimento del alma. El cuerpo si no se alimenta, desfallece, puede enfermar e incluso morir. Algo semejante ocurre al religioso si deja la oración, no se preocupa de ella o se desentiende de la misma: “Le escribí la semana pasada algunas cosas sobre todo de la oración, ya que sin ella no se puede estar a bien con Dios, y es tan necesaria al hombre interior como el alimento corporal al hombre exterior” (EP 1542).

Al P. Juan Francisco Apa le decía, y aquí se cita otro motivo de la importancia de la oración: “Sepa que la oración es el único remedio para vencer las tentaciones” (EP 3357).

Con la oración se obtiene también la misericordia de Dios. Con ella el cristiano se pone en comunicación con Dios, y el Señor derrama su amor y sus dones sobre el orante. El santo reprende al P. Cherubini porque le han llegado voces de que no asiste a la oración [y es el superior de la casa], y si sigue obrando de esta manera va a la perdición. Y es que en la oración el religioso se abre a Dios, su corazón queda al descubierto ante él, y es un medio de profundizar en su experiencia vocacional: “Estas pocas líneas que le escribo, las escribo con verdadero amor y corazón de padre espiritual que le deseo el verdadero bien como para mí mismo. He oído que no asiste y no se preocupa sino muy poco de la oración siendo éste el único medio necesario para conseguir la misericordia de Dios, como dice el profeta: «Benedictus Deus qui non amovit orationem meam et misericordiam suam a me», y procure remediar la falta que haya en esto con toda diligencia y como Superior vaya delante de los súbditos con la exhortación y el ejemplo, pues hará más con un grado de ejemplo que con muchos de exhortación y debe hacerlo, siendo joven y estando sano” (EP 1537).

Otra comparación que pone el santo es que sin la oración es imposible permanecer en el servicio de Dios. Por eso, no obstante todos los trabajos en los que podían estar ocupados sus religiosos, el santo insiste en que no dejen la oración. Oración que une a la participación en la eucaristía y al examen de conciencia. Calasanz pide con gran amor todo ello a sus hijos. Al P. Reale, superior de Cárcare le escribía sobre un hermano de su casa: “Escribiré al H. Lucio (Bigliato) que cuando no se encuentre legítimamente impedido por la construcción de la casa, vaya a la oración sin la cual es imposible permanecer en el servicio de Dios; en este asunto no se ha de dejar, y cuando la fatiga es grande podría ir a descansar un poco, pero siempre tendrá que preceder un poco de oración y el examen de la conciencia, y por la mañana no quisiera que perdiera nunca la misa” (EP 1086).

Apoyándonos en lo que dice Calasanz y fijándonos en nuestro hoy, podemos afirmar que la oración tiene prioridad dentro de las formas de existencia cristiana. Por eso es muy importante para nosotros y por eso eleva el nivel vocacional. Tiene prioridad por diversas razones. Indiquemos algunas.

En primer lugar porque somos pecadores y debemos recibir la Palabra como luz y vida. La oración no es lo más importante, como se afirma a veces, porque es una actividad espiritual, ni siquiera porque pone al hombre en contacto con Dios. Lo es porque siendo pecadores, entendemos que la salvación nos tiene que venir de Dios, y entonces la oración no es más que el acto por el cual el hombre se siente pecador y se pone a recibir.

Otra razón. Tiene la prioridad porque Dios ha querido comunicarse con el hombre por la Palabra y su Espíritu. Ha querido comunicarse a manera de conocimiento y amor. Y en esto consiste la oración, en ejercicio explícito de fe, esperanza y caridad.

En tercer lugar, porque Dios al darnos el Espíritu Santo, no nos lo da de una vez por todas, en plenitud, sino nos lo ha dado como germen, y además unido a nuestra carne de pecado. Por eso en la vida cristiana se insiste tanto en la vida interior y en la presencia de Dios. Con todo, esta presencia no tiene por qué ser una presencia mental. Y es que en la misma medida en que Dios va haciendo su obra en nosotros, va dando otro tipo de presencia más interior, más oculta; eso es señal de que el Espíritu



Santo va haciendo más en la profundidad y menos en la superficie. El actuar tal presencia no es cuestión de repetir muchos actos, sino de que el corazón esté abierto, pero para esto normalmente tenemos que actuar la fe.

Otro motivo: por la oración demostramos que la vida nueva que Jesucristo ha traído nace de Dios. Esta es la principal razón por la que la oración tiene prioridad. La oración por sí misma consiste en escuchar la Palabra y recibir el Espíritu de Dios. Como forma, es dedicación; eso es, proclamar que Dios basta, que Dios es la vida y la vida viene de Dios.

## 2. Estar con Jesús

Para Calasanz el centro de la oración es Cristo Jesús. Su oración es fundamentalmente cristocéntrica. En las Constituciones tiene esta bella frase: “Manténganse unidos a Cristo el Señor, deseosos de vivir sólo para Él y de agradecerle sólo a Él” (CC 34).

Pero si Cristo es el centro, ese Cristo tiene una particularidad que señala también en las Constituciones: “... nos esforzaremos, a ejemplo de San Pablo, en contemplar a Cristo crucificado y sus virtudes para conocerle, imitarle y recordarle frecuentemente durante el día” (CC 44).

El santo tenía metido en su corazón a Cristo crucificado; es esa la imagen en la que se miraba; la pasión de Jesús era el objeto de su oración. Según él había que ahondar constantemente en la pasión del Maestro y el escolapio debía meditarlo constantemente. Al P. Alacchi le decía: “Si ahondáramos en la pasión de Cristo bendito con paciencia y constancia, nos parecería muy ligera cualquier mortificación... pero el amor propio nos impide tan gran bien” (EP 2646). Por eso, el santo considera la pasión como el libro del escolapio, y así se lo decía al P. Busdraghi: “El verdadero libro, en el que todos deben estudiar, es la pasión de Cristo que da la sabiduría de acuerdo al estado de cada uno” (EP 1563).

Siendo la pasión el libro del escolapio, éste ha de emplear su inteligencia considerando y meditando cuanto en él se dice. Entonces experimentará las delicias que posee lo que a tantas personas asusta, porque en Cristo crucificado hay escondidos grandes tesoros que beatifican al hombre y le llevan a una imitación cada vez más íntima de Cristo Jesús: “Al religioso que no le falta alimento y vestido me parece que Dios le da ocasión magnífica, para emplear su inteligencia en su propio objeto,

que es Cristo crucificado, donde hay escondidos tesoros espirituales para quien aborrece los gustos de la sensualidad y ama los del Espíritu. Pidamos al Señor que nos dé espíritu y fervor para [seguirle] en cuanto nos sea posible” (EP 2921).

Por eso, Cristo y Cristo crucificado han de ser quienes guíen constantemente al hijo de Calasanz. Hay que ser discípulos del Maestro para seguirle en todos sus pasos y de manera especial en su sufrimiento: “He leído su folio escrito por ambas partes y le tengo compasión, porque no sabe tener la paciencia necesaria para ser buen discípulo de Cristo. Dice bien y conforme a razón que no debería sufrir, pero si Dios quiere que sufra en esta vida para no hacerle sufrir en la otra, me parece que cualquier persona prudente lo tomaría por una gracia” (EP 2362).

Quería que recordara al Señor en toda ocasión, y es hermoso lo que le dice al H. Stiso que estaba en Florencia sobre la cuestación: “He visto lo que me escribe y le tengo compasión, y le exhorto a tener un poco de paciencia, que no durará demasiado la fatiga, y cuando va de cuestación piense que camina detrás de Cristo bendito cuando llevaba la Cruz, si bien la suya no tiene comparación con la de Cristo, que la llevaba por nuestro amor. Él le bendiga y le dé ánimo para padecer por su amor” (EP 2219).

Así le hablaba al P. Alacchi sobre llevar el crucifijo: “Si hay persona que lo lleve seguro, enviaré el crucifijo del P. Antonio María, quien lo tendría que llevar como su guía y patente auténtica de superior como hacían los Apóstoles cuando iban a provincias lejanas a predicar el santo Evangelio. Cuantas menos cosas lleve consigo es señal de que se fía más del Crucifijo y cuantas más cosas, menos, y si el Señor le diere esa confianza en él le haría gran beneficio y gracia para hacer mucho bien al prójimo” (EP 1301).

Dado lo que hemos dicho de la oración en torno a la persona de Jesús, podemos afirmar que orar no es un acto de piedad que nace del hombre a fin de podernos comunicar con la divinidad. La oración es, ante todo, la gracia incomprensible de que podemos participar en la oración de Jesús. ¿Qué significa que Dios busca oradores en espíritu y verdad? Significa que a nosotros pecadores, miserables, Dios nos permite hacer la oración del Hijo único, de manera que el hombre va a poder llamar a Dios con el nombre íntimo con que el Verbo llama a su Padre, Abbà.

Poner los ojos en Jesús crucificado es constatar nuestro propio pecado y, al mismo tiempo, nuestra salvación. Por una parte, nadie puede conocer lo pecador que es, si no es arrodillándose ante un crucifijo y diciendo como Pablo: me amó y se entregó por mí; o diciendo de corazón que él mismo ha matado al Hijo. Pero en ese mismo acto se manifiesta la gran misericordia de Dios, porque nuestro mayor pecado –matar al Hijo– se ha convertido en la mayor gracia de Dios hacia nosotros, darnos en el Hijo muerto la salvación. El escolapio ha de estar constantemente imbuido de esta realidad y vivirla en todo momento, como hemos visto que Calasanz lo pedía al hermano que iba de cuestación.

Y debemos imitar a Jesús orante. El misterio de la oración de Jesús es el misterio realmente inefable de su relación íntima con el Padre. Jesús es el orante no sólo porque de vez en cuando ora, y porque dedica momentos a la oración. Si vemos a Jesús dedicar momentos a la oración, vemos que esas oraciones particulares de Jesús no son más que expresión de su intimidad y de su oración permanente ante el Padre. La oración del escolapio ha de ser una oración ante un Jesús crucificado que se dirige al Padre con total confianza aun en los momentos más cruciales de su vida.

### 3. Junto a María

Como hemos afirmado que la oración del escolapio es cristocéntrica, de la misma manera tenemos que decir que es también mariana. Mariana en el sentido de que María ha de estar presente en la vida del hijo de Calasanz. Vivir con María, encomendarse a ella, imitarla, todo ello lleva a una experiencia vocacional más profunda, porque si de alguien se puede aprender a responder vocacionalmente al Dios que llama, a decir que “sí” a Dios, a vivir cada vez más intensamente para él, es precisamente de María. Si el amor a María crece en las Escuelas Pías, aumentará el nivel vocacional. La devoción a la Virgen ha pasado por momentos de crisis, pero de nuevo se presenta como la Madre que conduce a sus hijos al encuentro con el Señor, su Hijo, e intercede por ellos, les ayuda en su vocación y les enseña a seguir de cerca los pasos del Maestro.

Para Calasanz, María era Madre y Patrona: “Es señal de que el Señor le ama el que le mortifique y no quiera la muerte sino la enmienda, pues esto quieren decir todas las enfermedades grandes y pequeñas que el Señor le manda. Tiene ahí a la Virgen Santísima que es Madre de misericor-

dia y Patrona de las gracias. Haga que le conceda una de dos: o la salud para servir al Señor con toda perfección o su gracia para comparecer en su presencia” (EP 315).

El santo fundó las Escuelas Pías bajo la protección de la Virgen y por eso quiere que todos sus hijos recurran a su intercesión: “Es necesario que recurramos al auxilio de Dios y a la intercesión de la Santísima Virgen, bajo cuya protección se fundó la obra” (EP 4417). El mismo Calasanz confiesa que él se encomienda a María y que a ella encomienda el Instituto: “Me encomiendo y encomendaré siempre al santísimo Crucifijo y a la bendita Virgen, su Madre, para que se dignen proteger ésta su religión” (EP 3982).

Quiere que todas las tardes se le dedique alguna oración porque de esta manera la comunidad escolapia, religiosos y alumnos, se encomiendan a ella y piden su protección: “Hagan todas las tardes alguna devoción a la Virgen Santísima, con una Salve y un ‘A tu amparo y protección’, para que con su intercesión nos libre a todos de las malas adversidades” (EP 1459).

Quizá recordando cuando era niño y rezaba en su casa natal, pide que se le rece de manera especial el santo rosario. Estando en el lecho de muerte pidió de nuevo que los escolapios rezaran esa oración, y el P. Berro, presente en ese momento, escribió después una circular indicando el deseo del Fundador a punto de morir. “Vuelva a rezar el Rosario según nuestra primera costumbre: en primer lugar, por la Santa Iglesia, y luego por las necesidades de nuestra Religión” (EP 1049).

No sólo los religiosos debían rezar y encomendarse a María, pide también que lo hagan los niños, y precisamente lo pide en un momento muy delicado por el que pasaba el Instituto. Escribe: “Haga hacer oración a todos los escolares mañana y tarde a la Virgen Santísima, recitando las letanías porque dentro de pocos días se espera alguna resolución sobre nuestro Instituto de estos sres. Cardenales” (EP 4291).

La Virgen será siempre la ayuda que necesita el Instituto, y con esa ayuda se pueden superar cuantas contrariedades vengan sobre él: “El Señor venga en nuestra ayuda con la cual superaremos todas las contrariedades del enemigo que se empeña en perturbar los ánimos de nuestros religiosos. V.R. haga recitar por este fin un Ave María al final de la oración, la cual, como Madre de misericordia, nos dará su ayuda” (EP 2256).

Por eso, “quien sirve con devoción esta imagen santísima de la Beatísima Virgen [la Virgen de Frascati] será protegido y favorecido siempre por ella” (Al P. Castilla, Frascati, EP 1463, año 1630).

Está claro en el Fundador la importancia de María en las Escuelas Pías. No es extraño que a lo largo de los siglos se haya mantenido esta devoción. Aunque ha pasado por crisis, siempre ha salido victoriosa. Y es que María queda como ejemplo de respuesta a la llamada vocacional. El “sí” que ella dijo es el “sí” de cada religioso y de todo el Instituto a lo que Dios le pide en cada momento, al ministerio que ha recibido, al afán por el seguimiento de Jesús, al apasionamiento por el amor a los hombres y su salvación. La devoción a María será siempre en el Instituto un impulso de experiencia vocacional y un medio para elevar el nivel vocacional. Ella, la que vivió como nadie en sinceridad y profundidad su vocación, enseñará a los hijos de Calasanz a vivir de la misma manera su propia vocación. Y ella que aceptó en fe la llamada de Dios, es ejemplo para todos aquellos que sienten la llamada de Dios, aunque no vean totalmente claro el futuro. Tampoco ella lo vio.

#### 4. Otros aspectos

El aprecio de Calasanz por la oración se manifiesta claramente en una carta que dirige al P. Alacchi, a la sazón, en Venecia. Relaciona la oración con el perdón y con la pureza de los niños: “Me agrada también su sentir sobre la oración, de la que todos los santos dicen cosas muy hermosas y bienaventurado quien de verdad sabe orar para conseguir de nuestro Juez con la oración eficaz la remisión de los pecados y la abundancia de gracias. Esta oración es la que aprenden los muchachos mientras se conservan en santa pureza, pues la ley inmaculada de Dios se asienta bien en el corazón antes que se manche de cosas feas. Me gustaría que los muchachos que reciben ahí fueran atendidos con gran diligencia, tanto que desde aquí se percibiera el buen olor” (Al P. Alacchi, Venecia, EP 1755, año 1632).

Hay que rezar por cuantos hacen mal al Instituto y perdonarlos, que después de todo así se ha comportado el Señor con nosotros. Calasanz no guarda rencores en su corazón sino que limpio de toda enemistad amaba a todos y por todos pedía, no importaba lo que hubieran hecho al Instituto: “Es preciso perdonar todo por amor de Dios y por el bien de la Religión, y ser amable también de corazón con quienes nos han sido

contrarios, que así lo quiere la ley de Cristo nuestro Maestro, y orar por ellos” (EP 2593).

El Fundador oraba por los enfermos. En una carta a la sra. A. di Falco, dirigida suya y que vivía en Nápoles, el santo le escribe una bella carta y le explica lo que Dios hace por sus hijos queridos, le pide paciencia y, al mismo tiempo, le promete sus oraciones. Bien puede todo hijo de Calasanz aplicarse lo que el santo dice en esta carta cuando pasa por situaciones semejantes: “El Señor prueba generalmente en esta vida a los que ama y no quiere castigarlos en la otra con muchas tribulaciones, las cuales, tomadas ahora con paciencia y de su mano benignísima, son de gran mérito. Me alegro con V.S. que haya salido tan bien de esa tribulación de la rodilla, que tanto miedo le había producido y no piense que el Señor se olvida de V.S. al enviarle ocasiones de merecer mayor premio en el cielo, pues es necesario que los elegidos sufran muchas tribulaciones si quieren entrar en el paraíso y es mucho mejor soportarlas en esta breve vida, donde también encontramos consuelos temporales o espirituales, que soportar las otras que se deberían soportar conforme a la gravedad de las que se sufren en este mundo. No me olvidaré de pedir al Señor para que se porte con V.S. como suele hacer con aquellos que ama y tiene predestinados para el paraíso, esperando que V.S. también rezará por mí” (EP 2205).

A la misma señora le pide que ore precisamente cuando se encuentre más turbada; es el Señor quien aquieta las tempestades del corazón. Preciosa enseñanza para el escolapio porque todos pasamos por situaciones difíciles, por situaciones complicadas, y da la sensación de que uno no puede más y siente la tentación de echar todo por la borda. Escribe el santo: “Le exhorto en cuanto sé y puedo a que por ningún acontecimiento por grave que sea, pierda V.S. la paz interior, sino que procure conservar siempre su corazón tranquilo y unido a Dios, recurriendo a la oración cuando más turbado esté, porque el Señor suele entonces aquietar la tempestad del mar” (EP 826).

Con la oración se confía en la misericordia del Señor; en él está la ayuda que necesita el hombre en todos los momentos. El santo pedía esta oración en un momento difícil del Instituto, cuando la Comisión de Cardenales estaba estudiando el futuro de la Orden. Estamos en 1645 y escribe al P. Berro: “Aunque hasta ahora no hayan dado el fruto deseado las oraciones hechas aquí para el arreglo de nuestras cosas, no debemos

desconfiar de la misericordia divina, sino perseverar en la oración para que el Señor mande el remedio más oportuno, cuando parezca más conveniente a S. D. M. Nuestras cosas van como de costumbre y los que gobiernan se glorían de que la Religión no ha ido nunca tan bien como ahora. Y así lo creen y favorecen personas que pueden mucho en esta materia. Esperemos nosotros en la ayuda divina, la cual haga que contra nuestra esperanza podamos llegar a vestir novicios para mantener en pie la religión, pero de esto no se habla entre los que pueden ayudar a la Religión” (EP 4272).

Todo lo ponía el Fundador bajo la intercesión de la oración. Y por eso algo tan importante como la suerte del Instituto. Son muchas las cartas que se podrían citar de este período entre 1645 y 1646 y en ellas veríamos la constante petición de oraciones. He aquí una como muestra, dirigida al P. Berro: “Aunque algunos escriban dando malos pronósticos, espero no obstante en Dios bendito que nuestra Religión permanecerá en pie, y que tiene todavía que crecer para utilidad del prójimo. Mientras tanto no dejen de hacer oración ahí al Señor a fin de que se complazca hacer lo que sea a mayor gloria suya” (EP 4335).

Pero Calasanz quería que sus hijos unieran contemplación y acción. No eran unos simples trabajadores por el Reino, ni tampoco unos sencillos contemplativos: deseaba que unieran los dos aspectos: “V.R. dígame que atiende al servicio de Dios con la vida activa, pero que no se olvide que puede unir un poco de la contemplativa, y así se conformará con el precepto que dice: «durante el día mandó el Señor su misericordia y por la noche el cántico»” (EP 1573).

En el fondo orar no era otra cosa sino esperar en la misericordia del Señor. Es lo que tiene que hacer el religioso. Esperar, y esa espera es señal de amor. Ama, y por eso mismo espera. Y quien ama y espera es señal de que confía, de que tiene fe. Veamos dos citas en este sentido del Fundador que cada uno tendría que hacerlas suyas. Confiar ayuda para vivir una experiencia vocacional que todo lo pone en manos de Dios, una experiencia vocacional que sólo se siente segura en manos del Padre, y esto eleva el nivel espiritual del Instituto. Oigamos al Fundador: “A nosotros nos ha de mantener en pie la confianza en Dios y no en los hombres; procuremos servirlo y confiar en El, que nuestros asuntos irán bien” (EP 388). “V.R. procure exhortar a todos a una santa paciencia y a esperar en la misericordia del Señor que, aunque parezca abandonar a los suyos, no

es así, sino que reserva el auxilio para el tiempo oportuno. Será para mí una satisfacción que V.R., con la prudencia y el crédito que tiene ante mí, mantenga ahí el Instituto por puro amor y gloria de Dios, y si de aquí se escribe algo contrario al buen gobierno y observancia del Instituto con el fin de conturbar los ánimos por ahí, no lo crea, pues si algo ocurriere de nuevo se lo comunicaría” (EP 4439).

Por todo lo dicho y para orar bien, pedía la purificación de la intención y la ayuda del Ángel Custodio, a quien le tenía devoción. He aquí un ejemplo de ambas realidades: “Mi deseo es que V. R. procure purificar siempre su intención como veo que lo hace y lo hará, y someterla al puro amor del Señor, de quien recibirá continuamente mayor luz” (EP 4445). “Si tuviese algún mayor conocimiento de la asistencia del ángel custodio y tratase con él un poco familiarmente, sentiría grandísima y manifiesta ayuda en las tentaciones. Pero se requiere mucha pureza de corazón. De modo que, si cuando el enemigo sugiere una imagen peligrosa, la persona la apartase inmediatamente y, no pudiendo, se valiese del ángel de la guarda, hallaría remedio. Mire no se cumpla el dicho aquel: Si yo en mi corazón hubiera visto iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (EP 1961).

## 5. Qué es oración

- No es experiencia cristiana considerar la oración como un medio por el que el hombre alcanza la divinización.
- Tampoco hacer de la oración una especie de honradez racional, por la que el hombre, al verse limitado, reconoce a Dios como creador, y pide.
- No es oración cristiana el sentimiento religioso que tiene el hombre ante “lo divino y misterioso”.
- Tampoco es oración cristiana hacer de la oración un especie de método de reflexión, en el que el hombre se para y revisa su vida.
- Tampoco es oración cristiana cuando hacemos de la oración un medio para que la acción sea bien hecha.
- Orar es contemplar a Dios que hace maravillas en favor de los hombres.



- Orar es esperar en Dios contra toda esperanza.
- Orar es estar confiado en las manos de Dios.
- Orar es alabar a Dios por su inmensa bondad.
- Orar es glorificarlo en todo momento.
- Orar es estar más seguro de Él que de cualquier otra cosa o persona.
- Orar es esperar que nos dé lo que quiera.
- Orar es creer que somos amados más de lo que merecemos y que no merecemos ser amados.
- Orar es abrir el corazón y aceptar con sencillez lo que nos da.
- Orar es suplicar su misericordia.
- Orar es vivir la vida del Hijo en acto de amor.
- Orar es aceptar su perdón no merecido.
- Orar es entrar en su vida, lo que es simple y pura gracia suya.

## “Amarán a la venerable pobreza” (CC 137)

### 1. Ser pobres

Una de las virtudes y, al mismo tiempo, voto religioso que más amó Calasanz, fue el de la pobreza. De hecho en el momento de hacerse religioso, es decir, en el momento de emitir los votos, la fórmula que él uso y también quienes vivieron durante su larga vida, decía: “... hago voto a Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a María, la Virgen Madre de Dios, de Suma Pobreza, Castidad y Obediencia...” (CC 31). El “suma” lo aplica sólo a la pobreza. No hace voto de suma castidad o suma obediencia; sólo de suma pobreza. Y así vivió él, en suma pobreza, y así murió, pobre totalmente. El 24 de enero de 1647 escribía estas bellas palabras: “Yo, como pobre y de avanzada edad, no ambiciono cosas superfluas. Deseo morir pobre de bienes terrenos” (EP 4439).

Detrás de toda esta admiración y amor por la pobreza está sin duda su conversión a ella. Tres conversiones vivió el santo en su vida, conversión a la pobreza, a la humildad y a la pura gracia. Habiendo vivido la conversión a la pobreza, no es extraño que la amara profundamente, que insistiera en ella cuando escribía a sus hijos, y que al hacer la profesión religiosa, profesara la “suma” pobreza. Además, en la profesión se decían también las siguientes palabras: “Prometo además que nunca intentaré, ni por motivo alguno consentiré, que se modifique la legislación de nuestras Constituciones en materia de pobreza; a no ser que por causa justa pareciere conveniente una más estricta observancia” (CC 31). Y afirmaba: “Más que ninguna otra Religión, pecaría (la nuestra) dejándose arrebatar la joya de la suma pobreza” (Memorial a Tonti, Eph. Cal. 9-10 (1967) 475).

Era tal su convicción que decía: “En cuanto a la santa pobreza, de pocos conocida y de poquísimos abrazada, cuanto a mayor perfección la podamos llevar, más aseguraremos la religión” (EP 1755). Y pensando en el Instituto afirmaba: “No hay religión más pobre que la nuestra y que se ocupe más en servicio y beneficio de los pobres” (EP 2304).

En esta breve exposición sobre la pobreza, no se trata de indicar cuanto el santo dijo de este voto y de acumular textos sobre el mismo. Más bien el objetivo es el mismo de los breves comentarios de los apartados anteriores, que es darnos cuenta cómo también viviendo en pobreza,

amándola, siendo más conscientes de lo que deseaba Calasanz y aplicándola a nuestro tiempo, en la Orden se elevaría el nivel vocacional, la experiencia espiritual, que es lo que el Fundador deseaba en su tiempo de todos sus hijos y así de las Escuelas Pías y podría convertirse en llamada vocacional para algunos jóvenes.

Se lo decía Calasanz al cardenal Tonti: “Somos hombres de vida apostólica, muy pobres y sencillos” (n. 26). Vivir en pobreza era para el santo una inmensa alegría porque él sabía que en los cielos se preocupan de los pobres: “Considere que hay en el cielo quien ve todas las cosas y responde por los pobres cuando conviene” (EP 248).

A quienes viven de esta manera, el Señor con su generosidad les colmará de bienes espirituales, que son mucho mejores que los bienes a los que se renuncia viviendo en pobreza: “Si tenemos este santo espíritu de pobreza apostólica, haremos grandes cosas en servicio de Dios y de las almas. Porque el Señor, en vez de la pobreza temporal, que profesaremos de veras, nos dará con generosidad las riquezas espirituales, que tanto importan” (EP 729).

Quien vive pobremente tiene su abundancia en los cielos, de la que gozará plenamente en el futuro: “Los que profesan la pobreza que profesamos nosotros, deben contentarse con cualquier cosilla, porque nuestro descanso y anchura debemos buscarlos en el cielo” (EP 557). Es el más allá lo que ha de atraerle y animarle cuando el religioso se desprende de todo bien terreno; después de todo no hace tanto, si la recompensa que espera es la vida eterna: “Y si, juntamente con él, observamos la santa pobreza, contentándonos con la comida y el vestido de pobres, adquiriremos grandes méritos para la otra vida” (EP 1931).

Quien vive en pobreza está apoyado en la divina Providencia y, por tanto, colmo de satisfacción porque no hay cosa más grande que depender de ella: “De tal legado nuestra Religión no podría exigir otra cosa que la comida y el vestido, y el resto se repartiría a otras obras pías, para que todos comprendan que no pretendemos otra cosa más que el bien de los muchachos. Esta determinación la pienso hacer confirmar con un Breve Apostólico, porque me parece locura muy grande la nuestra si, fatigándonos como nos fatigamos, pretendiésemos la recompensa temporal de los hombres. Por otra parte, si nos dedicamos a este ejercicio, me parece que sería hacer gran ofensa a la divina Providencia, que procura lo necesario

a los pájaros del campo, con no tener fe en ella, habiendo probado por experiencia durante tantos años el cuidado que de nosotros ha manifestado el Señor, el cual sea bendito por siempre” (EP 1961).

Si en el Instituto se vive en pobreza, según Calasanz es porque no se quiere ser gravoso a nadie, y al religioso escolapio le bastan muy pocas cosas para vivir, porque lo que quiere sobre todo es hacer el bien a los demás: “Nuestro Instituto tiene por fin ayudar a todos y no ser gravoso a ninguno, siendo totalmente incapaz de adquirir y poseer bienes temporales. Nosotros que lo profesamos, según el consejo del Apóstol, *mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos con eso*” (EP 3875).

Que esta pobreza era auténtica, lo podemos ver recogiendo algunas frases del santo y viendo cómo se vivía en San Pantaleón; seguimos cronológicamente los años:

- 1619: “En cuanto a D. Cipriano hubiera deseado que por ahora, dada la miseria que padecemos...”.
- 1620: “... y dado que en esta casa no hay ni sotanas para poderse uno cambiar cuando llega mojado, ni ropa para debajo de la sotana, ni camisas ni calzoncillos ni calcetines ni leña ni pan ni dinero, sino 16 escudos al mes, padecemos gran miseria...”.
- 1621: “... y sabe Dios cómo nos encontramos de ropa para cubrirnos por la noche...”.
- 1622: “Aquí nos encontramos con tanta pobreza que se llevaría las manos a la cabeza...”.
- 1623: “He enviado al novicio en busca de ropa de verano para debajo de la sotana, y me han dicho que no tienen ni siquiera para los moradores de esa casa”.
- 1625: “No se maraville de no tener pescado que tampoco lo tenemos aquí, y solemos vivir con alguna estrechez, y de esta manera en algunas ocasiones en vez de segundo plato tomamos otro de sopa”.
- 1626: “Los que profesamos la pobreza que nosotros profesamos, nos tenemos que contentar con poco, porque la paz y la abundancia la tenemos que buscar en el cielo”.

- 1628: “Nos encontramos con muchas deudas y Dios sabe cómo se encuentran los nuestros de vestidos, zapatos, camisas...”.
- 1629: “He dejado la casa de Roma en pobreza extrema...”.
- 1630: “Están aquí tan llenos de deudas que se asustaría si le mandara la lista...”.
- 1630: “No es maravilla que no encuentren limosnas fuera, si aquí en Roma algunas veces nosotros no podemos retirar las cartas del correo por no tener dinero en casa”.
- 1632: “Ahora me encuentro con muchas deudas...”.
- 1633: “Me compadezco de la prolongada enfermedad, y desearía consolarlo con hechos más que con palabras, pero la necesidad de nuestra pobre casa de Roma no me permite hacerlo”.
- 1634: “Pienso que esta casa es pobrísima”.
- 1635: “Aquí, en Roma, nos encontramos sin poder pagar las deudas”.
- 1636: “Actualmente nos encontramos aquí tantos como en el noviciado, con mucha penuria y se espera un año de gran carestía”.
- 1638: “Lo que tienen que hacer es vender algo si se puede y conseguir dinero y mandárnoslo, porque aquí estamos en extrema necesidad”.
- 1639: “Nos encontramos endeudados con el Banco de muchos escudos”.
- 1640: “... conociendo la gran miseria de esta casa...”.
- 1641: “Al presente se padece gran falta de dinero”.
- 1642: “No he podido hacer otra sotana para el H. Bernardo porque esta casa se encuentra en gran necesidad”.
- 1648: “Dios quiera que no enfermen más, por el padecimiento y escasez de pan, que es pequeño y malo, y a duras penas podemos encontrarlo, dado que en gran parte faltan limosnas”.

Hay que constatar que el santo llegaba a veces a extremos que no convenían, pero eran para él la aplicación de la “suma” pobreza o el resultado de vivirla. Pero, como veremos, hubo situaciones que él mismo no

aprobó en cuestiones de pobreza que llegaban a ser miseria, y que habría deseado que no se dieran.

No se puede vivir hoy así, ni se debe, la pobreza, pero esto ha de servir para inculcar lo que se puede y sí se ha de vivir, que quizá es más de lo que se hace. Y recordar que viviendo en pobreza detrás de Jesús pobre se puede elevar la experiencia de seguimiento, de vida interior y de amor a Jesús.

Un momento importante de la vida de Calasanz en el que luchó a favor de la pobreza, fue cuando en el Instituto peligraba, porque reducido a Congregación sin votos, se pensó y decidió que había que redactar nuevas Constituciones. Uno de los promotores de semejante conveniencia fue el P. Cherubini, a quien se le dio la facultad de redactarlas. El santo en seguida intuyó que si cambiaban las Constituciones, peligraba la pobreza, porque no le gustaba al P. Cherubini la pobreza que se vivía. Escribía el santo al P. Vicente Berro: “Respecto a las cosas de la Religión se trata ahora ante los Srs. Cardenales deputedos si el P. Esteban deba ser Vicario General, oponiéndose a esto toda la Religión, como habrá sabido por cartas de otros. Y respecto a relajar la Religión, parece que el P. Esteban, su secretario y aquel P. Visitador sean de la opinión de relajarla en algunas cosas y particularmente acerca de la pobreza. Pero se tomarán todas las diligencias para mantenerla en su grado y esperamos que se haga de modo que todo resulte a mayor gloria del Señor” (EP 4153).

Luchó, y en este batalla venció. Aunque Cherubini llegó a redactar otras Constituciones, el cardenal protector las escondió y no vieron la luz. Sólo muy posteriormente se conocieron. En este tema al menos el santo quedó contento.

La pobreza, según las Constituciones del santo, ha de manifestarse en elementos concretos. Dice: “Debe también brillar la pobreza en la habitación y en su ajuar imprescindible. Nadie tenga en ella relicarios, libros de rica encuadernación, esculturas o cuadros de Santos; sí, estampas, sencillas y en papel, de Nuestro Redentor y de su Madre, del Santo Patrono y algunos Santos. Y nada guarde cerrado bajo llave” (CC 151). Podemos por medio de estas palabras hacernos idea de las pocas cosas que había en las habitaciones de los religiosos. Incluso indica las medidas que han de tener esas habitaciones y lo que se permite que haya dentro:

“Las habitaciones no excedan de tres metros de largo por dos y medio de ancho” (CC 152). “La anchura de la cama debe ser sólo de un metro. Cada uno tendrá un colchón y una almohada de paja y dos o tres mantas de lana, sin sábanas. Todo lo demás que pueda haber, sea lo imprescindible y esté conforme con nuestra pobreza. El Superior irá a verlo todo con frecuencia, mensualmente o más a menudo: para que nada guardemos que recuerde el vicio de la propiedad y nada tengamos sucio o desarreglado” (CC 153).

## 2. Qué supone la pobreza

¿Qué incluye para el Fundador la pobreza? No tener nada propio. Incluso quería que esto se reflejara en el mismo lenguaje que se usaba hablando de las cosas: “Ningún religioso se atreva a tener nada propio ni a llamarlo tal. Con la palabra ‘nuestro’ dé a entender que en este mundo nada posee” (CC 138).

Nadie debía poseer dinero o en su poder o guardarlo en manos de otra persona: “Nadie tenga dinero o bienes consigo, ni guardados por otro” (CC 139). Viendo que esta norma constitucional no se observaba, escribía a los padres de la Duchesca, en Nápoles, y les decía: “Teniendo entendido que algunos, con gran daño de la propia conciencia, han hecho poco caso de nuestras Constituciones, que tratan acerca de la observancia de la suma pobreza, de la que tenemos voto solemne, en las cuales se dice que nadie tenga en su poder o en poder de otra persona ninguna clase de dinero, a fin de que en el futuro se observe dicha constitución como la observan otros religiosos reformados, se ordena por la presente que quien tenga alguna clase de dinero, poco o mucho, en su poder o bien en poder de otros, quede obligado, una vez enterado de esta orden, a manifestarlo lo antes posible al ecónomo o administrador de la casa, que nombrará dicho Provincial” (EP 727a).

No se podía poseer nada sin permiso del superior, y era muy riguroso a este respecto: “Sin licencia del Superior nadie puede conceder ni recibir préstamos; ni disponer de lo que hay en su cuarto o en la casa a favor de los de fuera, ni aun de los de dentro” (CC 140).

Respecto a las limosnas habla de una doble manera. En el n° 144 de las Constituciones dice: “Vivan todos de las limosnas que han mendigado o les han ofrecido espontáneamente. Podrán hacer provisión de ellas para

todo el año en fechas convenientes; así la labor docente no sufrirá menoscabo por una ocupación diaria de ese estilo”. Y esto queda ratificado en una carta al P. Cherubini, en Ancona, en la que le dice: “En caso de necesidad no desdice de pobres de la Madre de Dios andar pidiendo alguna limosna para lo necesario y no superfluo. Y tanta mayor edificación producirá tal acto de humildad siendo sacerdotes, y sabiendo que tenemos todos por costumbre el ejercitarlo en caso necesario” (EP 1934).

En cambio en el nº 150 de las Constituciones afirma: “Nadie puede pedir limosnas para sus amigos o parientes, ni para extraños; tampoco recibir, sin consentimiento explícito del Superior, las que espontáneamente le ofrezcan para repartir entre los pobres o hacer alguna restitución”. Lo que aparece también en una carta al P. Vitali, en Narni, con estas palabras: “Dios sabe cuánto me desagrada no tener que pedir limosna, de acuerdo a nuestras Constituciones” (EP 480). Es cierto que en este segundo caso habla de pedir limosna no para vivir los religiosos, sino para otras personas, que son pobres, y esto tenía que doler al Fundador. De ahí el lamento de su carta.

No quería que tuvieran nada superfluo: “Ponga igualmente en práctica que en la sastrería no haya cosas superfluas, pero que no falten las necesarias, de las cuales puede abastecerse sin ningún escrúpulo, siempre que tenga posibilidad” (EP 914), lo que ya había legislado en las Constituciones: “Los bienes muebles no sean superfluos y den testimonio de pobreza, según se hará notar en las Reglas para los Visitadores” (CC 149).

Si un religioso recibía algo, tenía que entregarlo al superior o al ecónomo, y si no obraba de esta manera debía ser castigado: “Procure descubrir la negociación secreta de algunos que andan buscando misas para mandarlas celebrar a otros, y ellos gastan el dinero sabe Dios cómo; y si descubre alguno que trafica de esta manera, póngale un mes de penitencia, con tres días de penitencia a la semana” (EP 3285).

En el tema del dinero deseaba total transparencia: “En cuanto al P. Miguel, él mismo, por su honor, debería guardar el dinero, y cuidar las gestiones de los intereses de la Orden con mucha claridad, y conocimiento del Superior, porque así evitaría toda sospecha” (EP 3284). “En cuanto a adquirir deudas, nadie murmuraría si todos supieran las limosnas que llegan, y en qué se gastan; pero si pasan por una sola mano, no es extraño que murmuren los que aguantan muy poco; mas la verdadera murmura-



ción es cuando se ve que la observancia de nuestras Constituciones no se mantiene en pie. Usted debería saber casi de memoria las Constituciones, para hacer que se observen siempre que vea fallo” (EP 3350).

En el fondo lo que deseaba el santo y repetía en ocasiones era que sus hijos tuvieran espíritu de pobreza evangélica. Sólo así se podían hacer grandes cosas: “Si tenemos este santo espíritu de pobreza apostólica, haremos grandes cosas en servicio de Dios y del prójimo. Porque el Señor, en vez de la pobreza temporal, que profesamos de veras, nos dará con generosidad las riquezas espirituales, que tanto importan” (EP 729). “Cuanto más se aparten de la propiedad e imiten la santa pobreza apostólica, tanto más ricos serán y más encendidos de dones espirituales por Dios. El, por su misericordia, se complazca en infundir este espíritu de pobreza apostólica en todos nuestros religiosos. Amén. Amén. Amén” (EP 727).

Por eso, la pobreza debía relucir en todo, incluso en los objetos de culto: “Por ningún motivo se colocarán, en la Iglesia o en otro lugar, huchas o cepillos para limosnas. Ni so pretexto de gastos de sacristía, misas, predicaciones, confesiones o biblioteca o de cualquier otra finalidad” (CC 141). “En cuanto a los cuadros que tengan algún canto de oro, los puede permitir hasta nuevo aviso. En cuanto a los que haya que hacer, evite la plata y el oro externos, pero puede ser simulado, rojo o verde. En cuanto a los Ornamentos de seda, que de ninguna manera los empleen los nuestros; pero pueden tenerlos sólo para cuando vaya alguna persona insigne a decir la misa” (EP 3756).

Es cierto que en muchas de las cosas dichas, aparece la mentalidad del tiempo del Fundador. Las hemos querido citar para hacer ver qué era lo que deseaba el santo, cómo lo expresaba y cómo se fijaba hasta en las cosas más menudas. Es lógico que mucho de lo dicho no se puede aplicar hoy, pero no por ello había que dejar de citarlo. Y eso porque debajo de todo ello se transparenta el amor del santo por un voto que hoy día puede pasar bastante desapercibido; ¡jalá que lo que ocurre es que se vive en profundidad, pero de otra manera! Bastaría para ver si es así, asomarse a lo que dicen las Constituciones vigentes hoy día. Con lo dicho del santo y con lo que aún diremos, queremos subrayar el hecho de que la pobreza, vivida en su integridad, profundiza la experiencia vocacional y hace que el religioso viva con mayor seriedad el seguimiento de aquel que no tenía donde reclinar su cabeza.

### 3. Comportamiento pobre

¿Cómo quería el Fundador que se comportaran sus hijos en este tema? Antes de nada, si querían ser pobres de verdad, tenían que experimentar en su propia carne qué es ser pobre: “Los religiosos amarán a la venerable pobreza, madre de la exquisita humildad y de otras virtudes, como a la más firme defensa de nuestra Congregación; la conservarán en toda su integridad y se esforzarán en experimentar sus consecuencias” (CC 137). Una forma de experimentar las consecuencias de la pobreza es desear que a uno le den lo más pobre que hay en casa y estar contento de que sea así: “No sólo esté decidido a permitir que se le den los enseres más deteriorados de la casa, sino que positivamente debe desearlo” (CC 138). Tiene que estar dispuesto a mendigar, que es ejercicio de pobreza y humildad: “Manténgase siempre dispuesto a mendigar de puerta en puerta si la necesidad o la obediencia lo exigen” (CC 138).

Además, como verdadero pobre, las limosnas que recibe el religioso, las tiene que entregar al ecónomo sin quedarse él con nada (cf. CC 142). No ha de manejar dinero, y en eso ha de ser muy delicado: “Procure que nadie maneje dinero a no ser el ecónomo, el que hace las compras y el sacristán cuando lo meta en la caja” (EP 3898). El dinero es como el ajonje, y por eso hay que tener mucho cuidado con él; se comienza faltando a la pobreza en algo que parece pequeño y uno no sabe a qué puede llegar: “No permita que nadie posea dinero, como dicen las Constituciones, aunque sea regalo de los familiares para comprarse alguna cosa, sino que deben entregarlo inmediatamente al Superior o al ecónomo y si tienen necesidad de algo, el Superior proveerá aunque no se tenga dinero de familiares” (EP 2162).

Le comentaba de una manera muy gráfica al P. Graziani: “Si penetra la propiedad por los julios y testones, pronto llegará a los escudos. Y ha desaparecido la pobreza, y en seguida la gracia de Dios” (Ibidem).

No quería que los religiosos aceptasen regalo alguno de los alumnos, aunque lo dieran voluntariamente, y mucho menos deseaba que los pidieran: “De ninguna manera pida a los escolares que traigan regalo alguno, porque va contra nuestro Instituto. Y ha hecho muy mal introduciendo semejante cosa sin consultar” (EP 1292). Es mejor lograr provecho en la vida que poseer bienes, y eso lo repite constantemente: “No era mi intención saber lo que pretenden asignar de limosna, ni el modo en que la

harían, pues me mueve más la caridad y el provecho que se pueda hacer en el prójimo, que el interés temporal” (EP 3755).

Los religiosos escolapios no pueden pretender ninguna remuneración temporal por su trabajo, porque sería una locura y agravio a la Providencia que siempre ha velado por ellos. No se ha entrado a las Escuelas Pías para conseguir bienes temporales, sino para vivir e imitar al Señor: “Sería grandísima locura la nuestra si, trabajando como trabajamos, pretendiésemos remuneración temporal de los hombres. Además, que haciendo nosotros este ejercicio, me parece sería hacer gran agravio a la providencia divina, que provee de las cosas necesarias a los pájaros del campo, y que no tuviésemos nosotros tanta fe en su providencia, habiendo comprobado por experiencia durante tantos años el cuidado que el Señor tiene de nosotros” (EP 1961).

Pero es cierto que para vivir se necesitan algunas cosas, alimentos y otros enseres por lo que, “por las cosas necesarias deberíamos hacer todas las diligencias necesarias. Que los medios humanos no están prohibidos, especialmente a los pobres que viven de limosna como nosotros” (EP 819). “No haya en el ropero cosas superfluas. Pero que no falten las necesarias” (EP 914).

Decía el santo está máxima muy clara: “Los religiosos pobres comen como pueden. Los religiosos ricos, como quieren” (EP 2249). La pobreza que se practica debe tener también su manifestación con los demás, y al P. Cananea le escribía en 1623 acerca de los huéspedes: “Conviene que, siendo nosotros pobres, nos portemos con los forasteros como pobres, y no querer hacer gastos superfluos” (EP 122).

#### 4. Algunas observaciones y reparos

Hemos visto la pobreza que vivía y amaba José de Calasanz. Pero este amor a la pobreza no le volvía inmune a los sufrimientos de muchos de sus religiosos. Citamos algunos casos para ver también el otro lado de la pobreza, un corazón dolorido por lo que veía en algunos religiosos, y su deseo de bien y bienestar para los suyos.

Al P. Alacchi se le queja amargamente de cómo van vestidos los religiosos de Palermo, en este caso porque no parecen pobres de la Madre de Dios: “Me escriben que en Palermo los nuestros van vestidos con buen paño, dejando en esto la pobreza de lado, y que todos llevan me-

días, como se usaban al principio, y otras cosas semejantes, que da la sensación que ésta de Palermo sea una Religión distinta de la nuestra” (EP 2225, año 1634). Se le queja, también a Alacchi, esta vez en Poli, de todo lo contrario, por lo pobres que han llegado unos religiosos a S. Pantaleón: “Han llegado a Roma tres hermanos jóvenes, sin barba; y, lo que es peor, con vestidos tan harapientos que me maravillo cómo no han muerto con tan mal tiempo; y, sobre todo, teniendo el manteo y la sotana rota, y sin camisa, lo que es señal, o de grandísima escasez de estas cosas, o de poquísima caridad de los Superiores, los cuales no creo que vayan tan mal vestidos. En este particular es necesario poner remedio.” (EP 2799). Esto le desagradaba porque no era ésta la pobreza que él deseaba ni la que practicaba personalmente o con los que tenía a su cuidado.

Por eso quiere que los religiosos tengan las cosas necesarias, lo contrario es no entender la vida religiosa y la pobreza calasancia: “Procure también que tengan las cosas necesarias, pues entonces se pueden hacer observar nuestras Reglas sin protesta alguna” (EP 3898). “Si les parece conveniente usar zuecos en los días lluviosos, lo pueden hacer. Y procure que todos tengan las camisas, y demás ropa interior necesaria, para que puedan aguantar el frío” (EP 100). “Cuando ahí las limosnas no basten, se dejará y se irá a otra parte, pero creo que con las aldeas vecinas bastarán. Procure hacer dinero de alguna cosa y comprar las cosas necesarias” (EP 180). También se le queja al P. Fedele de lo que ha llegado a sus oídos: “Me parece despropósito grande tener algunos de los nuestros en Cosenza viviendo en chozas o barracas de tablas y padeciendo muchas incomodidades, sin ser de utilidad alguna para los del pueblo” (EP 2261).

Como vemos, el santo quería que sus hijos tuvieran lo necesario para vivir y no fueran por el mundo de una manera desastrada: “Después, en cuanto a la provisión de las cosas temporales, me parece que el P. Provincial se muestra muy indiferente, y hasta incapaz; por eso, procure usted suplir en lo que sea necesario” (EP 819). Pese a todo esto, ya hemos visto cómo se vivía a veces en San Pantaleón, llegando incluso a no tener ropa para cambiarse cuando llegaban de fuera completamente mojados: “Y porque en esta casa no hay ropa ninguna para poderse mudar uno cuando viene mojado, ni chaleco, ni las camisas necesarias, ni calzoncillos, ni medias, ni leña, ni pan ni dinero más que 16 escudos al mes, y se vive con tan gran miseria, será menester que de ahí se provea alguna cosa, en pri-

mer lugar 30 botones de sotana y ocho o diez de manteo, cuatro o cinco pares de sandalias usadas, paño gris para un chaleco” (EP 56).

Todo lo dicho nos indica varias cosas: primero, que Calasanz amaba profundamente la pobreza porque para él había sido una experiencia de conversión; segundo, que, en consecuencia, lo que era un carisma personal, la pobreza suma, la impuso al Instituto; tercero, por eso la situación por la que pasaban muchos religiosos era realmente muy pobre y difícil de soportar; cuarto, que de ahí podía provenir a veces una cierta relajación; quinto, que el santo no deseaba ciertas situaciones que se daban en el Instituto en este tema y recrimina a los superiores cuando le parece que son ellos los que tienen la culpa de cómo van los religiosos; sexto, que siempre hay que separar el carisma personal del de el Instituto.

Con todo esto no queremos olvidar lo que deseábamos subrayar en esta parte sobre la pobreza, y es que el santo la buscó como un medio de conversión de sus hijos (él la había experimentado así), y que si se vive según el espíritu del Fundador más que según la letra, que paga su tributo a la mentalidad de entonces y a la de un converso, es y será siempre un elemento que ayude a una experiencia profunda de seguimiento de Jesús y así elevará la vida interior y espiritual de los religiosos y, en consecuencia, de la Orden; y ha de ser elemento de llamada vocacional para los jóvenes que desean vivir como Jesús pobre, amando y dándose a los niños.

## 5. En nuestro hoy

- Pobreza no se identifica con miseria; la pobreza se ama, la miseria se aborrece.
- Pobreza es no tener más de lo necesario para vivir.
- La pobreza ha de ser identificación con uno de los rasgos de la vida de Jesús, que no tenía dónde reclinar la cabeza.
- La pobreza tiene relación con los medios económicos, pero no sólo con ellos.
- La pobreza lleva a dar a los demás lo que necesitan, incluso privándose de lo no necesario.
- La pobreza se vive no disfrutando de lo superfluo cuando otros no tienen lo necesario.

- Pobreza es también vivir con corazón agradecido toda reducción humana.
- Se es pobre si se acepta, mirando a Cristo, el dolor, la enfermedad, las crisis, el cansancio.
- La pobreza incluye cruz.
- La pobreza lleva al verdadero creyente a asumir la muerte como ofrenda a Dios.

## “Ni querrá preceder al menos importante” (CC 30)

### 1. Humildes ante Dios

La humildad fue la segunda conversión de Calasanz. Iba de la mano de la conversión a la pobreza. Las dos las vivió en un período más o menos de diez años, poco después de la llegada a Roma y de los primeros fracasos en su ansia por conseguir una canonjía. Esta conversión, como la anterior, repercutió fuertemente en su vida. No es extraño, por tanto, que en sus cartas a los religiosos, respondiendo a muchos asuntos que le planteaban, no aprovechara para inculcarles la humildad. Por eso aparece tantas veces citada en las cartas. La razón no era intelectual: comprensión de la importancia de esta virtud. La razón fue vital: él había experimentado en su vida cómo Dios le había convertido desde su ansia por conseguir un cargo curial a la sencillez de dar la vida para siempre en una dedicación que venía considerada en su tiempo como algo “vil y despreciable”. Y cuando un converso ha experimentado la bondad, belleza y riqueza de lo que por gracia ha recibido, quiere que también los demás vivan esa misma realidad. Es la razón por la que Calasanz cita tantas veces la humildad en sus escritos.

Para iniciar el camino de la sencillez de corazón o humildad es necesario conocerse a sí mismo. Así es como uno se encuentra con la ingratitud de un corazón que aun no ama como debe y con las muchas lacras que existen en su vida. Calasanz lo explica tratando de indicar el principio de la vida espiritual, escribiendo a un Hermano que vivía en Frascati; estamos en 1630 y le dice: “Es un buen principio de la vida espiritual el del propio conocimiento y miseria en la que todos nacemos y también de la ingratitud con que después de tantos beneficios hemos correspondido a Dios, y si se ejercita en ello con diligencia, como muestra en su carta del 10 de los corrientes, yo le aseguro que tendrá en esta vida por premio algún conocimiento de Dios, el cual es una ciencia tan grande que una partícula del mismo aventaja a todas las ciencias humanas, detrás de las cuales consumen los hombres los más y mejores años de su vida y por premio suelen hinchar y enorgullecer a quien las posee. El conocimiento de Dios va beatificando al hombre según el grado que después del conocimiento crece en el amor divino. Le exhorto a hacer que cada día la primera cosa sea ese estudio después del cual el Señor le concederá todas las demás cosas que el mundo no conoce” (EP 1339).

La humildad es tan grata al Señor que él suele estar a gusto con los sencillos de corazón. Por eso, si alguien desea tratar en intimidad con el Señor, ha de ser humilde y así logrará su deseo: “La santa simplicidad es muy querida del Señor y con los verdaderamente sencillos suele tratar a gusto... Procure cerrar los ojos a las imperfecciones de los otros, considerándose solo en la presencia de Dios, de esta manera las faltas de los Hermanos no le ocasionarán molestias. Además, debe rezar frecuentemente al Señor por ellos, y en particular por aquellos que demuestran mayor inobservancia” (EP 862).

Al serle a Dios tan agradable, la consecuencia es clara, que uno será tanto más favorecido por Dios cuanto más sencillo sea, además de que practicando esta virtud, conseguirá una paz que nada ni nadie le podrá arrebatar: “Emplee toda diligencia en ser el más humilde de casa y será el más favorecido de Dios. El religioso que no camina por esta senda de la humildad, se encontrará al final engañado por el enemigo. Practique, pues, de veras esta virtud, que hallará la verdadera paz” (EP 2390).

Y, al revés, cuanto más favorecido se sienta uno por el Señor, más ha de afianzarse en la sencillez de corazón; a mayor favor, mayor sencillez, y eso agrada al Señor: “Cuando uno se ve más favorecido de Dios con algunas gracias o sentimientos particulares, tanto más debe humillarse, para no perderlos. Que se pierden con un poco de presunción. Reconozcámonos instrumentos inútiles del Señor, que más bien obstaculizamos sus obras que las ayudamos” (EP 1817).

La humildad acerca a Dios y a su conocimiento; por tanto cuanto más intensa sea la humildad, mayor será el conocimiento y amor al Señor y al prójimo. Calasanz deseaba que los suyos amaran de todo corazón a Dios y sirvieran totalmente a los niños y por eso les pedía que acrecentaran su humildad: “Que el Señor les conceda a todos Uds. mucho espíritu de profunda humildad, la cual cuanto más profunda sea, tanto más alta y grande será la virtud del conocimiento y amor a Dios y al prójimo, y si saben aunar la dicha virtud con el estudio conseguirán un increíble provecho en el prójimo, como experimentará con la práctica quien sepa hacerlo, al cual yo ayudaré con mis cotidianas oraciones” (EP 4557).

Con la humildad se agrada a Dios. A él se le agrada venciendo el pecado y el mal. Por eso hay que humillarse y soportar toda tribulación y sufrimiento. El Señor enseñará entonces lo que es la santa humildad, algo de



suma importancia para el religioso: “Para agradar a Dios se necesita que, a imitación suya, nos humillemos y sepamos soportar las tribulaciones y adversidades que nos suceden, en satisfacción de nuestros pecados. No puede hacer cosa más grata a Dios que, cuando se encuentre más afligido y atribulado, humillarse y reconocer que toda aflicción y tribulación las manda Dios para que aprenda de Él, como Maestro, la santa humildad. En esas acciones consigue el religioso más honor sin comparación, que si defendiese con muchos argumentos su opinión” (EP 3339).

La humildad es también el camino para ir al paraíso, nada más apetecible para el cristiano y el religioso que estar junto a Dios para siempre. Si el religioso quiere que esto se realice en su vida, tiene que ser sencillo de corazón, porque sólo quien se humilla, será exaltado en el más allá: “Tengo gran compasión de esos religiosos nuestros de la casa de Génova y de otras de la Provincia, que no saben encontrar el camino para ir al Paraíso, que es la virtud de la santa humildad. Y tengan todos por cierto que quien no se humilla en esta vida no será exaltado en la otra. Espero que en nuestra Religión no falte quien considere como un gran beneficio humillarse no sólo para enseñar a escribir y ábaco, sino también para enseñar a leer a los pequeñuelos” (EP 4276).

La sencillez de corazón es fundamentalmente don del Señor. Uno puede pasarse la vida entera esforzándose, luchando por adquirirla, pero si el Señor no concede esa gracia, nunca llegará a ser sencillo de corazón. El Señor para hacerle a uno humilde se sirve de situaciones diversas, cuyo denominador común es derribar al hombre engreído por medio de la debilidad. Lo explica muy bien el Fundador: “Respecto a la tentación que sufre, no tiene que desanimarse por la sensación de inutilidad, porque es el modo de proceder de Dios, que con las debilidades derriba las fortalezas; no se enorgullezca tampoco por haber sido elegida su persona para cosas de tanta importancia, aunque se sienta inhábil, pues así como la elección es de Dios, también el llevar a feliz término el asunto depende de su mano; por lo tanto debe recurrir con frecuencia a El pidiéndole luz para conocer el camino que debe seguir y quizás para llevarlo a perfecta conclusión. Debe, pues, permanecer indiferente de sí mismo, que sirve únicamente como sencillo instrumento” (EP 2006).

Por tanto, quien vive en sencillez de corazón y es humilde ante Dios, elevará su vida interior, se encontrará más cerca de Dios, su experiencia vocacional será más íntima, y podrá ser de ayuda a cuantos contemplan

su vida y comportamiento. No cabe la menor duda de que la humildad es una virtud necesaria en la vida escolapia, y si los religiosos fueran cada vez más sencillos, el Instituto sería también cada vez más agradable a Dios y haría mayor bien al prójimo, en este caso, a los niños de las escuelas, que aprenderían, imitando a los religiosos, a acercarse más y más a Dios.

## 2. Frutos de la humildad

Son muchos los frutos de la santa humildad. Algunos de ellos los enumera el santo de forma positiva o negativa. De entre los que él cita, nosotros enumeramos sólo algunos.

Es necesario obrar según la voluntad del Señor, pero esa voluntad Él la manifiesta a los humildes: “Caminemos según la santa voluntad del Señor que se manifiesta sólo a los humildes; procuremos nosotros ser tales” (EP 4510). Si uno desea ir por la senda de Dios, necesita para ello luz interior, luz que el Señor concede sólo a los humildes: “Dicho Padre tiene necesidad de un poco de mortificación, a fin de que humillándose consiga más luz interior” (EP 549).

Ya hemos señalado en otras ocasiones cómo para el santo el conocimiento propio es inicio del camino espiritual; pero este conocimiento de las propias debilidades y problemas hay que hacerlo con humildad y pidiendo perdón al Señor: “Me gustaría que considerando sus imperfecciones, supiese conocer su miseria y, con profunda humildad, pidiese perdón a Dios. Que de otra manera, quien vive según su propia voluntad, suele morir con ella” (EP 3402). Las realidades divinas, lo que es propio de Dios, Él lo da a conocer sólo a los humildes, de forma que cuanto más humilde sea uno, más le elevará Dios a ese conocimiento: “Dios suele dar la gracia de conocer la verdad de las cosas invisibles a los humildes, según el profeta: dando inteligencia a los pequeños. Cuanto más se humille uno en el propio conocimiento, tanto más lo elevará Dios en el conocimiento de las cosas invisibles y eternas” (EP 4392).

Muchas veces la raíz de que una persona no se encuentre bien y de que sufra por muchas cosas, es simplemente la falta de humildad. Es lo que le ocurre, según el Fundador, a un hermano, llamado Arcángel que vivía en Nápoles. El santo obra como buen psicólogo, dándose cuenta dónde está el motivo de su sufrimiento, y explica al superior lo que le ocurre a ese hermano, y lo que le debe hacer comprender para que se cure:

“En cuanto al H. Arcángel siento que se encuentre mal y sospecho que su enfermedad está en el interior después que ha vuelto de su pueblo donde le increparon y se burlaron de él porque no es sacerdote, no entendiendo ni ellos ni él que la perfección cristiana no consiste en ser sacerdote u operario sino en amar más a Dios, lo que tanto puede hacer uno sin letras como un letrado y este amor de Dios tendría que procurar él con muchos actos de humildad sin presumir nunca de llegar a tal dignidad. Lo que me escribe de que fue aceptado para operario, se engaña, pues le escribí ya desde el comienzo que vistió para clérigo y él, como digo, tendría que procurar considerar su miseria (lo que todos deberíamos hacer) y así humillarse en la presencia de Dios que es el camino seguro para el paraíso. No deje de insistir en este particular no sólo a él sino también a todos los otros de casa con las palabras y con el ejemplo” (EP 1385).

El santo le escribe al P. Graziani y le hace ver lo que pasa con la humildad y lo que sucede con la soberbia. En consecuencia los religiosos han de ser humildes y han de desechar de sí la soberbia. En el texto, cuando el santo habla de las murmuraciones y de lo que son, usa el lenguaje de su tiempo que, como es natural, hoy no lo aceptamos de la misma manera; pero al margen de la expresión, se discierne bien la oposición que establece entre virtud y vicio: “Procure llamar con toda caridad a su cuarto uno por uno a los que parecen obstinados en su propio juicio, y con bondad paternal exhortarles a la santa humildad, porque así como ésta es señal grande de predestinación, la soberbia y el propio juicio es señal grandísima de reprobación lo cual no debería darse en los religiosos, porque Dios se aleja de ellos y caen después en interpretaciones y murmuraciones que son pecados mortales grandísimos; y no reconociéndolos, no hacen caso de ellos y así se precipitan de error en error en muchos sacrilegios. Hace falta una gracia particular del Señor para convertir a semejantes personas” (EP 593).

Dice lo mismo, pero con otras palabras mucho más de acuerdo con nosotros, escribiendo al P. Sabino: “Las acciones que proceden de la soberbia, impiden la gracia, que se tendría que buscar con humildad” (EP 2445).

Por tanto, la humildad es una virtud necesaria en la vida religiosa –también en la cristiana– y quien es humilde gozará de los favores del Señor. El sencillo de corazón tendrá una experiencia vocacional profunda porque la humildad le acerca a Dios, le concede la luz necesaria para ca-

minar por sus sendas, y los humildes atraen los ojos y el corazón de Dios. En cambio, el religioso soberbio, engreído, el que no es humilde, vive en el convento como si fuera un infierno, porque no está a gusto, se encuentra mal y no es feliz. Puede ser que a veces esto no se manifieste hacia fuera –otra muchas veces, sí–, pero de esta forma vive en su corazón: “El religioso fuera del convento está como el pez fuera del agua, que no sabe hacer las obras acostumbradas y se relaja fácilmente. El religioso que en el convento no es humilde y obediente está como en el infierno porque no puede obrar a su gusto y no goza de los frutos que reciben los buenos religiosos, de los cuales el más pequeño supera todos los placeres de los sentidos. V.R. debe procurar hacer entender esta verdad a esos hermanos nuestros y para enseñársela personalmente espero estar ahí el próximo lunes, con la ayuda del Señor” (EP 1894). Por eso se queja al P. Beretta de una carta suya que ha recibido y que le desagrada profundamente por las razones que vemos que le da en la respuesta que le envía: “He visto que demuestra poca humildad, no recibiendo los avisos y advertencias con el ánimo con que se le mandan, porque yo le he avisado siempre de las faltas que se dicen de V. R. a fin de que si hay algún defecto procure enmendarlo. Y de ninguna forma es verdad lo que dice, que yo cuando estoy cierto de que alguno ha cometido alguna falta grave nunca le perdono, ni lo tengo en buena opinión hasta que vea la enmienda. Y en esto obro de la misma manera que lo hace Dios bendito, que cuando uno comete un pecado mortal no lo perdona nunca hasta que se enmienda. Tenga cuidado V. R. de portarse bien con Dios, el cual no puede ser engañado con la falsa conversión del pecador, como puedo ser engañado yo con una enmienda fingida. El Señor nos dé a todos la verdadera luz para salvar nuestras almas” (Nápoles, EP 3345).

Por todos estos motivos, las palabras que dirige el santo al P. Scazzi, en Nikolsburg, son las que podría dirigir a cada uno de sus hijos: “Por el especial afecto que siempre le he tenido, he pedido al Señor que lo haga gran siervo suyo, e imitador antes que nada interno de su santísima humildad, en donde descubrirá los misterios escondidos a los sabios y prudentes del siglo y reservados para los humildes” (EP 4521).

### 3. Obrar con humildad

Si la humildad es tan importante, hay que obrar siempre con un corazón sencillo. Así se vive agradando a Dios, recibiendo sus gracias,

olvidado de uno mismo, cercano a los demás y sin creerse mejor o más importante que nadie. Y todo esto, ¿qué otra cosa es sino elevar el nivel experiencial de la vida interior? ¿Qué otra cosa es sino lograr que el Instituto sea cada vez más apto para el ministerio que le ha sido confiado y pueda amar, ayudar y servir siempre mejor a los niños pobres? Sin duda tenía razón el Fundador cuando quería que sus hijos fueran sencillos de corazón.

Quien es humilde sabe cómo ha de obrar siempre, puesto que la humildad concede esa facultad: “VR. procure hacer amar la virtud de la santa humildad por medio de la cual podrán conocer el modo con que deberán obrar en todo momento” (EP 1325). Cuando el Instituto pasaba por malos momentos, estamos en 1647, y ya había sido reducido a Congregación sin votos, semejante al Oratorio de S. Felipe Neri, escribe el santo unas sabias palabras al P. Grien, en Nikolsburg, y le aconseja recibir todo con humildad, que al final todo servirá para el buen fin de la vida eterna, y también para que, llegado el momento, otros sumos Pontífices devuelvan al maltratado Instituto a su estado primero: “Pero el Señor con providencia paternal ha querido que nuestra Religión sea mortificada en este tiempo, por no decir perseguida tal vez con la ayuda de los nuestros, y en esta ocasión se verá quién da muestras de ser predestinado o de ser reprobado, siendo así que a los que acepten esta mortificación de la mano de Dios como de causa eficiente y la soporten con humildad y paciencia a imitación de Cristo, y rueguen al Señor por los que nos persiguen conformándose con la voluntad divina y perseveren, les será ocasión de merecer la vida eterna, como he dicho, pero a los que acepten esta mortificación de la Religión como ocasión para vivir con mayor libertad, les será de signo contrario” (Al P. Grien, Nikolsburg, EP 4439, año 1647).

El humilde obedece más fácilmente porque tiene un corazón sencillo y sabe que cuando se le manifiesta la voluntad del Señor, debe ponerse inmediatamente a cumplirla con todo su ser: “Si conociese el valor de la humildad, obedecería más fácilmente, y dejaría aparte el juicio propio” (EP 393).

En cambio, muchas veces la perturbación del corazón, la desgana interior, la falta de ilusión y cosas semejantes provienen, entre otras causas, de poca humildad. Hay que poner todo el empeño para salir de esas situaciones, y saber que siempre el más humilde es el más favorecido por

el Señor. Si por el contrario no se es humilde, puede uno ser engañado fácilmente por el enemigo: “Por la lectura de su carta veo que tiene necesidad de ser consolado y estoy seguro de que su turbación nace de poca humildad, la cual debería mostrar a todos, y mucho más al Superior de esa casa, que ocupa mi lugar; y si no pone remedio, crecerá la inquietud y se hallará lejos del verdadero camino de los buenos religiosos. Ponga, pues, toda diligencia en ser el más humilde de casa y será el más favorecido por Dios. El religioso que no camina por esta senda de la santa humildad, al final se hallará engañado por el enemigo” (Al P. Sorbino, Cesena, EP 2390, año 1635).

Por eso “ser poco humilde y presumir mucho de sí mismo es ocasión de grandes caídas” (EP 2403).

Con la humildad se consigue la verdadera caridad, y como la comunidad tiene que vivir en amor recíproco, se requiere que todos los de una casa rivalicen entre ellos en ser el más humilde: “Procuren todos practicar la virtud de la santa humildad si quieren conseguir la verdadera caridad y santo amor de Dios, y comprender con verdadero fundamento las cosas del espíritu” (EP 3761).

Calasanz insiste, por lo que hemos visto, constantemente en sus escritos para que sus hijos entren por el camino de la sencillez de corazón; entonces Dios les iluminará, lograrán una gran cosecha de méritos, verán las buenas acciones de los superiores, y si se la piden al Señor, alcanzarán la auténtica paciencia: “Yo le pido que entre en el verdadero camino de la humildad, juzgándose tan bajo cuanto sea posible, si quiere que Dios le ilumine para juzgar buenas las acciones no sólo de los Superiores, sino incluso de todos los demás, porque es el camino seguro del paraíso” (Al H. Pietrangeli, Savona, EP 649, año 1627). “Le ruego que camine con santa simplicidad y que procure hacer una cosecha abundante de méritos, mediante una gran paciencia, la cual le concederá el Señor, si, con devoción y perseverancia, se la pide” (EP 893).

Y así como se queja al P. Alacchi porque la carta que ha recibido de él está llena de continuas alabanzas, lo que no es propio de un religioso, en cambio alaba profundamente al P. Mussesti porque odia los títulos, lo que significa que es humilde y esto agrada mucho al Fundador. He aquí un pasaje de la carta al P. Alacchi: “He leído su última carta que ocupaba todo el folio; la mayor parte no contenía más que alabanzas propias; y estando

todos nosotros, como descendientes de la raíz podrida de nuestro primer padre Adán, más bien manchados y profundamente inclinados al mal, nos sería más propio acusarnos por nosotros mismos y humillarnos grandemente que pronunciar una sola palabra en alabanza nuestra. Además cuando uno se siente más favorecido por Dios con gracias o sentimientos particulares debe humillarse para no perderlos, pues se pierden aun con poca presunción o estima de sí mismo. Reconozcámonos instrumentos inútiles del Señor dado que más bien obstaculizamos sus obras que no las ayudamos” (Venecia, EP 1817, año 1632).

Y he aquí un pasaje también de la carta al P. Mussesti: “Alabo grandemente la humildad de V.R. que odia los títulos honoríficos y se entrega gustosamente a los trabajos por puro amor de Dios. En esto deseo que V.R. vaya purificando cada vez más en sí mismo todas las acciones con el amor de Dios, siendo verdad que quien ama la tierra se convierte en tierra, quien ama el oro en oro y quien ama a Dios «unus spiritus fit cum eo»; así superará todas las tentaciones del enemigo infernal, y continuará siempre ayudando al prójimo con mucho mérito propio” (Pisa, EP 4527, año 1648).

¿Cómo encontrar la senda de la humildad? Dada la inmensa confianza que Calasanz tiene en la oración de los niños, pide que se acuda a ella porque el Señor les escucha con agrado: “Procure ayudarse con oración especial sobre todo de los niños pequeñitos, para que el Señor le ilumine en saber encontrar la senda de la humildad, que es el camino seguro por el que hallan muchos dones y gracias de Dios. Que todo el resto es vanidad y fatiga grande” (EP 979).

Así pedía Calasanz que sus hijos fueran humildes. Quería que experimentaran algo semejante a lo que él había vivido, que no se creyeran más que nadie, que vivieran con un corazón sencillo, que estuvieran de esta manera cerca de Dios, que aborrecieran cuanto sabía a soberbia, que imitaran al Maestro, manso y humilde de corazón. Si también hoy día los hijos de Calasanz fueran como lo pedía en su tiempo el Fundador, no cabe la menor duda de que el Señor agradecido de semejante comportamiento, enviaría a la Orden vocaciones y crecería en las Escuelas Pías el nivel vocacional y la experiencia de vida interior. Pero esto no se consigue con las propias fuerzas, hay que suplicarlo insistentemente al Señor, y entonces él, sin duda, lo dará, porque si con fe se pide, gratuitamente se recibe.

#### 4. En humildad

- Humildad es la verdad.
- Humildad es la aceptación de uno mismo como es, sin ningún adorno.
- Humildad es dejar en el momento oportuno los ideales para vivir de la propia realidad.
- Humildad es aceptar lo que Dios envía aunque sea doloroso.
- Humildad es vivir con las manos abiertas hacia el Padre.
- Humildad es no ser engreído.
- Humildad es no creerse más que los demás.
- Humildad es tenerse por el último de todos.
- Humildad es saberse y aceptarse pecador.
- Humildad es agradecer a Dios por todo lo recibido.
- Humildad es no salir en defensa propia cuando uno es reprochado.
- Humildad es reconocer que todo es gracia.
- Humildad es experimentar que nada merecemos.
- Humildad es vivir sirviendo a los demás.
- Humildad es abandonarse a la Providencia de Dios.
- Humildad es abajarse a la miseria que existe en la vida, ayudando a los demás.



## “Aunados por el lazo del amor fraterno” (CC 171)

### 1. Finalidad de las Congregaciones

En el inicio de sus Constituciones, en el nº 1, Calasanz afirma que todas las Religiones tienden a la plenitud de la Caridad como a su fin verdadero, y que eso mismo hace el Instituto de las Escuela Pías. Pero no queda en ello. En una carta del 24 de agosto de 1630, introduce un nuevo elemento como finalidad de los Institutos y Congregaciones, ya que la carta va dirigida a una Congregación. Dice: “Las congregaciones han sido fundadas para que los hermanos vivan en caridad y procuren en ellas, con santa emulación, la adquisición de las virtudes, y particularmente de la humildad, que tanto agrada a Dios” (EP 1473).

Amor a Dios por la perfección de la caridad; amor al prójimo, que es la caridad entre todos; adquisición de las virtudes, en especial de la humildad, tan amada y deseada por el santo. Por tanto, Calasanz se refiere en este texto a los Institutos religiosos y a las Congregaciones de diversas devociones que se fundan y que tienen que poseer espíritu cristiano de fraternidad y amor.

### 2. Comportamiento del superior en las comunidades

En este apartado general nos referimos a la vida común de los religiosos y en concreto a la que deseaba Calasanz que se viviera en el Instituto de las Escuelas Pías. Sabía que el comportamiento que se tuviera en él, en especial el relativo al segundo precepto de la Ley, podía repercutir en los alumnos, porque si veían amor y fraternidad entre los religiosos y podían afirmar como los antiguos cristianos “mirad cómo se aman”, esto les podía atraer a la vida religiosa y se convertiría de esta manera en una especie de reclamo vocacional.

En la comunidad un lugar especial lo tenía el superior y sobre él caía la responsabilidad de hacer de la comunidad lugar de amor y de paz. ¿Qué pedía el Fundador a los superiores bajo este aspecto?

Lo primero que ha de procurar todo superior es que exista paz y comunión entre todos los miembros de la casa, aprovechando el talento de cada uno para lo que sirve. Al P. Reale, en Cárcare, en 1628, le escribía: “Procure comportarse de tal manera que se conserve la paz y unión

en esa casa, y que todos se empleen según su talento; que los sacerdotes tengan reunión al menos tres veces a la semana sobre un caso de conciencia en el recreo de la tarde para que todos sean más aptos para confesar” (EP 1008).

La paz podrá mantenerla si se comporta de una manera ecuánime y no se muestra parcial en sus comportamientos, apreciaciones o conducta, porque la falta de imparcialidad no es de ayuda a ningún miembro de la casa: “V.R. procure mantener en paz a los hermanos y a los clérigos, y no se muestre parcial de ninguna manera, sino que como Padre ayude a todos, sobre todo a mantenerlos en paz” (EP 2848).

Insistirá repetidas veces: la paz es el mayor bien de una casa; ayuda a todos y dispone a servir de corazón al prójimo y a estar bien con Dios: “Procuren vivir todos en paz y atiendan al ministerio con santa emulación, para ver quién hace más fruto en sus alumnos” (EP 4081). “Procuren mantenerse todos unidos en caridad. Vea cada uno quién puede avanzar más en la virtud de la humildad. Y hagan todo lo posible para que los niños sean piadosos, que será cosa gratísima a Dios” (EP 856). “Procuren estar todos unidos en caridad, sirvan al prójimo con buen ejemplo, y tendrán el ciento por uno de recompensa” (EP 1730). “Estén todos los de casa unidos en paz y caridad. Y atienda cada uno a estar bien con Dios y a observar puntualmente nuestra regla” (EP 1102).

El superior ha de tener caridad con todos los hermanos y se ha de manifestar comprensivo ya que de esta manera logrará que le estimen y cumplan cuanto él les ordene con amor de padre: “Estén todos los de casa unidos en paz y caridad. Y atienda cada uno a estar bien con Dios y a observar puntualmente nuestra regla” (EP 3216).

Escribiendo en 1646, ya cercano a la muerte, y viendo la situación del Instituto, pedía a los superiores que soportaran a los relajados y que para eso se ayudasen de oraciones y exhortaciones, porque lo necesitaban los religiosos de la casa a cuyo superior escribía: “Me parece que, en tiempos tan calamitosos, los que no son guiados por la pasión deben mostrar prudencia y espíritu, soportando con paciencia la inobservancia de los relajados, ayudándoles con oraciones y también, cuando la ocasión se presente, con caritativas exhortaciones, a huir de las discordias y pretensiones vanas y atender a la salvación de su alma” (EP 4382).

Para lograr la unión y fraternidad entre todos los componentes de una casa, legislaba así en sus Constituciones: “Esfuércese el Superior para que todos tiendan a la unidad de sentimientos, de lenguaje, de pensamiento, de voluntades. Aunados, así, por el lazo del amor fraterno, se consagrarán con mayor eficacia al servicio de Dios y utilidad del prójimo. Impóngase severo castigo a quien hable con los de fuera de lo que ocurre en casa y entre los hermanos” (CC 171).

A la unión entre todos podían ayudar las recreaciones comunes, pero para ello debían ser útiles, y lo eran según Calasanz si se cumplía lo siguiente: “Durante el tiempo de la recreación, o se cante, o se trate de las cosas leídas en el refectorio, o del modo de remediar algunos problemas de las escuelas, o de las ceremonias de la misa. Que será recreación útil al espíritu, y la de la mesa, al cuerpo. De otra manera, se impedirá la del espíritu” (EP 1536).

Había de cuidar el superior que los religiosos no se dejaran engañar por el enemigo que quería que no participaran en los actos comunes, porque ese era el inicio de las relajaciones. Y muchas veces se podían sacar excusas para no estar en la oración o en otros actos de comunidad: “Llega a tal extremo la astucia del enemigo, que para impedir a un religioso que asista a los actos comunes de la religión, le ofusca de tal manera la mente que le hace ver que sin fiebre está enfermo y que no puede seguir los actos de comunidad, ni puede comer cosas ordinarias como los otros. Y así, poco a poco, le quita la oración y le vuelve inquieto en sí y oneroso y escandaloso para los otros. Suele ser una peste grave, y que fácilmente se pega entre religiosos” (EP 798).

El santo estaba convencido de la importancia del amor fraterno en comunidad para atraer a otros a la vida del Instituto. Era un fuerte reclamo vocacional. Si hubiera más caridad, habría más vocaciones: “Habiéndose enfriado la caridad entre los nuestros, no es maravilla que haya tanta escasez de maestros” (EP 3673). Es cierto que él habla aquí de maestros, pero puede entenderse “de vocaciones”, ya que en ese momento en las Escuelas Pías, fuera de Ventura Sarafellini, no había maestros seculares.

La caridad exigía que cuando se le escribía al santo, uno hablara de sí mismo y no chismorreara de los demás. Esto era algo que le desagradaba. Estaba cansado de las cartas de un religioso que siempre que le escribía lo hacía contándole las faltas de los otros y nada decía de sí mismo. Al santo

no le convenía esta manera de obrar que para nada estaba de acuerdo con la sencillez de corazón, y por eso le llegó a escribir esta especie de reprimenda que logró que el citado religioso no le escribiera más en el sentido en el que lo hacía: “En vez de escribirme de las faltas que han cometido los otros, deberíais comunicarme las obras buenas que hacéis vos en esas regiones. Porque, si unas cosas me causan aflicción, las otras me proporcionan consuelo” (EP 3066).

Vemos, pues, la importancia del superior para que reine la paz en las casas y cómo esta unión de corazones ha de ser una llamada vocacional para quienes ven y admiran el comportamiento de sus maestros. Así, pues, la caridad y unión, eleva la experiencia vocacional y la vida interior de los religiosos y del mismo Instituto.

### 3. Las reuniones de comunidad

La comunidad se hace con la comunicación. Si no existe comunicación –y veremos en seguida cómo ha de ser–, es imposible formar comunidad. Por eso el santo ponía empeño en que se tuvieran reuniones de todos los miembros de la casa; de este modo podrían estar más unidos. Es claro que había que cuidar semejantes reuniones, porque podían convertirse en armas de doble filo. ¿Qué quería en este tema el Fundador?

Deseaba que hubiera reunión semanal: “Me agradaría que se reuniera la Congregación todas las semanas, en unión y caridad, mirando cada uno el bien común más que al propio y particular” (EP 1199), y que en ella se tratara de las escuelas que era lo que llevaban entre manos y era el ministerio encomendado por la Iglesia al Instituto e incluso que el superior preguntase qué se decía de él: “Escribí hace tiempo que los sacerdotes se reuniesen una vez a la semana para tratar de conseguir el mayor bien de la obra ya que dice el Señor que «donde estuvieren dos o tres reunidos en mi nombre en medio de ellos me encuentro yo». El Superior tendría que preguntar siempre a sus compañeros qué se dice de él, como preguntó Cristo a los apóstoles para nuestro ejemplo y si le avisaran de alguna cosa, V.R. lo tendría que recibir bien” (EP 1172). “Estén todos unidos y sepan y participen todos, mediante la congregación semanal, de aquello que se hace. Y permanezcan sin ocasión de murmurar” (Co 221).

Con unas semanas de diferencia escribe el Fundador dos veces al P. Mateo Reale a Cárcare, sobre el modo como deben celebrarse las re-

uniones comunitarias. Se ve que el santo deseaba que se aprovecharan bien, que trataran de todo lo concerniente a la casa y a las escuelas y que esto fuera motivo de unión entre ellos. Le comentaba también que esperaba que nadie se opusiera a ningún punto de las Reglas; indicaba que en la reunión se le podían hacer observaciones al superior si en algo había faltado y no era consciente de ello. Debían ser, por tanto, reuniones provechosas, abiertas y, empleando un lenguaje nuestro, podemos afirmar que democráticas. He aquí las dos cartas a las que nos referimos: “Escribí que para estar todos de acuerdo y unidos, es necesario que todos participen y comprendan cómo han de observarse nuestras Reglas; congréguense una vez a la semana, y no habrá nadie tan caradura que se atreva a proponer algo contra las Reglas porque entonces será preciso avisarme; se observará, así, cada cosa a su tiempo y todos caminarán de acuerdo sabiendo que ha de ser así; ahora hay quién las interpreta de una manera y quién de otra, y si el Superior falta en algo de lo que no se da cuenta será avisado y de su parte procurará que todo vaya bien y con buen ejemplo para todos, que ésta es la obligación del Superior” (EP 1180). “Escribí hace dos o tres semanas que todas las semanas se tuviera en esa casa una reunión o congregación para provecho común en la que se tratase de lo que es necesario para la puntual observancia de las escuelas y de la casa, ya que a menudo se puede olvidar el Superior de ciertas cosas que de esta manera le recordarán y más ven muchos ojos que uno solo. Si están unidos así y el Superior no lleva a mal el ser advertido de alguna cosa, la observancia irá bien, pero si el Superior piensa que es el amo absoluto está muy engañado y Dios permitirá que cometa muchas equivocaciones, lo que no sucedería si se humillase a pedir el parecer de otros de la casa. Espero que el Señor les conceda la gracia de permanecer unidos y concordes, que de esa manera serviremos a Dios, que es lo que todos debemos desear” (EP 1182).

La reunión implica diálogo, y éste se puede realizar bien o mal. Por eso, Calasanz no quería que nadie se obstinase en sus posiciones, sino que (de nuevo democráticamente) cada uno diera sus razones y escuchara con paz y tranquilidad el parecer de los demás: “Ninguno de ustedes debe permanecer obstinado en su opinión, sino, como siervos de Dios, cuando uno propone alguna cosa y da sus razones, el otro debe decir con paz su parecer y dar igualmente sus razones. Y entonces, sin pasión, resolver entrambos aquello que parezca más conveniente” (EP 1958).

A estos actos de comunidad, precisamente por ser comunitarios, debían acudir todos; era un modo más de acrecentar la caridad: “Procuren estar todos unidos y encontrarse todos juntos en los actos comunes. Que así acrecentarán la caridad, sin la cual las reuniones son una gran confusión” (EP 1068). Y es que entre los miembros de la comunidad siempre hay algunos, muchas veces los más sencillos, por medio de los que habla el Espíritu Santo y muestra por medio de ellos su voluntad: “Estoy seguro de que el Espíritu Santo mostrará siempre, a través de alguien, su voluntad. Reunidos, pues, dispongan el trabajo que debe hacer cada uno, según su aptitud. Y luego, con esta unión, atiendan todos primero, al provecho de la propia alma y después al servicio de la religión y de los alumnos pobres. Yo me alegraré muchísimo de todo el bien de ustedes” (EP 3198).

Por eso cuando en esas reuniones faltaba la caridad se quejaba el santo porque esto podía influir en el mal funcionamiento de las escuelas y también en la inobservancia de los religiosos: “Me parece que, en lugar de la caridad, reina ahí la discordia. Y así no pueden caminar bien las cosas, ni de la observancia, ni de las escuelas” (EP 3151).

Vemos el cuidado que mostraba el Fundador por este acto tan importante como es la reunión comunitaria, cómo deseaba que aprovechara a todos y se hablara en ella de todo lo referente a las escuelas y a la vida religiosa.

#### **4. Comportamiento de los religiosos**

La caridad implica relación interpersonal. ¿Cómo deseaba el santo que se comportaran los religiosos bajo este aspecto? Ante todo anhelaba que todos tuvieran un solo corazón y una sola alma en el amor: “Deseo que todos tengan un sólo corazón y una sola alma en el servicio de Dios” (EP 4028). Estaba convencido el santo que el provecho que podían hacer en los alumnos estaba en relación directa con la unión que existiera entre los religiosos: “Estoy seguro que si se encuentran unidos conseguirán gran aprovechamiento en los escolares, y poco si no están unidos” (EP 1444). Precisamente para que vivieran en paz, para que el amor mutuo floreciera, era necesario evitar los conventículos, a los que a veces podían ser proclives algunos religiosos: “Cada semana espero noticias de los progresos de esa casa de Palermo, porque estando bien distribuidos los sujetos según su propio talento y procurando tenerlos a todos unidos en santa paz, las cosas no pueden marchar sino bien. Prohíbanse sobre

todo los conventículos e introdúzcase el silencio, si quiere que el Espíritu Santo habite entre los nuestros, de otra manera el enemigo se encontrará siempre en los conventículos y las pequeñeces que podrían remediarse notificándolas al Superior, se las hará parecer grandes” (EP 2559). “Por el bien común se deben hacer desaparecer de cualquier forma los conventículos, en los cuales está seguramente como consejero el demonio, y son el veneno de la religión” (EP 2756).

Si se quería que reinara el amor y la paz, dado que los religiosos son hombres con sus defectos, podían surgir dificultades; pues bien, el santo pedía que se olvidase toda injuria si se había recibido en alguna ocasión: “Por el bien común se debe olvidar el hombre de toda injuria o disgusto particular, siguiendo el dicho español: «dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios»” (EP 2593). Había, además, que evitar toda murmuración o palabras hirientes: “No se murmure ni de los de la casa ni de los de fuera. Eviten todas las palabras graciosas o burlescas, las mordaces u ofensivas, el hablar excesivo y cuanto revele falta de modestia o relajación” (CC 168). Al contrario, todos se debían hablar con gran respeto: “Dense todos trato de estima y hálblense con gran respeto; ante el Superior, arrodillados” (CC 167).

Cada uno debía soportar las imperfecciones de los demás, como los otros soportaban las suyas propias: “Busquen poner en ejecución el consejo de S. Pablo, es decir, el soportar cada uno las imperfecciones del otro, que así vivirán en santa paz, la que quisiera darles más con hechos que con palabras” (EP 2036).

El comportamiento entre todos ha de ser de paz y unión, como el mismo Cristo lo recomendó: “Os recomiendo la paz y unión entre vosotros, como Cristo la recomendó a los apóstoles” (EP 1998).

Han de procurar tener un mismo pensar cuando traten de algo de forma que sea de mayor gloria de Dios: “Deseo que todos concuerden en aquel mismo problema que haya de ser para mayor gloria del Señor” (EP 360), porque observar la vida común es signo de verdadera caridad, y donde ésta existe allí está el Señor: “Oigo decir que observan siempre la vida común. Esto es signo de que existe ahí verdadera caridad y, en consecuencia, de que está Dios presente” (EP 2971).

Y como a veces la convivencia es difícil siendo tan diferentes los diversos caracteres e incluso en ocasiones hasta contrapuestos, es preciso

soportar muchas cosas con paciencia y ánimo benigno; si en la comunidad entra la discordia, todo está perdido: “Para no romper la unión, se deben soportar muchas cosas. Porque en las asociaciones donde penetra la discordia, se pierde en seguida el espíritu, y toda la ganancia es de nuestro enemigo” (EP 1486).

Quiere el santo que reine siempre entre todos la sencillez y que vivan –usa aquí una expresión fuerte– sin “morderse” unos a otros: “¡Oh! cuánto me gustaría que todos los nuestros viviesen en santa sencillez y no se mordiesen entre sí, sino que se ayudasen y defendiesen sobre todo en los asuntos en que intervienen los seglares. Hará un gran servicio a Dios bendito el P. Provincial si logra hacer desaparecer esta mala costumbre en algunos, aunque creo que son pocos, pues me es de gran aflicción cuando siento algo de eso” (EP 1392).

A veces Calasanz constata cierta aversión entre los miembros de una casa, lo que le desagrada enormemente: “En el último correo he recibido carta de V. R. en la que entiendo, aunque no claramente, que existe cierta aversión entre nuestros religiosos, de lo cual siento gran disgusto. El enemigo infernal hace todo lo que puede para poner discordias entre nuestros religiosos, para que por la gracia de Dios se vea luego quiénes son constantes y aman el bien del Instituto. Acepte todas las cosas de mano de Dios bendito, que nos ama mucho más de lo que nosotros nos amamos a nosotros mismos, y no de la mano de ciertos perturbadores de nuestro Instituto. Tenga V.R. la recta intención de conformarse a la paterna voluntad de Dios, el cual guiará nuestras cosas a mayor gloria suya y nos dará su santa gracia para servirlo en el futuro con la perfección religiosa que conviene. Y no se fíe si no de lo que yo le escriba respecto a nuestras cosas” (EP 4458). Y cuando esto ocurre es que el enemigo ha sembrado la cizaña que tanto mal puede causar, y es ya difícil arrancarla: “Yo creía que habría habido entre los tres unión santa para devolver a las escuelas aquella reputación que tenían antiguamente. Pero me parece que el enemigo ha procurado y procura sembrar cizaña. Con la humildad se pondría en fuga a este enemigo y se lograría el provecho que se desea” (EP 2798).

En las Constituciones legisla cómo ha de ser el comportamiento entre los miembros de la Religión: “Nadie mortifique a nadie, de no ser ese su oficio; ni se enzarce en disputas; ni alce la voz; ni moteje a nadie con apodos ridículos; ni lo designe por su nombre propio en diminutivo des-



pectivo, ni por el nombre, aislado, de su patria. Llámeme por su nombre de Religión, como se acostumbra en la Congregación; excepto al General y a los Superiores, que pueden ser nombrados por su cargo” (CC 170).

Está claro que Calasanz quería una auténtica comunidad en cada una de sus casas. Convencido que por una parte así los religiosos se santificarían con mayor facilidad, por otra podrían hacer mayor bien a los alumnos a través de su ministerio y, en tercer lugar, su vida fraterna sería un reclamo vocacional constante. Habría niños que al ver cómo se comportaban los religiosos que les daban clase y cuidaban de ellos, podía nacerles en el corazón el deseo de ser como ellos y pertenecer al Instituto.

Al mismo tiempo, la vida común profundiza la experiencia interior del religioso, le hace caminar más rápidamente hacia el Señor, y de esta manera se eleva en el Instituto el nivel vocacional, que es el auténtico seguimiento de Jesús y la apasionante entrega al propio ministerio, el bien de los niños, sobre todo pobres. Las Escuelas Pías no pueden caer en individualismos personales, sino que deben intensificar las relaciones interpersonales, siendo éstas de amor fraternal. La vida común no consiste en vivir juntos, consiste en el amor de quienes viven juntos, aunque la presencia física no sea ahora tan constante como antes por razones del ministerio, de que el número de religiosos ha descendido y de que las comunidades normalmente son menos numerosas. Pero, repito, lo fundamental está en las relaciones interpersonales.

## 5. Hoy

- La caridad se manifiesta en el amor fraterno.
- La caridad se realiza en las relaciones interpersonales.
- La caridad no causa mal a nadie, ni de palabra ni de obra.
- La caridad respeta todo, lo sufre todo, carga con todo.
- La caridad no es envidiosa.
- La caridad no comete injusticias.
- La caridad atrae a los demás.
- La caridad ayuda a los demás en sus dificultades.
- La caridad se solidariza con el bien y rechaza el mal.

- La caridad no hace acepción de personas.
- La caridad se pone a favor de los indefensos.
- La caridad atiende a los más pobres y abandonados.
- La caridad da lo que tiene para ayudar a los que no tienen.
- La caridad aguanta todo.
- La caridad no injuria a nadie.
- La caridad hermana a todos los hombres, sin importar raza, color, religión, clase social.
- La caridad asemeja a Dios.
- La caridad es seguimiento de Jesús.
- La caridad carga con los pesos de los demás.
- La caridad es noble.
- La caridad no se vuelve contra los que le han hecho mal a uno.
- La caridad defiende a los indefensos.
- La caridad acerca a Dios.

## “Que los muchachos se sientan seducidos por Dios” (CC 133)

### 1. Sentido del ministerio

Conocemos cómo empezaron las Escuelas de Calasanz, porque él mismo lo contó en una carta-respuesta a una que había recibido del P. Vicente Berro en la que le preguntaba sobre este tema. Era el 20 de mayo de 1645 y le escribía el Fundador a uno de sus hijos predilectos: “Respecto al principio de las Escuelas Pías, yo me encontré con dos o tres de la Doctrina Cristiana que iban al trastíber a dar clase en ciertas escuelas que se hacían en sta. Dorotea. Y dado que en ellas gran parte de los alumnos pagaba cada uno un tanto al mes y de los compañeros unos venían por la mañana y otros por la tarde, cuando murió el Párroco, que nos prestaba una salita y una habitación en la planta baja, me decidí a pasarlas a Roma, conociendo la gran pobreza que había, por haber visitado durante seis o siete años los barrios de Roma cuando era de la Cofradía de los Santos Apóstoles. Y de los compañeros que tenía sólo me siguió uno, y el Instituto se instaló en Roma. Poco a poco se hizo Congregación y luego Religión, la cual por ser de tanta utilidad a favor de los pobres es tan perseguida por el enemigo infernal y por algunos adeptos suyos. Pero espero que la Virgen Santísima nos ayudará a superar esta tempestad” (EP 4185).

De esta manera nacieron las Escuelas Pías. Calasanz ya iba a dar clase en las escuelas de Santa Dorotea, y cuando muere el párroco, el santo viene nombrado Prefecto de las mismas y él pasando el Tiber las introduce en la ciudad de Roma. Este fue el inicio de toda la entrega de José a los niños abandonados, pobres y sin educación de Roma al principio, y, después, de todos los lugares en los que fue fundando Escuelas Pías. Esta entrega constituyó el ministerio del Instituto. Por él luchó, trabajó y dio su vida. Lo amaba intensamente y había discernido, por medio de la oración, del acompañamiento espiritual de tres padres carmelitas, y de la lectura de la realidad que se presentaba día a día antes sus ojos, que Dios le quería para ello.

Ministerio que defendió con todas sus fuerzas, como se vio cuando ante la negativa del cardenal Miguel Ángel Tonti a elevar las Escuelas Pías a Orden religiosa con votos solemnes, escribió el célebre “Memorial al cardenal Tonti” que nadie que trabaja para llevar adelante la obra de Calasanz

debiera desconocer, y que tuvo como efecto cambiar al cardenal contrario a las Escuelas Pías en su máximo defensor. La lectura de este escrito animará a todo el que lo lea en el trabajo educativo o pastoral que está realizando y le hará comprender mejor la importancia de lo que está haciendo.

Entre las facetas que desarrolla en él el Fundador, destacamos tres: primera, es un ministerio que deben agradecer todos, maestros, colaboradores, la misma Iglesia y los niños por lo que de él se deriva: “Ministerio en verdad el más de agradecer por parte de los hombres que lo aplauden unánimes y lo desean en su patria, presagiando acaso el bien de la reforma universal de las corrompidas costumbres, que es consecuencia del diligente cultivo de esas plantas tiernas y fáciles de enderezar que son los muchachos, antes de que se endurezcan y se hagan difíciles, por no decir imposibles, de orientar; como lo vemos en los hombres ya hechos: pese a toda la ayuda de oraciones, pláticas y sacramentos, pocos cambian de vida y realmente se convierten una exigua minoría” (Tonti, n° 15).

Segundo, es un ministerio insustituible y quizá el principal para ayudar a los niños a superar sus malas costumbres: “[Nuestro] ministerio es insustituible –en opinión común a todos, eclesiásticos y seculares, príncipes y ciudadanos– y acaso el principal para la reforma de las corrompidas costumbres; ministerio que consiste en la buena educación de los niños en cuanto que de ella depende todo el resto del buen o mal vivir del hombre futuro, según juzgaron acertadamente, iluminados por Dios, los Concilios Calcedonense y Tridentino y los Santos Basilio y Jerónimo, Benito e Ignacio” (Tonti, n°5).

Tercero, es el ministerio más meritorio, porque es preventivo y sustitutivo del mal e inductor del bien, destinado a todos los niños que pueden pasar por las escuelas: “Ministerio en verdad el más meritorio, por establecer y poner en práctica con plenitud de Caridad en la Iglesia un remedio eficaz, preventivo y curativo del mal, y de inducción y estímulo al bien, destinado a todos los niños de cualquier condición –y, por tanto, a todos los hombres, que pasan primero por esa edad– mediante las letras y el espíritu, las buenas costumbres y maneras, la luz de Dios y del mundo...” (Tonti, n°4).

Merece la pena seguir leyendo el memorial a Tonti, para darse cuenta de cuál fue la gracia que recibió Calasanz al aceptar este ministerio, que aún continúa vivo en nuestro mundo.

## 2. Educados en la oración

Una de las cosas que más había impresionado al Fundador cuando caminaba por la ciudad eterna y se encontraba con muchos muchachuelos que no hacían sino jugar y perder el tiempo, hacer trastadas y cosas peores, era, como cuenta Berro, que no conocían ni siquiera el Padre nuestro, el Avemaría y los elementos más fundamentales de la doctrina cristiana. Por eso, al fundar sus escuelas, elemento fundamental fue la educación religiosa.

En éste como en los restantes capítulos de este libro, no se quiere comentar cuanto dice Calasanz sobre el tema que se trata; el objeto de este ensayo es señalar qué aspectos, viviéndolos como lo deseaba Calasanz, pueden elevar la experiencia interior y religiosa del Instituto, y el nivel vocacional en él.

En este sentido pedía que en las escuelas se enseñara a los niños los misterios de la vida de Cristo y que se tuvieran exhortaciones espirituales que les pudieran ayudar. Deseaba que Jesús fuera modelo para los niños y para ello era necesario conocer bien su vida y sus misterios: “Los maestros procuren que los niños sepan los misterios de la vida de Cristo y los actos de virtud, y en esto sean todos temerosos de Dios y frecuenten los sacramentos” (Al P. Carbone, Nursia, EP 1450, año 1630). “Ponga siempre el cuidado posible para que las escuelas vayan bien, y haga que con frecuencia se tengan las exhortaciones espirituales a los alumnos y que aprendan la vida de Cristo e igualmente los ejercicios de piedad” (EP 594).

Para favorecer en ellos la piedad y de manera especial la piedad mariana, pedía que al finalizar las escuelas por la tarde, se hiciera recitar a los niños las letanías de la Virgen. Así se lograría que tuvieran devoción a María, Madre y Patrona de todas las gracias: “No dejen de hacer recitar cada día a los escolares, al final de las escuelas, las letanías de la Virgen Santísima, y en esa casa ténganse oraciones particulares por este hecho y en particular por un asunto grave encomendado por un Príncipe importante; procuren estar todos muy de acuerdo y observar nuestras reglas con toda diligencia” (Al P. Reale, Cárcare, EP 824, año 1628).

Una práctica especial que instituyó el santo fue la oración continua. Mientras los alumnos estaban en clase, había siempre un grupito, por turnos, que oraba en la capilla por las intenciones que proponía el

sacerdote que cuidaba de ellos. De esta manera se conjugaba estudio y oración. Así lo explica Calasanz: “Habrá también, si es posible, otro sacerdote que dirija la oración continua. Se hace en turnos de diez o doce alumnos, mañana y tarde durante las clases: por la exaltación de la Santa Iglesia Romana, [el triunfo de la verdad], concordia entre los Príncipes católicos y buen gobierno y desarrollo de nuestra Congregación. Enseñará ese padre a los pequeños el modo de prepararse para el sacramento de la penitencia; a los mayores, para la Eucaristía, un método sencillo y asequible de oración y otros temas adaptados a la capacidad de los muchachos” (CC 194).

En la educación religiosa el santo ponía especial énfasis en la confesión. Había visto a los niños abandonados por las plazas y calles de Roma y comprendía que la necesitaban. Por eso insiste constantemente en este elemento. Había que confesar siempre por amor a Dios; sólo así se podía emplear tiempo y tiempo escuchando a los niños, animándolos y perdonándolos: “Me gustaría que V. R. atrajese así, por medio de la confesión, a los alumnos, como atrae a los seglares, que sería mayor servicio de Dios, puesto que nuestro instituto es para los alumnos. Así le obedecerán en lo de venir al oratorio y a otras devociones, como espero se hará en adelante” (Al P. Castilla, Frascati, EP 807, año 1628).

Los sacerdotes debían estar más dispuestos a confesar a los alumnos que a los seglares. Si el santo en la ‘Declaración a las Constituciones’ indica esto, es señal de que no siempre ocurría así; muchos sacerdotes preferían dedicarse a los adultos que a los niños: “Los confesores estarán siempre dispuestos a confesar con más gusto a los alumnos que a los seglares dado que ello pertenece a nuestro ministerio específico; por consiguiente, antepondrán los escolares a cualquier otra persona”.

Al P. García, en Frascati, le pedía que llamara a los niños los sábados a confesarse, y le comenta el santo que entonces se convencerá de la necesidad que tenían de confesión. Se conoce que el mismo José había hecho la prueba y recomendaba esto a los suyos, dada su experiencia: “Le recuerdo de nuevo que atienda a las confesiones de los alumnos llamándolos el sábado pues verá que necesitan ese remedio, ya que éste es nuestro instituto y no atender a los seglares, puesto que esto ha de ser accesorio cuando se haya cumplido con los alumnos, y verá en seguida la mejora si V. R. les hace frecuentar los sacramentos” (EP 1387).

Deseaba que los alumnos se confesaran con los sacerdotes de las escuelas, no con el propio maestro, para no intimidarlos o inducirlos a no decir la verdad, pero sí con otros, y le desagradaba cuando escuchaba que los alumnos iban fuera de casa a confesarse con otros sacerdotes. Si los escolapios cuidaban espiritualmente de los niños, uno de los principales servicios que les podían hacer era precisamente el de la confesión: “En cuanto a ir los alumnos a confesarse fuera, me disgusta mucho, porque V.R. debe oír antes a los alumnos que a los seglares y dejar más bien a éstos que a aquéllos, ya que así lo exige nuestro Instituto” (EP 793).

No es que el santo no quisiera que los sacerdotes del Instituto se dedicaran a los adultos en ciertas ocasiones. Como ejemplo tenemos lo que le escribe al P. Alacchi, que estando en Venecia se dedicó heroicamente a cuidar a los apestados. El santo le alaba y dice que debe hacer esta obra tan hermosa por amor de Dios. En este servicio caritativo podía ayudar a muchos por medio del sacramento de la confesión y conducirlos hacia la vida eterna. En Venecia Alacchi sirvió a los apestados con todas sus fuerzas; él no acabó contagiado del mal: “Si consideramos bien la obra de los que sirven a los apestados por puro amor de Dios, me parece que es un beneficio muy extraordinario y que concede el Señor a quien da tal espíritu y vocación; considérelo así y persevera ayudando a las almas de los que se encuentran en semejante aflicción. Aunque no consiguiera otra cosa que el hacer pronunciar el acto de contrición a uno solo, ya estaría bien empleada toda su fatiga; cuánto más si debemos creer que muchos, por la administración de los sacramentos, se salvan porque la atrición mediante el sacramento, se convierte en contrición. Espero que el Señor, por este servicio, o hará que en Venecia admitan nuestro Instituto o, como premio, dará a V.R. la vida eterna. Esperemos el resultado de este asunto y lo que sea creeremos que ha sido voluntad de Dios” (Al P. Alacchi, Venecia, EP 1584, año 1631). “Por ahora dedíquese al servicio de los enfermos por sólo amor de Dios por el cual debemos exponernos a cualquier peligro corporal. El acepta en propia persona todo lo que se hace por los pobres y enfermos, sobre todo en semejantes ocasiones” (Al. P. Alacchi, Venecia, Moncallero 9, año 1631).

Si con la confesión reciben también la comunión pueden los sacerdotes lograr mucho provecho, por lo que el santo pide que se insista en los dos sacramentos: “Si los escolares frecuentan la confesión y comunión lograrán gran aprovechamiento; insista mucho en esto, y haga siempre

algún razonamiento para prepararlos a la confesión y también a la santa comunión” (EP 882).

Una idea del Fundador que se tradujo en práctica y que se introdujo en las escuelas y que no es fácil encontrar en otros educadores fue el convencimiento que tuvo de que la confesión hace mayor bien que los castigos, práctica ésta común en aquel entonces en todas las escuelas. Por lo tanto si un alumno que iba a ser castigado pedía confesarse, y el confesor se dirigía al maestro, éste tenía que dejar el castigo y permitirle que fuera a confesarse. Sin duda el santo sabía que semejante práctica podía ser manipulada y ser una excusa para no ser castigado, pero tenía en cuenta esto y enseñaba a los suyos cómo conocer cuándo el alumno obraba con sinceridad: “En cuanto a los castigos de los escolares ordene que siempre que el confesor pida que se le perdone a uno para confesarlo, se le perdone, porque producen mayor resultado los sacramentos que los azotes” (EP 1441). “Procure reparar lo mejor que pueda haciendo ver que los jóvenes merecen siempre el castigo y disculpando lo más posible a los maestros, y es mejor que hagan frecuentar los sacramentos a los escolares, aun en el momento en que deberían ser castigados que darles unos azotes” (Al P. Castilla, Frascati, EP 1427, año 1630).

### 3. Las escuelas

Si en algo insiste el Fundador es en que la escuela es el principal ministerio del Instituto. Hemos de recordar cuál fue la experiencia que tuvo cuando caminaba por la ciudad de los Papas: multitud de niños ignorantes de las letras y la piedad. Buscó la manera de ayudarlos y en aquel momento no encontró otra que la de escolarizarlos, dándoles clase, logrando que aprendieran para así salir de la ignorancia y poder labrarse un futuro mejor. Esta insistencia es constante en el epistolario. Incluso había que dejar cualquier otro ejercicio con tal de no dejar el de las escuelas. ¿Cómo podían salir los pobres e ignorantes de su situación si nadie les enseñaba? ¿Cómo podían labrarse un futuro mejor si no poseían las herramientas para ello? ¿Cómo no iban a sucumbir al ‘status quo’ si nadie luchaba por ellos para que pudieran salir de su clase social, ya que la cultura es el arma que debían usar pero no había nadie que les enseñara? El santo, por tanto, insistía en este aspecto: “Respecto a las escuelas, por ser nuestro principal instituto, se debe procurar hacerlas con gran diligencia en lo referente a las letras, para atraer a los alumnos a las escuelas. Pero



nuestro fin principal ha de ser el enseñar el temor de Dios. A esto está obligado todo maestro so pena de que su fatiga material quede sin el premio de la vida eterna” (EP 2876). “He escrito repetidas veces que se tenga cuidado con mucha diligencia de las escuelas que es nuestro principal instituto y que atiendan a ellas todos cuando no tienen otra cosa que hacer (Al P. Reale, Cárcare, EP 1107, año 1629). “Recuerdo con la presente a todos que atiendan con sumo cuidado al ejercicio de las escuelas, que es nuestra misión principal, no sólo en cuanto a las letras, sino también en cuanto al santo temor de Dios. Porque es un tesoro que se encontrará en el trance de la muerte quien lo haya ejercitado con fervor y paciencia por puro amor de Dios” (EP 1068). “No puedo dejar de recordar en todos los correos que se atiendan con todo cuidado a las escuelas aunque debieran dejar alguna vez otros ejercicios, pues éste de las escuelas es nuestro instituto propio y cuando esto no va bien nos desviamos del camino verdadero de nuestra salvación; toca al Superior vigilar y ayudar con la propia fatiga. He oído que muchos del pueblo no están lo satisfechos que deberían; sin duda habrá en las escuelas alguna falta ya que los seglares no las aprecian como solían. Espero que este año se atenderán con toda diligencia” (Al P. Reale, Cárcare, EP 1287, año 1639). “Procuren ser muy humildes y hacer que las escuelas vayan muy bien, pues éste es nuestro principal ministerio” (EP 1035).

Que el santo había acertado en lo que necesitaba el pueblo, se ve por las numerosas peticiones de fundación que recibía constantemente. Tantas que le llevó a decir: “Si me encontrara ahora mismo con diez mil religiosos, los podría repartir todos en un mes únicamente en aquellos lugares que me lo han solicitado con grandísima instancia, pues nuestra Religión no es como otras, que procuran con diversos medios introducirse en las ciudades; la nuestra es buscada y pedida por muchos srs. Cardenales, Obispos, Prelados, grandes señores y ciudades principales, como puedo demostrar con diversas cartas” (Al P. Alacchi, Venecia, EP 2027, año 1633). Por eso, la fama del Instituto, el bien del mismo dependían de lo que fueran las escuelas, del aprecio que les tuviera la gente: “Le recomiendo diligencia respecto de nuestras escuelas, de las que depende el buen o mal nombre del Instituto, y para lograrlo es necesario que observen las Constituciones” (Al P. Romani, Florencia, EP 2808, año 1638).

El santo apreciaba a cuantos defendían sus escuelas. Uno de ellos fue el cardenal Dietrichstein, gran amigo del Fundador. A él le escribió en

1633 una hermosa carta, agradeciéndole por haber escrito a Propaganda Fide a favor de cuanto hacían los escolapios en sus dominios. El santo confiesa estar dispuesto a seguir adelante aunque se opongan “los furiosos ímpetus del infierno”. He aquí un pasaje de esa carta: “La carta que, según creo, ha escrito V. Emma. a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide me parece obra del E. Santo, porque en el ánimo de algunos Superiores se ha infiltrado una cierta aversión hacia nuestro Instituto y se ha oído decir que el enviar gente de los nuestros a países extranjeros no está bien visto por todos por ser tan pocos en número y no tener sujetos preparados al igual que las demás Religiones. Cedo ante más sano juicio y palabras, pero siendo nosotros cooperadores de la divina voluntad y de su poder, mientras no nos introduzcamos en tales funciones por nosotros mismos, quiero esperar que nos dará las fuerzas necesarias. Yo estoy dispuesto más que nunca a proseguir la empresa comenzada y tengo por seguro que no prevalecerán para abatirnos los furiosos ímpetus del infierno, que teme sufrir gran pérdida a causa de nuestra pobre familia en esas y otras partes” (Al cardenal Dietrichstein, EP 2049).

Ya hemos indicado que recibió muchas peticiones de fundación. Lo que le obligaba a responder como lo hace al Sr. Gaetano de Anagni en 1633. En este pasaje de la carta se ve lo que pedía el santo y cuándo estaba dispuesto a fundar. Sabía bien que si las fundaciones no se hacen bien, el resultado de las escuelas no iba a ser bueno, y eso perjudicaría al Instituto: “V. S. Illma. ha creído por mi carta que todo el asunto estaba concluido, pero no es así, porque no es nuestra costumbre trasladarnos a un lugar nuevo para abrir escuelas con menos de doce religiosos y aun así no basta, pues no todos son a propósito, siendo necesario uno con madurez y prudencia para ser Superior y en las nuevas religiones éstos son pocos. Además, se requieren según los lugares cuatro o seis para las escuelas como maestros y de éstos, totalmente preparados, sufrimos gran penuria. Procuraremos instruir a algunos, pero no basta un año ni dos para que lleguen a ser perfectos. Por lo tanto, Illmo. Sr., no conviene comenzar a edificar hasta que no le avisemos; esto será cuando tengamos sujetos aptos para tal servicio. No crea que nosotros podemos hacer como los maestros seculares que con uno o dos pueden atender a una ciudad o pueblo; ellos no tienen otra obligación que la de enseñar, pero nosotros estamos obligados en todo por Constituciones que nos mandan realizar diariamente, mañana y tarde e incluso entre el día, ciertos ejercicios espirituales, que no podemos descuidar, y ni con cuatro o seis de comunidad

se puede llegar a hacerlos debidamente y no podemos descuidar nuestro aprovechamiento espiritual para ayudar a otros, pues nadie nos sustituirá en el juicio divino” (EP 2034).

Al querer tanto sus escuelas, se alegraba cuando veía cómo trabajaban y se fatigaban sus hijos, y así lo reconocía: “En lo referente al estudio procure que se note que las fatigas que se toma, las toma únicamente por caridad y no se dé sospecha alguna sobre su persona; por el contrario, que todas sus obras sean tales que puedan aparecer a la vista de todos” (EP 1759). “Alabo profundamente su buen deseo de fatigarse de todo corazón en servicio de la Religión, y sepa que siendo su fatiga por amor de Dios, superará todas las oposiciones, pues la verdadera virtud sale siempre a flote sobre los apasionados, como el aceite sobre el agua, y teniendo V.R. a Dios de su parte, no debe temer a los adversarios, a los que dentro de poco procuraremos darles remedio” (EP 3891).

En cuanto a los alumnos cuidaba de manera especial de los de la clase primera porque terminando el curso tenían que salir ya a ganarse la vida; por ello quería para esa clase a los mejores maestros, una señal más de su delicadeza y manifestación de su empeño por hacer el bien a los pobres: “En casi todos los Estados la mayoría de sus ciudadanos son pobres y sólo por un breve tiempo pueden mantener a sus hijos en la escuela. Por ello, cuide el Superior de designar un maestro diligente para estos muchachos: les enseñará escritura y cálculo; así podrán ganarse la vida más fácilmente” (CC 198).

No quería que hubiese por la calle niños ociosos porque podían y debían ir a la escuela. Y si iban a las escuelas, pedía que aprovecharan el tiempo y si para ello era necesario acudir a la autoridad civil, que se hiciera. En carta al P. Castilla se ve el pensamiento del santo. Se refiere a Frascati y estamos en 1626: “Respecto a los muchachos que andan ociosos, pongan toda diligencia para que vayan a trabajar o a la escuela o haga que el prefecto de la ciudad ponga un poco de su autoridad, pues así se decidirán a ocuparse en alguna cosa y no estarán ociosos. Respecto a Spineta y otros que quieren venir a la escuela, podrán ser recibidos, pero con la advertencia de que, si dan mal ejemplo, serán castigados y que deben preocuparse de aprender y no perder el tiempo, y si no basta la fuerza y autoridad del maestro se usará la de los superiores. Pero si vienen a las escuelas, que sea con ánimo de estudiar y sacar provecho y si no, que no vengan. Haga además que se confiesen con frecuencia y que comulguen

también los grandes, pues los sacramentos suelen iluminar mucho el entendimiento y, si se frecuentan con devoción, suelen inflamar la voluntad para aborrecer el pecado y amar las obras de virtud. Insista mucho en esto, que es el todo de nuestro Instituto, y recibirá de Dios gran recompensa” (EP 471; cf. EP 444).

Siempre que recibía buenas noticias de las escuelas se le alegraba el corazón al santo, más si antes se había hablado mal de esas mismas escuelas por la razón que fuera. Es lo que ocurre en 1627 en Frascati y el santo se dirige al P. Castilla: “Me ha consolado no poco la carta de V.R. fechada en Roma, por las buenas noticias que me da de la casa de Roma y de las escuelas de Frascati las cuales, como le he dicho siempre, deseo que vayan con todo cuidado, para que llegue a oídos del Papa nuestra preocupación y el aprovechamiento de los alumnos y se dé cuenta de que cuanto le dijeron los años pasados, que no sacaban provecho, fue una información falsa. Además que, haciéndolo así, cumpliremos con nuestra obligación delante de Dios, quien a su tiempo pagará nuestro esfuerzo con generosidad” (EP 588).

#### 4. Algunas obligaciones

En las cartas que siguen el Fundador se refiere a religiosos que tienen diversos cargos que influyen en las escuelas y les indica cómo han de comportarse para que vayan bien. Para darnos cuenta de lo que pedía a los diversos cargos, hemos recogido tres situaciones: Al P. Alacchi, Visitador de las Escuelas Pías en Mesina, le pedía: “Espero que V.R., junto con los demás Padres, habrá procurado poner orden en las escuelas, de manera que sean pocas pero bien atendidas. Ponga un superior que vigile a los maestros y alumnos, para que se adelante en las letras y en el santo temor de Dios. Otro, sacerdote, clérigo o hermano, que tenga talento y sea celoso de la Obra, que se preocupe de las cosas temporales. Pero el principal de la casa, que vigile las escuelas, que si van bien no sólo cumpliremos con la obligación que tenemos, sino que podremos esperar del Señor los bienes temporales necesarios y abundancia de los espirituales. Así, pues, se debe insistir más en esto que en cualquier otra cosa” (EP 2670).

Al superior, en este caso el P. Fedele, le exhortaba así: “Le exhorto con la presente a un acto de perfección y de buen ejemplo para todos los de casa y para los seglares de fuera, y es que todos los días al menos una vez vaya por las clases y haga recitar la lección a cuatro o seis alumnos,

sea de leer o de escribir y a los pequeñitos, pues así dará buen nombre a las escuelas y con su ejemplo incitará a los demás Padres y Hermanos a hacer el mismo ejercicio y le aseguro que haciendo esto por pura caridad conseguirán mayor mérito ante Dios que si hicieran oración, siendo verdad aquel dicho de no recuerdo qué santo, aunque me parece que es de s. Agustín, que dice «qui orat bene facit, sed qui iuvat melius facit», y yo aun viejo como soy, voy con frecuencia por las clases a ayudar” (EP 4204). Ya antes le había pedido al mismo padre algo semejante (cf. EP 4199).

Y al Prefecto de las escuelas le decía: “Si V.R. ejerce el oficio de Prefecto revisando y ayudando a las escuelas, espero un gran provecho. Procure también que los maestros estén en las escuelas a la hora debida. Y los días de fiesta que estén en la iglesia para la doctrina cristiana, y si alguno es negligente en esto, V.R. mortifíquelo, según le parezca conveniente. Y teniendo su corrector, procure que tenga cuidado en lo de las horas, y que dé todas las señales, y cuando sea necesario que castigue por orden de V.R., pero que el castigo sea moderado y cada cual procure cumplir su oficio con toda diligencia, que es cuanto deseo” (EP 2816).

Con todo lo dicho vemos la importancia que el santo daba a las escuelas, cómo quería que todas fueran bien, cómo tenía que comportarse cada uno de los encargados, y vemos cómo las escuelas eran la niña de sus ojos. En el santo no existe el tema extraescolar, en el sentido que le damos hoy, y es normal porque en aquel momento histórico lo importante era precisamente escolarizar a cuantos más muchachos mejor y lograr que las escuelas funcionaran de la mejor manera posible si se quería lograr el objetivo prefijado, el cumplimiento del ministerio que la Iglesia había encomendado al Instituto.

Hemos de darnos cuenta de que Calasanz fundó las escuelas para los niños pobres y necesitados. Incluso al comienzo pedía certificado de pobreza que debía extender el párroco para acceder a las escuelas. Es cierto que después desapareció y que aceptó en sus escuelas a niños no tan pobres. Pero los testigos dicen que él siempre prefirió y se dedicó a los más pequeños y pobres. Este comportamiento del santo estaba en línea del ministerio recibido de la Iglesia. Y las Escuelas Pías deben examinarse constantemente de cómo viven y ponen en práctica lo que tanto amó y preocupó al santo, los niños necesitados. Insistir en este aspecto no cabe duda que elevará el nivel vocacional (de todos los que se sienten llamados a darse a los preferidos de Dios) y la experiencia espiritual de la Orden.

## 5. Letras y temor de Dios

Si queremos referirnos brevemente a las letras, Calasanz pedía que se enseñara a los pobrecitos la escritura y el ábaco de manera especial, ya que eran dos herramientas que en el futuro podían ayudarles a ganarse la vida en los distintos oficios que requerían excelente caligrafía y algún conocimiento de las matemáticas sencillas, que tanto agradaban al mundo: “Procure hacerse cada día más apto para enseñar a los pobrecitos escritura y ábaco, y también el santo temor de Dios, y no se preocupe de aceptar más escolares mayores en su clase, sino atienda a los pobrecitos” (EP 2238).

Con las letras tenía que ir de la mano la doctrina cristiana. El santo había experimentado que algunos empezaban con mucho ánimo, pero pronto se cansaban y les llama la atención porque entonces no se logra el fruto buscado: “Enseñar la doctrina cristiana a los pobres, me parece una obra santa, y conseguirá gran mérito para sí ante Dios quien la realice con caridad; pero procure ordenar las cosas de forma que haya perseverancia, y no hagan como algunos que al principio tienen gran fervor, y luego se cansan y dejan el trabajo” (EP 3935).

Deseaba el santo que los alumnos fueran educados en el temor de Dios. Lo consideraba la doctrina más alta y más meritoria que se puede enseñar; por tanto había que atender a esta virtud: “Procure enseñar a todos en la escuela y en el oratorio cuán importante es el santo temor de Dios en el corazón de los muchachos, que es la doctrina más alta que se puede enseñar en esta vida y la más meritoria haciéndola sólo por puro amor del Señor, siendo verdad que entre las obras divinas la más divina es cooperar en la salvación de las almas” (EP 1374).

Si con las letras se enseña también el temor de Dios estaba convencido de que el Instituto sería muy buscado por todas partes, dado que sus hijos no buscaban bienes para ellos, sino que lo único que querían era hacer el bien a los pobrecitos. “Es necesario dar buen ejemplo a los seglares, lo que se conseguirá atendiendo con mucha diligencia al aprovechamiento de los escolares, no sólo en las letras sino lo que más importa en el santo temor de Dios, lo que si hacen como se debe, nuestro Instituto será muy buscado, sobre todo no pretendiendo nosotros otra cosa que la comida sencilla y el vestido” (EP 3002).

Era, pues, el temor de Dios lo que más importaba en las escuelas: “Recomiendo a V.R. y a todos los de casa que atiendan con toda diligencia

al ejercicio de las escuelas y sobre todo del espíritu y santo temor de Dios en los escolares que es nuestro propio Instituto, en el que hay mayor mérito que en atender a los mayores, quienes tienen muchas religiones que les ayudan y los escolares solamente la nuestra” (EP 2623). “...las escuelas van bien y van aumentando los escolares, en lo que V.R. debe poner todo empeño siendo nuestro instituto no sólo la escuela de letras, sino lo que más importa del santo Temor de Dios” (EP 4176).

Esta enseñanza de las letras y el temor de Dios había que hacerla con amor, y entonces los mismos maestros recibirían grandes gracias del Señor. Así se comporta Dios con quienes se entregan totalmente a sus preferidos, que son los pobres: “Recomiendo a V.R. el interés por las escuelas, para que los alumnos junto con las letras aprendan el santo temor de Dios. Sepan los maestros que si trabajan por puro amor de Dios y siembran en el corazón de los niños un grado de amor de Dios, el Señor les dará ciento a ellos, si están en gracia de Dios. En este ejercicio, el rédito o remuneración es tan seguro y tan grande, que todos debieran ingeniárselas para hacer devotos a los alumnos” (EP 3042).

Esta dedicación a los niños agrada mucho al Señor porque es un abajarse a ellos. Así como el Señor se abajó a nosotros los hombres, pobres y pecadores, el escolapio se abaja a enseñar a los niños, pobres e ignorantes. Es una imitación del Maestro: “[El escolapio] se abaja a dar luz a los niños en particular a los que son más desamparados de todos...” (EP 1236).

El santo trabajaba gratuitamente y quería que sus hijos hicieran lo mismo. Algunos alumnos salían de la clase primera a la vida, otros seguían estudiando para poder pasar luego al Colegio Romano. Nada, pues, debían temer los jesuitas; al contrario, debían estar contentos porque recibían alumnos bien preparados en las Escuelas Pías: “Enseñe a los demás los principios de la Gramática, hasta que estén preparados para pasar al Colegio Romano, y procure hacerlos lo más devotos que pueda, y que frecuenten los santos Sacramentos, que el premio tenemos que esperar en la otra vida” (EP 2843).

## 6. Qué son los pobres

Una simple pincelada de lo que significaban los niños pobres para los hijos de Calasanz. Lo primero que debían recordar era que lo que se hace por un niño pobre, lo recibe Cristo en persona; es la identificación de

Jesús con los pobres, y cómo trabajando por ellos uno se está entregando al Señor: “Si aquellos de los nuestros que han ido a esas regiones considerasen que lo que se hace por un niño pobre lo recibe Cristo en propia persona, estoy seguro de que usarían mayor diligencia” (EP 2441). “V. R. podría y debería ejercitar el talento a favor de muchos pobres que representan la persona de Cristo, el cual si viera en V. R. el afecto que debería tener hacia nuestro Instituto, le quitaría sin duda alguna los escrúpulos y le aumentaría su santa gracia. La obra de V. R. es deseada y esperada en Nursia y Ancona y en otras casas. Procure no tener que dar cuenta estrecha del talento ocioso” (Al P. Balzanetti, Poli, EP 4465, año 1647). Por eso, los niños pobres no han de ser abandonados. Han sido redimidos también ellos por la sangre de Jesús como todos los demás hombres. Y a ellos ha sido enviado el hijo de Calasanz: “Los pobres no deben ser abandonados, pues también ellos han sido redimidos por la Sangre preciosa de Cristo y tan apreciados por su divina Majestad que dijo haber sido mandado al mundo por su eterno Padre para enseñarles: Me ha enviado para evangelizar a los pobres” (Faubell, Antología Pedagógica Calasanz, Salamanca, 1988. Exposición defendiendo el derecho de los pobres a la Educación (1645), p. 34).

El Señor puesto que se identifica con los pobres, premiará todo cuanto por ellos se les hace como si se lo hubieran hecho a él. Esta identificación debe alegrar el corazón de los hijos del Fundador y les ha de animar en su trabajo diario. Si se atiende a estos niños, el santo está convencido de que el Señor proveerá todo lo necesario: “El Señor proveerá cuanto sea necesario, con tal que nosotros procuremos atender con toda diligencia a los niños, lo que recomiendo con todo el afecto posible” (EP 829).

## 7. Confiando en Dios

Puesto que tan importante era el ministerio de las Escuelas Pías, el Instituto no podía fracasar. El santo está convencido de ello. Se pueden repasar bastantes cartas en este sentido de los años 1645-48. Y aunque de hecho en marzo de 1646 la Orden fue reducida a Congregación sin votos y el Fundador murió con el Instituto en esta situación, sin embargo su muerte fue grano de trigo que fecundó la resurrección de la Orden. Ahora recordemos simplemente dos cartas del santo en las que manifiesta su confianza: “Si alguna vez nuestros religiosos han demostrado constancia



y firmeza en el Instituto, la deben demostrar sobre todo ahora cuando parece que todo el mundo está armado contra nosotros, esperando, sin embargo, como yo espero, que donde falten los hombres suplirá Dios. Por tanto, V.R. asegure a todos esos Padres que el Señor nos mandará el remedio a fin de que el poder de los enemigos infernales y de los hombres no prevalezca contra nosotros. Si aquí ocurriera algo que fuera necesario o conveniente comunicarlo a V.R. y a esas otras casas, lo escribiremos. Haga oración por nosotros” (Al P. Grien, Nikolsburg, EP 4435, año 1647). “Aunque alguien le escribiera que nuestra obra no tiene remedio, espero con todo que el Señor nos ayudará antes de lo que algunos creen. V.R. exhorte a todos a la santa observancia y perseveren en dar las clases con diligencia, y esté seguro que donde faltan los medios humanos, llegan los divinos. Hagan oración y persistan en el trabajo” (Al P. Cavallari, Palermo, Moncallero 88, año 1647).

El ministerio es lo que debe apasionar al hijo de Calasanz. Y le debe empujar a darse por entero a él, apasionadamente, como lo hizo el Fundador. Si es así es seguro que la experiencia espiritual crecerá en la Orden porque Dios no puede dejar de dar sus dones a quienes se dan de corazón a sus preferidos, los niños pobres. Era la convicción del Fundador, y ha sido siempre la experiencia que ha tenido la Orden a lo largo de su existencia. Por lo tanto, es lo que no se ha de abandonar hoy día, todo lo contrario, lo que debe ocupar la vida de todo escolapio: evangelizar educando a los niños que lo necesitan. Dios estará a favor de quienes así obran. Y dará más vocaciones a las Escuelas Pías, para que no quede en el mundo un niño huérfano del saber, sujeto a los ambiciosos, manipulado por los poderosos y los que no tienen conciencia.

## 8. Hoy

- El ministerio escolapio consiste en evangelizar educando.
- El ministerio escolapio lucha a favor de los niños pobres.
- El ministerio escolapio es la entrega sin límites a cuantos niños los demás abandonan, hieren y les hacen mal.
- El ministerio escolapio procura un mundo mejor a favor de aquellos que han sido abandonados por los demás.
- El ministerio escolapio es imprescindible en el mundo.

- El ministerio escolapio trata de hacer de los niños verdaderos hombres y auténticos creyentes.
- El ministerio escolapio procura hacer de todo niño un hombre de bien, que ama la justicia y la paz.
- El ministerio escolapio se realiza en la escuela, como en tiempos de Calasanz, y en actividades extraescolares, cosa que no podía existir en su tiempo.
- El ministerio escolapio quiere y trabaja por un mundo en el que reine la verdadera fraternidad entre todos los hombres.
- El ministerio escolapio procura que el temor de Dios sea principio de sabiduría para todo niño.
- El ministerio escolapio es la gran gloria de las Escuelas Pías.

## “Abracen todos la sincera obediencia” (CC 99)

### 1. La obediencia

Calasanz había experimentado en su vida la obediencia unida al discernimiento. Ocurrió en el momento que vivía una profunda crisis interior. Todo sucedió en Roma. Por una parte, buscaba conseguir aquello por lo que había ido a Roma y, en seguida, volverse a sus queridas tierras. Por otra, descubre una lacra en la sociedad romana que le pone el alma en vilo. Y se pregunta, ¿qué querrá Dios de mí? No era fácil saberlo en las circunstancias de José, porque nadie es buen juez en causa propia. Es decir, podía engañarse en la solución que diera. Entonces acude a tres carmelitas, uno después de otro, hombres discípulos de Teresa de Jesús y entendidos en las cosas del espíritu. Habla y escucha; cuenta cuanto le ocurre y atiende a las palabras de los sabios maestros. Ellos le indican el camino, pero no le obligan; le sugieren, pero no le imponen nada. Y José, poco a poco, ve en lo que le van diciendo la mano de Dios y uniendo lo que escucha a otros elementos, acaba decidiendo: se quedará en Roma, por Dios y por los niños pobres, los preferidos del Padre. Y siempre quedará agradecido a estos carmelitas que le han mostrado el camino, y en él la obediencia a Dios.

Por eso comenzará el capítulo de las Constituciones sobre la obediencia de esta manera: “Dijo Cristo el Señor, nuestro Salvador: ‘No he venido a hacer mi voluntad...’. Será, pues, necedad suma que un religioso nuestro pretenda hacer su propia voluntad. Abracen de consuno la sincera obediencia. Ella sola –atestigua San Gregorio– afianza en el hombre las demás virtudes y las preserva una vez plantadas” (CC 99). Y le dice al P. Costantini todo convencido: “La Religión en la que no hay obediencia no se puede llamar Religión” (EP 3202). Habiendo vivido lo que ha vivido Calasanz puede decir que la obediencia es el camino para la perfección: “Cuide de no rehusar nunca la obediencia que es el fundamento de la perfección religiosa, y yo no sabiendo con seguridad la resolución de los Superiores Mayores sobre su persona, le exhorto con todo afecto a dejarse guiar por la santa obediencia” (EP 4173).

El lo sabe, ha experimentado que la obediencia, aunque en ella estén metidos los hombres, tiene su origen en Dios; el hombre es la causa secundaria: “Si los religiosos estuvieran convencidos que la obediencia vie-

ne principalmente de Dios y secundariamente, como causa instrumental, del Superior estoy seguro que obedecerían con muchísima diligencia, y Dios, con no menor solicitud, atendería a las cosas necesarias de los obedientes” (EP 2692).

## 2. Cómo ha de ser el superior

Conocemos el pensamiento de Calasanz de cómo quería que fueran los superiores a través de algunos escritos en los que ampliamente habla de este asunto. La mejor manera de darse cuenta de cómo deseaba que fueran es leer sus propias palabras. Hay que hacerlo con sumo cuidado, porque el santo dice muchas cosas que son realmente profundas. Por ejemplo, el texto siguiente: “Exhortamos y rogamos por las entrañas del Señor a todos los Ministros que recuerden que ocupan el lugar de aquel Señor que, siendo riquísimo, se hizo pobre, para enriquecer a sus hijitos y sufrió hambre, sed, calor, frío, cansancio, soportando incluso azotes, espinas, clavos y lanza, y que en su extrema necesidad quiso ser abrevado con hiel y vinagre, cuando para otros había convertido el agua en vino y, que finalmente, quiso morir desnudo sobre un tronco de Cruz: así que queriendo [seguirle] dignamente en llevar un poco su santa Cruz, es preciso, al modo del humilde Emperador Heraclio, despojarse de los vestidos reales del amor propio y con los pies descalzos del buen ejemplo en todo, vestirse todo de pies a cabeza con el manto de la santa Caridad, que hace realizar alegremente aquel admirable dicho del Apóstol: La Caridad no busca lo suyo. Por lo cual, como buenos Pastores de la grey del Señor, han de proveer primero que a las propias, a las necesidades espirituales y corporales de las ovejas que les han sido confiadas... para que se queden tranquilos y hagan el servicio de Dios alegremente, por el cual han abandonado la casa propia y sus comodidades y lo que es más, hasta la libertad, de la cual gozando al contrario los Ministros con la potestad y autoridad que el Señor les ha dado sobre aquellos, deben [seguir] aun en esto al mismo Señor, que la Potestad que le fue dada por el Padre eterno sobre todas las criaturas, la empleó toda en servicio nuestro y no suyo” (Exhortación a los Superiores, RC 13, 47).

Y al P. Cananea, en 1623, siendo superior de Frascati, le escribe una carta en la que podemos apreciar de nuevo cómo quiere que sean los superiores: “Yo quisiera que V. R. ejerciera el oficio de Superior como se debe hacer, consiguiendo que se le tenga el respeto y reverencia que se

debe a un Padre espiritual, y, si advirtiendo algunas veces a los súbditos no quieren enmendarse, considere V. R. que es mejor valerse de seglares hasta que tengamos religiosos obedientes, que tener religiosos relajados. Y advierta a todos de mi parte que si no se portan bien, pondremos remedio. Y V. R. no sólo con palabras sino también con el ejemplo enséñeles lo que se debe hacer, y en el futuro me atenderé yo a sus informes... V. R. esté muy sobre aviso y vigilante y procure que todos estén unidos en caridad, y, entre otras cosas, que los alumnos que vienen a nuestras escuelas vayan los días de fiesta al catecismo a San Pedro. V. R. esté presente personalmente por algún tiempo en el oratorio los días de fiesta por la mañana y diga dos palabras de exhortación a los niños y si hay alguno para confesar que se espere. Así irá bien el oratorio y cumpliremos con nuestro deber. Visite igualmente muchas veces las escuelas durante el ejercicio académico, pues así los maestros cumplirán su deber, y tenga bien en cuenta que el peso recae sobre sus espaldas, y no permita en manera alguna nada que sea ofensa de Dios. Y yo en todo cuanto me diga procuraré ayudarle con mucho gusto a conservar y aumentar la caridad entre los Hermanos o a poner el remedio que crea conveniente” (EP 167).

Como vemos pedía mucho a los superiores y trataba de escoger para semejante puesto a los que creía que lo iban a hacer mejor, aunque la verdad es que no siempre acertó o no siempre tuvo a disposición a los que hubiera deseado, lo que acarreó a veces consecuencias no buenas para el Instituto.

### 3. Consejos a los superiores

El Fundador comprendiendo que era difícil el cargo o carga del superiorato, aprovechó las cartas para animar y aconsejar a los superiores, según las preguntas que le hacían, los casos que le presentaban o el comportamiento que los superiores le hacían conocer de algunos de sus súbditos. Nunca huyó de este trabajo y responsabilidad. Siempre estuvo presto a animar, ayudar y aconsejar a los superiores. Hemos elegido algunos de estos consejos porque creemos que si hoy día se cumplieran como el santo quería que se cumplieran en su tiempo, también la experiencia interior de superiores y súbditos sería más intensa y crecería en vigor. De los muchos consejos que aparecen en sus cartas hemos elegido sólo algunos de ellos.

El superior debe confortar a sus religiosos, porque muchas veces lo necesitan, y al hacerlo debe enseñarles el modo de vivir para ser felices

en el seguimiento de Jesús: “No deje por su parte de confortar a todos sus súbditos en el santo temor de Dios que se adquiere con la humildad profunda y el conocimiento de la propia miseria” (EP 4321).

Debe velar por ellos en todos los aspectos, sin olvidar uno que tenía Calasanz a gala que se cuidase, y era la salud de todos sus hijos: “Es cometido del Superior preocuparse por la salud de todos los súbditos. Vele para que nadie se entregue a prolongados estudios, vigiliias, abstinencias y demás penitencias externas, ni a trabajos indiscriminados: suelen acarrear grandes perjuicios e impedir mayores bienes. Lo que el religioso haga a este respecto, manifiéstelo puntualmente al Superior o al confesor” (CC 81). En este sentido es hermoso el capítulo IX de sus Constituciones sobre los enfermos.

Una de las cosas que siempre tuvo en cuenta en su comportamiento, y por eso lo pedía a sus superiores, era que procuraran conocer el talento de los religiosos, de cada uno de los súbditos, para aprovecharlo sin echarlo a perder. El talento de los religiosos era bueno para las escuelas y para desempeñar los diversos oficios que había en el Instituto. Acertar con la persona apropiada era una ventaja que no se podía desperdiciar: “Es gran prudencia saberse servir del talento de cada uno y secundarlo en algunas cosas mientras no sean ofensa de Dios. Todos los súbditos no pueden ser gobernados del mismo modo” (Al P. Alacchi, Palermo, Moncallero, 44, año 1635). “V. R. ande con mucha cautela con los súbditos y vea el modo de conocer el talento de cada uno y servirse según su talento” (EP 3264). “V. R. conoce por experiencia las tribulaciones a las que están sujetos los superiores, pero es necesario que tenga gran ánimo y espere en la ayuda divina y se sepa valer del talento de los súbditos, tratando con amabilidad a los buenos y a los obstinados con la necesaria mortificación” (EP 3654).

“El superior debe ser guía en todo y para todo y enseñar con el ejemplo a los súbditos” (EP 1058). Debe ser como un padre para los religiosos que tiene en casa. Deberá reprenderlos a veces, pero sin ira ni pasión: “Cuando V.R. reprenda o mortifique a alguien no lo haga demostrando ira o pasión, pues no produce buen efecto; hágalo con mansedumbre mostrando que merecería mucho más. Dígale al P. Francisco que tenga cuidado de no caer una vez más en desgracia del Superior y que se comporte bien con el P. Bernardino y con los demás” (EP 1840). De lo contrario “en vez de ganarse los ánimos de los súbditos, les causa mayor aversión” (EP 2529).

Ha de comportarse de tal manera que no le puedan achacar parcialidad o negligencia: “Me gustaría que V. R. se comportara de tal manera, que nadie pudiera acusarle con razón de parcialidad o de negligencia, como conviene a un Superior; V. R. debe amar y favorecer a cualquier religioso que sea observante, aunque no sea del país, y hay algunos tan apegados en perjuicio de sus almas, que les parece que no están tranquilos sino en su propia patria, lo cual es un gran defecto para los religiosos, que cuanto más lejos están de sus parientes y de su patria tanto más suelen confiar en el auxilio de Dios, que no falta nunca a quien le es fiel dondequiera que esté” (EP 3869). Si se comporta con rigor con los religiosos, sobre todo si son jóvenes, puede espantarlos y así no les hace ningún bien: “He oído, y con dolor, que trata con demasiado rigor a esos jóvenes clérigos y que en vez de atraerlos con amor los espanta con el rigor, regañándolos con cara de ira y disgusto, cuando el Superior debe amonestar amorosamente como padre a los súbditos y procurar más bien ser amado que temido; estas correcciones en el cuarto, en particular, suelen obtener fruto óptimo; procure para el futuro tener otro modo de comportarse” (EP 1331).

Calasanz ayuda a la pedagogía del superior. Este tiene que comenzar pidiendo a sus religiosos cosas fáciles, para que las vayan consiguiendo, y después, poco a poco, irá pasando a pedir las cosas más difíciles. La prisa no es buena consejera en las cosas del espíritu porque puede entorpecer el caminar y desanimar a quienes no consiguen a la primera lo que se les pide. En cambio, el buen pedagogo se adapta al paso del discípulo, animándolo cuando no consigue lo que desearía y haciéndole esforzarse para que no se adocene: “El celo del P. Octavio de querer siempre en todos suma perfección es bueno, pero en este asunto el Superior al comienzo debe enseñar cosas fáciles, de acuerdo con la capacidad de los súbditos, y una vez entendidas éstas, otras un poco más difíciles y finalmente las perfectas, porque la vía purgativa no es de tanta perfección como la iluminativa, ni ésta cuanto la unitiva. El querría que todos estuvieran unidos a Dios” (EP 899).

El superior ha de enseñar humildad a todos: “Nuestros clérigos venidos de Nursia han llegado muy mal formados en las cosas del espíritu. El Superior debe vigilar continuamente con exhortaciones privadas y otros medios con el propósito de hacer humildes a todos sus súbditos y si en esto muestra entrañas de padre sacará sin duda un gran fruto, y si falta en esto aumentará en ellos el relajamiento y la soberbia” (EP 1397); y

ha de mortificar a los relajados: “Si V. R. mortificase muy seriamente ahí a los relajados, e introdujese un poco de silencio, castigando a pan y agua durante tres días a quien entre en la habitación de otro y a quienes tengan conventículos, no habría tanta murmuración” (EP 3431). Pero el rigor que usa –que a veces deberá usarlo– ha de estar atemperado por la compasión: “Dicen que V.R. no les trata con amor de Padre, y si bien no creo que sea verdad, sin embargo es bueno que lo sepa, y si hubiese alguna falta, enmiéndese en el futuro, y manifieste amor de Padre más que severidad de superior, a no ser con los contumaces, a quienes V.R. debe corregir las faltas pequeñas para que no caigan en otras mayores” (EP 3931).

Es lo mismo que legisla en sus Constituciones: “Por su parte, no olviden los Superiores aunar la autoridad con la prudencia y discreción. Recuerden que están al frente de hombres y practiquen más la humanidad aconsejando que la severidad mandando” (CC 111).

Para hacer bien su trabajo, el superior ha de corregir a los súbditos, pero no en público, sino llamándolos a su cuarto; esto es más constructivo y lo agradecerá sin duda el súbdito: “Respecto a las cosas de la casa oigo decir que V.R. con sus palabras es causante algunas veces de que los sacerdotes y los demás le tengan poco respeto. El Superior ha de tener mucha paciencia y no debe manifestar en público su sentimiento sino llamar a parte a quien haya cometido algún error y advertírselo como un padre y si no se corrige me lo notificará y yo sabré corregirlo mucho mejor y sin contradicción. Procure hablar poco y obrar mucho, que así gobernará mejor” (Al P. Bandoni, Frascati, EP 1851, año 1632). Sobre todo si se da cuenta que la corrección era merecida y que no es fruto de ninguna venganza, aunque fuera oculta: “Debe procurar que los súbditos no vean jamás que el Superior impone algún castigo con ánimo de vengarse, sino que deben ver que los castigos proceden de amor paterno y que merecerían mayores; cuando luego en particular se les muestra el error y se les recomienda la enmienda, sería muy obstinado quien no se rindiera al amor del Superior. Pese a todo no se acostumbre a ser rápido en los castigos pues en vez de provecho hacen mayor daño” (Al P. Cipolletta, Nursia, EP 1332, año 1630).

Puede parecer difícil realizar el servicio de superior con todo lo que pide el Fundador, pero él mismo confiesa que el Señor que pide todo lo que hemos dicho, cuando impone una determinada carga, da también las



fuerzas suficientes para poder llevarla: “La paciencia es muy necesaria y aun muy útil en el religioso, sobre todo superior; el Señor que da el peso para llevar, concede también las fuerzas, si humildemente y con perseverancia se lo piden; los que tienen grandes necesidades son los que saben pedir, y con la gracia del Señor se supera después la dificultad” (EP 140).

No cabe duda que el superior encontrará dificultades al ejercer su cargo, pero ha de tener en cuenta que cuanto mayores sean las dificultades y las supere, mayor será el mérito, y, al contrario, por lo que siempre ha de estar animado el superior ya que hemos indicado que a mayor peso, mayor fuerza concede el Señor para llevarlo: “Tanto mayor mérito tendrá V.R. en el ejercicio de su cargo de Superior, cuanto mejor sepa superar las mayores dificultades, con paciencia y prudencia, y por el contrario, tanta mayor pena tendrán los que desprecian la autoridad de los mayores, pues no sólo se relajan ellos, sino que buscan que otros sean relajados como ellos. Pero V.R. tendrá a Dios de su parte, que le ayudará y le dará la victoria contra los relajados y contra los demonios que les tientan” (EP 3844).

Siendo difícil el cargo de superior, cada uno debe hacer lo que puede, aquello a lo que llegue, y lo debe hacer con paz y tranquilidad. Ningún superior debe obsesionarse por lo que implica su cargo, sino llevarlo lo mejor que pueda, pues Dios no pide imposibles: “En las obras de Dios no hay que tener prisas, sino que con gran flema y paciencia hay que esperar en la divina Providencia, que «attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter». V.R. haga lo que pueda con gran paz y tranquilidad de espíritu. Entonces cumple con su oficio, ni puede por ello merecer reprensión ni de Dios ni de los hombres. No se desaliente V.R., pues esperamos pronto el auxilio divino” (Al P. Novari, Litomysl, EP 4410, año 1646).

También en este tema tenemos que afirmar que el crecimiento de la experiencia espiritual de la Orden depende de los superiores. A ellos se les ha encomendado el cuidado de sus hermanos; por ellos deben orar, corregir lo que ven que no está bien en un religioso, aunque deben hacerlo, como pedía el santo, con corazón de padre, benévolo y sin pasión o ira. Si lograran que los religiosos de sus comunidades vivieran en profundidad el seguimiento de Jesús, siguiendo su ejemplo, amaran su ministerio y trabajaran apasionadamente en él, sí que crecería la experiencia interior y espiritual del Instituto. Y podría servir de atracción para jóvenes que desean seguir en serio a Jesús.

#### 4. Los súbditos

En sus escritos, el Fundador no habla sólo de los superiores, se refiere también y casi principalmente a los súbditos. ¿Qué les pide a ellos? Vamos a enumerar un conjunto de elementos, simplemente como muestra del pensamiento de José de Calasanz.

Les pide que obedezcan con sencillez, lo contrario es manifestación de soberbia y amor propio: “Quien no obedezca con sencillez da prueba grande de soberbia y amor propio, que es signo claro de reprobación, y por esto se dice con razón que «multi vocantur ad Religionem et pauci tendunt ad perfectionem». V. R. continúe estando 15 días en cada casa y procure ser el primero en todos los actos, si quiere mantener la observancia” (EP 3055).

Desea para el bien del mismo súbdito que comunique al superior el sentimiento interior que posea; recordemos que en las Constituciones Calasanz pide a los religiosos que “no le oculte [el súbdito al superior], ni siquiera asuntos de conciencia; dele por el contrario, cuenta de ella frecuentemente” (CC 105); el santo quiere que sea sincero con él: “Le recomiendo cuanto me es posible que, si desea negociar con provecho, mérito propio y bien de la religión, procure negociar y estar bien con Dios de quien depende todo nuestro bien. Para hacer bien esto, el único remedio es comunicar al Superior todo su sentimiento interior, para que el enemigo no le pueda vencer en cosa alguna. Si obra así, logrará gran paz que es un gran tesoro” (EP 736). Y ha de considerar que la dependencia del superior es dependencia de Dios. Si lograra este convencimiento, llegaría el súbdito a la perfección, que es el bien más ansiado: “La dependencia del Superior, cuando uno la conoce bien, es dependencia de Dios bendito. Todo religioso debería conseguir el modo con que se mantiene el equilibrio de la balanza, esperando el movimiento del Superior que ponga mayor peso a una u otra parte, y quien llegue a este estado será verdadero y perfecto religioso, por haber hecho intercambio con Dios del entendimiento y de la voluntad” (EP 4427).

Lo más importante que tiene que recomendar el santo a los súbditos, se encuentra explicado y legislado en la segunda parte de las Constituciones, capítulo segundo. Veamos qué dice y cómo aconseja a los súbditos que deben comportarse.

Antes que nada han de respetar al superior, no importa quién sea: “Al Superior, sea quien sea, respétenle como a padre; préstenle obediencia total, animosa, en disponibilidad y humildad, sin legítima excusa ni protesta” (CC 100).

Ahora bien, ¿cómo conseguir esto? Muchas veces a la naturaleza humana le es difícil, por eso el santo pide acudir a Cristo el Señor, citando al mismo tiempo una frase de la escritura: “Lo conseguirán sin dificultad si se esfuerzan por descubrir a Cristo el Señor en todo Superior, aunque lo mandado parezca arduo y contrario al gusto. Es el Señor quien dejó dicho a los Superiores: ‘Quien os escucha a vosotros, me escucha a mí; quien os rechaza a vosotros, me rechaza a mí’” (CC 101).

El santo quiere que la obediencia nazca del corazón, porque el súbdito sabe que obedecer al superior es cumplir lo que Dios quiere. Por eso no sólo ha de esperar a que le manden explícitamente, sino que ha de procurar adelantarse al deseo del superior: “La actitud del buen religioso no ha de esperar a que el Superior dé una orden formal por escrito o de palabra; le bastará descubrir cualquier signo manifiesto de su voluntad, aun sin un mandato explícito. Y tendrá presente que, si se presta obediencia a un hombre, es por solo Dios, supremo amor del religioso. Así la motivación de toda obediencia no será el temor amedrentador, sino el amor” (CC 102).

Parece que pedir esto es demasiado. Es fácil fijarse en los defectos del superior, que los tiene como todo hombre. ¿Qué hacer entonces? Lo dice claramente el santo y responde sin duda a lo que él mismo hacía: “Acostumbren a no fijarse en la persona a quien obedecen, sino en Aquél por quien y en quien en todo Superior obedecen: Cristo el Señor” (CC 103).

Puede ocurrir que por muy buena voluntad que tenga el súbdito y por muy bien dispuesto que esté a cumplir todo lo anterior, experimente que lo que se le pide es superior a sus fuerzas. No se puede pedir a nadie que se destruya como persona en el intento de obedecer. Lo comprende también el santo y pide, primero, que el súbdito procure cumplir lo mandado, pero, si efectivamente no puede, segundo, que lo indique con sencillez al superior: “Quien crea que se le ha impuesto una carga superior a sus fuerzas, no la rehúse si las dificultades están a la vista; llévela con sencillez y confíe en el Señor: ‘La fuerza del Señor actúa en la debilidad’. Pero si el Superior no sabe de su flaqueza o ineptitud, manifiéstele, sen-

cilla, sosegada, lisa y llanamente, las dificultades que encuentra para esa misión; no insista más y espere con humildad su decisión” (CC 194).

Obedecer para Calasanz es ponerse en manos del superior y dejar en ellas cuanto posee. Más todavía, incluso llegar a un aspecto realmente difícil a veces, no manifestar su desacuerdo, no exteriorizar un juicio contrario al del superior: “Con obediencia total deje en manos del Superior el disponer libremente de su propia persona y de las cosas que con su licencia usa. Nada le oculte, ni siquiera asuntos de conciencia; dele, por el contrario, cuenta de ella frecuentemente. En modo alguno se le muestre en desacuerdo, y por ningún motivo exteriorice su propio juicio si es contrario al del Superior: la unidad de pensamiento y de sentimiento y la conveniente sumisión nos afianzarán y harán progresar en el servicio de Dios” (CC 105).

Por eso y para ello deberá recordar a Cristo Jesús. Es él quien le ayudará. Han de mostrar una total disponibilidad. Y recuerda una norma que él mismo cumplirá en el momento más grave de su Instituto, cuando redactando una carta al P. Novari y estando a punto de acabarla faltando sólo echar la firma, sonó la campana de la capilla y salió a ella, y allí escuchó el breve de reducción de la Orden a Congregación sin votos. En aquel momento había cumplido la segunda parte del siguiente número de las Constituciones: “Muestren todos disponibilidad absoluta ante una proposición del Superior; como si proviniera de labios del propio Cristo. Y lo mismo ante el toque de campana: dejémoslo todo, hasta la letra que comenzamos a escribir y que no hemos terminado” (CC 106).

Obediencia se ha de prestar a toda autoridad, de dentro o fuera del Instituto, y siempre en lo tocante a su oficio. Y echando mano de la teología de su tiempo habla muy sencillamente de algo que hoy día tendríamos que matizar, pero que ha sido evidente para tantos religiosos a lo largo de la historia: uno no se equivoca al cumplir el mandato del superior y cumple la voluntad de Dios, con tal que lo mandado no sea pecado. Y trae un ejemplo de cómo se ha de obedecer. San Ignacio de Loyola decía obedecer como un cadáver, el santo pone el ejemplo del asnillo que montaba Jesús al entrar en Jerusalén que se dejaba llevar con docilidad: “Han de obedecer con sencillez no sólo al Superior de la casa donde residen y a los Superiores Mayores de la Congregación, sino también a sus delegados en lo tocante a su oficio. Mantengan todos la firme convicción de que es imposible equivocarse al cumplir la voluntad del Superior, si ésta no es

pecado. Y que, muy al contrario, adoptan una actitud grata a Dios dejándose llevar y traer por su Providencia a través de los Superiores; como el borriquillo aquel que Cristo cabalgaba el día de Ramos, que se dejaba conducir y encaminar a todas partes” (CC 108).

Esta es la obediencia que el santo quería de sus hijos. Si hoy se conservara el mismo espíritu, si se llevaran a la práctica muchas de las cosas que deseaba el Fundador, con seguridad la experiencia espiritual sería más rica en el Instituto, y la manera sencilla de comportarse todos, que nada resta a la propia autonomía bien entendida, atraería más vocaciones al Instituto.

## 5. Un caso especial

Caso especial fue el del P. Mario Sozzi. La historia es conocida y no entramos en ella. Mario fue nombrado Vicario General, dejando sin ningún efecto el cargo de General que seguía ostentando Calasanz. ¿Cómo se comportó el santo ante este hecho y lo que suponía para la obediencia? La respuesta fundamental la tenemos en carta al P. Pizzardo, en Pisa, una de las casas rebeldes a Mario. Le decía Calasanz a ese padre, y es para meditarlo: “Yo no he escrito nunca a nadie de esa casa de Pisa que no obedeciera las órdenes del P. Mario, de buena memoria, ni las del P. Esteban, actualmente Superior de la Religión, antes por el contrario, con la presente les exhorto cuanto sé y puedo a obedecer no sólo las órdenes de dicho P. Esteban, sino también a sus simples insinuaciones, asegurándoles que dicho padre desea el bien y el progreso de esa casa, como verán de hecho cuando se presente la ocasión, y les exhorto a la vez a la santa observancia de nuestras Reglas y a dar buen ejemplo a los seglares” (EP 4165, año 1644).

¿Por qué había que aceptar a Mario como Vicario General, conociendo todo lo que había hecho para arrebatarse el puesto al Fundador? Lo dice el santo: “La elección del P. Mario se debe aceptar de la mano de Dios habiendo sido hecha por la Sgda. Congregación del santo Oficio con el conocimiento y voluntad de Ntr. Sr. El Padre muestra muchos deseos de querer ayudar a esa Provincia” (Al P. Scasellati, Pisa, EP 3842, año 1641).

Poco después escribía a Florencia, donde vivían los galileyanos, profundamente enemigos de Mario, y le decía a uno de ellos, el P. Michelini: “Por este correo no se han recibido cartas de V.R. y me parece bien avi-

sarle de lo que aquí estamos tocando con la mano y es que el P. Mario muestra querer tratar a todos con afecto de padre y proveerles de cuanto necesitan y no pretende sino que todos atiendan a la observancia de nuestras Reglas y desea que todos los religiosos de esa casa conozcan su buena voluntad y que estén seguros de que les tratará con caridad y en esto muestra que es una obligación hacerlo para corresponder a la gracia que le ha hecho la Sagrada Congregación a sabiendas y con consentimiento de Su Santidad. Escribo esto acerca del sentir de dicho Padre para que todos se tranquilicen y comprueben por experiencia su buena voluntad” (EP 3850, año 1641).

La posición del santo respecto a la conducta que había que tener con Mario queda muy clara en los dos textos siguientes: “Respondo diciendo que de todos modos procure V. R. y todos los demás dar gusto al P. Mario, y obedecerle en todo lo que ordena, teniendo él la ayuda de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, a la que de ningún modo se debe contradecir en cosa alguna, por mínima que sea (Al P. Scassellati, Pisa, EP 3970, año 1642). “He visto lo que me escribe V.R. y deseo que tranquilice lo mejor que pueda los ánimos de todos los religiosos de esa casa y dígales que consideren antes la prueba del gobierno del P. Mario, que espero sea de mucha satisfacción; si ocurriera lo contrario, que no creo, entonces se procuraría el remedio oportuno. Exhorte a todos a que estén alegres y que esperen a ver cómo resultan las cosas, pues yendo bien por medio del P. Mario, todos deben quedar contentos y atender cada uno a su trabajo para utilidad del prójimo por puro amor de Dios” (EP 3910).

Teniendo en cuenta este comportamiento del santo y su manera de ser y de vivir, no es extraño su enfado y la defensa que hace de su obrar en carta llena de ardor dirigida al P. Apa: “Respecto a la opinión falsísima e indigna de mi oficio, que ha inventado alguna lengua pésima, de que yo deseo que ahí estuvieran los nuestros inquietos para probar que el P. Mario no sirve para Provincial, respondo que deseo que todos tengan un solo corazón y una sola alma en el servicio de Dios, y que el P. Mario sea un Ministro que responda a su oficio, pues de ello me seguirá a mí utilidad y honor y de lo contrario reproche. Y pensar igualmente que yo tengo a esos religiosos nuestros como miembros amputados del cuerpo de la Religión y como si no existieran y que quien no se rebela contra el P. Mario será reprobado por mí, esto me parece indigno no sólo de que V.R. lo crea, sino de que incluso lo escriba, pues ni V.R. ni nadie ha visto

en mí cosas semejantes, sino todo lo contrario. Y yo les exhorto a V.R. y a todos los demás a caminar por la vía del Señor con santa simplicidad y perfección religiosa, que deseo a todos como verdadero Padre espiritual, y digo esto en presencia de Dios que es la verdad” (EP 4028).

## 5. Hoy

- Obedecer es vivir la voluntad de Dios.
- La obediencia es acto de amor.
- Obedecer implica despojarse de todo lo que no sea de Dios.
- La obediencia de amor es camino de perfección.
- Obedecer implica someter todos nuestros deseos a los de Dios.
- Obedecer es vivir de fe.
- La obediencia conduce al despojo de todo por amor a Dios.
- La obediencia no se da sin sencillez de corazón.
- Obedecer conlleva mortificarse y aceptar humillaciones.
- La obediencia asemeja al Hijo que fue pura obediencia al Padre.
- Sin obediencia no hay vida religiosa.
- La obediencia conduce al desprendimiento.
- La obediencia lleva al servicio incondicional de amor.
- Obedecer es abajarse por amor a imitación de quien se abajó haciéndose obediente hasta la cruz.
- Obedecer es esperar en Dios más que en nadie.
- Obedecer es quedarse pendiente de lo que Dios quiere a través de sus representantes.
- Auténtica obediencia, sólo a Dios; a los demás, en su nombre.

## “Celebrarán los sacramentos frecuente y devotamente” (CC 55)

### 1. Sensibilidad eclesial

Que Calasanz fue un hombre sensible a las realidades eclesiales, a todo lo que se refería a la Iglesia, y quiso contagiar esa sensibilidad a todo el Instituto, queda claro en lo que fue su vida y comportamiento. Ya en sus años de sacerdocio en España, fue familiar de los obispos a cuyo servicio estuvo y les sirvió con esmero y atención. Obedeció a cuanto le mandaron, con espíritu de fe, y se encargó de los oficios que le propusieron. Por eso fue tan estimado por ellos.

En Roma un aspecto de su sensibilidad se ve en que se inscribió en diversas cofradías romanas, todas apreciadas y animadas por los Romanos Pontífices, e incluso llegó a pedir al papa Clemente VIII la aprobación de la Congregación secular que formó con algunos sacerdotes y laicos para servicio de las escuelas. El Papa se la dio verbalmente.

Esta constante continuó una vez fundado el Instituto. De esta manera tenemos escritos que manifiestan lo que decimos y que indican la preocupación del santo porque se diese en la Orden el sentido eclesial que él vivía.

En sus Constituciones había legislado: “A la muerte del Sumo Pontífice todos los sacerdotes celebrarán dos veces la Eucaristía: una por el Papa fallecido, la otra por la feliz elección del nuevo Pontífice” (CC 87).

Este mismo deseo lo manifiesta a la muerte del Papa Paulo V, escribiendo al P. Cananea: “Hagan oración por el alma del pontífice difunto, al que estamos muy obligados, celebrando las misas conforme a nuestras constituciones. Y pidan también al Señor que nos mande un papa que sea reformador de todos los errores pasados e instaurador de todas las virtudes. Lo concederá el Señor si lo pedimos devotamente” (EP 208). Quiere que se ore por un Papa que tanto bien había hecho al Instituto y al que tanto debía éste.

En muchas ocasiones pide que se ore por el Sumo Pontífice. Cuando los cardenales están en cónclave del que saldría elegido papa Inocencio X, escribe al P. Apa pidiendo oraciones por la pronta elección, oraciones que él mismo hace por la misma intención: “Pidamos todos al Señor que



cuanto antes sea elegido el pontífice que sepa remediar los desórdenes actuales, primero en los Estados de la Iglesia, y luego en toda la cristiandad” (EP 4214). Desconocía en ese momento Calasanz que éste iba a ser el Papa que redujera la Orden a Congregación sin votos.

No sólo en esos trances especiales, también en la vida cotidiana había que orar por el Papa y por sus intenciones. Incluso es el mismo vicegerente de Roma quien pide oraciones y disciplinas de parte del Papa, en ese momento Urbano VIII, por sus intenciones: “Conforme a cuanto me ordena y manda monseñor vicegerente, de parte de Su Santidad, como ve en la copia adjunta, usted con todos los padres y hermanos de esa casa no deje de hacer las oraciones ordinarias, añadiendo alguna disciplina, abstinencia, u otras mortificaciones semejantes, para que Dios nuestro Señor conceda al Santo Padre cuanto desea” (EP 2028).

Los escolapios debían manifestar un profundo agradecimiento a la Iglesia, orar por ella en los momentos difíciles por los que pasaba, y el santo a veces pedía que se orara con el Santísimo expuesto. Cuando pide estas oraciones sigue siendo Sumo Pontífice Urbano VIII: “Puede exponer el Santísimo... por las necesidades de la santa Iglesia, la cual se encomienda a todos sus hijos en estos sus apuros, y en particular a sus más elegidos, que son los religiosos. Haga, pues, que todos los de esa casa y del noviciado se muestren agradecidos a su madre, la santa Iglesia” (EP 3039).

Por eso cuando le llegan de las casas la noticia de que han cumplido lo que él pedía, el santo alaba al superior porque en todas las casas de la Provincia se ha orado por las intenciones del Papa. Esto indica cómo la Iglesia y sus necesidades no eran algo ajeno a unos hombres que estaban todo el día metidos en la clase, enseñando según su ministerio, trabajando y luchando con aquellos niños que necesitaban cuidado, atención, esfuerzo y entrega total. El pensamiento de los religiosos no se quedaba en la simple, aunque importante, educación que daban a los niños, y esto era trabajar por la Iglesia, porque uno de los objetivos de su educación era hacer de ellos verdaderamente creyentes, sino que iba más allá de la educación y se preocupaban también de la Iglesia. Su alegría la manifiesta el santo al P. Fedele por lo que le ha contado en la carta recibida, y contesta así: “Ha obrado santamente, haciendo oraciones especiales por las necesidades de la santa Iglesia en todas nuestras casas de esa provincia. Esta práctica durará toda la semana santa. Y luego se verá la misericordia

que Dios habrá usado con su Iglesia, por la que le daremos gracias con toda humildad” (EP 3044).

No sólo la sensibilidad eclesial se manifiesta en la oración por el Papa, sus intenciones y por la Iglesia en general, sino también en la obediencia que Calasanz presta y quiere que tengan sus hijos a todos los mandatos o deseos que provengan de la Iglesia y sus organismos. Así escribiendo al P. Michellini que estaba en Florencia, es el año de 1641, tiempos en que la Orden estaba bajo sospecha y el ojo atento del Santo Oficio, le dice su sentimiento ante las disposiciones que van llegando: “Por otros conocerá en particular las resoluciones tomadas aquí en Roma, las cuales se debe creer son del Espíritu Santo. Y poniéndolas en práctica, adquirirá un grandísimo mérito ante Dios” (EP 3811).

El santo estaba convencido de que no se equivocaba obedeciendo al Santo Oficio: “Procuraré cumplir cuanto usted desea, habiendo sido ordenado por la Sagrada Congregación del Santo Oficio. Obedeciendo yo a tan alto tribunal, no erraré, más aún, pienso merecer. Dejo el éxito del problema a la divina bondad” (EP 3969); y confesaba que lo que escribía lo hacía por obediencia a ese tribunal, y manifestaba estar dispuesto a una obediencia rápida al mismo: “Le aseguro que cuanto yo le he escrito lo he hecho por obediencia a la Sagrada Congregación del Santo Oficio... Y me parece necesario no sólo no mostrar repugnancia alguna, sino mostrarse obediente con toda prontitud” (EP 3847).

Oración, obediencia y también trabajo por la Iglesia y nada menos que en tierra de protestantes. Así le escribe al P. Conti en junio de 1639: “He recibido una carta del padre Ambrosio, en la que me habla de la conversión de un hereje, que le ha costado diez años. Tales noticias de esos países son de mucha alegría” (EP 3115). “En lo que puedan ayudar a la conversión de los herejes, no sólo de los niños que vienen a las escuelas, sino también de los adultos, háganlo con toda diligencia y caridad” (EP 3061).

Lo mismo que los escolapios trabajan en tierra de protestantes por el bien de la Iglesia y de los niños que viven en esas tierras procurando su conversión, el santo lo hace en Italia, respetando en las clases a los hebreos en sus creencias, pero acogiendo a quienes por propia voluntad querían convertirse al catolicismo: “Con el joven hebreo que se ha convertido al cristianismo y que se ha recibido en casa, se debe emplear suma

diligencia en hacerle piadoso, enseñarle con caridad cómo debe confesarse bien y recibir con fruto la comunión. Para que conozca que está entre religiosos reformados” (EP 3410).

La sensibilidad eclesial que el santo quiso imprimir en el Instituto, debe ser una herencia que en ningún momento se puede perder. La Iglesia ha encomendado a las Escuelas Pías un ministerio importante, delicado y que ella estima tanto. Darse a ese ministerio, entregarse de lleno a él, vivir codo a codo con los niños en la clase o en otras actividades procurando que sean buenos cristianos, y ayudando a que el día de mañana trabajen por un mundo más justo, en más paz, en el que los hombres se respeten y respeten las ideas de los demás, es vivir la sensibilidad eclesial. Al mismo tiempo encauzar a los niños a que cuando se hagan mayores se encaminen a comunidades eclesiales –calasancias u otras– para vivir más intensamente su cristianismo, es tener sensibilidad eclesial. Orar por la Iglesia y sus necesidades, es tener sensibilidad eclesial. Sin duda estas y otras acciones habrá que incrementarlas, pero no creo que hayan faltado en la historia de las Escuelas Pías, y tampoco la aceptación de corazón de los escolapios de lo que haya mandado siempre la Iglesia. ¡Ojalá en las Escuelas Pías se conserve, crezca y aumente esa sensibilidad eclesial!

## 2. Sacerdocio

La sensibilidad eclesial se manifiesta también en el modo de ser de los sacerdotes. Calasanz los quiere humildes, y en sus cartas insistirá constantemente en esta virtud. Tanto que llega a decir: “Si el sacerdote no es humilde, mejor sería que no hubiera nacido” (EP 1436). La humildad aparece constantemente cuando habla de los sacerdotes. El orgulloso no puede tener auténtica sensibilidad eclesial, y si cree tenerla, se equivoca, y si realiza comportamientos externos que parecen manifestarla, por dentro están faltos de verdad y de verdadero amor a la Iglesia. Sólo los humildes comulgan con la Iglesia y con Aquel que dijo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”.

Veamos esta insistencia del santo en la humildad de los sacerdotes, que se la pide en el comportamiento que deben tener en cualquier situación que se encuentren y en todos los trabajos que realicen: “Le habría sido mejor ser mozo de cocina con humildad que sacerdote con propia estima y soberbia” (EP 3677). “Procuren todos ganarse el cielo. Y los sacerdotes deben ganarlo dando buen ejemplo de humildad, de obediencia

y de silencio a los que no son sacerdotes. Esta es obligación suya y, si no la cumplen, sería mejor para ellos no poseer tal dignidad” (Co 226). “Procure que todos los sacerdotes se humillen a ejercitar nuestro ministerio por puro amor de Dios, que tendrán gran mérito ante Dios. Más que si se diesen disciplinas y [derramasen] sangre” (EP 4108). “El Señor le conceda la gracia de conocer la dignidad sacerdotal y le dé aquella humildad y reverencia que se deben a tan alto ministerio y sacramento” (EP 4572). “Haría muy bien considerando que es sacerdote y que debe mostrar ahora mayor humildad, obediencia, pobreza y sobriedad que antes” (EP 451).

Los sacerdotes ganarán el paraíso viviendo humildemente; si no viven así, mejor que no hubieran recibido tal dignidad: “No digo por ahora nada más, sino que todos intenten ganar el paraíso y los sacerdotes deben ganarlo dando buen ejemplo de humildad, de obediencia y de silencio a los demás que no son sacerdotes; ésta es su obligación y si no lo hacen sería mejor para ellos que no tuvieran tal dignidad” (EP 44).

El candidato al sacerdocio ha de considerarse indigno del gran don que va a recibir, que es la mejor manera de prepararse para recibirlo: “Procure humillarse y reconocerse indigno de un oficio tan grande (sacerdocio) para que el Señor le conceda la disposición interna necesaria para tal dignidad” (EP 1948).

De ahí su amarga queja cuando ve u oye que hay sacerdotes soberbios. Es algo que no comprende cómo habiendo recibido una gracia de Dios tan inmensa e inmerecida, se puede ser orgulloso, cuando por el contrario la vida sacerdotal, lo que celebra diariamente el sacerdote, debía ser una llamada a comportarse con humildad en toda ocasión: “¡Oh cuánto me duele que los sacerdotes que deberían dar buen ejemplo de santa obediencia y humildad, sean los primeros en darlo de soberbia, mostrando desdén al Superior, por medio del cual Dios les avisa puntualmente! No comprenden las palabras que dijo Cristo a los Superiores: «El que os oye, me oye, y quien os desprecia, me desprecia». ¡Oh cuánto serviría el ejemplo de los sacerdotes para convertir en espirituales a los clérigos y hermanos y, por el contrario, qué gran cuenta tienen que dar a Dios los sacerdotes por el mal ejemplo que les dan! Creo que esta es la causa por la que incluso los hermanos quieren ser sacerdotes!” (EP 2835).

El santo pide otras muchas cosas al sacerdote en su trabajo ministerial, pero no es éste el lugar para desarrollar este tema. Sí, en cambio,

insistir en la sensibilidad eclesial que han de vivir y manifestar quienes han sido llamados a representar a la Iglesia ante los hombres, ejerciendo el ministerio presbiteral que han recibido y que ha de ser realizado con corazón eclesial como lo deseó el mismo Señor.

### 3. Cómo vivir la Eucaristía

En Calasanz tiene una importancia especial la celebración de la Eucaristía. Es el momento central de la vivencia del sacerdote y debe hacerlo con gran esmero, atención y devoción. Vamos a asomarnos a algunas de sus cartas escritas a neosacerdotes o a quienes se iban a ordenar de sacerdotes, para ver cuál era su deseo en este tema. Hemos de tener en cuenta que cuanto él pedía a sus hijos, lo vivía, y en este sentido, tenemos testimonios de muchas personas que nos dicen el modo admirable como él celebraba la Eucaristía. Ahora nos referimos a lo que pedía a los sacerdotes de su Instituto.

Los sacerdotes han de tener presente todas las mañanas qué es lo que celebran: hablar con la Santísima Trinidad, entablar diálogo con ella, y esto tendría que tener como consecuencia vivir durante el día con un gran celo por servir a Dios con el que tendría que salir el sacerdote al finalizar la celebración. La celebración de la Eucaristía en este sentido es lo mejor que hace el sacerdote todos los días: “Deberían darse cuenta todos, principalmente los sacerdotes, que todas las mañanas hablan y deberían hablar familiarmente [con el Padre Eterno y la Santísima Trinidad] en el santo sacrificio de la misa, de donde deberían salir con gran celo del servicio de Dios” (EP 3621). “Aprenda la reverencia interior con que se dicen las palabras santas de la misa, cuando se habla con Dios bendito y con la Santísima Trinidad. Que no basta pronunciarlas con la boca y poca devoción, sino con el corazón” (EP 2954).

Si la celebración implica un diálogo con la Sma. Trinidad y con el Padre Eterno, los sacerdotes han de estar bien atentos a lo que pronuncian, a las palabras que salen de su boca, que deberían brotar de su corazón. Este hecho de que la Eucaristía es un encuentro con la Trinidad y el Padre Eterno (unas veces el santo habla de la Trinidad y otras del Padre Eterno), Calasanz lo tenía muy metido en el corazón y por eso no es extraño que insistiera tanto en esto escribiendo a los neosacerdotes, y uno se pregunta ¡cómo sería la celebración del mismo santo!: “Me alegro que se hayan ordenado sacerdotes los dos que envió usted. Enséñeles con cuánta

devoción deben hablar con el Padre Eterno y con la Trinidad. Para que obtengan todo el provecho posible de la misa, comprendan lo que significan las palabras que pronuncian y las digan con toda reverencia y humildad, y no se acostumbren a decirlas con precipitación” (EP 3669). “Salude de mi parte al padre Carlos, con quien me alegro se haya ordenado sacerdote. Exhórtele a que procure tener gran reverencia al Padre Eterno cuando celebra la misa y le hable con respeto y temor, diciendo al final de todas las oraciones: Por Jesucristo tu hijo. Que si sabe acomodarse a esta idea, logrará para sí gran provecho espiritual” (442).

Por eso los sacerdotes deben terminar sus oraciones con gran devoción diciendo al final de las mismas el “Por nuestro Señor...”, que es una manera de suplicar la intercesión del Maestro en todo aquello que piden a Dios: “Salude de mi parte al P. Carlos de s. Francisco, del que me alegro que se haya ordenado sacerdote y exhórtelo de mi parte a que procure tener gran reverencia y gran temor, diciendo al fin de cada oración «Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo», pues si se sabe atener a este pensamiento sacará gran provecho de espíritu para sí mismo; igualmente exhorte a los demás que dicen Misa, y si no puede personalmente no deje de ayudar por carta, a la casa de Palermo acerca de la observancia” (EP 3683).

La Eucaristía que celebra el sacerdote es una embajada de la Iglesia ante Dios Padre, en la que le pide por la fe católica, el perdón de los pecados, por lo que se debe hacer con gran reverencia y atención. El santo indica que de no hacerlo así, sería mejor no llegar a ser sacerdote, como lo hizo, pero sólo por humildad, san Francisco de Asís: “Diga al P. José (Fedele) que he recibido mucho consuelo de que haya comenzado a celebrar la santa Misa y que le ruego que en cuanto pueda haga ese oficio con mucha humildad, y antes de comenzar la Misa piense que va de parte de toda la santa Iglesia a hacer una embajada al padre Eterno no sólo por la exaltación de la santa fe católica y perdón de los pecadores, sino también para socorro de las almas de los difuntos; y para impetrar gracias semejantes se necesita mucha humildad e importa comenzar bien desde el principio” (Al P. Cherubini, Nápoles, EP 1350, año 1630).

La Eucaristía tiene que ser preparada con profunda oración y en presencia de Dios, según legislan las Constituciones: “Con la oración incesante y con la vivencia de la presencia de Dios, renovada en las tareas diarias, estarán los religiosos dispuestos para celebrar los Sacramentos frecuente y devotamente” (CC 55).

Si tan importante es la Eucaristía, hay que vivirla como las cosas importantes: sin prisas, con mucha reverencia, sabiendo que el sacerdote lleva ante el Padre problemas muy importantes de la humanidad: "... advierta bien que sea buen sacerdote y que diga la Misa no con tantas prisas como suele hacer alguno, sino con mucha reverencia, considerando que habla con el Padre Eterno por causas muy graves y que se debe hablar con mucha reverencia y atención, pues no haciéndolo así sería mejor que no se ordenara, como hizo s. Francisco, que comprendió la pureza de corazón que debe tener el sacerdote" (Al P. Ambrosi, Nápoles, EP 3706, año 1641). "Advierta mucho que sea buen sacerdote y celebre la misa no tan rápidamente como acostumbran algunos, sino con mucha reverencia, considerando que habla con el Padre Eterno de problemas muy graves, y se debe hacer con mucha reverencia y atención" (EP 443).

Es llamativo el cuidado del santo por la celebración de la Eucaristía, el sentido profundo que le daba, la insistencia en la vivencia seria y atenta con que se debía celebrar, y su conciencia de que en ella se entraba en una esfera especial, nada menos que en diálogo con la Trinidad y el Padre Eterno.

En las Constituciones, al ser tan importante la Eucaristía, pide que los sacerdotes la celebren diariamente y da normas sobre el modo como han de comportarse los Hermanos como se indica a continuación: "Nuestros sacerdotes celebrarán a diario el Sacrificio de la Misa. El Superior o el confesor podrán dispensarles; pero deseamos que raras veces se conceda tal permiso" (CC 56). "Los Hermanos, los Clérigos y los Ordenados de Mayores recibirán la Eucaristía todos los domingos, una vez entre semana y en las fiestas de primera y segunda clase" (CC 57).

#### 4. Otros aspectos

El sacerdote, puesto que ha recibido semejante don, tiene que darse a los demás y entregar gratis lo que gratis ha recibido. Ha de ser ayuda para los demás en el camino de perfección: "Me alegro que el P. Andrés se haya ordenado sacerdote, y que cada día se haga más idóneo para comunicar el camino de la perfección a los nuestros y también a los seglares, por medio del Instituto" (EP 4539).

En la charlas que da, no ha de sobrepasar el cuarto de hora, de lo contrario cansará al auditorio y no querrán escucharlo más, mientras

que si no pasa del tiempo indicado, conservará la atención del público y suscitará en ellos el deseo de volverlo a escuchar: “En lo referente a las charlas no pase de un cuarto de hora y sea todo moral y sin conceptos y dejará al auditorio con deseos de escucharlo en otra ocasión; de otra forma los hombres no irán; por ahora siga esta norma y acostúmbrese a hacer los razonamientos breves y todos con el deseo de encender en los que escuchan el odio al pecado y el amor santo de Dios” (EP 1410).

Para mantener sus conocimientos y ser ayuda unos de otros, sobre todo los sacerdotes más ancianos respecto de los más jóvenes, Calasanz instituyó que una vez por semana, se reunieran todos los sacerdotes y se tuviera la resolución de un caso de conciencia y otro de liturgia; así unos no olvidarían lo aprendido y otros podrían aprender cómo comportarse y resolver quizá casos que les habían tocado y que no habían sabido hacerlo: “Procure que los sacerdotes traten casos de conciencia, y una vez a la semana trate de las ceremonias de la misa, para que aprendan a decirla bien, y los clérigos y hermanos a servirla” (Al P. Costantini, Nursia, EP 1077, año 1629).

No obstante el Fundador tenía cuidado de que nadie por ningún motivo, a no ser grave, dejara las escuelas. Y es que muchos cuando llegaban a la ordenación, se veían ya seguros y se ocupaban de otros oficios sacerdotales, por ejemplo, la confesión de adultos, olvidando dar clase; esto no complacía a Calasanz y lo denuncia: “Sobre el confesor se puede excusar diciendo que yo no he querido que confesara, porque el confesar hace apartarse de las escuelas y quien sirve para la escuela no ha de meterse en otras cosas” (EP 1334).

Por lo demás, era feliz cuando los nuestros administraban los sacramentos a los enfermos, y esto aunque pusieran en peligro su vida, ya que así manifestaban claramente que lo que de verdad les importaba era el bien espiritual del prójimo y no su propia salud, ni siquiera la vida: “Estoy muy contento de que V.R. se emplee en servir a los enfermos administrándoles los santos sacramentos, y si es necesario no salir de casa sino para esa administración, no salga; y si es necesario poner en peligro la vida corporal para ayudar al prójimo, hágalo, que así manifestará ser verdaderamente pobre de la Madre de Dios, que no tiene afecto a ninguna otra cosa sino a la gloria de Dios y a la utilidad del prójimo” (Al P. Alacchi, Venecia, EP 1601, año 1631).



Llamaba la atención sobre una práctica de la que se había dado cuenta y era que cuando algunos llegaban a ordenarse sacerdotes ya no querían estudiar más, pese a ser el estudio la base de la preparación para las escuelas: “Desearía que antes el H. Carlos Antonio, aunque tiene la edad (de ordenarse), se ejercitase en el oficio de aprender y enseñar, pues una vez sacerdotes no se preocupan más de estudiar, y al no ser aptos para una escuela, rehúyen la enseñanza y esto causa la ruina de la Religión. Lo mismo digo del H. Antonio de Borzonasca; si hay algún sacerdote que no dé escuela, a fin de que no esté ocioso y deje de merecer, mándele que ayude a recitar en alguna clase o que catequice a los alumnos para que sepan confesarse bien y comulgar, y lo necesario para salvarse. Que nadie tenga escondido el talento” (EP 3027).

Tanto la sensibilidad eclesial manifestada en la oración, preocupación y entrega a lo que quiere la Iglesia, según nuestro ministerio, como la vivencia profunda de la Eucaristía, son elementos que profundizan la vida interior de los religiosos y del mismo Instituto. Es preciso que en las Escuelas Pías no se pierda la sensibilidad eclesial que mostró y vivió nuestro Santo Padre y que no se nos pueda achacar de no tenerla en cuenta. Habrá que vivirla a través del ministerio propio, y eso llevará a hacerla vivir también a los destinatarios del mismo. Pero no hay que ocultar que esa sensibilidad eclesial, en sus formas externas, no puede ser la misma en todos los Institutos, porque está en íntima relación con el ministerio propio. Es preciso recordarlo y más en nuestros tiempos.

## 5. Hoy

- La sensibilidad eclesial está en vivir la Iglesia.
- La sensibilidad eclesial se manifiesta en actos, pero debe estar enraizada sobre todo en el corazón.
- La sensibilidad eclesial no se mide sólo por las formas, porque también éstas pueden ser engañosas o responder a los propios gustos.
- Se es sensible eclesialmente ejerciendo el ministerio encomendado a cada uno por la Iglesia.
- Hay sensibilidad eclesial cuando el sacerdote pone ante el Padre en la Eucaristía todas las intenciones de la Iglesia.

- Hay sensibilidad eclesial cuando se ora por el Papa y sus intenciones y cuando se sirve al Pueblo que Dios ha encomendado a uno.
- La sensibilidad eclesial consiste también en tener un corazón abierto y consecuente en su obrar con las intenciones del Magisterio.
- La sensibilidad eclesial conduce a una obediencia íntima a lo que manda la Iglesia.
- La sensibilidad eclesial no merma la posibilidad de una crítica contra ciertos posicionamientos que puede tener sobre un punto la jerarquía. Ante todo, libertad de conciencia.
- La sensibilidad eclesial está también en el hecho de que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

## CALASANZ, UN EJEMPLO

### 1. Calasanz y acontecimientos importantes durante su vida

Calasanz no escribió ninguna autobiografía como hicieron otros santos. Tampoco la dictó a nadie para que la escribiera como hizo Ignacio de Loyola. Y aunque de su mano salieron muchísimas cartas –se dice que pudo llegar a escribir 12.000, de las cuales se nos han conservado casi 5.000–, apenas habla en ellas de sí mismo. En esto fue muy recatado. Pocas veces, en las muchas líneas que escribió o dictó, aparece su persona. No sólo no habla de él, tampoco hace mención de acontecimientos de su tiempo que sin duda tuvieron entonces que llamar la atención. Durante su vida se estaba construyendo la Basílica de San Pedro y de hecho en la fachada aparece el nombre de Paulo V. Tuvo que ver la magnificencia de la Basílica de San Pedro, pero jamás la menciona. Tuvo que ver en alguna ocasión, al menos antes de estar completamente entregado a sus escuelas que le ocupaban el día de cabo a rabo, la hermosura de algunas iglesias de Roma, o la misma Porciúncula, pero nunca cita nada de todo esto. La única mención en este sentido, aunque confiesa que aún no ha logrado lo que desea, pero espera hacerlo es ésta: “Yo he deseado ver algunos lugares de gran devoción que hay por Italia como son la S.ma Casa de Loreto, el Monte Verna donde S. Francesco recibió las llagas, el Cassino y Monte Vergine y otros y bolverme a Roma para el año santo y no me ha sido posible hasta agora, todavía pienso hacerlo con el favor de Dios” (EP 7). ¿No le llamaba la atención lo que veía, no le gustaba el arte? ¿O estaba tan embebido en su Obra que no tenía tiempo para ocuparse en escribir la más mínima letra sobre estas realidades? De Roma le interesaban, eso sí, los niños pobres. Y de ellos sí que habla, y sobradamente.

Tampoco hace mención de hechos religiosos. En 1622 hubo una importante canonización en San Pedro. Fueron canonizados al mismo tiempo por el Papa Gregorio XV las siguientes personas: Isidro Labrador,

Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Felipe Neri. En Roma estaba entonces el santo y relativamente cerca de San Pedro, pero en sus cartas no existe la mínima mención del hecho.

En cambio el santo cita dos hechos, casi por llevar la contraria a cuanto hemos dicho. Uno atmosférico y el otro que implicaba a los mismos escolapios. El primero fue un hecho extraordinario, ocurrido el 23 de marzo que el santo narra e incluso en la carta hace un dibujo de lo que él vio. Dice: “El martes próximo pasado a las 19 horas apareció en Roma un prodigio extraordinario, que consistió en un círculo en el aire de un tamaño casi tan grande como toda Roma, de color azul, o por mejor decir ceniciento, con cuatro globos grandes más resplandecientes que el círculo; estos cuatro tenían en medio un color irisado. Duró casi una hora y fue visto por la mayor parte de los habitantes y por casi todos los de nuestras escuelas. Yo subí a la galería más alta para verlo. Y en torno al sol hubo otro círculo del mismo color, pero mucho más pequeño y no duró tanto como el grande, como podrá ver en la otra parte de este folio. El Señor haga que sea señal de misericordia y nos bendiga siempre” (Al P. Cherubini, Nápoles, EP 1081).

El otro hecho es la explosión del polvorín que se encontraba en un monte cerca de Savona a raíz de la cual quedó destruido el colegio y perecieron seis religiosos escolapios. Lo narra así el santo: “Habrá quizás tenido noticia del trágico suceso de Savona: la noche después del seis del presente mes, sobre las cinco de la noche, cayó una tormenta espantosa con truenos, relámpagos y rayos, uno de los cuales cayó sobre el polvorín de la fortaleza de s. Jorge donde había mil barriles de pólvora —algunos dicen que más— que encendido, destruyó no sólo la fortaleza sino también un tercio de la ciudad, quedando el resto de las casas en muy mal estado. En la parte donde sucedió el mayor desastre estaba nuestro convento de las Escuelas Pías, que, juntamente con las demás casas, se agrietó y se desplomó por tierra. Se han visto cosas maravillosas, entre ellas que el P. Ciríaco, Superior de las Escuelas Pías de Cárcare, llevaba dos o tres días en Savona, cenó con los Padres en casa y, queriendo salir por la mañana muy temprano, se fue a dormir una milla fuera de la ciudad y oyendo, el gran ruido de la noche, quiso entrar de nuevo para ver cómo se encontraban los nuestros; encontró el convento destruido y seis sacerdotes muertos en la catástrofe, entre ellos el P. Jacinto, llegado hacía poco de Palermo.

Los nombres de los demás son: P. Pedro Pablo de sta. María, Superior; el P. Juan María de s. Lucas, el P. Bartolomé de Jesús, el P. José de la Asunción, el P. Octavio de sta. Brígida. Quedan vivos únicamente el P. José de s. Joaquín, un clérigo profeso llamado Agustín y dos terciarios, en grave estado, que fueron trasladados al hospital” (Moncallero, 105).

Fuera de estos dos hechos externos no cita ningún otro. Y sobre su persona dice pocas cosas y a ellas nos referimos en este capítulo; lo mejor que podemos hacer es escuchar sus propias palabras, porque es un placer para sus hijos poder leer lo que el Padre ha dicho de sí mismo, aunque sea tan poco.

## 2. Amor a los demás

El santo confiesa su estima y amor a la Religión y a cuantos a ella pertenecen: “Estimo mucho el honor de la religión y de las personas particulares que a ella pertenecen, más que ninguna otra cosa” (EP 1267); lo mismo que afirma amar a todos los escolapios que trabajan por amor de Dios: “Esté bien seguro de que yo amo de todo corazón al religioso que trabaja por amor de Dios, y con mis pobres oraciones le encomiendo a su divina Majestad” (EP 4021).

Amor que manifiesta diariamente en las cartas que escribía, en la preocupación que tenía por cada uno de los religiosos, en el hecho de preguntar por cada uno personalmente a los superiores, en la manera cómo los recibía cuando iban a hablar con él a su habitación, en las oraciones que hacía por ellos.

Son hermosos estos dos testimonios de su ancianidad. El primero cuando afirma: “Yo, como pobre y de avanzada edad, no ambiciono cosas superfluas. Deseo morir pobre de bienes terrenos” (EP 4433). Pobre había sido su vida, pobre iba a ser su muerte. Pero Dios ama a los pobres que son quienes ganan su corazón.

El segundo, la última carta en la que pudo poner algunas letras y su firma y en la que dice: “Quedaos quietos y veréis la salvación de Yahvé, que vendrá sobre vosotros. Esto es lo que estamos ahora pidiendo por vosotros, para que no os contristéis, sino que brille más vuestra fuerza en la prueba. Por la falta de vista no puedo continuar escribiendo. El Señor nos bendiga siempre a todos” (EP 4463).

Todavía conservamos algunas cartas posteriores, pero ya sin ni siquiera su firma. La última de la que tenemos constancia es una del 1 de agosto de 1648, pocos días antes de morir, el día anterior a meterse en cama definitivamente, y también el día anterior a su última comunión con los niños.

### 3. El ministerio

El santo amaba profundamente dar escuela a los niños, estar con ellos, ayudarles, y de manera especial a los más pequeños y pobres. Así lo narran los testigos de su vida. Y es que se entregó totalmente al ministerio que Dios le había señalado y la Iglesia encomendado. Pero no le gustaba ser General de la Orden; lo era por simple y pura obediencia. De hecho pensó ponerla en manos de Glicerio, y Dios se lo llevó con sólo 30 años; entonces pensó en el P. Graziani, y murió con 45 años; al final, ya anciano, habló de ello al P. Casani, y éste lo rehuyó con todas sus fuerzas. Y el santo siguió con el cargo sobre sus hombros, aunque confesó: “Infinitas veces he deseado ser antes portero o enfermero en cualquier casa que tener el cargo que tengo. Y Dios me es testigo que es así. El, por su misericordia, se digne no fijarse en mis faltas” (EP 1316).

Trabajaba por los niños y señalaba cuán grande era en esos momentos su alegría y felicidad: “Deseo y me es gratísimo poder contribuir y cooperar en todas partes a la salud de las almas con nuestro Instituto” (EP 2029).

Confiesa haber aprendido a escribir para enseñar a sus hijos, y haber dado clase de todas las materias que se enseñaban: “Me he ocupado siempre en diversas cosas y he aprendido a escribir a la perfección, y también muchas partes de la aritmética, para poder enseñarlo a los nuestros. En caso de necesidad, he llevado la escuela de caligrafía y aritmética, de leer y de gramática, cuando se ha presentado ocasión por enfermedad de algún maestro o por accidente. Y no he perdido por esto nada de la dignidad del sacerdocio, ni reputación del cargo” (EP 3673). “Muchas veces he llevado la escuela de aritmética y he enseñado a algunos de los nuestros para que sustituyesen en esa escuela. Y por eso no he perdido ni una brizna de la dignidad sacerdotal. Que es cosa santa ser superior general de todos los problemas de la escuela” (EP 3672).

Un ministerio que agradaba tanto a la gente que no hacía sino recibir peticiones de fundación, tantas que llegó a exclamar como ya lo hemos indicado antes: “Si tuviera ahora diez mil religiosos, podría en un mes distribuirlos a todos en aquellos lugares que me los han pedido con grandísima insistencia. De manera que nuestra religión no es como muchas otras, que con diversos medios procuran penetrar en las ciudades. Porque la nuestra es buscada y procurada por muchos señores cardenales, obispos, preladados, grandes señores y ciudades principales, como puedo probar con muchas cartas” (EP 2027).

Porque era un ministerio a favor de los pobres, y éstos son los preferidos de Dios, estaba convencido de lo siguiente: “A pesar de cuanto se dice de nuestra religión, deben saber que el Señor la protegerá siempre y andará de bien en mejor, a condición de que pongamos la diligencia que debemos en educar a los niños, particularmente pobres, en el santo temor de Dios” (EP 893).

#### 4. El trabajo

El Fundador cuidó del Instituto, se preocupó de cada una de las casas, atendió a los problemas que le presentaban, escribió miles de cartas, pero todo eso no le impidió el realizar trabajos sencillos como los demás –incluso más que los demás–.

Como un hermano más había lavado platos y como cualquier religioso había ido de cuestación: “No sólo he lavado los platos, trabajando tanto como los que hacen escuela, sino que he ido también a la cuestación del pan con las alforjas al hombro por Roma, y a acompañar a los alumnos. Y estoy dispuesto a repetirlo ahora. Porque *el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan*” (EP 2757), y durante muchos años se había ocupado de los servicios más viles: “Al principio de la obra, por muchos años, hacía yo todos los oficios más viles y bajos de la casa, hasta que vinieron operarios y me ayudaron” (EP 1892).

Se le acumulaban tantos trabajos que a veces no llegaba a todo: “Estoy aquí con tantos trabajos y perturbaciones, que no tengo tiempo de realizar la mitad de los asuntos. Pidan al Señor que me dé fuerza y gracia para saber servirle bien” (EP 202).

Nos cuenta que con más de 80 años había ido por las escuelas y que lo mismo debía hacer todo superior: “Pasando yo de ochenta años, voy mu-

chas veces a ayudar, cuándo en una escuela, cuándo en otra. Y así debería obrar todo superior, aunque no hiciese más que tomar la lección a diez o doce alumnos cada vez, pasando por diversas escuelas” (EP 3036).

## 5. Ante los demás

Si nos preguntamos lo que dijo de sí en relación a los demás, he aquí algunos elementos. A él no se le ocurre escribir nada que haya de quedar oculto a cualquier persona, por eso sus cartas son totalmente transparentes: “No escribo nada que no puedan leer todos” (EP 1187). No quiere disgustar a nadie porque no es ese su carácter y su misma espiritualidad se lo impide: “Mi intención es no dar disgusto a persona alguna” (EP 2443). Procura actuar siempre por pura caridad: “Yo actúo por pura caridad, porque deseo su salud como la mía propia. No debería permitir y mucho menos admitir tentación tan grande, pensando que juegue yo con usted a la pelota y le haya perdido la fe” (EP 1149), y desea la perfección de todos sus hijos: “Como padre espiritual que deseo la perfección de todos los hijos de la religión, querría en ellos un ánimo esforzado para servir a Dios y para unirse con él por medio de la caridad y el amor. Cuando existe este amor verdadero, no se dan estilos privados, sino una franqueza grande en el servicio de su divina Majestad” (EP 4028).

Sufrió enfermedades, de las que apenas habla, pero comenta haber estado herniado, pero eso no le ha quitado los ánimos para amar y servir: “Desde el año pasado estaba yo herniado de un lado, y desde hace unos días, de los dos. Pero no por eso tengo menos ánimo para servir y padecer por su amor cuanto se ofrezca, particularmente de nuestro ministerio, que es la educación y reforma de los niños” (EP 247). Sufrió también erisipela como se ve de algunas referencias en el epistolario, aunque él no cita la palabra, pero los historiadores así nos lo indican: “Si mañana me acuerdo mandaré que se fabriquen seis candelabros para el altar de la Virgen por intercesión de la cual Dios bendito se ha dignado tener compasión de mí y me he comenzado a levantar de la cama y espero encontrarme siempre mejor” (EP 402). Era miope: “Yo soy más corto de vista y no recurro a semejante expediente” (EP 304). Se refería a que un padre usaba una palmatoria durante la misa, contra las normas litúrgicas. Y sabemos que el santo se encontró en una ocasión en peligro de muerte: “Hace tres noches el H. Pedro creyendo que me hacía un gran servicio, me llevó hacia las seis que me iba a la cama, un poco de fuego en un bra-



sero y habiéndome encontrado dormido dejó el brasero junto al lecho y cuando me desperté me encontré con que todo me giraba en la cabeza, y habiéndole llamado, vomité un poco y se me pasó el desvanecimiento pero estuve en gran peligro” (EP 1228). Sabemos que también sufrió del hígado, y que al final de sus días les dijo a los médicos: “Nada, dentro de poco me hace Ud. la autopsia y verá cómo la causa del mal estaba en el hígado” (Bau, San José de Calasanz, p. 376; cf. EP 392).

Confiesa que no se suele precipitar en las cosas, porque no es su manera de ser, sino que las piensa durante un tiempo, pero que una vez tomada una resolución ya no la cambia: “Usted sabe muy bien que yo suelo soportar muchas cosas, esperando la enmienda antes de tomar una resolución. Pero, una vez tomada, no suelo mudarla” (EP 176).

Por todo lo que fue su vida, por todo lo que pasó, dice que no le gustan las quejas de algunos religiosos ante las dificultades y por eso la palabra “aflicción” es una palabra que no es de su jerga: “Me desagrada mucho la palabra “aflicción”, porque nadie puede con mayor razón que yo tener aflicción, pues de todas partes me llegan toda clase de aflicciones graves. Pero considerando que todo me viene de la mano de Dios y que yo cuanto hago lo hago por su amor, siendo El un Padre tan benigno y amoroso, lo soporto todo con paciencia, resuelto a morir antes que abandonar la empresa, y así arrojé fuera toda aflicción y melancolía” (EP 1148).

Y su sensibilidad eclesial, de la que ya hemos hablado, se manifiesta en un hecho muy sencillo del final de su vida, que aunque confiesa en ese momento no haberlo logrado, al fin lo conseguirá: “He realizado las necesarias diligencias, y muchas veces, para besar el pie de Su Santidad..., y no he tenido suerte en tantos días como he ido. No obstante, perseveraré mientras tenga oportunidad” (EP 4243). Cuando besó los pies del Papa, éste le dirigió palabras consoladoras. No sabía Calasanz que ese mismo Papa era quien iba a reducir su Orden a Congregación sin votos. Pero eso lo aceptó de corazón, una manifestación más –¿puede haber más grande?– de su sensibilidad y amor eclesial.

Este fue nuestro Fundador, Padre amado y guía indiscutible de todos los escolapios. Al que Dios concedió una larga vida para hacer brotar el ministerio educativo en la Iglesia a favor de los pobres, para que tuviese tiempo de asegurarlo (a pesar de que tuvo que vivir la crisis de la reducción de la Orden), para hacerle pasar por la pasión y cruz de su Hijo, para

que dejara como legado y herencia a sus hijos estas tres cosas: esperanza, entrega a la educación y los niños pobres.

Honor y alabanza a Calasanz. Y con él y como él quiso decimos: “A tu amparo y protección, Madre de Dios acudimos, no desoigas nuestros ruegos y de todos los peligros Virgen gloriosa y bendita, defiende siempre a tus hijos”.

## COLECCIÓN MATERIALES

1. Estudio comunitario de la Constitución “Lumen Gentium”  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1987
2. Estudio comunitario de las Reglas de las Escuelas Pías  
*J. A. Miró, C. Domeño, M. Á. Asiain, V. M. Asensio*  
Madrid, 1987
3. Estudio comunitario de las Constituciones de las Escuelas Pías  
*J. Lecea, Miguel Á. Asiain, M. Artola, A. Lezaun, P. Lasheras*  
Madrid, 1988
4. Espiritualidad calasancia
  - I. Espiritualidad y carisma  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1988
  - II. Elementos concretos de espiritualidad  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1988
  - III. La pedagogía calasancia  
*M. R. Espejo, Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1988
5. Evangelii Nuntiandi. Apuntes para una reflexión personal o comunitaria  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1989
6. Estudio comunitario de las Constitución pastoral “Gaudium et Spes” (1989)  
*José P. Burgués*  
Madrid, 1989

7. Itinerario de espiritualidad calasancia
  - I. Un camino de maduración humana  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1990
  - II. Un camino de vivencia cristiana  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1990
  - III. Un camino de discipulado calasancio  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1992
8. La experiencia de Dios en el escolapio  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1992
9. Manual de cursillos calasancios  
*Miguel Á. Asiain, Francisco Cubells, Nicolás Díaz, Josep A. Miró*  
Madrid, 1992
10. “Redemptoris Missio”. Juan Pablo II  
*F. Guillén Preckler*  
Madrid, 1992
11. La experiencia comunitaria del escolapio... un largo camino por andar  
*José P. Burgués*  
Madrid, 1993
12. La Misión de las Escuelas Pías en la Nueva Evangelización  
*Congregación General de las Escuelas Pías*  
Madrid, 1993
13. Dimensión Eclesial del escolapio. Una diaconía  
*Annibale Divizia*  
Madrid, 1996
14. Diez celebraciones para un aniversario. En los 350 años de la muerte de Calasanz  
*Congregación General de la Escuelas Pías*  
Roma, 1998
15. Calasanz acompaña a los laicos  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 1999

16. En Belén de Judá nació el Salvador.  
2000 años de cristianismo. Año Jubilar  
*Congregación General*  
Madrid, 1999
17. Vivir hoy el carisma de Calasanz  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 2000
18. Llamados y enviados  
*Javier Agudo García*  
Madrid, 2000
19. La lámpara de mis pasos  
*Jesús M. Lecea*  
Madrid, 2001
20. Discípulos de Calasanz  
*Josep A. Miró*  
Roma, 2002
21. Pastoral vocacional  
*Congregación General*  
Roma, 2002
22. Lectura carismática de las Constituciones escolapias  
*Miguel Á. Asiain, Josep A. Miró*
23. Las granadas están abiertas. Encuentro de formadores  
*Congregación General*  
Roma, 2002
24. Lectura orante y calasancia del Evangelio  
*Josep A. Miró*  
Madrid, 2002
25. Compartiendo un mismo sueño  
*Congregación General*  
Madrid, Roma, 2002
26. Lectura orante y calasancia de la Pascua del Señor  
*Josep A. Miró*  
Madrid, 2005

27. Plegaria de Laudes y Vísperas en la comunidad escolapia  
*Josep A. Miró*  
Madrid, 2005
28. Proponer y acompañar nuestra vocación escolapia  
*Congregación General*  
Madrid, Roma, 2005
29. Claves de discernimiento para la vida escolapia  
en San José de Calasanz  
*Miguel A. Asiain*  
Madrid, 2009
30. Historia de la Orden de las Escuelas Pías (Manual)  
*Antonio Lezáun*  
Madrid, 2010
31. Storia delle Scuole Pie (Manuale)  
*Antonio Lezáun*  
Madrid, 2011
32. Histoire de l'ordre des Écoles Pies (Manuel)  
*Antonio Lezáun*  
Madrid, 2011
33. The history of the Order of the Pious Schools (A Handbook)  
*Antonio Lezáun*  
Madrid, 2011
34. La experiencia vocacional en Calasanz  
*Miguel Á. Asiain*  
Madrid, 2011



